BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

Miseria de la filosofía (1847) constituye un texto de fundamental importancia en la evolución de Marx.
Para la historia de su pensamiento representa la primera exposición concreta y global de la concepción materialista de la historia, que hasta entonces había sido expuesta de manera esporádica. Pero es también la primera obra económica que Marx juzgó siempre que formaba parte integrante de su obra científica de madurez. El enfrentamiento con Proudhon le permite mostrar en un lenguaje sarcástico y muchas veces injusto, una visión de conjunto de los orígenes, del desarrollo, de las contradicciones y de la caída futura del régimen capitalista.

Diseño de portada: María Luisa Martínez Passarge

siglo veintiuno editores
MÉXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA

10a. edición

ISBN-986-23-1419-4

MISERIA DE LA FILOSOFÍA Respuesta a la FILOSOFÍA DE LA MISERIA de P.-J. Proudhon

KARL MARX



BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

MISERIA DE LA FILOSOFÍA

Respuesta a la FILOSOFÍA DE LA MISERIA de P.-J. Proudhon

KARL MARX

nueva edición corregida y aumentada



siglo veintiuno editores

biblioteca
del
pensamiento socialista

SERIE
LOS CLÁSICOS

edición a cargo
de
martí soler

KARL MARX

MISERIA DE LA FILOSOFÍA

respuesta a la filosofía de la miseria de proudhon





siglo veintiuno editores, sa de cv
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310 MÉXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTÁ, D.E. COLOMBIA

primera edición, 1970
décima edición, corregida y aumentada, 1987

isbn 968-23-1419-4

título original: misère de la philosophie

ÍNDICE GENERAL

ADVERTENCIA A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

El presente volumen ha sido preparado sobre la base de la versión española realizada por el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú e impresa en distintas oportunidades por Ediciones en Lenguas Extranjeras. Se ha revisado y corregido por completo dicha versión utilizando para ello como fuente original la nueva edición de *Misère de la philosophie* incluida en las *Oeuvres de Karl Marx*, Économie, I, Bibliothèque de la Pléiade, París, 1963.

Hemos enriquecido el volumen incorporando las notas y variantes con que Maximilien Rubel acompañara la citada edición de la Pléiade, notas que, entre otros, tienen el mérito de incluir gran parte de las observaciones marginales que escribiera P.-J. Proudhon en su ejemplar personal del libro de Marx.

Además de los prólogos de Engels y de las conocidas cartas a P.V. Annenkov y J.B. von Schweitzer, con que habitualmente se acompañan las ediciones de *Miseria de la filosofía* (criterio iniciado por Bernstein y Kautsky en la primera edición alemana), agregamos una carta de Marx, Engels y Ph. Gigot a Proudhon y la respuesta de éste. Es esta última carta, sin duda, el punto inicial de la ruptura entre ambos pensadores que culminará con la obra que aquí presentamos.

Por otra parte, el *Discurso sobre el libre intercambio*, a partir de la edición alemana de 1885, es un anexo obligado.

ADVERTENCIA A LA EDICIÓN FRANCESA

En 1847, Marx tiene veintinueve años. Actúa en la vida pública desde cinco años antes y se ve marcado por diversas experiencias políticas decisivas. Tres fracasos han sido seguidos por tres períodos de estudio:

a] La *Rheinische Zeitung* (1842-1843) fue prohibida por el gobierno prusiano. Marx hizo en ella sus primeras armas de polemista liberal. Despechado, decide pasar a Francia para seguir su combate desde ahí.

b] En París funda (con A. Ruge) los *Annales Franco-Allemandes* (1844). Es en esta revista donde publica un principio de crítica de la filosofía del derecho de Hegel; en esta época también formula la idea de emancipación filosófica y revolucionaria del proletariado. Una diferencia de fondo con Ruge interrumpe esta experiencia.

c] A continuación el fracaso del *Vorwärts* de París. Expulsado en 1845 por órdenes de Guizot, se instala en Bruselas, donde la censura lo vigila. Tuvo que declarar y firmar que no se mezclaría con la "actualidad política".

El balance de su actividad es negativo, mas no el de sus meditaciones. Condenado tres veces a la inacción, estudia la revolución francesa y critica la filosofía política de Hegel; aborda la economía política y esboza su primera crítica de esta ciencia; toma sus distancias respecto de antiguas amistades o relaciones intelectuales al escribir *La sagrada familia*.

Pero también emprende, con su nuevo amigo Engels, un combate para el cual renuevan su idea de comunismo. Han establecido una especie de club internacional de correspondencia comunista, cuya red está destinada a facilitar los intercambios intelectuales y la propaganda.

Estas actividades no dejan de desviar a Marx de la composición de una *Crítica de la economía y de la política*, prometida a un editor, y en la que deberían reencontrarse las preocupaciones que había expresado a Proudhon durante su estancia en París. No parece que tuviera una idea muy clara de lo que podría ser esta obra, pero estudia su tema, en la prolongación de sus trabajos todavía inéditos de 1844. Por dos veces el editor rescinde el contrato (1846 y 1847). Marx prefiere la polémica y redacta, con Engels, *La ideología alemana*.

Proudhon duda en dar su adhesión a los comités de correspondencia: "No debemos ya plantear la acción *revolucionaria* como medio de reforma social [. . .] Para mí el problema es así: *hacer entrar en la sociedad, por una combinación económica, las riquezas que han salido de la sociedad por otra combinación económica*. . . Hacer que la propiedad se consuma, más que darle una nueva fuerza haciendo un San Bartolomé de los propietarios. Mi próxima obra, que en este momento está a medias en su impresión, hablará más sobre ello. He aquí, mi querido filósofo, dónde estoy por el momento; salvo que me equivoque y, habiendo motivo para ello, reciba la férula de vuestra mano" (17 de mayo de 1846).

La férula caerá. La simpatía de Proudhon por Karl Grün, a quien Marx no tiene en mucha estima, su negativa a colaborar, y finalmente la publicación de su obra anunciada: el *Système des contradictions économiques, ou Philosophie de la misère*, que se difundirá ampliamente en Alemania, todo ello decepciona y humilla a Marx, quien había alabado, en *La sagrada familia*, las ideas de *Qu'est-ce que la propriété?* El anti-Proudhon fue redactado durante el invierno de ese año y publicado en el mes de junio de 1847.

El texto de esta obra ha sido establecido sobre la base de la edición original: *Misère de la philosophie. Réponse à "la Philosophie de la misère" de M. Proudhon. Par Karl Marx. Paris. A. Franck, 69, rue Richelieu. Bruxelles, C.G. Vogler, 2, petite rue de la Madeleine. 1847.* (Imprimerie de Delevigne et Callewaert.) [In-8°, 8 + 178 pp. + 1 p. de fe de erratas.]

Hemos tenido en cuenta las erratas con todo cuidado, dejando de lado algunos casos, no obstante, donde la corrección ya no se justificaba. En cambio, hemos corregido algunas expresiones lingüísticamente dudosas o impropias; no olvidemos, al leer este texto, que fue *pensado* en alemán y que el estilo de la obra lo resiente fuertemente.

Correcciones y adiciones han sido encontradas en un ejemplar ofrecido en 1876 por el propio Marx a Natalia Utina, así como en una lista preparada por Engels para una nueva edición francesa. Estos cambios se hicieron en la primera edición alemana (1885), revisada por Engels, y aquí y allá en la prime-

ra edición francesa (1896). Los mencionamos en la parte relativa a las notas, al final del volumen. En cuanto a estas referencias, nos remitimos a la edición *Marx-Engels Gesamtausgabe* (sigla: *MEGA*), sección I, volumen VI, Berlín, 1932, pp. 119-228.

Al verificar las citas que Marx hace de Proudhon, hemos comprobado algunas inexactitudes. La misma verificación se hizo en cuanto a Ricardo y Francis Bray, copiosamente citados por Marx. Para lo que corresponde a Proudhon, remitimos a la nueva edición de las *Contradictions économiques* publicada por Marcel Rivière, París, 1923. Estas indicaciones aparecen entre llaves, después de las de Marx.

Marx no cita siempre en el orden y palabra por palabra. Es cosa suya subrayar ciertas palabras. Sólo señalaremos los casos en que la inexactitud se vuelve deformación.

Reimpresiones: La primera edición apareció en 1896, en casa de Giard et Brière, París; la segunda, en la misma casa, 1908; la tercera, en casa de Marcel Giard, 1922 y 1935. Señalemos además la reimpresión aparecida en Éditions Sociales, 1947. *Todas* contienen numerosos errores. El texto publicado en 1961 en las Éditions Sociales, y establecido según la *MEGA*, es exacto con excepción de pequeños detalles.

NOTA: Las indicaciones bibliográficas, incompletas en el cuerpo del texto, se dan íntegramente en el índice onomástico y bibliográfico al final de este volumen.

PRÓLOGO

Proudhon tiene la desgracia de ser singularmente incomprendido en Europa. En Francia se le reconoce el derecho de ser un mal economista, porque tiene fama de ser un buen filósofo alemán. En Alemania se le reconoce el derecho de ser un mal filósofo porque tiene fama de ser un economista francés de los más fuertes. En nuestra calidad de alemán y de economista a la vez, hemos querido protestar contra este doble error. [1]

El lector comprenderá que, en esta labor ingrata, hemos tenido que abandonar frecuentemente la crítica de Proudhon para dedicarnos a la crítica de la filosofía alemana, y hacer al mismo tiempo algunas observaciones sobre la economía política.

KARL MARX

Bruselas, 15 de junio de 1847

El libro de Proudhon no es simplemente un tratado de economía política ni un libro ordinario, es una Biblia. Nada falta en él: "Misterios", "Secretos arrancados al seno de Dios", "Revelaciones". Pero como en nuestro tiempo los profetas son discutidos con mayor rigor que los autores profanos, el lector tendrá que resignarse a pasar con nosotros por la erudición árida y tenebrosa del "*Génesis*" para elevarse más tarde con Proudhon a las regiones etéreas y fecundas del *suprasocialismo*. (Véase Proudhon, *Philosophie de la misère*, prólogo, p. III, línea 20 {ed, 1923, t. I, p. 34}.)

CAPÍTULO PRIMERO

UN DESCUBRIMIENTO CIENTÍFICO

1. OPOSICIÓN ENTRE EL VALOR DE USO Y EL VALOR DE CAMBIO

La capacidad de todos los productos, naturales e industriales, de servir a la subsistencia del hombre recibe la denominación particular de *valor de uso*; la capacidad que tienen de trocarse unos por otros se llama *valor de cambio*. . . ¿Cómo se convierte el valor de uso en valor de cambio?. . . La generación de la idea del valor [de cambio] no ha sido esclarecido por los economistas con el debido esmero; por eso es necesario que nos detengamos en este punto. Como muchos de los objetos que necesito se encuentran en la naturaleza en cantidad limitada o ni siquiera existen, me veo forzado a contribuir a la producción de lo que me falta, y como yo no puedo producir tantas cosas, *propondré* a otros hombres, colaboradores míos en funciones diversas, que me cedan una parte de sus productos a *cambio* del mío (Proudhon, *Système des contradictions, ou Philosophie de la misère* {1846}, t. I, cap. II {ed. 1923, t. I, pp. 91 y 92}) [2].

Proudhon se propone explicarnos ante todo la doble naturaleza del valor, "*la distinción dentro del valor*", el proceso que convierte el valor de uso en valor de cambio. Tenemos que detenernos con Proudhon en este acto de transustanciación. He aquí cómo se realiza este acto, según nuestro autor.

Hay un gran número de productos que no se encuentran en la naturaleza, son obra de la industria. Puesto que las necesidades rebasan la producción espontánea de la naturaleza, el hombre se ve precisado a recurrir a la producción industrial. ¿Qué es esta industria, según la suposición de Proudhon? ¿Cuál es su origen? Un hombre solo que necesite gran número de objetos "no puede producir tantas cosas". Muchas necesidades que satisfacer suponen muchas cosas que producir: sin producción no hay productos; y muchas cosas que producir suponen la participación de más de un hombre en su producción. Ahora bien, en cuanto se admite que en la producción participa más de un hombre, se admite ya toda una producción basada en la división del trabajo. De este modo, la necesidad, tal como

la concibe Proudhon, supone a su vez toda la división del trabajo. Al admitir la división del trabajo, se admite también el intercambio y, en consecuencia, el valor de cambio. Con el mismo derecho se habría podido suponer desde un principio el valor de cambio.

Mas Proudhon ha preferido darle la vuelta. Sigámosle en todos sus rodeos, que siempre nos habrán de conducir a su punto de partida.

Para salir del estado de cosas en que cada uno produce aislado de los demás, y para llegar al intercambio, "recurro —dice Proudhon— a mis colaboradores en funciones diversas". Así, pues, tengo colaboradores, encargados de funciones diversas, sin que por eso yo y todos los demás, siempre según la suposición del señor Proudhon, dejemos de ser Robinsones aislados y desligados de la sociedad. Los colaboradores y las funciones diversas, la división del trabajo, y el intercambio que implica, surgen como caídos del cielo.

Resumamos: tengo necesidades fundadas en la división del trabajo y en el intercambio. Al suponer estas necesidades, Proudhon se encuentra con que supone el intercambio y el valor de cambio, del cual se propone precisamente "esclarecer la generación con más esmero que los demás economistas".

Proudhon habría podido con el mismo derecho invertir el orden de las cosas, sin trastocar con ello la exactitud de sus conclusiones. Para explicar el valor de cambio, hace falta el intercambio. Para explicar el intercambio hace falta la división del trabajo. Para explicar la división del trabajo hacen falta necesidades que requieran la división del trabajo. Para explicar estas necesidades, es menester "*suponerlas*", lo que no significa negarlas, contrariamente al primer axioma del prólogo de Proudhon: "Suponer a Dios es negarlo" (Proudhon, *loc. cit.*, prólogo, p. 1 [ed. 1923, t. I, pp. 33-34]) [3].

¿Cómo Proudhon, que supone conocida la división del trabajo, explica con ella el valor de cambio, que para él es siempre una incógnita?

"Un hombre" se decide a "*proponer* a otros hombres, colaboradores suyos en funciones diversas", establecer el intercambio y hacer una distinción entre el valor de uso y el valor de cambio. Al aceptar esta distinción propuesta, los colaboradores sólo han dejado a Proudhon el "cuidado" de consignar el hecho, señalar, "anotar" en su tratado de economía política "la generación de la idea del valor". Pero lo que debe explicarnos es "la generación" de esta propuesta, decirnos, en suma, cómo este hombre solo, este Robinsón, tuvo de pronto la idea de hacer "a sus colaboradores" una proposición de género *conocido* y cómo estos colaboradores la aceptaron sin protesta alguna.

Proudhon no entra en estos detalles genealógicos. Simplemente estampa en el hecho del intercambio una especie de sello histórico al presentarlo como una propuesta, formulada por una tercera persona, que busca establecer el intercambio.

He aquí una muestra del "*método histórico y descriptivo*" de Proudhon, que profesa un desprecio soberbio por el "método histórico y descriptivo" de los Adam Smith y los Ricardo.

El intercambio tiene su historia. Ha atravesado diferentes fases.

Hubo un tiempo, como por ejemplo en la Edad Media, en que no se intercambiaba más que lo superfluo, el excedente de la producción sobre el consumo.

Hubo luego un tiempo en que no solamente lo superfluo sino todos los productos, toda la vida industrial pasaron a la esfera del comercio, un tiempo en que la producción entera dependía del intercambio. ¿Cómo explicar esta segunda fase del intercambio: el valor dinerario elevado a su segunda potencia?

Proudhon tendría una respuesta preparada: suponed que un hombre hubiera "*propuesto* a otros hombres, colaboradores suyos en funciones diversas", elevar el valor dinerario a su segunda potencia.

Por último llegó un momento en que todo lo que los hombres habían venido considerando como inalienable se hizo objeto de intercambio, de tráfico y podía enajenarse. Es el momento en que incluso las cosas que hasta entonces se transmitían pero nunca se intercambiaban, se donaban pero nunca se vendían, se adquirían pero nunca se compraban, tales como virtud, amor, opinión, ciencia, conciencia, etc., todo, en suma, pasó a la esfera del comercio. Es el tiempo de la corrupción general, de la venalidad universal, o, para expresarnos en términos de economía política, el tiempo en que cada cosa, moral o física, convertida en valor dinerario, es llevada al mercado para ser apreciada en su más justo valor. [4]

¿Cómo explicar esta nueva y última fase del intercambio, es decir el valor dinerario elevado a su tercera potencia?

Proudhon tendría una respuesta preparada también para eso: suponed que una persona hubiera "*propuesto* a otras, co-

laboradoras suyas en funciones diversas", hacer de la virtud, del amor, etc., un valor dinerario, elevar el valor de cambio a su tercera y última potencia.

Como se ve, "el método histórico y descriptivo" de Proudhon es bueno para todo, responde a todo y lo explica todo. En particular, cuando se trata de explicar históricamente "la generación de una idea económica", Proudhon supone a un hombre que propone a otros hombres, colaboradores suyos en funciones diversas, llevar a término este acto de generación, y asunto concluido.

A partir de aquí aceptamos "la generación" del valor de cambio como un hecho consumado; ahora no nos resta sino exponer la relación entre el valor de cambio y el valor de uso. Oigamos a Proudhon:

Los economistas han puesto de relieve con gran claridad el doble carácter del valor; pero lo que no han esclarecido con la misma nitidez es su *naturaleza contradictoria*; aquí es donde comienza nuestra crítica [. . .] No basta haber señalado este asombroso contraste entre el valor de uso y el valor de cambio, contraste en el que los economistas están acostumbrados a no ver sino una cosa muy simple: es preciso mostrar que esta pretendida simplicidad oculta un misterio profundo que tenemos el deber de desentrañar [. . .] En términos técnicos, el valor de uso y el valor de cambio están en razón inversa el uno del otro. {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, pp. 93 y 95}.

Si hemos captado bien el pensamiento de Proudhon, he aquí los cuatro puntos que se propone establecer:

1° El valor de uso y el valor de cambio forman "un contraste asombroso", están en mutua oposición;

2° El valor de uso y el valor de cambio están en razón inversa el uno del otro, se contradicen entre sí;

3° Los economistas no han visto ni conocido la oposición ni la contradicción;

4° La crítica de Proudhon comienza por el final.

Nosotros también comenzaremos por el final, y para librar a los economistas de las acusaciones de Proudhon, dejaremos que hablen dos economistas bastante importantes.

Sismondi: El comercio ha reducido todas las cosas a la oposición entre el valor de uso y el valor de cambio, etc. (Sismondi, *Études sur l'économie politique*, 1836, t. II, p. 162).

Lauderdale: En general, la riqueza nacional [el valor de uso] disminuye a medida que las fortunas individuales se acrecientan por el aumento del valor dinerario; y a medida que estas últimas se reducen por la disminución de ese valor, la riqueza nacional aumenta generalmente (Lauderdale, *Recherches sur la nature et l'origine de la richesse publique*, trad. de Lagentie de Lavaisse, 1808, p. 33).

Sismondi ha fundado sobre la *oposición* entre el valor de uso y el valor de cambio su principal doctrina, según la cual la disminución del ingreso es proporcional al crecimiento de la producción.

Lauderdale ha fundado un sistema sobre la razón inversa de las dos clases de valor, y su doctrina era tan popular en los tiempos de Ricardo, que éste podía hablar de ella como de una cosa generalmente conocida. "Confundiendo las ideas del valor dinerario y de las riquezas [valor de uso] se ha pretendido aseverar que es posible aumentar las riquezas disminuyendo la cantidad de cosas necesarias, útiles o agradables para la vida" (Ricardo, *Des principes de l'économie politique et de l'impôt*, trad. de F.S. Constancio. Anotado por J.-B. Say, París, 2ª ed., 1835, t. II, p. 65).

Acabamos de ver que los economistas, antes de Proudhon, han "señalado" el misterio profundo de la oposición y de la contradicción. Veamos ahora cómo Proudhon explica a su vez este misterio después de los economistas.

Si la demanda permanece invariable, el valor de cambio de un producto baja a medida que la oferta crece; en otros términos: cuanto más abundante es un producto *en relación con la demanda*, más bajo es su valor de cambio o su precio.

Viceversa: cuanto más débil es la oferta en relación con la demanda, más sube el valor de cambio o el precio del producto ofrecido; en otros términos, cuanto más escasean los productos ofrecidos, con respecto a la demanda, más caros son. El valor de cambio de un producto depende de su abundancia o de su escasez, pero siempre con relación a la demanda. Supongamos un producto, más que raro, único en su género: este producto único será más que abundante, será superfluo, si no encuentra demanda. Por el contrario, supongamos un producto multiplicado por millones, que será siempre raro si no basta para satisfacer la demanda, es decir, si es demasiado solicitado.

Éstas son verdades, diríamos casi banales, pero que hemos tenido que reproducir aquí para hacer comprender los misterios de Proudhon.

Así, pues, siguiendo el principio hasta sus últimas consecuencias, se llegaría a la conclusión más lógica del mundo: las cosas cuyo uso es necesario y cuya cantidad es infinita, no deben valer nada; en cambio, las cosas cuya utilidad es nula y cuya escasez es extrema deben tener un precio inestimable. Para colmo de males, la práctica no admite estos extremos: por un lado, ningún producto humano puede aumentar jamás en cantidad hasta el infinito; por el otro, las cosas más raras deben ser útiles en un cierto grado, sin lo cual no tendrían ningún valor. El valor de uso y el valor de cambio están, pues, fatalmente encadenados el uno al otro, si bien por su naturaleza tienden de continuo a excluirse (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, p. 39 {ed. 1923, t. I, p. 96}).

¿Cuál es el colmo de los males de Proudhon? Que ha olvidado simplemente la *demanda*, y que una cosa no puede ser escasa o abundante sino en tanto sea solicitada. Dejando de lado la demanda, identifica el valor de cambio con la *escasez* y el valor de uso con la *abundancia*. En efecto, diciendo que las cosas "cuya *utilidad* es *nula* y cuya *escasez* es *extrema*", tienen "un *precio inestimable*", afirma simplemente que el valor de cambio no es sino la escasez. "Escasez extrema y utilidad nula", es escasez pura. "Precio inestimable", es el máximo del valor de cambio, es el valor de cambio en estado puro. Entre estos dos términos coloca el signo de igualdad. Así, valor de cambio y escasez son dos términos equivalentes. Llegando a estas pretendidas "consecuencias extremas", Proudhon lleva hasta el extremo no las cosas, sino los términos que las expresan, dando así pruebas de tener más capacidad para la retórica que para la lógica. Vuelve a encontrar sus hipótesis primeras en toda su desnudez, cuando cree haber encontrado nuevas consecuencias. Gracias a este mismo procedimiento, consigue identificar el valor de uso con la abundancia pura.

Después de haber puesto en los dos términos de una ecuación el valor de cambio y la escasez, el valor de uso y la abundancia, Proudhon se asombra de no encontrar ni el valor de uso en la escasez y en el valor de cambio, ni el valor de cambio en la abundancia y en el valor de uso; y viendo que la práctica no admite estos extremos, lo único que le queda es creer en el misterio. Para él existe precio inestimable porque no hay compradores, y no los encontrará jamás mientras haga abstracción de la demanda.

Por otra parte, la abundancia de Proudhon parece ser una cosa espontánea. Olvida por completo que hay gentes que la producen y que están interesadas en no perder nunca de vista la demanda. Si no ¿cómo habría podido decir Proudhon que las cosas que son muy útiles deben tener un precio muy bajo o incluso no costar nada? Por el contrario, debería haber llegado a la conclusión de que hace falta restringir la abundancia, la producción de cosas muy útiles, si se quiere elevar su precio, su valor de cambio.

Los antiguos viñadores de Francia que solicitaban una ley que prohibiera la plantación de nuevas viñas; los holandeses que quemaban las especias de Asia y arrancaban los claveros de las islas Molucas, querían simplemente reducir la abundancia para elevar el valor de cambio. En el curso de toda la Edad Media se procedía de acuerdo con este mismo principio, al limitar por medio de leyes el número de compañeros que podía tener un maestro y el número de instrumentos que podía emplear (véase Anderson: *Histoire du commerce*). [5]

Después de haber presentado la abundancia como el valor de uso y la escasez como el valor de cambio —nada más fácil que demostrar que la abundancia y la escasez están en razón inversa—, Proudhon identifica el valor de uso con la *oferta* y el valor de cambio con la *demanda*. Para hacer la antítesis aún más tajante, sustituye los términos poniendo "*valor de opinión*" en lugar de *valor de cambio*. De esta manera, la lucha cambia de terreno, y tenemos de un lado la *utilidad* (el valor de uso, la oferta) y de otro la *opinión* (el valor de cambio, la demanda).

¿Quién conciliará estas dos potencias opuestas? ¿Cómo ponerlas de acuerdo? ¿Se puede establecer entre ellas aunque sólo sea un punto de comparación? Naturalmente, exclama Proudhon, existe ese punto de comparación: *es el libre arbitrio*. El precio resultante de esta lucha entre la oferta y la demanda, entre la utilidad y la opinión, no será la expresión de la justicia eterna.

Proudhon sigue desarrollando esta antítesis:

En mi calidad de *comprador libre*, soy el juez de mi necesidad, el juez de la conveniencia del objeto, del precio que *quiero* pagar por él. Por otra parte, en su calidad de *productor libre*, usted es dueño de los *medios de ejecución*, y, por consiguiente, tiene la facultad de reducir sus gastos (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, p. 41 {ed. 1923, t. I, p. 97}).

Y como la demanda o el valor de cambio es lo mismo que la opinión, Proudhon se ve precisado a decir:

Está demostrado que es el *libre arbitrio* del hombre el que da lugar a la oposición entre el valor de uso y el valor de cambio. ¿Cómo resolver esta oposición en tanto que subsista el libre arbitrio? ¿Y cómo sacrificar éste, a menos de sacrificar al hombre? (*Ibid*.).

De este modo, no se puede llegar a ningún resultado. Hay una lucha entre dos potencias, por decirlo así, inconmensurables, entre lo útil y la opinión, entre el comprador libre y el productor libre.

Veamos las cosas un poco más de cerca.

La oferta no representa exclusivamente la utilidad, la demanda no representa exclusivamente la opinión. ¿Acaso el que demanda no ofrece también un producto cualquiera o el signo representativo de todos los productos, el dinero? Y al ofrecerlo, ¿no representa, según Proudhon, la utilidad o el valor de uso?

Por otra parte, ¿el que ofrece no demanda también un producto cualquiera o el signo representativo de todos los productos, el dinero? ¿Y acaso no se transforma así en el representante de la opinión, del valor de opinión o del valor de cambio?

La demanda es al mismo tiempo una oferta, la oferta es al mismo tiempo una demanda. Así, la antítesis de Proudhon, identificando simplemente la oferta y la demanda, la una con la utilidad y la otra con la opinión, sólo descansa sobre una abstracción hueca.

Lo que Proudhon denomina valor de uso, otros economistas lo llaman, con el mismo derecho, valor de opinión. Sólo citaremos a Storch (H. Storch, *Cours d'économie politique*, {París}, 1823, pp. 88 y 99).

Según éste, se denominan *necesidades* las cosas de que sentimos necesidad, y *valores* las cosas a las que atribuimos valor. La mayoría de las cosas tienen valor únicamente porque satisfacen las necesidades engendradas por la opinión. La opinión sobre nuestras necesidades puede cambiar, por lo que la utilidad de las cosas, que no expresa más que una relación entre estas cosas y nuestras necesidades, también puede cambiar. Las propias necesidades naturales cambian continuamente. En efecto, ¡qué gran variedad no habrá en los principales artículos alimenticios de los diferentes pueblos!

La lucha no se entabla entre la utilidad y la opinión: se entabla entre el valor dinerario que demanda el que ofrece y el valor dinerario que ofrece el que demanda. El valor de cambio del producto es en todo momento la resultante de estas apreciaciones contradictorias.

En última instancia, la oferta y la demanda colocan frente a frente la producción y el consumo, pero la producción y el consumo basados en intercambios individuales.

El producto que se ofrece no es lo útil en sí mismo. Su utilidad la prueba el consumidor. Y aun cuando le reconozca la cualidad de ser útil, no representa exclusivamente lo útil. En el curso de la producción, ha sido cambiado por todos los gastos de producción, como las materias primas, los salarios de los obreros, etc., cosas todas ellas que son valores dinerarios. Por consiguiente, el producto representa, a los ojos del productor, una suma de valores dinerarios. Lo que el producto ofrece no es solamente un objeto útil, sino además y sobre todo un valor dinerario.

En cuanto a la demanda, sólo será efectiva a condición de tener a su disposición medios de cambio. Estos medios, a su vez, son productos, valores dinerarios.

Por lo tanto, en la oferta y la demanda encontramos, por una parte, un producto que ha costado valores dinerarios y la necesidad de vender; y por otra parte, medios que han costado valores dinerarios y el deseo de comprar.

Proudhon opone el *comprador libre* al *productor libre*. Atribuye al uno y al otro cualidades puramente metafísicas. Esto le hace decir: "Está demostrado que el *libre arbitrio* del hombre es el que da lugar a la oposición entre el valor de uso y el valor de cambio."

El productor, desde el momento que ha producido en una sociedad basada en la división del trabajo y en el intercambio —y tal es la hipótesis de Proudhon—, está obligado a vender. Proudhon hace al productor dueño de los medios de producción; pero convendrá con nosotros en que sus medios de producción no dependen del *libre arbitrio*. Más aún: estos medios de producción son en gran parte productos que le vienen de afuera, y en la producción moderna no posee ni siquiera la libertad de producir la cantidad que desee. El grado actual de desarrollo de las fuerzas productivas le obliga a producir en tal o cual escala.

El consumidor no es más libre que el productor. Su opinión se basa en sus medios y sus necesidades. Los unos y las otras están determinados por su situación social, la cual depende a su vez de la organización social en su conjunto. Desde luego,

el obrero que compra papas y la concubina que compra encajes, se atienen a su opinión respectiva. Pero la diversidad de sus opiniones se explica por la diferencia de la posición que ocupan en el mundo, y esta diferencia de posición es producto de la organización social [6].

¿En qué se funda el sistema de necesidades? ¿En la opinión o en toda la organización de la producción? Lo más frecuente es que las necesidades nazcan directamente de la producción o de un estado de cosas basado en la producción. El comercio universal gira casi por entero en torno a las necesidades, no del consumo individual, sino de la producción. Así, eligiendo otro ejemplo, la necesidad que hay de notarios, ¿no supone un derecho civil dado, que no es sino una expresión de un cierto desarrollo de la propiedad, es decir, de la producción? [7].

A Proudhon no le basta haber eliminado de la relación entre la oferta y la demanda los elementos que acabamos de mencionar. Lleva la abstracción a los últimos límites, fundiendo a todos los productores en *un solo* productor y a todos los consumidores en *un solo* consumidor, y haciendo que la lucha se entable entre estos dos personajes quiméricos. Pero en el mundo real las cosas ocurren de otro modo. La competencia entre los representantes de la oferta y la competencia entre los representantes de la demanda forman un elemento necesario de lucha entre los compradores y los vendedores, de donde resulta el valor dinerario.

Después de haber eliminado los gastos de producción y la competencia, Proudhon puede a su gusto reducir al absurdo la fórmula de la oferta y de la demanda.

> La oferta y la demanda —dice— no son otra cosa que dos *formas ceremoniales* que sirven para poner frente a frente el valor de uso y el valor de cambio y para provocar su conciliación. Son los dos polos eléctricos cuya unión debe producir el fenómeno de afinidad denominado *intercambio* (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, pp. 49-50 {ed. 1923, t. I, p. 103}).

Con el mismo derecho podría decirse que el intercambio no es sino una "forma ceremonial", necesaria para poner frente a frente al consumidor y al objeto de consumo. Y también se podría decir que todas las relaciones económicas son "formas ceremoniales", por cuyo intermedio se efectúa el consumo inmediato. La oferta y la demanda son relaciones de una producción dada, ni más ni menos que los intercambios individuales.

Así, pues, ¿en qué consiste toda la dialéctica de Proudhon? En sustituir el valor de uso y el valor de cambio, la oferta y la demanda, por nociones abstractas y contradictorias, tales como la escasez y la abundancia, la utilidad y la opinión, *un* productor y *un* consumidor, ambos *caballeros del libre arbitrio.*

¿A dónde quería llegar por ese camino?

A procurarse el medio de introducir más tarde uno de los elementos que había eliminado, los *costos de producción*, como la *síntesis* entre el valor de uso y el valor de cambio. Así es como los costos de producción constituyen a sus ojos el *valor sintético* o el *valor constituido* [8].

2. VALOR CONSTITUIDO O VALOR SINTÉTICO

"El valor [dinerario] es la piedra angular del edificio económico" {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 90}. El valor *"constituido"* es la piedra angular del sistema de contradicciones económicas.

Ahora bien, ¿qué es este *"valor constituido"* que representa todo el descubrimiento de Proudhon en economía política?

Una vez admitida la utilidad, el trabajo es la fuente del valor. La medida del trabajo es el tiempo. El valor relativo de los productos es determinado por el tiempo de trabajo necesario para producirlos. El precio es la expresión monetaria del valor relativo de un producto. Por último, el valor *constituido* de un producto es simplemente el valor que se forma por el tiempo de trabajo fijado en él.

Así como Adam Smith descubrió la *división del trabajo*, así también Proudhon pretende haber descubierto el *"valor constituido"*. Esto no es precisamente "algo inaudito", pero convengamos también en que no hay nada de inaudito en ningún descubrimiento de la ciencia económica. Proudhon, que sabe de la importancia de su invención, trata, sin embargo, de atenuar el mérito "para tranquilizar al lector a propósito de sus pretensiones de originalidad y buscar la reconciliación con los espíritus que por timidez son poco inclinados a las ideas nuevas". Pero conforme va exponiendo lo que cada uno de sus predecesores ha hecho para determinar el valor, se ve forzosamente impulsado a proclamar a los cuatro vientos que a él le pertenece la mayor parte, la parte del león.

La idea sintética del valor había sido vagamente percibida por Adam Smith [. . .] Pero en Adam Smith esta idea de valor era completamente intuitiva [. . .]; ahora bien, la sociedad no cambia sus hábitos en virtud de la fe en intuiciones: lo que la hace decidirse es la autoridad de los hechos. Era preciso que la antinomia se expresase de una manera más palpable y más nítida: J.-B. Say fue su principal intérprete {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, pp. 116-117}.

He aquí la historia acabada del descubrimiento del valor sintético: A. Smith posee la intuición vaga, J.-B. Say la antinomia y Proudhon la verdad constituyente y "constituida". Y nada de ofuscaciones al respecto: todos los demás economistas, de Say a Proudhon, no han hecho más que afanarse en el camino trillado de la antinomia.

Es increíble que tantos hombres inteligentes se devanen los sesos desde hace cuarenta años en torno a una idea tan simple. Pero no, *la comparación de los valores se efectúa sin que haya entre ellos ningún punto de comparación y sin unidad de medida.* Esto es lo que decidieron sostener los *economistas del siglo XIX* contra todos, en lugar de abrazar la teoría revolucionaria de la igualdad. *¿Qué dirá la posteridad?* (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, p. 68 {ed. 1923, t. I, p. 118}).

La posteridad tan bruscamente apostrofada, comenzará por sentirse perpleja en lo que atañe a la cronología. Necesariamente tendrá que preguntarse: ¿acaso Ricardo y su escuela no son economistas del siglo XIX? El sistema de Ricardo, fundado en el principio de que "el valor relativo de las mercancías depende exclusivamente de la cantidad de trabajo requerida para su producción" data de 1817. Ricardo es el jefe de toda una escuela, que reina en Inglaterra desde la Restauración. La doctrina ricardiana resume rigurosa, despiadadamente, el punto de vista de toda la burguesía inglesa que, a su vez, representa el tipo de la burguesía moderna. "¿Qué dirá la posteridad?" No dirá que Proudhon desconocía en absoluto a Ricardo porque habla de él, y habla no poco, lo invoca constantemente y termina por decir que es un "cúmulo de frases incoherentes". Si la posteridad interviene en este asunto algún día, dirá tal vez que Proudhon, temiendo herir la anglofobia de sus lectores, prefirió hacerse el editor responsable de las ideas de Ricardo. De cualquier modo, considerará muy ingenuo que Proudhon presente como "teoría revolucionaria del porvenir" lo que Ricardo ha expuesto científicamente como la teoría de la sociedad actual, de la sociedad burguesa, y que, por lo tanto, acepte como solución de la antinomia entre la utilidad y el valor de cambio lo que Ricardo y su escuela han presentado mucho antes que él como la fórmula científica de un solo aspecto de la antinomia, del *valor de cambio.* Pero dejemos de lado de una vez y para siempre la posteridad y confrontemos a Proudhon con su predecesor Ricardo. He aquí algunos pasajes de este autor, que resumen su doctrina sobre el valor:

La utilidad no es la medida del *valor de cambio*, aunque es absolutamente necesaria para este último.

Las cosas, una vez reconocidas como útiles por sí mismas, extraen su valor de cambio de dos fuentes: de su escasez y de la cantidad de trabajo necesario para adquirirlas. Hay cosas cuyo valor sólo depende de la escasez. Como ningún trabajo puede aumentar su cantidad, el valor no puede bajar por su mayor abundancia. Tal es el caso de las estatuas o los cuadros de gran valor, etc. Este valor depende únicamente de la riqueza, de los gustos o del capricho de quienes desean adquirir semejantes objetos [. . .] Pero en el conjunto de mercancías que se cambian a diario, el número de esos objetos es muy reducido. Como la inmensa mayoría de las cosas que se desea poseer son fruto del trabajo, se las puede multiplicar, no solamente en un país, sino en muchos, hasta un grado que es casi imposible limitar, siempre que se quiera emplear el trabajo necesario para crearlas [. . .]. Por eso, cuando hablamos de mercancías, de su valor de cambio y de los principios que regulan su precio relativo, sólo tenemos en cuenta aquellas mercancías cuya cantidad puede acrecentarse por el trabajo humano y cuya producción es estimulada por la competencia y no tropieza con traba alguna (Ricardo, *loc. cit.*, t. I, pp. 3, 4 y 5).

Ricardo cita a A. Smith que, según él, "definió con *gran precisión* la fuente primitiva de todo valor de cambio" (Smith, t. I, cap. V), y agrega:

La doctrina según la cual esto [es decir, el tiempo de trabajo] es en realidad la base del valor de cambio de todas las cosas, excepto las que el trabajo humano no puede multiplicar a su voluntad, reviste la más alta importancia en economía política, porque nada ha dado origen a tantos errores y divergencias en esta ciencia como el sentido vago y poco preciso que se asigna a la palabra *valor.*

Si el valor de cambio de una cosa es determinado por la cantidad de trabajo contenido en ella, de aquí se deduce que todo aumento de la cantidad de trabajo debe necesariamente aumentar el valor del objeto en cuya producción haya sido empleado el trabajo, y toda disminución de trabajo debe disminuir dicho valor (Ricardo, *loc. cit.*, p. 8).

Ricardo reprocha después a Smith que:

1° "Da al valor otra medida, además del trabajo: unas veces el valor del trigo, otras la cantidad de trabajo que se puede comprar por esta cosa, etc."

2° "Admite sin reserva el principio y, sin embargo, restringe su aplicación al estado primitivo y bárbaro de la sociedad, que precede a la acumulación de capitales y a la propiedad de la tierra" (*Ibid.*, pp. 9-10 y 21).

Ricardo pretende demostrar que la propiedad de la tierra, es decir la renta, no puede alterar el valor relativo [9] de los productos agrícolas y que la acumulación de capitales sólo ejerce una acción pasajera y oscilatoria sobre los valores relativos determinados por la cantidad comparativa de trabajo empleado en su producción. Para apoyar esta tesis, formula su famosa teoría de la renta de la tierra, descompone el capital y, al final, no encuentra en él sino trabajo acumulado. Luego desarrolla toda una teoría del salario y de la ganancia y demuestra que uno y otra tienen sus movimientos de alza y baja, en razón inversa el uno de la otra, sin influir sobre el valor relativo del producto. No ignora la influencia que la acumulación de capitales y su distinta naturaleza (capitales fijos y capitales circulantes), así como la tasa de los salarios, pueden ejercer sobre el valor proporcional de los productos. Incluso son los principales problemas de los que se ocupa Ricardo.

Toda economía en el trabajo —dice— no deja de disminuir nunca el valor relativo de una mercancía, ya sea porque esta economía afecte al trabajo necesario para la fabricación del objeto mismo, o bien al trabajo necesario para la formación del capital empleado en esta producción [. . .] [10]. Por consiguiente, mientras el trabajo de una jornada continúe proporcionando a uno la misma cantidad de pescado y a otro la misma cantidad de caza, la tasa natural de los precios respectivos de cambio seguirá siendo siempre el mismo, por mucho que varíen los salarios y la ganancia y pese a todos los efectos de la acumulación del capital [. . .] Hemos conceptuado el trabajo como la base del valor de las cosas, y la cantidad de trabajo necesaria para su producción como la regla que determina las cantidades respectivas de las mercancías que deben darse a cambio por otras: pero no hemos pretendido negar que haya en el precio corriente de las mercancías cierta desviación accidental y pasajera de ese precio primitivo y natural [. . .]. Los precios de las cosas se regulan, en definitiva, por los gastos de producción y no por la proporción entre la oferta y la demanda como se ha afirmado con frecuencia (Ricardo, *loc. cit.*, t. I, pp. 28, 32, 105 y 253).

Lord Lauderdale había explicado las variaciones del valor de cambio según la ley de la oferta y la demanda, o de la escasez y la abundancia con relación a la demanda. Según él, el valor de una cosa puede aumentar cuando disminuye la cantidad de esta cosa o cuando aumenta la demanda; el valor puede disminuir al aumentar la cantidad de esta cosa o al disminuir la demanda. Por lo tanto, el valor de una cosa puede cambiar bajo la acción de ocho causas diferentes: de cuatro causas relativas a esta cosa misma y de cuatro causas relativas al dinero o a cualquier otra mercancía que sirva de medida de su valor. He aquí la refutación de Ricardo:

El valor de los productos que son *monopolio* de un particular o de una compañía varía de acuerdo con la ley que Lord Lauderdale ha formulado: baja a medida que aumenta la oferta de estos productos y se eleva cuanto mayor es el deseo de los compradores de adquirirlos; su precio no guarda ninguna relación necesaria con su valor natural. Pero en cuanto a las cosas que están sujetas a la competencia entre los vendedores y cuya cantidad puede aumentar dentro de límites moderados, su precio depende, en definitiva, no del estado entre la demanda y la oferta, sino del aumento o de la disminución de los gastos de producción (*Ibid.*, t. II, p. 259).

Dejemos al lector que establezca la comparación entre el lenguaje tan preciso, claro y simple de Ricardo y los esfuerzos retóricos que hace Proudhon para llegar a la determinación del valor relativo por el tiempo de trabajo [11].

Ricardo nos muestra el movimiento real de la producción burguesa, que constituye el valor. Proudhon, haciendo abstracción de este movimiento real, "se devana los sesos" tratando de inventar nuevos procedimientos a fin de regular el mundo según una fórmula pretendidamente nueva, que no es sino la expresión teórica del movimiento real existente, tan bien expuesto por Ricardo. Ricardo toma como punto de partida la sociedad actual, para demostrarnos de qué manera ésta constituye el valor; Proudhon toma como punto de partida el valor constituido, para constituir un nuevo mundo social por medio de este valor. Según Proudhon, el valor constituido debe describir un círculo y volver a ser constituyente para un mundo ya totalmente constituido según este modo de evaluación. La

determinación del valor por el tiempo de trabajo es para Ricardo la ley del valor de cambio: para Proudhon es la síntesis del valor de uso y del valor de cambio. La teoría del valor de Ricardo es la interpretación científica de la vida económica actual; la teoría del valor de Proudhon es la interpretación utópica de la teoría de Ricardo. Ricardo consigna la verdad de su fórmula haciéndola derivar de todas las relaciones económicas y explicando por este medio todos los fenómenos, inclusive los que a primera vista parecen contradecirla, como la renta, la acumulación de capitales y la relación entre los salarios y las ganancias; esto es, en definitiva, lo que hace de su doctrina un sistema científico. Proudhon, que ha vuelto a descubrir esta fórmula de Ricardo por medio de hipótesis en verdad arbitrarias, se ve obligado luego a buscar hechos económicos aislados que violenta y falsea con el fin de hacerlos pasar por ejemplos, aplicaciones ya existentes, comienzos de realización de su idea regeneradora. (Véase más adelante, § 3.)

Veamos ahora las condiciones que Proudhon deduce del valor constituido (por el tiempo de trabajo).

□Una cierta cantidad de trabajo equivale al producto creado por esta misma cantidad de trabajo.

□Toda jornada de trabajo vale tanto como otra jornada de trabajo; es decir, siendo igual la cantidad, el trabajo de un hombre vale tanto como el trabajo de otro, no hay diferencia cualitativa. Siendo igual la cantidad de trabajo, el producto del uno se cambia por el del otro. Todos los hombres son trabajadores asalariados, retribuidos en igual medida por un tiempo igual de trabajo. La igualdad perfecta preside los intercambios.

¿Son estas conclusiones las consecuencias naturales, rigurosas, del valor "constituido" o determinado por el tiempo de trabajo?

Si el valor relativo de una mercancía es determinado por la cantidad de trabajo requerido para producirla, de aquí se deduce naturalmente que el valor relativo del trabajo, el salario, es igualmente determinado por la cantidad de trabajo necesario para producir el salario. El salario, es decir el valor relativo o precio del trabajo, se determina pues por el tiempo de trabajo que hace falta a fin de producir todo lo necesario para el mantenimiento del obrero. "*Disminúyanse los gastos de fabricación* de los sombreros y su precio terminará por descender hasta su nuevo precio natural, aunque la demanda pueda doblarse, triplicarse y/o cuadruplicarse. *Disminúyanse los gastos de mantenimiento de los hombres*, disminuyendo el precio natural de la alimentación y el vestido que sirven para el sostenimiento de su vida, y se verá que los salarios terminan por bajar, a pesar de que la demanda de brazos haya podido crecer considerablemente" (Ricardo, *loc. cit.*, t. II, p. 253).

Desde luego, el lenguaje de Ricardo no puede ser más cínico. Poner en el mismo nivel los gastos de fabricación de sombreros y los gastos de sostenimiento del hombre, es transformar al hombre en sombrero. Pero no alborotemos mucho hablando de cinismo. El cinismo está en las cosas y no en las palabras que expresan tales cosas. Escritores franceses tales como Droz, Blanqui, Rossi y otros se dan la inocente satisfacción de demostrar su superioridad sobre los economistas ingleses tratando de guardar la etiqueta de un lenguaje "humanitario"; si reprochan a Ricardo y a su escuela su lenguaje cínico, es porque les resulta desagradable ver expuestas las relaciones económicas en toda su crudeza, ver descubiertos los misterios de la burguesía.

Resumamos: el trabajo, siendo él mismo mercancía, se mide como tal por el tiempo de trabajo necesario para producir el trabajo-mercancía. ¿Y qué es necesario para producir el trabajo-mercancía? Justamente el tiempo de trabajo que se invierte en la producción de los objetos indispensables para el mantenimiento incesante del trabajo, es decir, para dar al trabajador la posibilidad de vivir y de propagar su especie. El precio natural del trabajo no es más que el mínimo de salario [12]. Si el precio corriente del salario se eleva por encima de su precio natural, es precisamente porque la ley del valor, planteada en principio por Proudhon, encuentra su contrapeso en las consecuencias de las variaciones que experimenta la relación entre la oferta y la demanda. Pero el mínimo de salario sigue siendo, no obstante, el centro en torno al cual gravitan los precios corrientes del salario.

Por lo tanto, el valor relativo medido por el tiempo de trabajo es fatalmente la fórmula de la esclavitud moderna del obrero, en lugar de ser, como quiere Proudhon, la "teoría revolucionaria" de la emancipación del proletariado.

Veamos ahora en qué casos [13] la aplicación del tiempo de trabajo, como medida del valor, es incompatible con el antagonismo de clase existente y con la desigual distribución del producto entre el trabajador directo y el poseedor de trabajo acumulado.

Supongamos un producto cualquiera: el lienzo, por ejemplo. Este producto, como tal, contiene una cantidad de trabajo determinado. Esa cantidad de trabajo será siempre la misma, cualquiera que sea la situación recíproca de los que han participado en la creación de este producto.

Tomemos otro producto: el paño, que habrá requerido la misma cantidad de trabajo que el lienzo.

Si hay intercambio de estos dos productos, lo hay de cantidades iguales de trabajo. Al intercambiar estas cantidades iguales de tiempo de trabajo, no modificamos la situación recíproca de los productores, como tampoco alteramos en nada la situación entre obreros y fabricantes. Afirmar que este intercambio de productos medidos por el tiempo de trabajo tiene como consecuencia la retribución igualitaria de todos los productores, es suponer que con anterioridad al intercambio existía igualdad de participación en el producto [14]. Cuando se realice el intercambio de paño por lienzo, los productores del paño participarán del lienzo en la misma proporción en que antes habían participado del paño.

La ilusión de Proudhon proviene de que toma como consecuencia lo que, en el mejor de los casos, no podría ser más que una suposición gratuita.

Sigamos.

El tiempo de trabajo como medida del valor ¿supone, al menos, que las jornadas son *equivalentes* y que la jornada de uno vale tanto como la jornada de otro? No.

Supongamos por un instante que la jornada de un joyero equivale a tres jornadas de un tejedor: también en este caso todo cambio del valor de las alhajas con relación a los tejidos, a menos que sea el resultado pasajero de las oscilaciones de la demanda y la oferta, debe tener por causa una disminución o un aumento del tiempo de trabajo empleado en un lado u otro de la producción. Que tres jornadas de trabajo de diferentes trabajadores sean entre sí como 1, 2, 3 y todo cambio en el valor relativo de sus productos será un cambio en esta proporción de 1, 2, 3. Por lo tanto, se pueden medir los valores por el tiempo de trabajo, a pesar de la desigualdad del valor de las diferentes jornadas de trabajo; pero, para aplicar semejante medida, necesitamos tener una escala comparativa de las diferentes jornadas de trabajo: escala que se establece con la competencia.

¿Vale su hora de trabajo tanto como la mía? Ésta es una cuestión que se resuelve por medio de la competencia.

La competencia, según un economista americano, determina cuántas jornadas de trabajo simple se contienen en una jornada de trabajo complejo. Esta reducción de jornadas de trabajo complejo a jornadas de trabajo simple ¿no indica acaso que se toma precisamente como medida del valor el trabajo simple? El hecho de que sólo sirva de medida del valor la cantidad de trabajo independientemente de la calidad, implica a su vez que el trabajo simple es el eje de la industria. Supone que los diferentes trabajos han sido nivelados por la subordinación del hombre a la máquina o por la división extrema del trabajo; que los hombres desaparecen ante el trabajo; que el péndulo del reloj ha pasado a ser la medida exacta de la actividad relativa de dos obreros como lo es de la velocidad de dos locomotoras. Por eso, no hay que decir que una hora de trabajo de un hombre vale tanto como una hora de otro hombre, sino más bien que un hombre en una hora vale tanto como otro hombre en una hora. El tiempo lo es todo, el hombre ya no es nada; es, a lo sumo, la osamenta del tiempo. Ya no se trata de la calidad. La cantidad lo decide todo: hora por hora, jornada por jornada; pero esta nivelación del trabajo no es obra de la justicia eterna de Proudhon, sino simplemente un hecho de la industria moderna.

En el taller automático, el trabajo de un obrero se diferencia muy poco del trabajo de otro: los obreros sólo pueden distinguirse entre sí por la cantidad de tiempo que emplean en el trabajo. Sin embargo, esta diferencia cuantitativa se convierte, desde cierto punto de vista, en cualitativa, por cuanto el tiempo invertido en el trabajo depende, en parte, de causas puramente materiales, como la constitución física, la edad, el sexo; en parte de causas morales puramente negativas, tales como la paciencia, la impasibilidad, la asiduidad. Por último, si media una diferencia cualitativa en el trabajo de los obreros, es, cuanto más, una calidad de la peor calidad, que está lejos de ser una especialidad distintiva. Tal es, en última instancia, el estado de cosas en la industria moderna. Y sobre esta igualdad ya realizada del trabajo automático, Proudhon pasa la garlopa de la "nivelación" que se propone realizar universalmente en el "porvenir" [15].

Todas las consecuencias "igualitarias" que Proudhon deduce de la doctrina de Ricardo se basan en un error fundamental. Confunde el valor de las mercancías medido por la cantidad

del trabajo materializado en ellas con el valor de las mercancías medido por *"el valor del trabajo"*. Si estas dos maneras de medir el valor de las mercancías se confundiesen en una sola, se podría decir indistintamente: el valor relativo de una mercancía cualquiera se mide por la cantidad de trabajo fijado en ella; o bien, se mide por la cantidad de trabajo que se puede comprar con ella, o también: se mide por la cantidad de trabajo por la que se puede adquirir dicha mercancía. Pero las cosas no ocurren así ni mucho menos. El valor del trabajo no puede servir más de medida de valor que el valor de ninguna otra mercancía. Unos cuantos ejemplos serán suficientes para explicar mejor aún lo que acabamos de decir.

Si el tonel de trigo costara dos jornadas de trabajo en lugar de una, se duplicaría su valor primitivo, pero no pondría en movimiento doble cantidad de trabajo porque no contendría más materia nutritiva que antes. Por lo tanto, el valor del trigo medido por la cantidad de trabajo empleado para producirlo se habría duplicado; pero medido, ya sea por la cantidad de trabajo que se puede comprar con él, o por la cantidad de trabajo por la que puede ser comprado, estaría lejos de haberse duplicado. Por otra parte, si el mismo trabajo produjera el doble de vestidos que antes, el valor relativo de los vestidos bajaría a la mitad; pero, sin embargo, esta doble cantidad de vestidos no por ello se vería reducida a ordenar sólo la mitad de la cantidad de trabajo o, en otros términos, el mismo trabajo no podría obtener a su disposición doble cantidad de vestidos, porque la mitad de los vestidos fabricados seguiría siempre rindiendo al obrero el mismo servicio que antes.

Por lo tanto, determinar el valor relativo de las mercancías por el valor del trabajo significa contradecir los hechos económicos. Significa moverse en un círculo vicioso, determinar el valor relativo por un valor relativo que, a su vez, necesita ser determinado.

Es indudable que Proudhon confunde las dos medidas: la medida por el tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía y la medida por el valor del trabajo. "El trabajo de todo hombre —dice— puede comprar el valor que en sí encierra." Así, según él, una cierta cantidad de trabajo fijado en un producto equivale a la retribución del trabajador, es decir, al valor del trabajo. Ese mismo razonamiento lo autoriza a confundir los gastos de producción con los salarios.

"¿Qué es el salario? Es el precio de costo del trigo, etc., es

el precio íntegro de todas las cosas." Vayamos aún más lejos: "El salario es la proporcionalidad de los elementos que componen la riqueza." ¿Qué es el salario? Es el valor del trabajo.

Adam Smith toma como medida del valor, ya el tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía, ya el valor del trabajo. Ricardo observó este error haciendo ver claramente la disparidad de estas dos maneras de medir. Proudhon ahonda el error de Adam Smith identificando las dos cosas, que en este último sólo están yuxtapuestas.

Proudhon busca una medida del valor relativo de las mercancías con el fin de encontrar la justa proporción en la que los obreros deben participar de los productos, o, en otros términos, con el fin de determinar el valor relativo del trabajo. Para determinar la medida del valor relativo de las mercancías, no concibe nada mejor que presentar como equivalente de una cierta cantidad de trabajo la suma de productos creados por ella, lo cual es lo mismo que suponer que toda la sociedad se compone únicamente de trabajadores directos, que reciben como salario su propio producto. En segundo lugar, da como un hecho la equivalencia de las jornadas de los diversos trabajadores. En una palabra, busca la medida del valor relativo de las mercancías para encontrar la retribución igual de los trabajadores y admite como un dato pleno la igualdad de los salarios para de ahí derivar el valor relativo de las mercancías. ¡Qué admirable diálectica!

Say y los economistas que le siguieron han señalado que, tomando el trabajo como principio y causa eficiente del valor, caemos en un círculo vicioso, ya que el trabajo mismo está sujeto a evaluación y finalmente es una mercancía como otra cualquiera. [. . .] Diré con permiso de estos economistas que, al hablar así, han dado prueba de una prodigiosa falta de atención. Al trabajo se le asigna *valor*, no en tanto que mercancía sino teniendo en cuenta los valores de los que se supone que están contenidos potencialmente en él. El *valor del trabajo* es una expresión figurada, una anticipación de la causa sobre el efecto. Es una ficción, lo mismo que la *productividad del capital*. El trabajo produce, el capital vale. . . Por una especie de elipsis se habla del valor del trabajo. . . El trabajo, como la libertad. . ., es cosa vaga e indeterminada por naturaleza, pero que se define cualitativamente por su objeto, es decir, que se hace realidad por el producto. Pero ¿para qué insistir? Puesto que el economista [léase Proudhon] [16] cambia el nombre de las cosas, *vera rerum vocabula*, reconoce implícitamente su impotencia y elude la cuestión (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, pp. 61 y 188 [ed. 1923, t. I, pp. 112, 113 y 211-212]).

Ya vimos que Proudhon convierte el valor del trabajo en "la causa eficiente" del valor de los productos, hasta el punto de que el *salario*, nombre oficial del "valor del trabajo", forma, según él, el precio íntegro de toda cosa. He aquí por qué lo deja perplejo la objeción de Say. En el trabajo-mercancía, que es una realidad espantosa, sólo ve una elipsis gramatical. Así, pues, toda la sociedad actual, basada en el trabajo-mercancía, desde ahora se basa en una licencia poética, en una expresión figurada. Y si la sociedad quiere "eliminar todos los inconvenientes" que sufre, ¡pues bien!, que elimine los términos malsonantes, que cambie de lenguaje, para lo cual debe dirigirse a la Academia y solicitar una nueva edición de su diccionario. Después de todo lo que acabamos de ver, no es difícil comprender por qué Proudhon, en una obra de economía política, ha considerado necesario extenderse en largas disertaciones sobre la etimología y otras partes de la gramática. Igualmente, aun polemiza con aire de sabiduría contra la opinión anticuada de que *servus* procede de *servare* [17]. Estas disertaciones filológicas tienen un sentido profundo, un sentido esotérico, son una parte esencial de la argumentación de Proudhon.

El trabajo [18], en tanto que se vende y se compra, es una mercancía como otra cualquiera, y por consiguiente tiene un valor de cambio. Pero el valor del trabajo, o el trabajo, como mercancía, es tan poco productivo como poco nutritivo es el valor del trigo, o el trigo en calidad de mercancía.

El trabajo "vale" más o menos, según sea la carestía de los productos alimenticios, según sea el grado de la oferta y la demanda de brazos, etcétera, etcétera.

El trabajo no es una "cosa vaga", es siempre un trabajo determinado, el trabajo que se vende y se compra nunca es el trabajo en general. No es sólo el trabajo el que se define cualitativamente por el objeto, sino que el objeto, a su vez, se determina por la calidad específica del trabajo.

El trabajo, en tanto que se vende y se compra, es él mismo una mercancía. ¿Por qué se le compra? "Teniendo en cuenta los valores de los que se supone que están contenidos potencialmente en él." Pero cuando se dice que tal cosa es una mercancía, no se trata ya del fin con el que se la compra, es decir, de la utilidad que se quiere sacar de ella, de la aplicación que de ella se quiere hacer. Es una mercancía como objeto de tráfico. Todos los razonamientos de Proudhon se reducen a lo siguiente: el trabajo no se compra como objeto inmediato de consumo. Naturalmente que no, se lo compra como instrumento de producción, como se compraría una máquina. En tanto que mercancía, el trabajo tiene valor, pero no produce. Proudhon podría decir con el mismo derecho que no existe ninguna mercancía, puesto que toda mercancía se compra únicamente por su utilidad y nunca como tal mercancía [19].

Midiendo el valor de las mercancías por el trabajo, Proudhon entrevé vagamente la imposibilidad de sustraer a esta misma medida el trabajo por cuanto encierra valor, el trabajo-mercancía. Presiente que esto significa reconocer el mínimo del salario como el precio natural y normal del trabajo directo, aceptar el estado actual de la sociedad. Para eludir esta deducción fatal, gira en redondo y afirma que el trabajo no es una mercancía, que el trabajo no puede tener valor. Olvida que él mismo ha tomado como medida el valor del trabajo, olvida que todo su sistema se basa en el trabajo-mercancía, en el trabajo que se trueca, se vende y se compra, se cambia por productos, etc.; en una palabra, en el trabajo que es una fuente inmediata de ingresos para el trabajador. Lo olvida todo.

Para salvar su sistema consiente en sacrificar su base,

Et propter vitam vivendi perdere causas.
["Y perder en aras de la vida toda la raíz vital." Juvenal.]

Llegamos ahora a una nueva definición del "valor *constituido*".

"El valor es la *relación de proporcionalidad* de los productos que componen la riqueza."

Señalemos ante todo que el simple término de "valor relativo o de cambio" implica la idea de una u otra relación en la que los productos se intercambian recíprocamente. Aunque demos a esta relación el nombre de "relación de proporcionalidad", nada cambia en el valor relativo, a no ser la pura expresión. Ni la depreciación ni el alza del valor de un producto destruyen la propiedad que tiene de encontrarse en una u otra "relación de proporcionalidad" con los demás productos que forman la riqueza.

¿Por qué, pues, este nuevo término, que no aporta una nueva idea?

La "relación de proporcionalidad" hace pensar en otras muchas relaciones económicas, tales como la proporcionalidad de la producción, la justa proporción entre la oferta y la de-

manda, etc., y Proudhon ha pensado en todo esto al formular esta paráfrasis didáctica del valor dinerario.

En primer lugar, como el valor relativo de los productos está determinado por la cantidad comparativa del trabajo empleado en la producción de cada uno de ellos, la relación de proporcionalidad, aplicada a este caso especial, significa la cantidad respectiva de productos que pueden ser fabricados en un tiempo dado y que, por lo tanto, se dan a cambio.

Veamos qué partido saca Proudhon de esta relación de proporcionalidad.

Todo el mundo sabe que, cuando la oferta y la demanda se equilibran, el valor relativo de un producto cualquiera se determina exactamente por la cantidad de trabajo fijado en él, es decir que este valor relativo expresa la relación de proporcionalidad precisamente en el sentido que acabamos de darle. Proudhon invierte el orden de las cosas. Comiéncese, dice, por medir el valor relativo de un producto por la cantidad de trabajo fijado en él, y entonces la oferta y la demanda se equilibrarán infaliblemente. La producción corresponderá al consumo y el producto se intercambiará siempre. Su precio corriente expresará con exactitud su justo valor. En lugar de decir como todo el mundo: cuando hace buen tiempo se ve pasear a mucha gente, Proudhon saca de paseo a su gente para poder asegurarles buen tiempo.

Lo que Proudhon presenta como la consecuencia del valor dinerario determinado *a priori* por el tiempo de trabajo, no podría justificarse sino por una ley formulada más o menos en estos términos: Desde ahora, los productos deben cambiarse de conformidad exacta con el tiempo de trabajo empleado en ellos. Cualquiera que sea la proporción entre la oferta y la demanda, el intercambio de mercancías deberá hacerse siempre como si hubiesen sido producidas proporcionalmente a la demanda. Si Proudhon formula y presenta semejante ley, no le exigiremos pruebas. Pero si, por el contrario, desea justificar su teoría como economista, y no como legislador, deberá demostrar que el *tiempo* necesario para la producción de una mercancía indica exactamente su grado de *utilidad* y expresa su relación de proporcionalidad respecto de la demanda, y por consiguiente del conjunto de las riquezas. En este caso, si un producto se vende por un precio igual a sus gastos de producción, la oferta y la demanda se equilibrarán siempre, porque se supone que los gastos de producción expresan la verdadera

relación entre la oferta y la demanda.

Proudhon trata efectivamente de demostrar que el tiempo de trabajo necesario para crear un producto expresa su justa proporción respecto de las necesidades, de manera que las cosas cuya producción requiere la menor cantidad de tiempo son las que tienen una utilidad más inmediata, y así sucesivamente. El solo hecho de la producción de un objeto de lujo prueba, según esta doctrina, que la sociedad dispone de tiempo sobrante que le permite satisfacer una necesidad de lujo.

En cuanto a la demostración misma de su tesis, Proudhon la encuentra en la observación de que las cosas más útiles requieren la menor cantidad de tiempo para su producción, en que la sociedad comienza siempre por las industrias más fáciles y luego, en forma gradual, "pasa a la producción de los objetos que cuestan más tiempo de trabajo y que corresponden a necesidades de un orden más elevado".

Proudhon toma de Dunoyer el ejemplo de la industria extractiva —recolección de frutos, pastoreo, caza, pesca, etc.—, que es la industria más simple, la menos costosa y con la que el hombre comenzó "el primer día de su segunda creación" {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 126}. El primer día de su primera creación está descrito en el Génesis, que nos presenta a Dios como el primer industrial del mundo.

En realidad, las cosas ocurren de modo muy distinto a como piensa Proudhon. Desde el principio mismo de la civilización, la producción comienza a basarse en el antagonismo de los rangos, de los estamentos, de las clases, y por último, en el antagonismo entre el trabajo acumulado y el trabajo directo. Sin antagonismo no hay progreso. Tal es la ley que ha seguido hasta nuestros días la civilización. Las fuerzas productivas se han desarrollado hasta el presente gracias a este régimen de antagonismo entre las clases. Afirmar ahora que los hombres pudieron dedicarse a la creación de productos de un orden superior y a industrias más complicadas porque todas las necesidades de todos los trabajadores estaban satisfechas, significaría hacer abstracción del antagonismo de clases y subvertir todo el desarrollo histórico. Es como si se quisiera decir que, porque en tiempos de los emperadores romanos se alimentaba a las murenas en estanques artificiales, había víveres abundantes para toda la población romana. Por el contrario, el pueblo romano se veía privado de lo necesario para comprar pan, mientras que los aristócratas romanos no care-

cían de esclavos para arrojarlos como pasto de las murenas.

El precio de los víveres ha ido subiendo casi constantemente, mientras que el precio de los objetos manufacturados y de lujo ha ido bajando en la misma forma. Tómese la industria agrícola misma: los productos más indispensables, como el trigo, la carne, etc., suben de precio, en tanto que el algodón, el azúcar, el café, etc., bajan sin cesar en una proporción sorprendente. Y hasta entre los comestibles propiamente dichos, los artículos de lujo tales como las alcachofas, los espárragos, etc., son hoy relativamente más baratos que los comestibles de primera necesidad. En nuestra época, lo superfluo es más fácil de producir que lo necesario. Por último, en diferentes épocas históricas, las relaciones recíprocas de los precios no sólo son diferentes sino opuestas. En toda la Edad Media, los productos agrícolas eran relativamente más baratos que los artículos manufacturados, en los tiempos modernos ocurre al revés. ¿Se deduce de ello que la utilidad de los productos agrícolas ha disminuido después de la Edad Media?

El uso de los productos se determina por las condiciones sociales en que se encuentran los consumidores, y estas mismas condiciones se basan en el antagonismo de clases [20].

El algodón, las patatas y el aguardiente son artículos del uso más común. Las patatas han engendrado las paperas; el algodón ha desplazado en gran parte al lino y a la lana, a pesar de que el lino y la lana son, en muchos casos, más útiles, aunque sólo sea desde el punto de vista de la higiene; finalmente el aguardiente se ha impuesto a la cerveza y al vino, pese a que el aguardiente, empleado en calidad de producto alimenticio, esté considerado generalmente como un veneno. Durante todo un siglo, los gobiernos lucharon en vano contra este opio europeo; la economía prevaleció y dictó sus órdenes al consumo.

¿Por qué, pues, el algodón, las patatas y el aguardiente son el eje de la sociedad burguesa? Porque su producción requiere la menor cantidad de trabajo y, por consiguiente, tienen el más bajo precio. ¿Por qué el mínimo de precio determina el máximo de consumo? ¿Será tal vez a causa de la utilidad absoluta de estos artículos, de su utilidad intrínseca, de su utilidad en cuanto corresponden de la manera más útil a las necesidades del obrero como hombre, y no del hombre como obrero? No, se debe a que en una sociedad basada en la *miseria*, los productos más *miserables* tienen la prerrogativa fatal de servir para el uso del número mayor.

Decir que, puesto que las cosas que menos cuestan son las de mayor consumo, deben ser las de mayor utilidad, equivale a decir que el uso tan extendido del aguardiente, determinado por su bajo costo de producción, es la prueba más concluyente de su utilidad; equivale a decir al proletario que las patatas son para él más saludables que la carne; equivale a aceptar el estado de cosas vigente; equivale, en fin, a hacer con Proudhon la apología de una sociedad sin comprenderla.

En una sociedad futura, donde habrá cesado el antagonismo de clases y donde ya no habrá más clases, el consumo no será ya determinado por el *mínimo* del tiempo de producción; pero el tiempo de producción que ha de consagrarse a los diferentes objetos será determinada por el grado de utilidad social de cada uno de ellos [21].

Pero volvamos a la tesis de Proudhon. Puesto que el tiempo de trabajo necesario para la producción de un objeto no expresa ni mucho menos su grado de utilidad, el valor de cambio de ese mismo objeto, determinado de antemano por el tiempo de trabajo fijado en él, no puede en ningún caso regular la justa relación entre la oferta y la demanda, es decir, la relación de proporcionalidad en el sentido que le da de momento Proudhon.

Ya no se trata de que la venta de un producto cualquiera al precio de sus gastos de producción constituya la "relación de proporcionalidad" entre la oferta y la demanda, o la parte proporcional de ese producto en relación con el conjunto de la producción: son las *variaciones de la demanda y de la oferta* las que indican al productor la cantidad en la que es preciso producir una mercancía dada para recibir a cambio por lo menos los gastos de producción. Y como estas variaciones son continuas, existe también un movimiento continuo de retiro y de aplicación de capitales en las diferentes ramas de la industria.

Sólo en razón de semejantes variaciones los capitales se consagran precisamente en la *proporción* requerida, y no en otra superior, para la producción de las diferentes mercancías para las que existe demanda. Con el alza o la baja de los precios, las ganancias se elevan por encima o caen por debajo de su nivel general, y como consecuencia los capitales son atraídos o retirados del empleo particular que acaba de experimentar una u otra de esas variaciones [. . .]. Si miramos a los mercados de las grandes ciudades veremos con qué regularidad son provistos de todo género de mercancías, nacionales y extranjeras, en la cantidad requerida y por mucho que varíe la demanda a causa del

capricho, del gusto o de los cambios en la población; sin que sea frecuente un abarrotamiento de los mercados por una superabundancia en el aprovisionamiento, ni una excesiva carestía por la debilidad del aprovisionamiento en comparación con la demanda: debemos reconocer que el principio que distribuye el capital en cada rama de la industria, en las *proporciones exactamente convenientes*, es más poderoso de lo que se supone en general (Ricardo, *loc. cit.*, t. I, pp. 105 y 108).

Si Proudhon reconoce que el valor de los productos es determinado por el tiempo de trabajo, debe reconocer igualmente el movimiento oscilatorio que hace del trabajo la medida del valor [22]. No existe una "relación de proporcionalidad" plenamente constituida, existe tan sólo un movimiento constituyente.

Acabamos de ver en qué sentido sería justo hablar de "proporcionalidad" como de una consecuencia del valor determinado por el tiempo de trabajo. Ahora veremos cómo esta medida del valor por el tiempo, denominada por Proudhon "ley de proporcionalidad", se transforma en ley de *desproporcionalidad*.

Todo nuevo invento que permite producir en una hora lo que antes era producido en dos, desvaloriza todos los productos similares [23] que se encuentran en el mercado. La competencia obliga al productor a vender el producto de dos horas no más caro que el producto de una hora. La competencia realiza la ley según la cual el valor relativo de un producto es determinado por el tiempo de trabajo necesario para producirlo. El hecho de que el tiempo de trabajo sirva de medida al valor dinerario se convierte así en la ley de una *depreciación* continua del trabajo. Más aún, la depreciación se extiende no solamente a las mercancías llevadas al mercado, sino también a los instrumentos de producción y a toda la empresa. Este hecho lo señala ya Ricardo al decir: "Aumentando constantemente la facilidad de producción, disminuimos constantemente el valor de algunas de las cosas producidas antes" (Ricardo, *loc. cit.*, t. II, p. 59). Sismondi va más allá. En este "valor *constituido*" por el tiempo de trabajo ve la fuente de todas las contradicciones de la industria y del comercio modernos.

El valor mercantil —dice— es fijado siempre, en definitiva, por la cantidad de trabajo necesario para procurarse la cosa evaluada; no es el que costó, sino el que costaría desde ahora con medios de producción tal vez perfeccionados; y esta cantidad, aunque sea difícil apreciarla, siempre es establecida con fidelidad por la competencia. . . Sobre esta base se calcula la demanda del vendedor, lo mismo que la oferta del comprador. El primero afirmará tal vez que la cosa le ha costado diez jornadas de trabajo; pero si el otro sabe que en adelante puede producirse en ocho jornadas de trabajo, y si la competencia aporta la demostración a ambas partes, el valor se reducirá sólo a ocho jornadas y el precio en el mercado se establecerá a ese nivel. Una y otra parte saben, naturalmente, que la cosa es útil, que es deseada y que sin este deseo no habría venta; pero la fijación del precio no guarda ninguna relación con la utilidad (Sismondi, *loc. cit.*, t. II, p. 267).

Es importante insistir acerca de este punto en que lo que determina el valor no es el tiempo en que una cosa ha sido producida, sino el *mínimo* de tiempo en que puede ser producida, y este mínimo es establecido por la competencia. Supongamos por un momento que haya desaparecido la competencia y que, por consiguiente, no exista medio de establecer el mínimo de trabajo necesario para la producción de una mercancía. ¿Qué ocurrirá? Bastará invertir en la producción de un objeto seis horas de trabajo para tener derecho, según Proudhon, a exigir a cambio seis veces más que quien habrá gastado una hora en la producción del mismo objeto [24].

En lugar de una "relación de proporcionalidad" tenemos una relación de desproporcionalidad, si queremos permanecer en la esfera de las relaciones, buenas o malas.

La depreciación continua del trabajo sólo es un aspecto, una de las consecuencias de la evaluación de las mercancías por el tiempo de trabajo. Este mismo modo de evaluación explica el alza excesiva de precios, la sobreproducción y otros muchos fenómenos de anarquía industrial.

Pero ¿el tiempo de trabajo que sirve de medida al valor da origen al menos a la diversidad proporcional de los productos que tanto gusta a Proudhon?

Todo lo contrario, esa medida conduce en la esfera de los productos al monopolio con toda su monotonía, monopolio que, como lo ve y sabe todo el mundo, invade la esfera de los instrumentos de producción. Sólo algunas ramas, como por ejemplo la industria algodonera, pueden hacer progresos muy rápidos. La consecuencia natural de estos progresos es que los precios de los productos de la industria algodonera, por ejemplo, bajan rápidamente, pero, a medida que se abarata el algodón, el precio del lino debe subir comparativamente. ¿Y qué

resulta? El lino es remplazado por el algodón. De esta manera ha sido desterrado el lino de casi toda la América del norte. Y en lugar de la diversidad proporcional de los productos, hemos obtenido el reinado del algodón [25].

¿Qué queda de esa "relación de proporcionalidad"? Nada más que los buenos deseos de un hombre honrado, que quiere que las mercancías se produzcan en proporciones que permitan venderlas a un precio honrado. Ésos han sido, en todos los tiempos, los deseos inocentes de los buenos burgueses y de los economistas filántropos.

Concedamos la palabra al viejo Boisguillebert:

El precio de las mercancías —dice— debe ser siempre *proporcionado*, pues sólo este acuerdo mutuo les permite vivir juntas, *para cambiarse entre sí a cada momento* [he aquí la intercambiabilidad continua de que habla Proudhon] y reproducirse recíprocamente. . . Como la riqueza no es más que esta mezcla continua de hombre a hombre, de oficio a oficio, etc., sería de una ceguera tremenda buscar la causa de la miseria en otra cosa que no fuese la cesación de este comercio por efecto de la alteración de las proporciones en los precios (Boisguillebert, *Dissertation sur la nature des richesses*. . ., ed. Daire, 1843, [pp. 405 y 408]).

Oigamos ahora a un economista moderno:

Una gran ley que se debe aplicar a la producción es la *ley de la proporcionalidad* [*the law of proportion*], la única que puede preservar la continuidad del valor. . . El equivalente debe ser garantizado. . . Todas las naciones han intentado en diversas épocas, por medio de numerosos reglamentos y restricciones comerciales, llevar a la práctica hasta cierto punto esta ley de la proporcionalidad, pero el egoísmo, inherente a la naturaleza humana, ha tirado por tierra todo este régimen de reglamentación. Una producción proporcionada [*proportionate production*] es la realización de la verdad entera de la ciencia de la economía social (W. Atkinson, *Principles of political economy*. . ., Londres, 1840, pp. 170-195).

Fuit Troja!: ¡Aquí fue Troya! Esta justa proporción entre la oferta y la demanda, que vuelve a ser objeto de tantos buenos deseos, ha dejado de existir hace tiempo. Es una antigualla. Sólo fue posible en las épocas en que los medios de producción eran limitados y el intercambio se efectuaba dentro de límites extremadamente restringidos. Con el nacimiento de la gran industria, esta justa proporción debía cesar, y la pro-

ducción tenía que pasar fatalmente, en una sucesión perpetua, por las vicisitudes de prosperidad, de depresión, de crisis, de estancamiento, de nueva prosperidad, y así sucesivamente.

Los que, como Sismondi, quieren retornar a la justa proporcionalidad de la producción, conservando al mismo tiempo las bases actuales de la sociedad, son reaccionarios, puesto que, para ser consecuentes, deben también aspirar a restablecer todas las demás condiciones de la industria de tiempos pasados.

¿Qué es lo que mantenía la producción en proporciones justas, o casi justas? La demanda, que regía a la oferta y la precedía. La producción seguía paso a paso al consumo. La gran industria, forzada por los instrumentos mismos de que dispone, para producir en una escala cada vez más amplia, no puede esperar a la demanda. La producción precede al consumo, la oferta se impone sobre la demanda.

En la sociedad actual, en la industria basada en los intercambios individuales, la anarquía de la producción, fuente de tanta miseria, es al propio tiempo la fuente de todo progreso [26].

Por eso, una de dos:

O queréis las justas proporciones de siglos pasados con los medios de producción de nuestra época, lo cual significa ser a la vez reaccionario y utopista;

O queréis el progreso sin la anarquía: en este caso, para conservar las fuerzas productivas, es preciso que renunciéis a los intercambios individuales.

Los intercambios individuales son compatibles únicamente con la pequeña industria de siglos pasados y su corolario de "justa proporción", o bien con la gran industria y todo su cortejo de miseria y de anarquía.

En definitiva, la determinación del valor por el tiempo de trabajo, es decir la fórmula que Proudhon nos brinda como la fórmula regeneradora del porvenir, sólo es la expresión científica de las relaciones económicas de la sociedad actual, como lo ha demostrado Ricardo clara y netamente mucho antes que Proudhon.

Pero ¿no pertenecerá al menos a Proudhon la aplicación "*igualitaria*" de esta fórmula? ¿Es él el primero que ha pensado reformar la sociedad convirtiendo a todos los hombres en trabajadores directos que intercambian cantidades iguales de trabajo? ¿Es él quien debe reprochar a los comunistas —esas

gentes desprovistas de todo conocimiento en economía política, esos "obstinados brutos", esos "soñadores paradisiacos"— el no haber encontrado antes que él esta "solución del problema del proletariado"?

Cualquiera que conozca, aunque sea muy poco, el desarrollo de la economía política en Inglaterra, no puede menos que saber que casi todos los socialistas de este país han propuesto, en diferentes épocas, la aplicación igualitaria de la teoría ricardiana. Podríamos recordarle a Proudhon: la *Economía política* de Hodgskin [27], 1827; William Thompson: *An inquiry into the principles of the distribution of wealth, most conducive to human happiness*, 1824; T.R. Edmonds: *Practical moral and political economy*, 1828, etc., etc., y cuatro páginas más de *etc.* Nos contentaremos con dejar hablar a un *comunista* inglés, a Bray. Citaremos los principales pasajes de su notable obra *Labour's wrongs and labour's remedy*, Leeds, 1839, y nos detendremos bastante en él, en primer lugar porque Bray es todavía poco conocido en Francia, y además porque creemos haber encontrado en él la clave de las obras pasadas, presentes y futuras de Proudhon.

El único medio de alcanzar la verdad es enfrentar los principios fundamentales [. . .]. Remontémonos de golpe a la fuente de donde proceden los gobiernos mismos [. . .]. Llegando así al origen de la cosa, encontraremos que toda forma de gobierno, que toda injusticia social y gubernamental proviene del sistema social actualmente en vigor: *de la institución de la propiedad tal como hoy existe* [*the institution of property as it at present exists*] y que, por lo tanto, a fin de acabar para siempre con las injusticias y las miserias existentes, es preciso *subvertir totalmente el estado actual de la sociedad*. . . Atacando a los economistas en su propio terreno y con sus propias armas, evitaremos la absurda charlatanería sobre los *visionarios* y los *teóricos*, en la que están siempre dispuestos a caer [. . .]. Los economistas no podrán en modo alguno rechazar las conclusiones a que llegamos con este método, a no ser que nieguen o desaprueben las verdades y los principios reconocidos, en los que fundan sus propios argumentos. . . (Bray, *Labour's wrongs and labour's remedy*. . ., 1839, pp. 17 y 41).

Sólo el trabajo crea valor [*It is labour alone which bestows value*]. . . Cada hombre tiene derecho indudable a todo lo que puede procurarse con su trabajo honrado. Apropiándose así de los frutos de su trabajo, no comete ninguna injusticia contra otros hombres, porque no usurpa a nadie el derecho a proceder del mismo modo. . . Todos los conceptos de superioridad y de inferioridad, de dueño y de asalariado, nacen ante el desprecio de los principios fundamentales y por consiguiente la *desigualdad* se introduce en la posesión [*and to the consequent rise of inequality of possessions*]. Mientras se mantenga esta desigualdad, será imposible desarraigar tales ideas o derribar las instituciones basadas en ellas. Hasta ahora muchos abrigan la vana esperanza de remediar el antinatural estado de cosas hoy dominante destruyendo la *desigualdad existente*, sin tocar la *causa* de la desigualdad; pero demostraremos al punto que el gobierno no es una causa sino un efecto, que él no crea sino que es creado; que, en una palabra, es el *resultado de la desigualdad de posesión* [*the offspring of inequality of possessions*], y que la desigualdad de posesión está inseparablemente ligada al sistema social hoy vigente (Bray, *loc. cit.*, pp. 33 y 36-37).

El sistema de la igualdad no sólo tiene a su favor las mayores ventajas, sino también la estricta justicia. . . Cada hombre es un eslabón, y un eslabón indispensable en la cadena de los efectos, que parte de una idea para culminar, tal vez, en la producción de una pieza de paño. Por eso, del hecho de que nuestros gustos no sean los mismos para las distintas profesiones no hay que deducir que el trabajo de uno deba ser retribuido mejor que el de otro. El inventor recibirá siempre, además de su justa recompensa en dinero, el tributo de nuestra admiración, que sólo el genio puede obtener de nosotros. . . [*Ibid.*, p. 45].

Por la naturaleza misma del trabajo y del intercambio, la estricta justicia exige que todos los que intercambian obtengan beneficios, no sólo *mutuos*, sino iguales [*all exchangers should be not only* mutually *but they should likewise be* equally *benefitted*]. No hay más que dos cosas que los hombres pueden intercambiar entre sí: el trabajo y los productos del trabajo. Si los intercambios se efectuasen según un sistema equitativo, el valor de todos los artículos se determinaría por *su costo de producción completo*, y *valores iguales se cambiarían siempre por valores iguales* [*If a just system of exchanges were acted upon, the value of all articles would be determined by the entire cost of production, and equal values should always exchange for equal values*]. Si, por ejemplo, un sombrerero que invierte una jornada de trabajo en hacer un sombrero y un zapatero que emplea el mismo tiempo en hacer un par de zapatos (suponiendo que la materia que empleen tenga idéntico valor) intercambian estos artículos entre sí, el beneficio obtenido es al mismo tiempo mutuo e igual. La ventaja de una de las partes no puede ser una desventaja para la otra, puesto que ambas han suministrado la misma cantidad de trabajo y han empleado materiales de igual valor. Pero si el sombrerero recibiese *dos* pares de calzado por *un* sombrero, siguiendo siempre nuestra suposición primera, es evidente que el intercambio sería injusto. El sombrerero usurparía al zapatero una jornada de trabajo; y procediendo así en todos sus intercambios, recibiría por el trabajo de *medio año* el producto de *todo un año* de otra persona [. . .] Hasta aquí hemos seguido siempre este sistema de intercambio eminentemente injusto: los *obreros* han *dado* al capitalista el trabajo de todo un año a cambio del valor

de medio año [*the workmen have given the capitalist the labour of a whole year, in exchange for the value of only half a year*]. De ahí, y no de una supuesta desigualdad de las fuerzas físicas e intelectuales de los individuos, es de donde proviene la desigualdad de riquezas y de poder. La desigualdad de los intercambios, la diferencia de precios en las compras y las ventas, no puede existir sino a condición de que los capitalistas sigan siendo capitalistas, y los obreros, obreros: los unos, una clase de tiranos, y los otros, una clase de esclavos... Esta transacción prueba pues, claramente, que los capitalistas y los propietarios no hacen más que dar al obrero, por su trabajo de una semana, una parte de la riqueza que han obtenido de él la semana anterior, es decir que por *algo* no dan *nada* [*nothing for something*]... La transacción entre el trabajador y el capitalista es una verdadera farsa: en realidad no es, en miles de casos, otra cosa que un *robo* descarado, aunque *legal* [*The whole transaction between the producer and the capitalist is a mere farce: it is, in fact, in thousands of instances, no other than a barefaced though* legal robbery] (Bray, *loc. cit.*, pp. 45, 48 y 50).

La ganancia del empresario será siempre una pérdida para el obrero, hasta que los intercambios entre las partes sean iguales; y los intercambios no pueden ser iguales mientras la sociedad esté dividida entre capitalistas y productores, dado que los últimos viven de su trabajo, en tanto que los primeros engordan a cuenta de beneficiarse del trabajo ajeno.

Es claro —continúa Bray— que, cualquiera que sea la forma de gobierno que establezcáis..., por mucho que prediquéis, en nombre de la moral y del amor fraterno..., la reciprocidad es incompatible con la desigualdad de los intercambios. La desigualdad de los intercambios, fuente de la desigualdad en la posesión, es el enemigo secreto que nos devora [*No reciprocity can exist where there are unequal exchanges. Inequality of exchanges, as being the cause of inequality of possessions, is the secret enemy that devours us*] (*Ibid.*, pp. 51-52).

La consideración del objetivo y del fin de la sociedad me autoriza a sacar la conclusión de que no sólo deben trabajar todos los hombres y obtener de este modo la posibilidad de intercambiar, sino que valores iguales deben cambiarse por valores iguales. Además, como el beneficio de uno no debe ser una pérdida para otro, el valor se debe determinar por los gastos de producción. Sin embargo, hemos visto que, bajo el régimen social vigente, [...] el beneficio del capitalista y del rico es siempre una pérdida para el obrero, que este resultado es inevitable, que bajo todas las formas de gobierno el pobre queda siempre abandonado enteramente a merced del rico, mientras subsista la desigualdad de los intercambios, y que la igualdad de los intercambios sólo puede ser asegurada por un régimen social que reconozca la universalidad del trabajo... La igualdad de los intercambios hará gradualmente que la riqueza pase de manos de los capitalistas actuales a manos de la clase obrera (*Ibid.*, pp. 53 y 55).

Mientras permanezca en vigor este sistema de desigualdad de los intercambios, los productores seguirán siendo siempre tan pobres, tan ignorantes, estarán tan agobiados por el trabajo como lo están actualmente, aun cuando sean *abolidos todos los gravámenes, todos los impuestos gubernamentales*... Sólo un cambio total del sistema, la introducción de la igualdad del trabajo y de los intercambios, puede mejorar este estado de cosas y asegurar a los hombres la verdadera igualdad de derechos... A los productores les bastará hacer un esfuerzo —son ellos precisamente quienes deben hacer todos los esfuerzos para su propia salvación— y sus cadenas serán rotas para siempre... Como fin, la igualdad política es un error, y como medio [28] también es un error [*As an end, the political equality is there a failure,* [...] *as a means, also, it is there a failure*] (*Ibid.*, pp. 67, 88-89 y 94).

Con la igualdad de los intercambios, el beneficio de uno no puede ser pérdida para el otro: porque todo intercambio no es más que una simple *transferencia* de trabajo y de riqueza, no exige ningún sacrificio. Por lo tanto, bajo un sistema social basado en la igualdad de los intercambios, el productor podrá llegar a enriquecerse por medio de sus ahorros [29]; pero su riqueza no será sino el producto acumulado de su propio trabajo. Podrá cambiar su riqueza o donarla a otros; pero, si deja de trabajar, no podrá seguir siendo rico durante un tiempo más o menos prolongado. Con la igualdad de los intercambios, la riqueza pierde el poder actual de renovarse y de reproducirse, por decirlo así, por sí misma: no podrá llenar el vacío creado por el consumo; porque, una vez consumida, la riqueza se pierde para siempre si no la reproduce el trabajo. Bajo el régimen de intercambios iguales no podrá ya existir lo que ahora llamamos *beneficios* e *intereses*. Tanto el productor como el distribuidor recibirán igual retribución, y el valor de cada artículo creado y puesto a disposición del consumidor será determinado por la suma total del trabajo invertido por ellos...

El principio de la igualdad en los intercambios debe, pues, conducir por su propia naturaleza al *trabajo universal* (Bray, *loc. cit.*, pp. 109-110).

Después de haber refutado las objeciones de los economistas contra el *comunismo*, Bray continúa diciendo:

Si, por una parte, para conseguir un sistema social basado en la comunidad de bienes, en su forma perfecta, es indispensable un cambio del carácter humano; si, por otra parte, el régimen actual no ofrece ni las condiciones ni las facilidades propias para llegar a ese cambio de carácter y preparar a los hombres para un estado mejor que todos nosotros deseamos, es evidente que el estado de cosas debe necesariamente seguir siendo el que es, a menos que no se descubra y no se lleve a cabo una etapa social preparatoria: un proceso que participe del sistema actual y del sistema futuro (del sistema de la comunidad), una

especie de estado intermedio, al que la sociedad pueda arribar con todos sus excesos y todas sus locuras, para luego salir de él enriquecida con las cualidades y los atributos que son las condiciones vitales del sistema de comunidad (*Ibid.*, p. 134).

Para todo este proceso sería necesario sólo la cooperación en su forma más simple. . . Los gastos de producción determinarían en todas las circunstancias el valor del producto y valores iguales se intercambiarían siempre por valores iguales. Si de dos personas una hubiese trabajado una semana entera y la otra sólo la mitad de la semana, la primera recibiría doble remuneración que la segunda; pero esta paga adicional no sería percibida por uno a expensas del otro; la pérdida experimentada por el último no redundaría de ningún modo en beneficio del primero. Cada persona trocaría el salario recibido individualmente por artículos del mismo valor que su salario, y la ganancia obtenida por un hombre o por una industria no implicaría en ningún caso una pérdida para otro hombre o para otra rama industrial. El trabajo de cada uno sería la *única medida* de sus ganancias o de sus pérdidas (*Ibid.*, pp. 158 y 160).

La cantidad de diferentes productos necesarios para el consumo, el valor relativo de cada artículo en comparación con los otros (el número de obreros a emplear en las diferentes ramas de trabajo), en una palabra, todo lo referente a la producción y a la distribución social, se determinaría por medio de oficinas (*boards of trade*) generales y locales. Estos cálculos se efectuarían para el conjunto de la nación en tan poco tiempo y con la misma facilidad con que, bajo el régimen actual, se efectúan para una sociedad particular. . . Los individuos se agruparían en familias, las familias en comunas, como bajo el régimen actual. . . ni siquiera sería abolida directamente la distribución de la población en la ciudad y en el campo, por mala que sea esta distribución. . . En esta asociación, cada individuo continuaría gozando de la libertad que ahora posee de acumular cuanto le plazca, y de hacer de estas acumulaciones el uso que estimase conveniente. . . Nuestra sociedad sería, por decirlo así, una gran sociedad anónima, compuesta de un número infinito de sociedades anónimas más pequeñas, todas las cuales trabajarían, producirían e intercambiarían sus productos sobre la base de la más perfecta igualdad. . . Nuestro nuevo sistema de sociedades anónimas, que no es más que una concesión hecha a la sociedad actual, para llegar al comunismo [30], establecido de modo que coexistan la *propiedad individual* de los productos y la *propiedad en común* de las fuerzas productivas, hace depender la suerte de cada individuo de su propia actividad y le asigna una parte igual en todas las ventajas facilitadas por la naturaleza y el progreso de las artes. Por eso, este sistema puede aplicarse a la sociedad en su estado actual y prepararla para los cambios ulteriores (Bray, *loc. cit.*, pp. 162, 163, 168, 170, 194).

Sólo nos resta responder en pocas palabras a Bray, que, a pesar nuestro y en contra de nuestra voluntad, ha pasado a ocupar el puesto de Proudhon, con la diferencia, no obstante, de que Bray, lejos de pretender poseer la última palabra de la humanidad, propone solamente las medidas que él cree buenas para una época de transición entre la sociedad actual y el régimen de comunidad de bienes [31].

Una hora de trabajo de Pedro se intercambia por una hora de trabajo de Pablo. Éste es el axioma fundamental de Bray.

Supongamos que Pedro ha trabajado doce horas y Pablo sólo seis: en este caso, Pedro no podrá cambiar con Pablo más que seis horas por otras seis. A Pedro le quedarán, pues, de reserva seis horas. ¿Qué hará con estas seis horas de trabajo?

O no hará nada, es decir, habrá trabajado en vano seis horas, o bien dejará de trabajar otras seis para restablecer el equilibrio, o bien —y ésta será su última salida— dará a Pablo, por añadidura, estas seis horas con las que él no puede hacer nada.

Así, pues, ¿qué habrá ganado en definitiva Pedro en comparación con Pablo? ¿Horas de trabajo? No. Sólo habrá ganado horas de ocio; tendrá que holgar durante seis horas. Y para que este nuevo derecho a la holganza no sólo sea reconocido sino también apreciado en la nueva sociedad, es necesario que esta última encuentre su más alta felicidad en la pereza y que el trabajo le pese como una cadena de la que deberá librarse a todo trance. Y volviendo a nuestro ejemplo, ¡si al menos estas horas de ocio que Pedro ha sacado de ventaja a Pablo fuesen para Pedro una ganancia real! Pero no. Pablo, que comenzó trabajando sólo seis horas, alcanza mediante un trabajo regular y moderado el mismo resultado que Pedro, el cual comenzó trabajando con un esfuerzo excesivo. Cada uno querrá ser Pablo, y surgirá la competencia, una competencia de pereza, para lograr la situación de Pablo.

Por lo tanto, ¿qué nos ha reportado el intercambio de cantidades iguales de trabajo? Sobreproducción, depreciación, exceso de trabajo seguido por inactividad, en una palabra, todas las relaciones económicas existentes en la sociedad actual, menos la competencia de trabajo.

Pero no, nos equivocamos. Existe otro medio para salvar la nueva sociedad, la sociedad de los Pedros y de los Pablos. Pedro consumirá él mismo el producto de las seis horas de tra-

bajo que le sobran. Mas desde el momento que no tiene necesidad de cambiar por haber producido, tampoco necesita producir para cambiar, y esto echa por tierra toda nuestra suposición de una sociedad fundada en la división del trabajo y el intercambio. La igualdad de intercambios se salvaría sólo por haber cesado todo intercambio: Pablo y Pedro se convertirían en Robinsones.

Si se supone, pues, que todos los miembros de la sociedad son trabajadores directos, el intercambio de cantidades iguales de horas de trabajo sólo es posible a condición de que se convenga por anticipado el número de horas que será preciso emplear en la producción material. Pero semejante acuerdo equivale a la negación del intercambio individual [32].

Llegamos a la misma conclusión si tomamos como punto de partida, no la distribución de los productos creados, sino el acto de la producción. En la gran industria, Pedro no puede fijar libremente por sí mismo el tiempo de su trabajo porque el trabajo de Pedro no es nada sin el concurso de todos los Pedros y de todos los Pablos que integran el personal de la empresa. Esto explica mejor que nada la porfiada resistencia que los fabricantes ingleses opusieron al *bill* [decreto] *de la jornada de diez horas*. Sabían muy bien que una disminución de dos horas en la jornada de las mujeres y de los niños debía acarrear igualmente una disminución del tiempo de trabajo de los adultos. La propia naturaleza de la gran industria requiere que el tiempo de trabajo sea igual para todos. Lo que hoy es resultado de la acción del capital y de la competencia entre los obreros, mañana, al abolir la relación entre el trabajo y el capital, será logrado por efecto de un acuerdo basado en la relación entre la suma de las fuerzas productivas y la suma de las necesidades existentes [33].

Mas semejante acuerdo es la condenación del intercambio individual, o sea que llegamos de nuevo a nuestro primer resultado.

En el principio, no hay intercambio de productos sino intercambio de trabajos que concurren a la producción. Del modo de intercambio de las fuerzas productivas depende el modo de intercambio de los productos. En general, la forma del intercambio de los productos corresponde a la forma de la producción. Modifíquese esta última, y como consecuencia se modificará la primera. Por eso, en la historia de la sociedad vemos que el modo de intercambiar los productos es regulado por el modo de producirlos. El intercambio individual corresponde también a un modo de producción determinado que, a su vez, responde al antagonismo de clases. No puede existir, pues, intercambio individual sin antagonismo de clases.

Pero las conciencias honradas se niegan a reconocer este hecho evidente. Como burgués, no se puede menos que ver en estas relaciones antagónicas unas relaciones basadas en la armonía y en la justicia eterna, que no permite a nadie hacerse valer a costa del prójimo. A juicio del burgués, el intercambio individual puede subsistir sin antagonismo de clases: para él estos dos fenómenos no guardan la menor relación entre sí. El intercambio individual, tal como se lo figura el burgués, tiene muy poca afinidad con el intercambio individual tal como se practica.

Bray convierte la *ilusión* del honrado burgués en el *ideal* que él quisiera ver realizado. Depurando el intercambio individual, eliminando todos los elementos antagónicos que en él se encierran, cree encontrar una relación *"igualitaria"*, que quisiera instaurar en la sociedad.

Bray no ve que esta relación igualitaria, este *ideal correctivo* que él quisiera aplicar en el mundo, sólo es el reflejo del mundo actual, y que, por lo tanto, es totalmente imposible reconstituir la sociedad sobre una base que sólo es su sombra embellecida. A medida que la sombra toma cuerpo, se comprueba que este cuerpo, lejos de ser la transfiguración soñada, es el cuerpo actual de la sociedad.*

3. APLICACIÓN DE LA LEY DE PROPORCIONALIDAD DE LOS VALORES

a] *La moneda*

"El oro y la plata son las primeras mercancías cuyo valor llegó a ser constituido" {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 119}.

Por lo tanto, el oro y la plata son las primeras aplicaciones

* Como cualquiera otra teoría, la de Bray tiene sus partidarios que se han dejado engañar por las apariencias. En Londres, Sheffield, Leeds y muchas otras ciudades de Inglaterra, se han fundado *equitable-labour-exchange-bazaars*. Estos bazares, después de haber absorbido cuantiosos capitales, terminaron todos por quebrar de manera escandalosa. Y esto ha desilusionado para siempre a sus partidarios: ¡aviso al señor Proudhon! [34].

del "valor constituido"... por Proudhon. Y como Proudhon constituye los valores de los productos determinándolos por la cantidad comparativa del trabajo fijado en ellos, lo único que le quedaba era demostrar que las *variaciones* experimentadas por el valor del oro y de la plata se explican siempre por las variaciones del tiempo de trabajo necesario para producirlos. Pero a Proudhon ni siquiera se le ocurre esto. Habla del oro y de la plata como dinero y no como mercancía.

Toda su lógica, si de lógica puede hablarse, consiste en escamotear la cualidad que tienen el oro y la plata de servir de *moneda*, en provecho de todas las mercancías que poseen la cualidad de ser evaluadas mediante el tiempo de trabajo. Naturalmente, en este escamoteo hay más ingenuidad que malicia.

Como el valor de un producto útil se mide por el tiempo de trabajo necesario para producirlo, siempre puede ser aceptado a cambio. Testimonio de ello, exclama Proudhon, son el oro y la plata que reúnen las condiciones requeridas de "intercambiabilidad". Por lo tanto, el oro y la plata son el valor que ha alcanzado estado de constitución, son la asimilación de la idea de Proudhon. No puede ser más afortunado en la elección de su ejemplo. El oro y la plata, además de su cualidad de ser una mercancía cuyo valor se determina, como el de cualquier otra, por el tiempo de trabajo, tiene la cualidad de ser medio universal de cambio, es decir, de ser dinero. Por eso al tomar el oro y la plata como una aplicación del *"valor constituido"* por el tiempo de trabajo, nada más fácil que demostrar que toda mercancía cuyo valor sea constituido por el tiempo de trabajo será siempre susceptible de cambio, será dinero.

En el espíritu de Proudhon surge una cuestión muy simple. ¿Por qué tienen el oro y la plata el privilegio de ser el tipo del "valor constituido"?

La función particular que el uso ha asignado a los metales preciosos de servir de medio para el comercio es puramente convencional, y cualquier otra mercancía podría cumplir este cometido, con menos comodidad tal vez, pero de una manera igualmente auténtica: así lo reconocen los economistas, que citan más de un ejemplo de esta naturaleza. ¿Cuál es, pues, la razón de esta preferencia generalmente acordada a los metales, y cómo se explica esta especialidad de funciones de la moneda, sin par en la economía política?... ¿Es posible *restablecer la serie* de la que el *dinero* parece haber sido separado y, por consiguiente, reducir éste a su verdadero principio? [Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 119].

Al plantear la cuestión en estos términos, Proudhon presupone ya el *dinero*. La primera cuestión que debiera haberse planteado Proudhon es saber por qué en los intercambios, tal como están constituidos actualmente, ha habido que individualizar, por decirlo así, el valor intercambiable creando un medio especial de intercambio. El dinero no es un objeto, es una relación social [35]. ¿Por qué la relación expresada por el dinero es una relación de la producción, al igual que cualquier otra relación económica, tal como la división del trabajo, etc.? Si Proudhon hubiese tenido idea clara de esta relación, no le habría parecido el dinero una excepción, un miembro separado de una serie desconocida o por encontrar.

Habría reconocido, por el contrario, que esta relación es un eslabón y que, como tal, está íntimamente ligado a toda la cadena de las demás relaciones económicas, así como que esta relación corresponde a un modo de producción determinado, ni más ni menos que el intercambio individual. Pero ¿qué hace él? Comienza por separar el dinero del conjunto del modo de producción actual, para luego hacer de él el primer miembro de una serie imaginaria, de una serie por encontrar.

Una vez admitida la necesidad de un medio particular de intercambio, es decir, la necesidad del dinero, no queda sino explicar por qué esta función particular ha sido reservada al oro y la plata, y no a otra mercancía cualquiera. Ésta es una cuestión secundaria, cuya explicación no hay que buscar en el encadenamiento de las relaciones de producción sino en las cualidades específicas inherentes al oro y a la plata como materia. Si los economistas en este caso "se han lanzado fuera del dominio de la ciencia, si han hecho física, mecánica, historia, etc.", como les reprocha Proudhon, no han hecho sino lo que debían hacer. La cuestión no pertenece al dominio de la economía política. "Lo que no ha visto ni comprendido ninguno de los economistas —dice Proudhon— es la *razón económica* que ha determinado, en favor de los metales preciosos, el privilegio que disfrutan" [Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 119].

Proudhon ha visto, comprendido y legado a la posteridad la razón económica que nadie —no sin fundamento— había visto ni comprendido.

Ahora bien, lo que nadie ha observado es que, de todas las mercancías, el oro y la plata son las primeras cuyo valor llegó a ser constituido. En el período patriarcal, el oro y la plata son todavía objeto de comercio y se cambian en lingotes, pero ya con una tendencia visible a la dominación y con una marcada preferencia. *Poco a poco* los soberanos se apoderan de ellos y les estampan su cuño; y de esta consagración soberana nace el dinero, es decir, la mercancía por excelencia, la mercancía que, en medio de todas las perturbaciones del comercio, conserva un valor proporcional determinado y es aceptado en todos los pagos. . . El rasgo distintivo del oro y de la plata consiste, lo repito, en que gracias a sus propiedades metálicas, a las dificultades de su producción y, sobre todo, a la intervención de la autoridad pública, adquirieron muy pronto, como mercancías, firmeza y autenticidad [Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, pp. 119-120].

Afirmar que, de todas las mercancías, el oro y la plata son las primeras cuyo valor llegó a ser constituido, es afirmar, como se desprende de lo ya dicho, que el oro y la plata fueron los primeros en convertirse en dinero. He aquí la gran revelación de Proudhon, he aquí la verdad que nadie había descubierto antes que él.

Si con esto ha querido decir Proudhon que el tiempo necesario para la obtención del oro y la plata ha sido conocido antes que el tiempo de producción de todas las demás mercancías, ésta sería otra de las suposiciones con las que tanto le gusta agasajar a sus lectores. Si quisiéramos atenernos a esta erudición patriarcal, diríamos a Proudhon que en primer lugar fue conocido el tiempo necesario para producir los objetos de primera necesidad, tales como el hierro, etc. No hablemos ya del arco clásico de Adam Smith [36].

Pero, después de todo esto, ¿cómo puede hablar todavía Proudhon de la constitución de un valor, puesto que ningún valor se ha constituido jamás solo? El valor se constituye, no por el tiempo necesario para crear un solo producto, sino en proporción a la cantidad de todos los demás productos que pueden ser creados durante el mismo tiempo. Por lo tanto, la constitución del valor del oro y de la plata supone la constitución ya dada del valor de multitud de otros productos.

Por consiguiente, no es la mercancía la que, en forma de oro y plata, ha alcanzado el estado de "valor constituido", sino que el "valor constituido" de Proudhon ha alcanzado, en forma de oro y plata, el estado de dinero.

Examinemos ahora más de cerca las *razones económicas* que, según Proudhon, han dado al oro y la plata, antes que a todos los demás productos, la ventaja de ser erigidos en dinero, pasando por el estado constitutivo del valor.

Estas razones económicas son: la "tendencia visible a la dominación", la "marcada preferencia" ya en "el periodo patriarcal" y otras circunlocuciones de este mismo hecho que no hacen sino aumentar la dificultad, ya que multiplican el hecho multiplicando los incidentes que Proudhon aduce para explicarlo. Pero Proudhon no ha agotado aún todas las pretendidas razones económicas. He aquí una de fuerza soberana, irresistible: "De la consagración soberana nace el dinero: los soberanos se apoderan del oro y la plata y les estampan su cuño."

¡Así, pues, la arbitrariedad de los soberanos es, para Proudhon, la razón suprema en economía política!

Verdaderamente, hay que ignorar en absoluto la historia para no saber que, en todos los tiempos, los soberanos se han tenido que someter a las condiciones económicas, sin poder dictarles nunca su ley. Tanto la legislación política como la civil no hacen más que expresar y protocolizar las exigencias de las relaciones económicas [37].

¿Fue el soberano el que se apoderó del oro y de la plata para hacer de ellos los medios universales de intercambio estampándoles su cuño, o por el contrario fueron estos medios universales de intercambio los que se apoderaron más bien del soberano obligándole a imprimirles su sello y a darles una consagración política?

El sello que se estampó y se estampa en la plata no expresa su valor sino su peso. La firmeza y la autenticidad de que habla Proudhon no se refieren sino a la ley de la moneda, y esta ley indica cuánto metal puro contiene un trozo de plata amonedada. "El único valor intrínseco de un marco de plata —dice Voltaire con el buen sentido que le caracteriza— es un marco de plata, media libra de plata de ocho onzas de peso. Sólo el peso y la ley crean este valor intrínseco" (Voltaire, *Système de Law*) [38]. Pero sigue sin resolver esta cuestión: ¿Cuánto vale una onza de oro y de plata? Si un casimir de los almacenes *Grand Colbert* ostenta la marca de fábrica: "pura lana", esta marca de fábrica no nos dice nada acerca del valor del casimir. Quedará por averiguar cuánto vale la lana.

Felipe I, rey de Francia —dice Proudhon— agregó a la libra tornesa [39] de Carlomagno un tercio de aleación, imaginándose que, teniendo el monopolio de acuñar moneda, podía hacer lo que hace todo comerciante que posee el monopolio de un producto. ¿Qué representaba en realidad esta alteración de las monedas tan reprochada a Felipe y a sus sucesores? Un razonamiento muy justo desde el punto de vista de la rutina comercial, pero muy falso desde el punto de vista de la ciencia económica: puesto que el valor se regula por la oferta y la demanda, se puede elevar la estimación y, por lo tanto, el valor de las cosas, bien creando una escasez ficticia, bien acaparando la fabricación, y esto es tan verdad del oro y la plata como del trigo, el vino, el aceite, el tabaco. Sin embargo, en cuanto se sospechó el fraude de Felipe, su moneda quedó reducida a su justo valor y él perdió todo lo que esperaba ganar a costa de sus súbditos. Idéntica suerte corrieron todas las demás tentativas análogas [Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 120].

En primer lugar, se ha demostrado ya muchas veces que, si el soberano se decide a alterar la moneda, es él quien sale perdiendo. Lo que gana una vez con la primera emisión, lo pierde luego cada vez que las monedas falsas retornan a él en forma de impuestos, etc. Pero Felipe y sus sucesores supieron resguardarse más o menos de esta pérdida porque, después de poner en circulación la moneda alterada, ordenaron inmediatamente una refundición general de monedas de cuño antiguo.

Por lo demás, si Felipe I hubiese razonado efectivamente como Proudhon, no habría razonado "desde el punto de vista comercial". Ni Felipe I ni Proudhon dan pruebas de genio mercantil imaginándose que el valor del oro, igual que el valor de cualquier otra mercancía, puede ser alterado por la sola razón de que su valor se determina por la relación entre la oferta y la demanda.

Si el rey Felipe hubiera ordenado que un tonel de trigo se llamara en adelante dos toneles de trigo, el rey habría sido un estafador. Habría engañado a todos los rentistas, a todos cuantos tuvieran que recibir cien toneles de trigo; habría sido la causa de que todas estas gentes, en lugar de recibir cien toneles de trigo, hubieran recibido sólo cincuenta. Supóngase que el rey debiera a alguien cien toneles de trigo; no habría tenido que pagar más que cincuenta. Pero en el comercio los cien toneles de trigo de ninguna manera habrían valido más de cincuenta. Cambiando el nombre no se cambia la cosa. La cantidad de trigo, como objeto de oferta o como objeto de demanda,

no disminuirá ni aumentará por el mero cambio de nombre. Por lo tanto, puesto que la relación entre la oferta y la demanda no cambia a pesar de esta alteración de nombres, el precio del trigo no sufrirá ninguna alteración real. Al hablar de la oferta y la demanda de las cosas, no se habla de la oferta y la demanda del nombre de las cosas. Felipe I no creaba el oro o la plata, como dice Proudhon; sólo creaba el nombre de las monedas. Háganse pasar los casimires franceses por casimires asiáticos y es posible que se engañe a un comprador o dos; pero en cuanto sea conocido el fraude, el precio de los supuestos casimires asiáticos descenderá hasta el precio de los casimires franceses. Dando una falsa etiqueta al oro y a la plata, el rey Felipe I sólo podía engañar mientras el fraude no fuera descubierto. Como cualquier otro tendero, engañaba a sus clientes dando una falsa calificación a la mercancía, pero esto sólo podía durar cierto tiempo. Tarde o temprano debía sufrir el rigor de las leyes comerciales. ¿Es esto lo que Proudhon quería demostrar? No. Según él es el soberano, y no el comercio, el que da al dinero su valor. ¿Y qué ha demostrado en realidad? Que el comercio es más soberano que el propio soberano. Si el soberano ordena que un marco se convierta en dos marcos, el comercio dirá siempre que estos dos marcos nuevos no valen más que uno de los antiguos.

Pero esto no hace avanzar ni un paso la cuestión del valor determinado por la cantidad de trabajo. Queda por resolver si el valor de estos dos marcos, convertidos de nuevo en un marco de los antiguos, es determinado por los gastos de producción o por la ley de la oferta y la demanda.

Proudhon continúa: "Hay que señalar que si, en lugar de alterar las monedas, hubiese podido el rey duplicar su masa, el valor de cambio del oro y de la plata habría bajado inmediatamente a la mitad, por esta misma razón de la proporcionalidad y del equilibrio" [Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 121].

Si es justa esta opinión, que Proudhon comparte con los demás economistas, constituye una prueba en favor de su doctrina de la oferta y la demanda, pero de ningún modo en favor de la proporcionalidad de Proudhon. Porque, cualquiera que sea la cantidad de trabajo fijado en la masa duplicada de oro y de plata, su valor bajaría a la mitad por la simple razón de que la demanda sería la misma mientras que la oferta se habría doblado. ¿O bien es que, esta vez, *"la ley de proporcionalidad"* coincidiría por casualidad con la ley tan desdeñada de

la oferta y la demanda? Esta justa proporcionalidad de Proudhon es en efecto tan elástica, se presta a tantas variaciones, combinaciones y cambios, que bien puede coincidir alguna vez con la relación entre la oferta y la demanda.

Asignar "a toda mercancía la capacidad de ser aceptable en el intercambio si no de hecho, al menos de derecho", fundándose para ello en el papel que desempeñan el oro y la plata, significa no comprender este papel. El oro y la plata no son aceptables de derecho sino porque lo son de hecho, y lo son de hecho porque la organización actual de la producción necesita un medio universal de intercambio. El derecho no es más que el reconocimiento oficial del hecho [40].

Hemos visto que el ejemplo del dinero como aplicación del valor que ha alcanzado el estado de constitución sólo ha sido elegido por Proudhon para hacer pasar de contrabando toda su doctrina de la intercambiabilidad, es decir, para demostrar que toda mercancía evaluada según su costo de producción debe convertirse en dinero. Todo esto estaría muy bien, a no ser por el inconveniente de que, de todas las mercancías, precisamente el oro y la plata son, como dinero, las únicas que no se determinan por su costo de producción; y esto es tan cierto, que en la circulación pueden ser remplazadas por el papel. Mientras se observe una cierta proporción entre las necesidades de la circulación y la cantidad de moneda emitida, ya sea en papel, en oro, en platino, o en cobre, no puede plantearse la cuestión de observar una proporción entre el valor intrínseco (el costo de producción) y el valor nominal del dinero. Sin duda, en el comercio internacional, el dinero, como toda otra mercancía, es determinado por el tiempo de trabajo. Pero esto ocurre porque, en el comercio internacional, hasta el oro y la plata son medios de intercambio como producto y no como dinero, es decir, el oro y la plata pierden los rasgos de "firmeza y autenticidad", de "consagración soberana" que constituyen, según la opinión de Proudhon, su carácter específico. Ricardo ha comprendido tan bien esta verdad, que después de haber basado todo su sistema en el valor determinado por el tiempo de trabajo y después de haber dicho que *"el oro y la plata*, como todas las demás mercancías, no tienen valor sino en proporción a la cantidad de trabajo necesario para producirlos y hacerlos llegar al mercado", agrega, sin embargo, que el valor del *dinero* no se determina por el tiempo de trabajo fijado en su materia, sino solamente por la ley de la oferta y la demanda.

Aunque el papel moneda no tiene ningún valor intrínseco, sin embargo, si se limita la cantidad, su valor intercambiable puede ser tan grande como el valor del dinero metálico de la misma denominación o como el del metal contenido en este dinero. Con arreglo a este mismo principio, es decir, limitando la cantidad de dinero, las monedas desgastadas pueden circular por el mismo valor que tendrían si su peso y su ley fuesen los legítimos, y no según el valor intrínseco del metal puro que contengan. He aquí por qué en la historia de las monedas inglesas nos encontramos con que nuestro numerario nunca se ha depreciado en la misma proporción en que se ha alterado su calidad. La razón consiste en que jamás se ha multiplicado en proporción a su depreciación (Ricardo, *loc. cit.*, {t. II, pp. 206-207}).

He aquí lo que observa J.-B. Say a propósito de este pasaje de Ricardo: "Este *ejemplo* debería bastar, creo yo, para convencer al autor de que la base de todo valor no es la cantidad de trabajo necesario para producir una mercancía, sino la necesidad que se tiene de ella, confrontada con su escasez" {*Ibid.*, p. 206}.

Así pues, el dinero, que en opinión de Ricardo no es ya un valor determinado por el tiempo de trabajo, y que a causa de esto J.-B. Say toma como ejemplo a fin de convencer a Ricardo de que tampoco los demás valores pueden ser determinados por el tiempo de trabajo, el dinero, repito, que J.-B. Say toma como ejemplo de un valor determinado exclusivamente por la oferta y la demanda, es según Proudhon el ejemplo por excelencia de la aplicación del valor constituido. . . por el tiempo de trabajo.

Para terminar, si el dinero no es un "valor constituido" por el tiempo de trabajo, menos aún puede tener algo de común con la justa "proporcionalidad" de Proudhon. El oro y la plata son siempre intercambiables, porque tienen la función particular de servir como medio universal de intercambio, y de ningún modo porque existan en una cantidad proporcional al conjunto de riquezas; o mejor dicho, son siempre proporcionales por ser las únicas mercancías que sirven de dinero, de medio universal de intercambio, cualquiera que sea su cantidad con relación al conjunto de riquezas. "El dinero en circulación nunca puede ser lo bastante abundante como para resultar superfluo: pues si se le baja el valor, aumentará en la misma proporción la cantidad, y aumentando su valor disminuirá la cantidad" (Ricardo, {*loc. cit.*, t. II, p. 205}).

"¡Qué embrollo el de la economía política!", prorrumpe Proudhon.

"¡Maldito oro!, exclama graciosamente un comunista [por boca de Proudhon]. Con la misma razón podría decirse: ¡Maldito trigo, malditas viñas, malditas ovejas!, pues, al igual que el oro y la plata, *todo valor comercial* debe llegar a su exacta y rigurosa determinación" {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, pp. 121 y 122}.

La idea de atribuir a las ovejas y a las viñas las propiedades del dinero no es nueva. En Francia, pertenece al siglo de Luis XIV. En esta época, cuando el dinero comenzó a alcanzar su omnipotencia, alzábanse quejas a propósito de la depreciación de todas las demás mercancías y las gentes ansiaban con vehemencia que llegara el momento en que "todo valor comercial" pudiese llegar a su exacta y rigurosa determinación, convirtiéndose a su vez en dinero. He aquí lo que encontramos ya en Boisguillebert, uno de los más antiguos economistas de Francia: "Entonces el dinero, gracias a esta irrupción de innumerables competidores representados por las propias mercancías restablecidas en sus justos valores, será situado en sus límites naturales" (Boisguillebert, {*Dissertation*. . ., en}: *Économistes financiers du xviii*e *siècle*, ed. Daire, p. 422).

Como se ve, las primeras ilusiones de la burguesía son también las últimas [41].

b] *El excedente del trabajo*

En las obras de economía política se puede leer esta hipótesis absurda: *Si el precio de todas las cosas se duplicara*. . . ¡Como si el precio de todas las cosas no fuese la proporción de las cosas, y como si se pudiese duplicar una proporción, una relación, una ley! (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, p. 81 {ed. 1923, t. I, p. 128}).

Los economistas han incurrido en este error a causa de no haber sabido aplicar la "ley de proporcionalidad" y el "valor constituido".

Desgraciadamente, en el tomo I, p. 110, de la propia obra de Proudhon, nos encontramos con esta hipótesis absurda de que "si el salario experimentase un alza general, se elevaría el precio de todas las cosas". Además, si se encuentra en las obras de economía política la frase en cuestión, también se encuentra en ellas su explicación. "Si se dice que sube o baja el precio de todas las mercancías, siempre se excluye una u otra mercancía: la mercancía excluida es por lo general el dinero o el trabajo" (*Encyclopaedia metropolitana or universal dictionary of knowledge*, vol. IV, artículo *Political economy*, de Senior, 1836. Véase también sobre esta expresión: J. St. Mill, *Essays on some unsettled questions of political economy*, 1844, y Tooke, *A history of prices*, etc., 1838).

Pasemos ahora a la *segunda aplicación* del "valor constituido" y de otras proporcionalidades cuyo único defecto estriba en ser poco proporcionadas, y veamos si Proudhon es más afortunado en este caso que en el intento de *monetización* de las ovejas.

Un axioma generalmente admitido por los economistas es que todo trabajo debe dejar un excedente. Esta proposición constituye para mí una verdad universal y absoluta: es el corolario de la ley de la proporcionalidad, que se puede considerar como el compendio de toda la ciencia económica. Pero, que me perdonen los economistas, el principio de que *todo trabajo debe dejar un excedente* no tiene sentido en su teoría y no es susceptible de *demostración* alguna (Proudhon, *loc. cit.* {ed. 1923, t. I, p. 122}).

Para probar que todo trabajo debe dejar un excedente, Proudhon personifica la sociedad; hace de ella una *sociedad persona*, sociedad que no es lo mismo que la sociedad de las personas, puesto que posee sus leyes particulares, las cuales no tienen nada en común con las personas de que se compone la sociedad, y su "inteligencia propia", que no es la inteligencia del común de las gentes, sino una inteligencia sin sentido común. Proudhon reprocha a los economistas el no haber comprendido la personalidad de este ser colectivo. Estimamos que no estará de más oponer a sus palabras el siguiente pasaje de un economista americano que echa en cara a los demás economistas todo lo contrario: "La *entidad* moral [*the moral entity*], el ser gramatical [*the grammatical being*] denominado sociedad ha sido revestido de atribuciones que sólo tienen existencia real en la imaginación de los que con una palabra hacen una cosa. . . He aquí lo que ha dado lugar a tantas dificultades y a deplorables equivocaciones en economía política" (Th. Cooper, *Lectures on the elements of political economy*, 1826) [42].

En relación con los individuos —prosigue Proudhon— este principio del excedente del trabajo es verdadero sólo porque emana de la socie-

dad, que les confiere así el beneficio de sus propias leyes [Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 124].

¿Proudhon quiere decir con esto simplemente que el individuo social produce más que el individuo aislado? [43] ¿Se refiere Proudhon a este excedente de la producción de los individuos asociados en comparación con la de los individuos no asociados? Si es así, podemos citarle un centenar de economistas que han expresado esta simple verdad sin todo ese misticismo de que se rodea Proudhon. He aquí lo que dice, por ejemplo, Sadler:

El trabajo combinado da resultados que no podría proporcionar nunca el trabajo individual. A medida, pues, que la humanidad aumente en número, los productos de la industria mancomunada rebasarán con mucho la suma de una simple adición calculada sobre la base de este aumento. . . Actualmente, tanto en las artes mecánicas como en los trabajos científicos, un hombre puede hacer en un día más que un individuo aislado en toda su vida. Aplicado al punto que nos ocupa, no resulta cierto el axioma de los matemáticos de que el todo es igual a las partes. En cuanto al trabajo, este gran pilar de la existencia humana [*the great pillar of human existence*], se puede decir que el producto de los esfuerzos acumulados supera con mucho a todo lo que puedan jamás crear los esfuerzos individuales y separados (T. Sadler, *The law of population*. . ., 1830).

Volvamos a Proudhon. El excedente de trabajo, dice, se explica por la sociedad persona. La vida de esta persona se subordina a leyes opuestas a las que determinan la actividad del hombre como individuo, cosa que Proudhon quiere demostrar con *"hechos"*.

El descubrimiento de un nuevo procedimiento en la esfera económica no puede nunca reportar al inventor una ganancia igual a la que proporciona a la sociedad. . . Se ha observado que las empresas ferroviarias son para los empresarios una fuente de riqueza en mucho menor grado que para el Estado. . . La tarifa media del transporte de mercancías por carretera es de dieciocho céntimos por tonelada y por kilómetro, comprendidos los gastos de carga y descarga en el almacén. Se ha calculado que una empresa ordinaria de ferrocarriles no obtendría a ese precio ni siquiera un diez por ciento de ganancia neta, que es aproximadamente lo que viene a recibir una empresa de acarreo. Pero admitamos que la velocidad del transporte por ferrocarril sea a la del transporte por tierra como cuatro es a uno: como en la sociedad el tiempo es el valor mismo, a igual tarifa el ferrocarril brindará

en comparación con el transporte por tierra una ventaja de 400%. Sin embargo, esta enorme ventaja, muy real para la sociedad, está bien lejos de realizarse en la misma proporción para el dueño de la empresa de transporte: mientras proporciona a la sociedad un beneficio de 400%, él ni siquiera consigue un 10%. Supongamos, en efecto, para mayor claridad, que el ferrocarril ha elevado la tarifa a 25 céntimos, en tanto que la del transporte por tierra sigue siendo de 18: en ese caso el ferrocarril perdería al instante todas sus consignaciones. Expedidores, destinatarios, todo el mundo retornaría al *malbrouke* y, si fuese preciso, al patache. La locomotora sería desechada: una ventaja social de 400% sería sacrificada a una pérdida privada de 35%. Y se comprende la razón: la ventaja que resulta de la velocidad del transporte por ferrocarril es una ventaja enteramente social, y cada individuo no participa de ella sino en una proporción mínima (no olvidemos que en este momento se trata sólo del transporte de mercancías), mientras que la pérdida afecta directa y personalmente al consumidor. Un beneficio social igual a 400 representa para el individuo, si la sociedad se compone solamente de un millón de seres, cuatro diezmilésimas, mientras que una pérdida de 33% para el consumidor supondría un déficit social de 33 millones (Proudhon, *loc. cit.* [ed. 1923, t. I, p. 124]).

Que Proudhon exprese una velocidad cuádruple como un 400% de la velocidad primitiva, puede pasar; pero relacionar los porcentajes de velocidad con los porcentajes de ganancia y formar una proporción entre dos relaciones que, si bien cada una por separado se mide por tantos por cientos, sin embargo, son inconmensurables entre sí, equivale a establecer una proporción entre los porcentajes dejando a un lado las propias cosas.

Los porcentajes son siempre porcentajes, 10% y 400% son conmensurables; son el uno al otro como 10 es a 400. Por consiguiente, concluye Proudhon, un beneficio de 10% vale 40 veces menos que una velocidad cuadruplicada. Con el fin de guardar las apariencias dice que, para la sociedad, el tiempo es valor (*time is money*). Este error proviene de que él recuerda confusamente que existe una relación entre el valor y el tiempo de trabajo y se apresura a equiparar el tiempo de trabajo con el tiempo de transporte, es decir, identifica con la sociedad entera unos cuantos fogoneros, conductores y mozos de tren, cuyo tiempo de trabajo equivale efectivamente al tiempo de transporte. Convirtiendo, pues, la velocidad en capital, dice con toda razón: "Un beneficio de 400% será sacrificado a una pérdida de 35%." Después de haber formulado como matemático esta extraña proposición, nos la explica como economista.

"Un beneficio social igual a 400 representa para el individuo, si la sociedad se compone solamente de un millón de seres, cuatro diezmilésimas." De acuerdo, pero no se trata de 400 sino de 400% y un beneficio de 400% representa para el individuo 400%, ni más ni menos. Cualquiera que sea el capital, los dividendos siempre constituirán en este caso un 400%. ¿Qué hace Proudhon? Toma los porcentajes por el capital y, como temiendo que su embrollo no sea lo bastante manifiesto, o bastante "claro", continúa:

"Una pérdida de 33% para el consumidor supondría un déficit social de 33 millones." 33% de pérdida para cada uno de los consumidores son 33% de pérdida para un millón de consumidores. Además, ¿cómo puede Proudhon afirmar al respecto que el déficit social, en el caso de una pérdida de 33%, se eleva a 33 millones, cuando no conoce ni el capital social ni siquiera el capital de uno solo de los interesados? Por lo tanto, a Proudhon no le basta haber confundido el *capital* y los *porcentajes*, sino que va más allá, identificando el *capital* colocado en una empresa con el *número* de los interesados.

"Supongamos en efecto, para mayor claridad", un capital determinado. Una ganancia social de 400%, distribuida entre un millón de participantes, cada uno de los cuales haya aportado un franco, da cuatro francos de beneficio por cabeza y no 0.0004, como afirma Proudhon. De igual modo, una pérdida de 33% para cada uno de los participantes representa un deficit social de 330 000 francos, y no de 33 millones (100 : 33 = 1 000 000 : 330 000).

Proudhon, absorbido por su teoría de la sociedad persona, se olvida de hacer la división por 100. Así, obtiene 330 000 francos de pérdida; pero cuatro francos de ganancia por cabeza constituyen para la sociedad cuatro millones de francos de beneficio. Por lo tanto, queda para la sociedad una ganancia neta de 3 670 000 francos. Este cálculo exacto demuestra precisamente todo lo contrario de lo que ha querido demostrar Proudhon: que las ganancias y las pérdidas de la sociedad no están de ningún modo en razón inversa de las ganancias y las pérdidas de los individuos.

Después de haber rectificado estos simples errores de puro cálculo, veamos un poco las consecuencias a que llegaríamos si, haciendo abstracción de los errores de cálculo, resolviéramos admitir para los ferrocarriles la relación establecida por Proudhon entre la velocidad y el capital. Supongamos que un transporte cuatro veces más rápido cueste cuatro veces más; en tal caso, este transporte no rendiría menos ganancia que el transporte por carretera, cuatro veces más lento y cuatro veces más barato. O sea, si éste cuesta dieciocho céntimos, el ferrocarril costaría setenta y dos. Ésta sería la consecuencia "rigurosamente matemática" de las suposiciones de Proudhon, haciendo una vez más abstracción de los errores de cálculo. Pero he aquí que se nos dice inopinadamente que si, en lugar de 72 céntimos, el ferrocarril cobrase sólo 25, perdería al punto todas sus consignaciones de mercaderías. Decididamente, en tal caso habría que retornar al ***malbrouke*** e inclusive al patache. Lo único que aconsejamos a Proudhon es que en su "*Programa de la asociación progresiva*" no se olvide de hacer la división por 100. Pero ésa es la desgracia: no abrigamos la menor esperanza de que sea escuchado nuestro consejo, porque Proudhon está tan encantado de su cálculo "progresivo", correspondiente a la "asociación progresiva", que clama con gran énfasis: "Con la solución de la antinomia del valor, ya he mostrado en el capítulo II que la ventaja de todo descubrimiento útil es incomparablemente menor para el inventor, haga lo que haga, que para la sociedad; ¡la demostración de este punto la he realizado *con todo rigor matemático*!" {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, pp. 252-253}.

Volvamos a la ficción de la sociedad persona, ficción cuya única finalidad era probar la simple verdad de que cada nuevo invento disminuye el valor dinerario del producto al dar la posibilidad de producir con la misma cantidad de trabajo un mayor número de mercancías. La sociedad sale, pues, beneficiada, no porque obtenga más valores intercambiables sino porque obtiene más mercancías por el mismo valor. En cuanto al inventor, la competencia haee que su ganancia descienda gradualmente hasta el nivel general de las ganancias. ¿Ha demostrado Proudhon este enunciado como quería hacerlo? No. Esto no le impide reprochar a los economistas el no haber hecho esta demostración. Para persuadirle de lo contrario, no citaremos más que a Ricardo y Lauderdale; Ricardo, jefe de la escuela que determina el valor por el tiempo de trabajo, y Lauderdale, uno de los defensores más furibundos de la determinación del valor por la oferta y la demanda. Ambos han desarrollado la misma tesis.

Aumentando constantemente la facilidad de producción, disminuimos constantemente el valor de algunas de las cosas producidas antes, aunque por ese mismo medio aumentamos no sólo la riqueza nacional sino también la capacidad de producir en el futuro... Tan pronto como con la ayuda de las máquinas, o por nuestros conocimientos en física, obligamos a los agentes naturales a realizar el trabajo que antes era hecho por el hombre, el valor intercambiable de este trabajo baja consecutivamente. Si hacían falta diez hombres para mover un molino de trigo y después se descubrió que por medio del viento o del agua podía ahorrarse el trabajo de estos diez hombres, el valor de la harina producida por la acción del molino descenderá en proporción a la suma de trabajo ahorrado, y la sociedad se verá enriquecida con todo el valor de las cosas que podrá producir el trabajo de estos diez hombres, ya que los fondos destinados al sostenimiento de los trabajadores no experimentarán la menor disminución (Ricardo, *loc. cit.*, {t. II, pp. 59 y 98}).

Lauderdale, a su vez, dice:

La ganancia de los capitales proviene siempre de que éstos suplen una parte del trabajo que el hombre tendría que realizar con sus manos, o bien de que efectúan una parte del trabajo superior a las fuerzas personales del hombre y que el hombre no podría ejecutar por sí solo. La exigua ganancia que de ordinario obtienen los propietarios de las máquinas, en comparación con el precio del trabajo que las máquinas suplen, es posible que dé lugar a dudas sobre la justeza de esta opinión. Por ejemplo, una bomba de vapor extrae en un día de una mina de carbón más agua de la que podrían sacar sobre sus espaldas trescientos hombres, aun valiéndose de baldes, y es indudable que la bomba sustituye el trabajo de estos hombres con mucho menos gastos. Lo mismo se puede decir de todas las máquinas restantes. Realizan a más bajo precio el trabajo que hacía la mano del hombre, sustituida ahora por ellas... Supongamos que el inventor de una máquina que remplaza el trabajo de cuatro hombres ha recibido una patente: como el privilegio exclusivo impide toda competencia, excepto la que resulta del trabajo de los obreros remplazados por su máquina, es claro que, mientras dure el privilegio, el salario de estos obreros será la medida del precio que el inventor dará a sus productos; por consiguiente, para asegurar su uso, tendrá que exigir un poco menos de lo que supone el salario del trabajo que su máquina suple. Pero cuando expire el plazo del privilegio, aparecerán otras máquinas de la misma especie, que rivalizarán con la suya. Entonces regulará su precio sobre la base del principio general, haciéndolo depender de la abundancia de máquinas. La ganancia del capital invertido..., aunque es el resultado de un trabajo suplido, se regula en definitiva, no por el valor de este trabajo, sino como en todos los demás casos, por la competencia entre los poseedores de capitales, y el grado de esta competencia queda fijado siempre por la proporción entre la cantidad de capitales ofrecidos para este fin y la demanda que de ellos se haga {Lauderdale, *loc. cit.*, pp. 119, 123, 124, 125, 134}.

En último lugar, pues, si en la nueva industria la ganancia es mayor que en las restantes, siempre habrá capitales que tenderán a colocarse en esta industria, hasta que la tasa de ganancia descienda al nivel común [44].

Acabamos de ver que el ejemplo del ferrocarril es poco válido para arrojar luz sobre la ficción de la sociedad persona. Sin embargo, Proudhon prosigue audaz su discurso: "Esclarecido este punto, nada más fácil que explicar por qué el trabajo debe dejar a cada productor un excedente" {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 125}.

Lo que sigue a continuación pertenece a la antigüedad clásica. Es un cuento poético escrito con la finalidad de hacer descansar al lector de las fatigas que ha debido causarle el rigor de las demostraciones matemáticas que lo preceden. Proudhon da a su sociedad persona el nombre de *Prometeo*, cuyas proezas glorifica en estos términos:

Primeramente, al salir del seno de la naturaleza, Prometeo despierta a la vida en una inercia plena de encantos, etc. Prometeo pone manos a la obra, y desde el primer día, primera jornada de la segunda creación, el producto de Prometeo, es decir, su riqueza, su bienestar, es igual a diez. El segundo día, Prometeo divide su trabajo, y su producto crece hasta cien. El tercer día y cada uno de los siguientes, Prometeo inventa máquinas, descubre nuevas propiedades útiles de los cuerpos, nuevas fuerzas de la naturaleza... Cada paso de su actividad productiva eleva la cifra de su producción, anunciándole un acrecentamiento de su felicidad. Y por último, como para él consumir significa producir, es claro que cada día de consumo, no llevándose más que el producto del día anterior, le deja un excedente de producto para el día siguiente {*Ibid.*}.

Este Prometeo de Proudhon es un personaje peregrino, tan poco fuerte en lógica como en economía política. Mientras Prometeo se limita a aleccionarnos diciendo que la división del trabajo, el empleo de máquinas y la explotación de las fuerzas naturales y del poder de la ciencia multiplican las fuerzas productivas de los hombres y dan un excedente en comparación con lo que produce el trabajo aislado, la desgracia de este nuevo Prometeo consiste únicamente en haber aparecido demasiado

tarde. Pero en cuanto Prometeo se pone a hablar de producción y consumo, es realmente grotesco. Para él, consumir es producir, consume al día siguiente lo que ha producido la víspera, y así cuenta siempre con un día de reserva; esta jornada sobrante es su "excedente de trabajo". Pero, consumiendo hoy lo que produjo ayer, Prometeo, el primer día, que no tuvo víspera, hubo de trabajar jornada doble a fin de disponer luego de un día de reserva. ¿Cómo pudo Prometeo conseguir el primer día este remanente si no había ni división de trabajo ni máquinas ni conocimiento de más fuerzas de la naturaleza que la del fuego? Por ello, retrotrayendo la cuestión "al primer día de la segunda creación", no se avanza ni un paso. Esta manera de explicar las cosas, medio griega, medio hebrea, a la vez mística y alegórica, da a Proudhon pleno derecho para decir: "He demostrado por medio de la teoría y de los hechos el principio de que todo trabajo debe dejar un excedente."

Los hechos son el famoso cálculo progresivo; la teoría es el mito de Prometeo.

Pero —continúa Proudhon— este principio, tan cierto como una proposición de aritmética, está todavía lejos de realizarse para todos. Al mismo tiempo que el progreso de la actividad productora colectiva aumenta constantemente el producto de cada jornada de trabajo individual, y ese aumento debería traer como consecuencia necesaria que el trabajador, con el mismo salario, fuese cada día más rico, vemos que unas capas de la sociedad se benefician mientras otras decaen [Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 127].

En 1770, la población del Reino Unido de la Gran Bretaña ascendía a 15 millones, y la población activa era de tres millones. La fuerza productiva de los perfeccionamientos técnicos equivalía aproximadamente a 12 millones más de personas; por lo tanto, la suma total de fuerzas productivas era igual a 15 millones. La capacidad productiva era, pues, a la población como uno es a uno, y la productividad de los adelantos técnicos era al rendimiento del trabajo manual como 4 es a 1.

En 1840, la población no pasaba de 30 millones: la población productiva era de seis millones, mientras que la potencia científica ascendía a 650 millones, es decir, era al conjunto de la población como 21 es a 1, y al rendimiento del trabajo manual como 108 es a 1 [45].

En la sociedad inglesa, la productividad de la jornada de trabajo ha aumentado, por lo tanto, en setenta años en 2 700%,

es decir, en el año 1840 se producía en un día veintisiete veces más que en 1770. Según Proudhon, habría que plantear la cuestión siguiente: ¿Por qué el obrero inglés de 1840 no es veintisiete veces más rico que el de 1770? Plantear semejante cuestión significaría, naturalmente, suponer que los ingleses habrían podido producir estas riquezas sin que existiesen las condiciones históricas en que habían sido producidas, o sea: la acumulación privada de capitales, la división moderna del trabajo, la fábrica automática, la competencia anárquica, trabajo asalariado, en una palabra, todo lo que está basado en el antagonismo de clases. Pero precisamente estas condiciones eran necesarias para el desarrollo de las fuerzas productivas y del excedente de trabajo. Por lo tanto, para obtener este desarrollo de las fuerzas productivas y este excedente de trabajo, era necesaria la existencia de unas clases que se benefician y de otras que decaen.

¿Qué es, pues, en resumidas cuentas, este Prometeo resucitado por Proudhon? Es la sociedad, son las relaciones sociales basadas en el antagonismo de clases. Estas relaciones no son relaciones entre un individuo y otro, sino entre el obrero y el capitalista, entre el arrendatario y el propietario de la tierra, etc. Suprímanse esas relaciones y se habrá destruido toda la sociedad y vuestro Prometeo quedará convertido en un fantasma sin brazos y sin piernas, es decir, sin taller automático y sin división del trabajo; en una palabra, sin todo lo que desde el primer momento se le proporcionó para hacerle obtener ese excedente de trabajo.

Por lo tanto, si en teoría bastaba, como lo hace Proudhon, con interpretar la fórmula del excedente de trabajo a partir del sentido de igualdad, sin tomar en cuenta las condiciones actuales de la producción, en la práctica debería ser suficiente con hacer entre los obreros un reparto igualitario de todas las riquezas adquiridas actualmente, sin cambiar para nada las condiciones actuales de la producción. Este reparto no aseguraría, claro está, un alto grado de bienestar a cada uno de los participantes.

Pero Proudhon es menos pesimista de lo que podría parecer. Como para él la proporcionalidad lo es todo, en el Prometeo tal cual realmente existe, es decir, en la sociedad presente, no puede menos que ver un comienzo de realización de su idea favorita. "Pero, a la vez, el progreso de la riqueza, es decir, la *proporcionalidad de los valores*, es la ley dominante; y cuando

los economistas oponen a las quejas del partido social el crecimiento progresivo de la fortuna pública y la mejoría de la situación inclusive de las clases más desventuradas de la sociedad, proclaman, sin ellos sospecharlo, una verdad que es la condenación de sus teorías" {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 127}.

¿Qué es, en realidad, la riqueza colectiva, la fortuna pública? Es la riqueza de la burguesía, y no la de cada burgués en particular. Pues bien, los economistas no han hecho otra cosa que demostrar cómo, en las relaciones de producción existentes, ha crecido y debe crecer aún más la riqueza de la burguesía. En cuanto a la clase obrera, está todavía por verse si su situación ha mejorado a consecuencia del aumento de la pretendida riqueza pública. Cuando los economistas nos citan, en apoyo de su optimismo, el ejemplo de los obreros ingleses ocupados en la industria algodonera, no ven su situación sino en los raros momentos de la prosperidad del comercio. Con respecto a los periodos de crisis y de estancamiento, esos momentos de prosperidad guardan la "justa proporción" de 3 a 10. ¿O tal vez, hablando de mejoría, los economistas querían referirse a esos millones de obreros que tuvieron que perecer en las Indias orientales para procurar al millón y medio de obreros ocupados en Inglaterra en esa misma rama de la industria tres años de prosperidad de cada diez?

En cuanto a la participación temporal en el crecimiento de la riqueza pública, eso ya es otra cuestión. El hecho de esta participación temporal se explica por la teoría de los economistas. Es la confirmación de esta teoría, y en modo alguno su "condenación", como asegura Proudhon. Si algo hay que condenar es, naturalmente, el sistema de Proudhon que, como hemos demostrado, reduciría a los obreros a un mínimo de salario, pese al incremento de las riquezas. Sólo sometiéndolos a un mínimo de salario podría aplicar aquí el principio de la justa proporcionalidad de los valores, del "valor constituido" por el tiempo de trabajo. Precisamente porque el salario, a causa de la competencia, oscila por encima o por debajo del precio de los víveres necesarios para el sustento del obrero, éste puede participar, aunque sea en el grado más insignificante, en el crecimiento de la riqueza colectiva; pero precisamente por eso puede también perecer como consecuencia de la miseria. En esto consiste toda la teoría de los economistas, que no se hacen ilusiones al respecto.

Después de sus largas divagaciones a propósito de los ferrocarriles, de Prometeo y de la nueva sociedad a reconstituir sobre la base del "valor constituido", Proudhon se recoge en sí mismo; la emoción le domina, y exclama con un tono paternal:

Yo *conjuro* a los economistas a que se interroguen un momento, en el fondo de su corazón, abandonando los prejuicios que les turban y la preocupación por los cargos que ocupan o que esperan, por los intereses a cuyo servicio están, por los votos que ambicionan, por las distinciones que halagan su vanidad; que se interroguen y digan si hasta ahora el principio de que todo trabajo debe dejar un excedente se lo habían imaginado con esta cadena de premisas y consecuencias que hemos puesto de relieve {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, pp. 127-128} **[46]**.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA METAFÍSICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

1. EL MÉTODO

¡Henos aquí en plena Alemania! Vamos a hablar de metafísica, a la vez que discurrimos sobre economía política. Y también en este caso no hacemos sino seguir las "contradicciones" de Proudhon. Hasta hace un momento me obligaba a hablar en inglés, a convertirme hasta cierto punto en inglés. Ahora la escena cambia. Proudhon nos traslada a nuestra querida patria y nos fuerza a recobrar nuestra condición de alemán a pesar nuestro [47].

Si el inglés transforma los hombres en sombreros, el alemán transforma los sombreros en ideas. El inglés es Ricardo, acaudalado banquero y distinguido economista; el alemán es Hegel, simple profesor de filosofía en la Universidad de Berlín.

Luis XV, último rey absoluto y representante de la decadencia de la realeza francesa, tenía a su servicio personal un médico que era a la vez el primer economista de Francia. Este médico, este economista, personificaba el triunfo inminente y seguro de la burguesía francesa. El doctor Quesnay hizo de la economía política una ciencia; la resumió en su famoso *Tableau économique*. Además de los mil y un comentarios aparecidos sobre este cuadro, poseemos uno debido al propio doctor. Es el "análisis del cuadro económico", seguido de "siete *observaciones importantes*".

Proudhon es un segundo doctor Quesnay. Es el Quesnay de la metafísica de la economía política.

Ahora bien, la metafísica, como en general toda la filosofía, se resume según Hegel en el método. Tendremos pues que tratar de esclarecer el método de Proudhon, que es por lo menos tan oscuro como el *Tableau économique*. Con este fin haremos siete observaciones más o menos importantes. Si el doctor Proudhon no está conforme con nuestras observaciones, qué le haremos, puede hacer de abate Baudeau y dar él mismo "la explicación del método ecónomico-metafísico" [48].

Primera observación

No hacemos una *historia según el orden de los tiempos*, sino *según la sucesión de las ideas*. Las *fases* o *categorías* económicas son, en su *manifestación*, ora contemporáneas, ora invertidas. . . Las teorías económicas no dejan de tener por eso su *sucesión lógica* y su *serie en el entendimiento*: es ese orden el que nos jactamos de haber descubierto (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, p. 146 [ed. 1923, t. I, p. 179]).

Decididamente, Proudhon ha querido asustar a los franceses tirándoles a la cabeza frases casi hegelianas. Tenemos, pues, que habérnoslas con dos hombres, primero con Proudhon y después con Hegel. ¿Cómo se distingue Proudhon de los demás economistas? ¿Y qué papel desempeña Hegel en la economía política de Proudhon?

Los economistas expresan las relaciones de la producción burguesa, la división del trabajo, el crédito, la moneda, etc., como categorías fijas, inmutables, eternas. Proudhon, que tiene ante sí estas categorías completamente formadas, quiere explicarnos el acto de formación, la generación de estas categorías, principios, leyes, ideas, pensamientos.

Los economistas nos explican cómo se produce en esas relaciones dadas, pero lo que no nos explican es cómo se producen esas relaciones, es decir, el movimiento histórico que las engendra. Proudhon, habiendo tomado esas relaciones como principios, categorías, pensamientos abstractos, no tiene más que poner *orden* en esos pensamientos que ya están ordenados alfabéticamente al final de todo tratado de economía política. Los materiales de los economistas son la vida activa y dinámica de los hombres; los materiales de Proudhon son los dogmas de los economistas. Pero desde el momento en que no se persigue el movimiento histórico de las relaciones de producción, del que las categorías no son sino la expresión teórica, desde el momento en que no se quiere ver en esas categorías más que ideas y pensamientos espontáneos, independientes de las relaciones reales, se está forzado a asignar como origen de estos pensamientos el movimiento de la razón pura [49]. ¿Cómo hace nacer esos pensamientos la razón pura, eterna, impersonal? ¿Cómo procede para producirlos?

Si tuviéramos la intrepidez de Proudhon en materia de hegelianismo, diríamos que la razón pura se distingue en sí misma de ella misma. ¿Qué significa esto? Como la razón impersonal no tiene fuera de ella ni terreno sobre el que pueda asentarse, ni objeto al cual pueda oponerse, ni sujeto con el que pueda combinarse, se ve forzada a dar volteretas situándose, oponiéndose y combinándose —posición, oposición, combinación. Hablando en griego, tenemos la tesis, la antítesis y la síntesis. En cuanto a los que no conocen el lenguaje hegeliano, les diremos la fórmula sacramental: afirmación, negación y negación de la negación. He aquí lo que significa manejar las palabras. Indudablemente esto no es hebreo, sin ánimo de herir a Proudhon [50]; pero es el lenguaje de esa razón tan pura, separada del individuo. En lugar del individuo ordinario, con su manera corriente de hablar y de pensar, no tenemos otra cosa que esa manera corriente en toda su pureza, sin el individuo.

¿Hay que extrañarse de que cualquier cosa, en último grado de abstracción —puesto que hay abstracción y no análisis—, se presente en estado de categoría lógica? ¿Hay que extrañarse de que eliminando poco a poco todo lo que constituye la individualidad de una casa, de que haciendo abstracción de los materiales de que se compone, de la forma que la distingue, se llegue a obtener sólo un cuerpo en general; que haciendo abstracción de los límites de ese cuerpo, no se tenga ya más que un espacio; que haciendo por último abstracción de las dimensiones de ese espacio, se termine por no tener más que la cantidad absolutamente pura, la categoría lógica? A fuerza de abstraer así de todo sujeto los pretendidos accidentes, animados o inanimados, hombres o cosas, tenemos razón en decir que, en último grado de abstracción, se llega a obtener como sustancia las categorías lógicas. Así, los metafísicos, que al hacer estas abstracciones se imaginan hacer análisis y que, a medida que se separan más y más de los objetos, imaginan aproximarse a ellos hasta el punto de penetrarlos, esos metafísicos tienen razón a su vez al decir que las cosas de nuestro mundo son bordados cuya trama son las categorías lógicas. He aquí lo que distingue al filósofo del cristiano. El cristiano no conoce más que una sola encarnación del *Logos*, en contra de la lógica; el filósofo no acaba en las encarnaciones. ¿Qué tiene de extraño, después de esto, que todo lo existente, que todo cuanto vive sobre la tierra y bajo el agua, pueda, a fuerza de abstracción, ser reducido a una categoría lógica, y que de esta manera el mundo real entero pueda hundirse en el mundo de las abstracciones, en el mundo de las categorías lógicas? [51].

Todo lo que existe, todo lo que vive sobre la tierra y bajo el agua no existe, no vive más que por un movimiento cualquiera. Así, el movimiento de la historia produce las relaciones sociales, el movimiento industrial nos proporciona los productos industriales, etcétera.

Así como a fuerza de abstracción hemos transformado toda cosa en categoría lógica, de la misma manera basta con hacer abstracción de todo rasgo distintivo de los diferentes movimientos para llegar al movimiento en estado abstracto, al movimiento puramente formal, a la fórmula puramente lógica del movimiento. Y si en las categorías lógicas se encuentra la sustancia de todas las cosas, en la fórmula lógica del movimiento se cree haber encontrado el *método absoluto*, que no sólo explica cada cosa, sino que implica además el movimiento de la cosa.

De este método absoluto habla Hegel en los términos siguientes: "El método es la fuerza absoluta, única, suprema, infinita, a la que ningún objeto puede oponer resistencia; es la tendencia a la razón a reencontrarse, a reconocerse a sí misma en toda cosa" (Hegel, *Lógica* {1816}, t. III) [52]. Si cada cosa es reducida a una categoría lógica, y cada movimiento, cada acto de producción al método, de aquí se infiere naturalmente que cada conjunto de productos y de producción, de objetos y de movimiento, se reduce a una metafísica aplicada. Lo que Hegel ha hecho para la religión, el derecho, etc., Proudhon pretende hacerlo para la economía política [53].

¿Qué es, pues, este método absoluto? La abstracción del movimiento. ¿Qué es la abstracción del movimiento? El movimiento en estado abstracto. ¿Qué es el movimiento en estado abstracto? La fórmula puramente lógica del movimiento o el movimiento de la razón pura. ¿En qué consiste el movimiento de la razón pura? En situarse, oponerse, combinarse, formularse como tesis, antítesis y síntesis, o bien en afirmarse, en negarse, y en negar su negación.

¿Cómo hace la razón para afirmarse, para situarse como categoría determinada? Esto es asunto de la misma razón y de sus apologistas.

Pero una vez que la razón ha llegado a situarse como tesis, esta tesis, este pensamiento, opuesto a sí mismo, se desdobla en dos pensamientos contradictorios, el positivo y el negativo, el sí y el no. La lucha de estos dos elementos antagónicos, encerrados en la antítesis, constituye el movimiento dialéctico. El sí se convierte en no, el no se convierte en sí, el sí pasa a ser a la vez sí y no, el no es a la vez no y sí, los contrarios se equilibran, se neutralizan, se paralizan. La fusión de estos dos pensamientos contradictorios constituye un pensamiento nuevo que es la síntesis. Este pensamiento nuevo se desdobla aún en dos pensamientos contradictorios que se funden a su vez en una nueva síntesis. De este trabajo de gestación nace un grupo de pensamientos. Este grupo de pensamientos sigue el mismo movimiento dialéctico que una categoría simple y tiene por antítesis un grupo contradictorio. De estos dos grupos de pensamientos nace un nuevo grupo de pensamientos, que es su síntesis.

Así como del movimiento dialéctico de las categorías simples nace el grupo, así también del movimiento dialéctico de los grupos nace la serie, y del movimiento dialéctico de las series nace todo el sistema.

Aplicad este método a las categorías de la economía política y obtendréis la lógica y la metafísica de la economía política, o, en otros términos, tendréis las categorías económicas conocidas por todo el mundo, traducidas a un lenguaje poco conocido, que les da el aspecto de haber florecido recientemente en una cabeza que es razón pura: hasta tal punto estas categorías parecen engendrarse las unas a las otras, encadenarse y entrelazarse unas con otras por la acción exclusiva del movimiento diálectico. Que el lector no se asuste de esta metafísica con toda su armazón de categorías, de grupos, de series y de sistemas. Proudhon, pese a todo su celo por escalar la cima del *sistema de las contradicciones*, no ha podido jamás pasar de los dos primeros escalones, de la tesis y de la antítesis simples, y además sólo dos veces los ha brincado y, de estas dos veces, una ha caído de espaldas.

Hasta aquí sólo hemos expuesto la diálectica de Hegel. Veremos más adelante cómo Proudhon ha logrado reducirla a las proporciones más mezquinas. Así, para Hegel, todo lo que ha acaecido y que sigue acaeciendo corresponde justamente a lo que acaece en su propio razonamiento. Así la filosofía de la historia no es más que la historia de la filosofía, de su propia filosofía. No existe ya la "historia según el orden de los tiempos"; lo único que existe es la "sucesión de las ideas en el entendimiento. Cree construir el mundo por el movimiento del pensamiento, cuando no hace sino reconstruir sistemáticamente y ordenar bajo el método absoluto los pensamientos que están en la cabeza de todo el mundo [54].

Segunda observación

Las categorías económicas no son más que expresiones teóricas, las abstracciones de las relaciones sociales de producción. Proudhon, tomando las cosas al revés como buen filósofo, no ve en las relaciones reales más que las encarnaciones de estos principios, de estas categorías, que dormitaban, como nos dice también Proudhon el filósofo, en el seno de la "razón impersonal de la humanidad".

Proudhon el economista ha sabido ver muy bien que los hombres hacen el paño, el lienzo, la seda, en el marco de relaciones determinadas de producción. Pero lo que no ha sabido ver es que estas relaciones sociales determinadas son producidas por los hombres lo mismo que el lienzo, el lino, etc. [55] Las relaciones sociales están íntimamente vinculadas a las fuerzas productivas. Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian de modo de producción, y al cambiar el modo de producción, la manera de ganarse la vida, cambian todas sus relaciones sociales. El molino movido a brazo nos da la sociedad del señor feudal; el molino de vapor, la sociedad del capitalista industrial.

Los hombres, al establecer las relaciones sociales con arreglo a su productividad material, producen también los principios, las ideas y las categorías conforme a sus relaciones sociales.

Por lo tanto, estas ideas, estas categorías, son tan poco eternas como las relaciones que expresan. Son *productos históricos y transitorios*.

Existe un movimiento continuo de crecimiento de las fuerzas productivas, de destrucción de las relaciones sociales, de formación de las ideas; lo único inmutable es la abstracción del movimiento: *mors immortalis* [56].

Tercera observación

En cada sociedad las relaciones de producción forman un todo. Proudhon concibe las relaciones económicas como otras tantas fases sociales, que se engendran una a otra, derivan una de otra, lo mismo que la antítesis de la tesis, y realizan en su sucesión lógica la razón impersonal de la humanidad.

El único inconveniente de este método es que, al abordar el examen de una sola de esas fases, Proudhon no puede explicarla sin recurrir a todas las demás relaciones sociales, relaciones que, sin embargo, no ha podido todavía engendrar por medio de su movimiento diálectico. Y cuando Proudhon pasa después, con la ayuda de la razón pura, a engendrar las otras fases, hace como si acabasen de nacer, olvidando que son tan viejas como la primera [57].

Así, para llegar a la constitución del valor, que, a juicio suyo, es la base de todas las evoluciones económicas, no podía prescindir de la división del trabajo, de la competencia, etc. Sin embargo, estas relaciones todavía no existían en la *serie*, en el *entendimiento* de Proudhon, en la *sucesión lógica*.

Construyendo con las categorías de la economía política el edificio de un sistema ideológico, se disloca a los miembros del sistema social. Se transforman los diferentes miembros de la sociedad en otras tantas sociedades separadas, que se suceden una tras otra. En efecto, ¿cómo la fórmula lógica del movimiento, de la sucesión, del tiempo, podría explicarnos por sí sola el cuerpo de la sociedad, en el que todas las relaciones coexisten simultáneamente y se sostienen las unas a las otras? [58].

Cuarta observación

Veamos ahora qué modificaciones hace sufrir Proudhon a la diálectica de Hegel aplicándola a la economía política.

Para él, para Proudhon, cada categoría económica tiene dos lados, uno bueno y otro malo. Considera las categorías como el pequeñoburgués considera a las grandes figuras históricas: *Napoleón* es un gran hombre; ha hecho mucho bien, pero también ha hecho mucho mal.

El *lado bueno* y el *lado malo*, la *ventaja* y el *inconveniente*, tomados en conjunto, forman según Proudhon la *contradicción* inherente a cada categoría económica.

Problema a resolver: Conservar el lado bueno, eliminando el malo.

La *esclavitud* es una categoría económica como otra cualquiera. Por consiguiente, también tiene sus dos lados. Dejemos el lado malo de la esclavitud y hablemos de su lado bueno: de suyo se comprende que sólo se trata de la esclavitud directa, de la esclavitud de los negros en el Surinam, en el Brasil, en los estados sureños de América del Norte.

Lo mismo que las máquinas, el crédito, etc., la esclavitud

directa es el eje de la industria burguesa. Sin esclavitud no habría algodón; sin algodón no habría industria moderna. La esclavitud ha dado su valor a las colonias, las colonias han creado el comercio universal, el comercio universal es la condición de la gran industria. Por lo tanto, la esclavitud es una categoría económica de elevada importancia.

Sin esclavitud, América del Norte, el país de más rápido progreso, se transformaría en un país patriarcal. Borrad Norteamérica del mapa del mundo y tendréis la anarquía, la decadencia completa del comercio y de la civilización modernas. Suprimid la esclavitud y habréis borrado a Norteamérica del mapa de los pueblos [59].

Como la esclavitud es una categoría económica, siempre ha figurado entre las instituciones de los pueblos. Los pueblos modernos no han hecho más que encubrir la esclavitud en sus propios países y la han impuesto sin tapujos en el Nuevo Mundo.

¿Cómo se las arreglará Proudhon para salvar la esclavitud? Planteará este *problema*: conservar el lado bueno de esta categoría económica y eliminar el malo.

Hegel no tiene problemas que plantear. Sólo tiene la dialéctica. Proudhon no tiene de la dialéctica de Hegel más que el lenguaje. A su juicio, el movimiento dialéctico es la distinción dogmática de lo bueno y de lo malo.

Tomemos por un instante al propio Proudhon como categoría. Examinemos su lado bueno y su lado malo, sus virtudes y sus defectos.

Si en comparación con Hegel tiene la virtud de plantear problemas, reservándose el derecho de solucionarlos para el mayor bien de la humanidad, en cambio tiene el defecto de adolecer de esterilidad cuando se trata de engendrar por la acción de la dialéctica una nueva categoría. La coexistencia de dos lados contradictorios, su lucha y su fusión en una nueva categoría constituyen el movimiento dialéctico. El que se plantea el problema de eliminar el lado malo, con ello mismo pone fin de golpe al movimiento dialéctico. Ya no es la categoría la que se sitúa en sí misma y se opone a sí misma en virtud de su naturaleza contradictoria, sino que es Proudhon el que se mueve, forcejea y se agita entre los dos lados de la categoría.

Puesto así en un atolladero, del que es difícil salir por los medios legales, Proudhon hace un esfuerzo desesperado y de un salto se ve trasladado a una nueva categoría. Entonces aparece ante sus ojos asombrados la *serie en el entendimiento.*

Toma la primera categoría que se le viene a mano y le atribuye arbitrariamente la propiedad de suprimir los inconvenientes de la categoría que se trata de depurar. Así, de creer a Proudhon, los impuestos suprimen los inconvenientes del monopolio; la balanza comercial, los inconvenientes de los impuestos; la propiedad territorial, los inconvenientes del crédito.

Tomando así sucesivamente las categorías económicas una por una, y concibiendo una de las categorías como *antídoto* de la otra, Proudhon llega a componer, con esta mezcla de contradicciones, dos volúmenes de contradicciones, que denomina con justa razón: *Sistema de las contradicciones económicas* [60].

Quinta observación

En la razón absoluta todas estas ideas. . . son igualmente simples y generales. . . De hecho no llegamos a la ciencia sino levantando con nuestras ideas una *especie de andamiaje*. Pero la verdad en sí no depende de estas figuras dialécticas y está libre de las combinaciones de nuestro espíritu. (Proudhon, *loc. cit.*, t. II, p. 97 [ed. 1923, t. II, pp. 78-79].)

¡He aquí que, súbitamente, mediante un brusco viraje cuyo secreto conocemos ahora, la metafísica de la economía política se ha convertido en una ilusión! Jamás Proudhon había dicho nada más justo. Naturalmente, desde el momento en que el proceso del movimiento dialéctico se reduce al simple procedimiento de oponer el bien al mal, de plantear problemas cuya finalidad consiste en eliminar el mal y de emplear una categoría como antídoto de otra, las categorías pierden su espontaneidad; la idea "deja de *funcionar*"; en ella ya no hay vida. Ya no puede ni situarse ni descomponerse en categorías. La sucesión de las categorías se convierte en una especie de *andamiaje.* La dialéctica no es ya el movimiento de la razón absoluta. De la dialéctica no queda nada, y en su lugar vemos a lo sumo la moral pura.

Cuando hablaba Proudhon de la *serie en el entendimiento,* de la *sucesión lógica de las categorías*, declaraba positivamente que no quería exponer la *historia según el orden cronológico*, es decir, según Proudhon, la sucesión histórica en la que las categorías se han *manifestado.* Todo ocurría para él en el *éter puro de la razón*. Todo debía desprenderse de este éter por medio de la dialéctica. Ahora que se trata de poner en prácti-

ca esta dialéctica, la razón lo traiciona. La dialéctica de Proudhon abjura de la dialéctica de Hegel, y he aquí que Proudhon se ve precisado a reconocer que el orden en que expone las categorías económicas no es el orden en que se engendran unas a otras. Las evoluciones económicas no son ya las evoluciones de la razón misma.

¿Qué es, pues, lo que nos presenta Proudhon? ¿La historia real, es decir, según lo entiende Proudhon, la sucesión en que las categorías se han *manifestado* siguiendo el orden cronológico? No. ¿La historia tal como se desarrolla en la idea misma? Aún menos. Así, pues, ¡no nos presenta ni la historia profana de las categorías ni su historia sagrada! ¿Qué historia nos ofrece, en fin de cuentas? La historia de sus propias contradicciones. Veamos cómo se mueven estas contradicciones y cómo arrastran en su marcha a Proudhon.

Antes de emprender este examen, que dará lugar a la sexta observación importante, debemos hacer otra observación menos importante.

Supongamos con Proudhon que la historia real, la historia según el orden cronológico, es la sucesión histórica en la que se han manifestado las ideas, las categorías, los principios.

Cada principio ha tenido su siglo para manifestarse: el principio de autoridad, por ejemplo, corresponde al siglo XI; el principio del individualismo, al siglo XVIII. De consecuencia en consecuencia, tendríamos que decir que el siglo pertenece al principio, y no el principio al siglo. En otros términos, sería el principio el que ha creado la historia, y no la historia la que ha creado el principio. Pero si, para salvar los principios y la historia, nos preguntamos por qué tal principio se ha manifestado en el siglo XI o en el siglo XVIII, y no en otro cualquiera, deberemos por fuerza examinar minuciosamente cuáles eran los hombres del siglo XI, cuáles los del siglo XVIII, cuáles eran sus respectivas necesidades, sus fuerzas productivas, su modo de producción, las materias primas empleadas en su producción y, por último, las relaciones entre los hombres que derivan de todas estas condiciones de existencia. ¿Es que estudiar todas estas cuestiones no significa exponer la historia real, la historia profana de los hombres de cada siglo, presentar a estos hombres a la vez como los autores y los actores de su propio drama? Pero, desde el momento en que se presenta a los hombres como los actores y los autores de su propia historia, se llega, dando un rodeo, al verdadero punto de partida, porque se abandonan los principios eternos de los que se había partido al comienzo.

En cuanto a Proudhon, ni siquiera por esos atajos que toma el ideólogo ha avanzado lo suficiente para salir al anchuroso camino de la historia [61].

Sexta observación

Sigamos a Proudhon por esos atajos.

Admitamos que las relaciones económicas, concebidas como *leyes inmutables*, como *principios eternos*, como *categorías ideales*, hayan precedido a la vida activa y dinámica de los hombres [62]; admitamos, además, que estas leyes, estos principios, estas categorías hayan estado dormitando, desde los orígenes de los tiempos, "en la razón impersonal de la humanidad". Ya hemos visto que todas estas eternidades inmutables e inmóviles no dejan margen para la historia; todo lo más que queda es la historia en la idea, es decir, la historia que se refleja en el movimiento dialéctico de la razón pura. Diciendo que en el movimiento dialéctico las ideas ya no se "*diferencian*", Proudhon anula toda *sombra* de movimiento y el *movimiento de las sombras* con las que habría podido, al menos, crear un simulacro de historia. En lugar de ello, atribuye a la historia su propia impotencia y se queja de todo, hasta de la lengua francesa. "No es exacto afirmar —dice Proudhon el filósofo— que una cosa *adviene*, que una cosa *se produce*: en la civilización, al igual que en el universo, todo existe, todo actúa desde siempre. [. . .] *Lo mismo acontece con toda la economía social*" (Proudhon, *loc. cit.*, t. II, p. 102 {ed. 1923, t. II, p. 82}).

La fuerza productora de las contradicciones que *funcionan* y que hacen funcionar a Proudhon es tan grande, que, queriendo explicar la historia, se ve obligado a negarla; queriendo explicar la aparición consecutiva de las relaciones sociales, niega que *una cosa cualquiera* pueda *advenir*; queriendo explicar la producción y todas sus fases, niega que *una cosa cualquiera pueda producirse*.

Por tanto, para Proudhon no hay ni historia ni sucesión de ideas, y sin embargo continúa existiendo su libro; y ese libro es precisamente, de acuerdo con su propia expresión, la "*historia según la sucesión de las ideas*". ¿Cómo encontrar una fórmula —pues Proudhon es el hombre de las fórmulas— con la que poder saltar *de un brinco* por encima de todas estas contradicciones?

Para esto ha inventado una razón nueva, que no es ni la razón absoluta, pura y virgen, ni la razón común de los hombres activos y dinámicos en los diferentes siglos, sino una razón de un género completamente particular, la razón de la sociedad persona, del sujeto *humanidad*, razón que la pluma de Proudhon presenta también a veces como *"genio social"*, como *"razón general"* o, por último, como *"razón humana"*. Sin embargo, a esta razón, encubierta con tantos nombres, se la reconoce a cada instante como la razón individual de Proudhon, con su lado bueno y su lado malo, sus antídotos y sus problemas.

"La razón humana no crea la verdad", oculta en las profundidades de la razón absoluta, eterna; sólo puede descubrirla. Pero las verdades que ha descubierto hasta el presente son incompletas, insuficientes y, por lo mismo, contradictorias. En consecuencia, las categorías económicas, siendo a su vez verdades descubiertas y reveladas por la razón humana, por el genio social, son también incompletas y contienen el germen de la contradicción. Antes de Proudhon, el genio social no había visto más que los *elementos antagónicos*, y no la *fórmula sintética*, ocultos ambos simultáneamnete en la *razón absoluta*. Por eso, las relaciones económicas, no siendo sino la realización terrenal de estas verdades insuficientes, de estas categorías incompletas, de estas nociones contradictorias, contienen en sí mismas la contradicción y presentan los dos lados, uno bueno y otro malo.

Encontrar la verdad completa, la noción en toda su plenitud, la fórmula sintética que destruye la antinomia: he aquí el problema que debe resolver el genio social. Y he aquí también por qué, en la imaginación de Proudhon, ese mismo genio social ha tenido que pasar de una categoría a otra, sin haber conseguido aún, pese a toda la batería de sus categorías, arrancar a Dios, a la razón absoluta, una fórmula sintética.

La sociedad (el genio social) comienza por suponer un primer hecho, por sentar una *hipótesis*. . ., verdadera antinomia cuyos resultados antagónicos se desarrollan en la economía social en el mismo orden en que habrían podido ser deducidos en la mente como consecuencias; de manera que el movimiento industrial, siguiendo en todo la deducción de las ideas, se divide en dos corrientes: la una de efectos útiles y la otra de resultados subversivos. . . Para constituir armónicamente ese principio doble y resolver esa antinomia, la sociedad hace surgir una *segunda* antinomia, a la que no tardará en seguir una tercera, y tal será la *marcha del genio social* hasta que agotadas todas sus contradicciones —supongo, aunque ello no está demostrado, que las contradicciones en la humanidad tienen un término—, retorne de un salto a todas sus posiciones anteriores y resuelva en *una sola fórmula* todos sus problemas (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, p. 133 [ed. 1923, t. I, p. 169]).

Así como antes la *antítesis* se transformó en *antídoto*, ahora la *tesis* pasa a ser *hipótesis*. Pero este cambio de términos de Proudhon no puede ya causarnos sorpresa. La razón humana, que no tiene nada de pura por no poseer más que opiniones incompletas, tropieza a cada paso con nuevos problemas a resolver. Cada nueva tesis descubierta por ella en la razón absoluta y que es la negación de la primera tesis, se convierte para ella en una síntesis, que acepta con bastante ingenuidad como la solución del problema en cuestión. Así es como esta razón se agita en contradicciones siempre nuevas, hasta que, al llegar al punto final de las contradicciones, advierte que todas sus tesis y síntesis no son otra cosa que hipótesis contradictorias. En su perplejidad, "la razón humana, el genio social, retorna de un salto a todas sus posiciones anteriores y resuelve en una sola fórmula todos sus problemas". Digamos de paso que esta fórmula única constituye el verdadero descubrimiento de Proudhon. Es el *valor constituido*.

Las hipótesis no se asientan sino con un fin determinado. El fin que se propone en primer lugar el genio social que habla por boca de Proudhon, es eliminar lo que haya de malo en cada categoría económica, para que no quede más que lo bueno. El bien, el bien supremo, el verdadero fin práctico, es para él la *igualdad*. Y ¿por qué el genio social se propone la igualdad más que la desigualdad, la fraternidad, el catolicismo o cualquier otro principio? Porque "la humanidad no ha realizado sucesivamente tantas hipótesis particulares más que en vista de una hipótesis superior", que es cabalmente la igualdad. En otras palabras, porque la igualdad es el ideal de Proudhon. Él se imagina que la división del trabajo, el crédito, la fábrica, en suma, todas las relaciones económicas han sido inventadas únicamente en beneficio de la igualdad, y sin embargo han terminado siempre por volverse contra ella. Del hecho de que la historia y la ficción de Proudhon se contradigan a cada paso, deduce él que allí hay una contradicción. Si hay contradicción, sólo existe entre su idea fija y el movimiento real.

En lo sucesivo, el lado bueno de cada relación económica es el que afirma la igualdad, y el lado malo el que la niega y afirma la desigualdad. Toda nueva categoría es una hipótesis del genio social para eliminar la desigualdad engendrada por la hipótesis precedente. En resumen, la igualdad es la *intención primitiva*, la *tendencia mística*, el *fin providencial* que el genio social no pierde nunca de vista, girando en el círculo de las contradicciones económicas. Por eso, la *Providencia* es la locomotora que hace marchar todo el bagaje económico de Proudhon mucho mejor que su razón pura y etérea. Nuestro autor ha consagrado a la Providencia todo un capítulo, que sigue al de los impuestos.

Providencia, fin providencial: he aquí la palabra altisonante que hoy se emplea para explicar la marcha de la historia. En realidad, esta palabra no explica nada. Es, cuanto más, una forma retórica, una manera como cualquier otra de parafrasear los hechos [63].

Es sabido que en Escocia aumentó el valor de la propiedad de la tierra gracias al desarrollo de la industria inglesa. Esta industria abrió a la lana nuevos mercados de venta. Para producir la lana en gran escala, era preciso transformar los campos de laboreo en pastizales. Para efectuar esta transformación, era necesario concentrar la propiedad. Para concentrar la propiedad, había que acabar con la pequeña propiedad, expulsar a miles de propietarios de su país natal y colocar en su lugar a unos cuantos pastores encargados de cuidar millones de ovejas. Así, pues, la propiedad territorial condujo en Escocia, mediante transformaciones sucesivas, a que los hombres se viesen desplazados por las ovejas. Decid ahora que el fin providencial de la institución de la propiedad territorial en Escocia era hacer que los hombres fuesen desplazados por las ovejas, y tendréis la historia providencial.

Naturalmente, la tendencia a la igualdad es propia de nuestro siglo. Pero afirmar que todos los siglos anteriores —con sus necesidades, medios de producción, etc., completamente distintos— se esforzaron providencialmente por realizar la igualdad, es, ante todo, confundir los medios y los hombres de nuestro siglo con los hombres y los medios de siglos anteriores y desconocer el movimiento histórico por el que las generaciones sucesivas han ido transformando los resultados adquiridos por las generaciones precedentes. Los economistas saben muy bien que la misma cosa que para uno era un producto elaborado, no era para otro más que la materia prima destinada a una nueva producción.

Suponed, como lo hace Proudhon, que el genio social produjo, o, mejor dicho, improvisó a los señores feudales con el fin providencial de transformar a los *colonos* en *trabajadores responsables e iguales entre sí*, y habréis hecho una sustitución de fines y de personas muy digna de esa Providencia que en Escocia instituía la propiedad territorial para permitirse el maligno placer de ver a los hombres desplazados por las ovejas.

Pero puesto que Proudhon demuestra un interés tan tierno por la Providencia, le remitimos a la *Historia de la economía política* del señor De Villeneuve-Bargemont, que también persigue un fin providencial. Este fin no es ya la igualdad sino el catolicismo [64].

Séptima y última observación

Los economistas proceden de singular manera. Para ellos no hay más que dos clases de instituciones: unas artificiales y otras naturales. Las instituciones del feudalismo son artificiales y las de la burguesía son naturales. Aquí los economistas se parecen a los teólogos, que a su vez establecen dos clases de religiones. Toda religión extraña es pura invención humana, mientras que su propia religión es una emanación de Dios. Al decir que las actuales relaciones —las de la producción burguesa— son naturales, los economistas dan a entender que se trata precisamente de unas relaciones bajo las cuales se crea la riqueza y se desarrollan las fuerzas productivas de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Por consiguiente, estas relaciones son en sí leyes naturales, independientes de la influencia del tiempo. Son leyes eternas que deben regir siempre la sociedad. De modo que hasta ahora ha habido historia, pero ahora ya no la hay. Ha habido historia porque ha habido instituciones feudales y porque en estas instituciones feudales nos encontramos con unas relaciones de producción completamente diferentes de las relaciones de producción de la sociedad burguesa, que los economistas quieren hacer pasar por naturales y, por tanto, eternas.

El feudalismo también tenía su proletariado: los siervos, estamento que encerraba todos los gérmenes de la burguesía. La producción feudal también tenía dos elementos antagónicos,

que se designan igualmente con el nombre de *lado bueno* y *lado malo* del feudalismo, sin tener en cuenta que, en definitiva, el lado malo prevalece siempre sobre el lado bueno. Es cabalmente el lado malo el que, dando origen a la lucha, produce el movimiento que crea la historia [65]. Si, en la época de la dominación del feudalismo, los economistas, entusiasmados por las virtudes caballerescas, por la buena armonía entre los derechos y los deberes, por la vida patriarcal de las ciudades, por el estado de prosperidad de la industria doméstica en el campo, por el desarrollo de la industria organizada en corporaciones, cofradías y gremios, en una palabra, por todo lo que constituye el lado bueno del feudalismo, se hubiesen propuesto la tarea de eliminar todo lo que ensombrecía este cuadro —la servidumbre, los privilegios y la anarquía— ¿cuál habría sido el resultado? Se habrían destruido todos los elementos que desencadenan la lucha y matado en germen el desarrollo de la burguesía. Los economistas se habrían propuesto la empresa absurda de borrar la historia.

Cuando la burguesía se impuso, la cuestión ya no residía en el lado bueno ni en el lado malo del feudalismo. La burguesía entró en posesión de las fuerzas productivas que habían sido desarrolladas por ella bajo el feudalismo. Fueron destruidas todas las viejas formas económicas, las relaciones civiles congruentes con ellas y el régimen político que era la expresión oficial de la antigua sociedad civil.

Así, pues, para formarse un juicio exacto de la producción feudal, es menester enfocarla como un modo de producción basado en el antagonismo. Es menester investigar cómo se producía la riqueza en el seno de este antagonismo, cómo se iban desarrollando las fuerzas productivas al mismo tiempo que el antagonismo de clases, cómo una de estas clases, el lado malo y negativo de la sociedad, fue creciendo incesantemente hasta que llegaron a su madurez las condiciones materiales para su emancipación. ¿Acaso esto no significa que el modo de producción, las relaciones en las que las fuerzas productivas se desarrollan, no son en modo alguno leyes eternas, sino que corresponden a un nivel determinado de desarrollo de los hombres y de sus fuerzas productivas, y que todo cambio operado en las fuerzas productivas de los hombres implica necesariamente un cambio en sus relaciones de producción? Como lo que importa ante todo es no verse privado de los frutos de la civilización, de las fuerzas productivas adquiridas, hace falta romper

las formas tradicionales en las que dichas fuerzas se han producido. Desde ese instante, la clase antes revolucionaria se vuelve conservadora [66].

La burguesía comienza con un proletariado que es, a su vez, un resto del proletariado de los tiempos feudales. En el curso de su desenvolvimiento histórico, la burguesía desarrolla necesariamente su carácter antagónico, que al principio se encuentra más o menos encubierto, que no existe sino en estado latente. A medida que se desarrolla la burguesía, va desarrollándose en su seno un nuevo proletariado, un proletariado moderno: se desarrolla una lucha entre la clase proletaria y la clase burguesa, lucha que, antes de que ambas partes la sientan, la perciban, la aprecien, la comprendan, la reconozcan y la proclamen por lo alto, no se manifiesta en los primeros momentos sino en conflictos parciales y fugaces, en hechos subversivos. Por otra parte, si todos los miembros de la burguesía moderna tienen un mismo interés por cuanto forman una sola clase frente a otra clase, tienen intereses opuestos y antagónicos por cuanto se contraponen los unos a los otros. Esta oposición de intereses surge de las condiciones económicas de su vida burguesa. Por lo tanto, cada día es más evidente que las relaciones de producción en que la burguesía se desenvuelve no tienen un carácter único y simple sino un doble carácter; que dentro de las mismas relaciones en que se produce la riqueza, se produce igualmente la miseria; que dentro de las mismas relaciones en que se opera el desarrollo de las fuerzas productivas, existe asimismo una fuerza que produce represión; que estas relaciones sólo crean la *riqueza burguesa*, es decir, la riqueza de la clase burguesa, destruyendo continuamente la riqueza de los miembros integrantes de esta clase y formando un proletariado que crece sin cesar.

Cuanto más se pone de manifiesto este carácter antagónico, tanto más entran en desacuerdo con su propia teoría los economistas, los representantes científicos de la producción burguesa, y se forman diferentes escuelas.

Existen los economistas *fatalistas*, que en su teoría son tan indiferentes a lo que ellos denominan inconvenientes de la producción burguesa como los burgueses mismos lo son en la práctica, ante los sufrimientos de los proletarios que les ayudan a adquirir riquezas. Esta escuela fatalista tiene sus clásicos y sus románticos. Los clásicos, como Adam Smith y Ricardo, son representantes de una burguesía que, luchando todavía

contra los restos de la sociedad feudal, sólo pretende depurar de manchas feudales las relaciones económicas, aumentar las fuerzas productivas y dar un nuevo impulso a la industria y al comercio. A su juicio, los sufrimientos del proletariado que participa en esa lucha, absorbido por esa actividad febril, sólo son pasajeros, accidentales, y el proletariado mismo los considera como tales. Los economistas como Adam Smith y Ricardo, que son los historiadores de esa época, no tienen otra misión que mostrar cómo se adquiere la riqueza en el marco de las relaciones de la producción burguesa, formular estas relaciones en categorías y leyes y demostrar que estas leyes y categorías son, para la producción de riquezas, superiores a las leyes y a las categorías de la sociedad feudal. A sus ojos, la miseria no es más que el dolor que acompaña a todo alumbramiento, lo mismo en la naturaleza que en la industria [67].

Los románticos pertenecen a nuestra época, en la que la burguesía está en oposición directa con el proletariado, en la que la miseria se engendra en tan gran abundancia como la riqueza. Los economistas adoptan entonces la pose de fatalistas saciados que, desde lo alto de su posición, lanzan una mirada soberbia de desprecio sobre los hombres locomóviles que fabrican la riqueza. Copian todos los razonamientos de sus predecesores, pero la indiferencia, que en estos últimos era ingenuidad, en ellos es coquetería.

Luego sigue la *escuela humanitaria*, que toma a pecho el lado malo de las relaciones de producción actuales. Para su tranquilidad de conciencia, se esfuerza en paliar todo lo posible los contrastes reales; deplora sinceramente las penalidades del proletariado y la desenfrenada competencia entre los mismos burgueses; aconseja a los obreros que sean sobrios, trabajen bien y tengan pocos hijos; recomienda a los burgueses que moderen su ardor en la producción. Toda la teoría de esta escuela se basa en distinciones interminables entre la teoría y la práctica, entre los principios y sus resultados, entre la idea y su aplicación, entre el contenido y la forma, entre la esencia y la realidad, entre el derecho y el hecho, entre el lado bueno y el malo.

La escuela *filantrópica* es la escuela humanitaria perfeccionada. Niega la necesidad del antagonismo; quiere convertir a todos los hombres en burgueses; quiere realizar la teoría en tanto que se distinga de la práctica y no contenga antagonismo. Ni qué decir tiene que en la teoría es fácil hacer abstracción de las contradicciones que se encuentran a cada paso en la realidad. Esta teoría equivaldría entonces a la realidad idealizada. Por consiguiente, los filántropos quieren conservar las categorías que expresan las relaciones burguesas, pero sin el antagonismo que es su esencia y que les es inseparable. Creen que combaten firmemente la práctica burguesa, pero son más burgueses que nadie [68].

Así como los *economistas* son los representantes científicos de la clase burguesa, así los *socialistas* y los *comunistas* son los teóricos de la clase proletaria [69]. Mientras el proletariado no esté aún lo suficientemente desarrollado para constituirse como clase; mientras, por consiguiente, la lucha misma del proletariado contra la burguesía no revista todavía carácter político, y mientras las fuerzas productivas no se hayan desarrollado en el seno de la propia burguesía hasta el grado de dejar entrever las condiciones materiales necesarias para la emancipación del proletariado y para la edificación de una sociedad nueva, estos teóricos son sólo utopistas que, para mitigar las penurias de las clases oprimidas, improvisan sistemas y se entregan a la búsqueda de una ciencia regeneradora. Pero a medida que la historia avanza, y con ella empieza a destacarse con trazos cada vez más claros la lucha del proletariado, aquéllos no tienen ya necesidad de buscar la ciencia en sus cabezas: les basta con darse cuenta de lo que se desarrolla ante sus ojos y convertirse en portavoces de esa realidad. Mientras se limitan a buscar la ciencia y a construir sistemas, mientras se encuentran en los umbrales de la lucha, no ven en la miseria más que la miseria, sin advertir su aspecto revolucionario, subversivo, que terminará por derrocar a la vieja sociedad. Una vez advertido este aspecto, la ciencia, producto del movimiento histórico en el que participa ya con pleno conocimiento de causa, deja de ser doctrinaria para convertirse en revolucionaria.

Volvamos a Proudhon [70].

Toda relación económica tiene su lado bueno y su lado malo: éste es el único punto en que Proudhon no se desmiente. En su opinión, el lado bueno lo exponen los economistas y el lado malo lo denuncian los socialistas. De los economistas toma la necesidad de unas relaciones eternas, y de los socialistas esa ilusión que no les permite ver en la miseria nada más que la miseria. Está de acuerdo con unos y con otros, tratando de apoyarse en la autoridad de la ciencia. En él la ciencia se reduce

a las magras proporciones de una fórmula científica; es un hombre a la caza de fórmulas. De este modo, Proudhon se jacta de ofrecernos a la vez una crítica de la economía política y del comunismo, cuando en realidad se queda muy por debajo de una y de otro. De los economistas, porque considerándose, como filósofo, en posesión de una fórmula mágica, se cree relevado de la obligación de entrar en detalles puramente económicos; de los socialistas, porque carece de la perspicacia y del valor necesarios para alzarse, aunque sólo sea en el terreno de la especulación, por encima de los horizontes de la burguesía.

Pretende ser la síntesis y no es más que un error compuesto.

Pretende flotar sobre burgueses y proletarios a la manera de un hombre de ciencia, y no es más que un pequeñoburgués que oscila constantemente entre el capital y el trabajo, entre la economía política y el comunismo [71].

2. LA DIVISIÓN DEL TRABAJO Y LAS MÁQUINAS

La serie de las *evoluciones económicas* comienza, según Proudhon, con la división del trabajo.

Lado bueno de la división del trabajo	"Considerada en su esencia, la división del trabajo es el modo según el cual se realiza la *igualdad* de condiciones y de inteligencias."
Lado malo de la división del trabajo	"La división del trabajo se ha convertido para nosotros en una fuente de miseria." VARIANTE "El trabajo, *al dividirse según la ley* que le es propia y que constituye la primera condición de su fecundidad, conduce a la negación de sus fines y se destruye a sí mismo."
Problema a resolver	Encontrar "la nueva combinación que suprima los inconvenientes de la división, conservando a la par sus efectos útiles" (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, pp. 93, 94 y 97 {ed. 1923, t. I, pp. 138 y 140}).

La división del trabajo es, en opinión de Proudhon, una ley eterna, una categoría simple y abstracta. Por consiguiente, la

abstracción, la idea, la palabra le bastan para explicar la división del trabajo en las diferentes épocas. Las castas, las corporaciones, el régimen manufacturero, la gran industria deben ser explicados con una sola palabra: *dividir.* Comenzad por estudiar bien el sentido de la palabra "dividir" y no tendréis necesidad de estudiar las numerosas influencias que dan a la división del trabajo un carácter determinado en cada época.

Naturalmente, reducir las cosas a las categorías de Proudhon sería simplificarlas demasiado. La historia no procede de un modo tan categórico [72]. En Alemania hicieron falta tres siglos enteros para establecer la primera gran división del trabajo, es decir, la separación de la ciudad y del campo. A medida que se modificaba esta relación entre la ciudad y el campo, se iba modificando toda la sociedad. Incluso tomando este único aspecto de la división del trabajo, tenemos las repúblicas de la antigüedad o el feudalismo cristiano; la antigua Inglaterra con sus barones o la Inglaterra moderna con sus señores del algodón (*cotton-lords*). En los siglos XIV y XV, cuando aún no había colonias, cuando América todavía no existía para Europa, cuando Asia existía sólo a través de Constantinopla, cuando el Mediterráneo era el centro de la actividad comercial, la división del trabajo tenía una forma y un carácter completamente distintos que en el siglo XVII, cuando los españoles, los portugueses, los ingleses y los franceses poseían colonias establecidas en todas las partes del mundo. La extensión del mercado y su fisonomía dan a la división del trabajo en las diferentes épocas una fisonomía y un carácter que sería difícil deducir de la sola palabra "*dividir*", de la idea, de la categoría.

Todos los economistas —dice Proudhon—, a partir de A. Smith, han señalado las *ventajas* y los *inconvenientes* de la ley de división, pero atribuyendo una importancia mucho mayor a las primeras que a los segundos, porque esto correspondía más a su optimismo, y sin que ninguno de ellos se haya preguntado nunca en qué podían consistir los inconvenientes de una ley. . . ¿De qué modo un mismo principio, aplicado con rigor en todas sus consecuencias, surte efectos diametralmente opuestos? Ningún economista, ni antes ni después de A. Smith, se ha percatado siquiera de que en este punto había un problema a dilucidar. Say llega a reconocer que en la división del trabajo la misma causa que produce el bien engendra el mal {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, pp. 139 y 140}.

A. Smith fue más perspicaz de lo que piensa Proudhon. Vio muy bien que "en realidad la diferencia de talentos naturales entre los individuos es mucho menor de lo que creemos. Estas disposiciones tan diferentes, que parecen distinguir a las personas de diversas profesiones, cuando llegan a la edad madura, no son tanto la *causa* como el *efecto* de la división del trabajo" {A. Smith, *Recherches...* Trad. Garnier, t. I, p. 20}.

La diferencia inicial entre un mozo de cuerda y un filósofo es menor que la que existe entre un mastín y un galgo [73]. El abismo entre uno y otro lo ha abierto la división del trabajo. Esto no le impide a Proudhon decir, en otro lugar, que Adam Smith no sospechaba siquiera los inconvenientes que provoca la división del trabajo [74]. Es esto también lo que le hace decir que J. B. Say fue el *primero* en reconocer "que en la división del trabajo la misma causa que produce el bien engendra el mal".

Pero escuchemos a Lemontey: *Suum cuique*, a cada cual lo suyo.

J. B. Say me ha hecho el honor de adoptar en su excelente tratado de economía política el principio *que yo he formulado* en este fragmento sobre la influencia moral de la división del trabajo. Sin duda, el título un poco frívolo de mi libro [75] no le ha permitido citarme. Sólo a este motivo puedo atribuir el silencio de un escritor demasiado rico en pensamientos propios para negar esta apropiación tan insignificante (P. E. Lemontey, *Œuvres complètes*, París {1829, t. I, p. 194. "Influencia de la división del trabajo. . ."}).

Hagamos justicia a Lemontey: ha expuesto con gran ingenio las consecuencias perniciosas de la división del trabajo tal como ha llegado a ser en nuestros días, y Proudhon no ha tenido nada que agregar. Pero ya que por culpa de Proudhon nos hemos empeñado en esta disputa sobre la prioridad, diremos de paso que mucho antes de Lemontey y diecisiete años antes que Adam Smith, discípulo de A. Ferguson, este último expuso con nitidez el punto en cuestión en un capítulo que trata especialmente de la división del trabajo:

Podría hasta dudarse de si la capacidad general de una nación crece en proporción al progreso de las artes. En muchas artes mecánicas. . . la finalidad se logra perfectamente sin el menor concurso de la razón y del sentimiento, y la ignorancia es la madre de la industria tanto como lo es de la superstición. La reflexión y la imaginación están sujetas a error, pero la costumbre de mover el pie o la mano no depende ni de la una ni de la otra. Por lo tanto, se podría decir que, en relación a la manufactura, la perfección consiste en poder prescindir de la capacidad intelectual, de manera que sin ningún esfuerzo mental el taller pueda ser considerado como una máquina cuyas partes son seres humanos. . . El general puede ser muy hábil en el arte de la guerra, mientras que todo lo que se requiere del soldado se reduce a la ejecución de unos cuantos movimientos de los pies o de las manos. El primero puede haber ganado lo que el segundo había perdido. . . En un periodo en el que todas las funciones están separadas, el arte mismo de pensar, puede formar un oficio aparte (A. Ferguson, *Essai sur l'histoire de la societé civile*, 1783 {t. II, pp. 108, 109, 110}).

Para terminar este resumen literario, negamos formalmente que "*todos* los economistas hayan atribuido una importancia mucho mayor a las ventajas que a los inconvenientes de la división del trabajo". Basta recordar a Sismondi.

Así, pues, en lo que concierne a las *ventajas* de la división del trabajo, a Proudhon no le quedaba otra cosa que parafrasear más o menos pomposamente las frases generales que todo el mundo conocía.

Veamos ahora de qué modo deriva Proudhon de la división del trabajo tomada como ley general, como categoría, como idea, los *inconvenientes* que le son propios. ¿De qué manera esta categoría, esta ley implica un reparto desigual del trabajo en detrimento del sistema igualitario de Proudhon?

En esta hora solemne de la división del trabajo, el viento de las tempestades comienza a soplar sobre la humanidad. El progreso no se efectúa de una manera igual y uniforme para todos; . . .comienza por comprender a un pequeño número de privilegiados. . . Esta parcialidad del progreso con respecto a determinadas personas es la que ha hecho creer durante largo tiempo en la desigualdad natural y providencial de las condiciones, es la que ha originado las castas y constituido jerárquicamente todas las sociedades (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, p. 97 {ed. 1923, t. I, p. 138}).

La división del trabajo ha creado las castas. Ahora bien, las castas constituyen los inconvenientes de la división del trabajo; por lo tanto, es la división del trabajo quien engendró los inconvenientes. *Quod erat demonstrandum.* Si queremos ir más allá y preguntamos qué ha hecho a la división del trabajo crear

castas, el régimen jerárquico y los privilegios, Proudhon nos dirá: el progreso. ¿Y qué ha dado origen al progreso? La limitación. Limitación llama Proudhon a la parcialidad del progreso con respecto a determinadas personas.

Después de la filosofía viene la historia. No es ya ni historia descriptiva ni historia dialéctica, sino historia comparada. Proudhon establece un paralelo entre el actual obrero impresor y el de la Edad Media; entre el obrero de las fábricas Creusot y el herrero de aldea; entre el hombre de letras de nuestros días y el hombre de letras medieval y hace inclinar la balanza del lado de los que representan en mayor o menor medida la división del trabajo establecida o transmitida por la Edad Media. Opone la división del trabajo de una época histórica a la división del trabajo de otra época histórica. ¿Era esto lo que Proudhon tenía que demostrar? No. Tenía que mostrarnos los inconvenientes de la división del trabajo en general, de la división del trabajo como categoría. Mas, ¿para qué detenernos en esta parte de la obra de Proudhon, si un poco más adelante le veremos retractarse formalmente de todos estos pretendidos argumentos? [76]

El primer efecto del trabajo parcelario —prosigue Proudhon—, después de la *depravación del alma*, es la prolongación de la jornada, que crece en razón inversa de la suma de fuerzas intelectuales gastadas. . . Pero como la duración de la jornada no puede exceder de dieciséis a dieciocho horas, cuando sea imposible compensar con tiempo, la compensación se hará a cuenta del precio de trabajo, y el salario disminuirá. . . Lo cierto, y lo único que necesitamos anotar, es que la *conciencia universal* no mide de igual manera el trabajo de un contramaestre y la maniobra de un peón. *Por consiguiente*, es necesario reducir el precio de la jornada, de manera que el trabajador, además de la aflicción espiritual del cumplimiento de una función degradante, tenga que sufrir privaciones físicas a causa de la modicidad de la recompensa [Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 141].

No vamos a detenernos en el valor lógico de estos silogismos, que Kant llamaría paralogismos fallidos [77].

He aquí su sustancia:

La división del trabajo reduce al obrero a una función degradante; a esta función degradante corresponde un alma depravada; a la depravación del alma corresponde una reducción creciente del salario. Y para demostrar que esta reducción de salarios corresponde a un alma depravada, Proudhon dice, para descargo de conciencia, que tal es la voluntad de la conciencia universal. ¿Estará incluida el alma de Proudhon en la conciencia universal? [78].

Las *máquinas* son, para Proudhon, "la antítesis lógica de la división del trabajo", y, en apoyo de su dialéctica, comienza por transformar las máquinas en *fábrica*.

Después de haber supuesto la fábrica moderna para deducir de la división del trabajo la miseria, Proudhon supone la miseria engendrada por la división del trabajo para llegar a la fábrica y para poder presentarla como la negación dialéctica de esta miseria. Después de haber castigado al trabajador en el sentido moral con una *función degradante* y en el sentido físico con la parquedad del salario; después de haber colocado al obrero en *dependencia del contramaestre* y rebajado su trabajo hasta el nivel de *maniobra de un peón*, Proudhon vuelve a la fábrica y a las máquinas para *degradar* al trabajador "dándole un *amo*", y, para coronar el envilecimiento del trabajador, le hace "descender del rango de artesano al de *peón*". Hermosa dialéctica. Y si al menos se detuviera aquí. . . Pero no, él necesita una nueva historia de la división del trabajo, no ya para inferir de ella las contradicciones, sino para reconstruir la fábrica a su manera. Para llegar a este fin tiene que olvidar todo cuanto había dicho poco antes sobre la división del trabajo.

El trabajo se organiza y se divide de diferentes modos según sean los instrumentos de que disponga. El molino movido a brazo supone una división del trabajo distinta que el molino de vapor [79]. Querer comenzar por la división del trabajo en general para luego llegar a uno de los instrumentos específicos de la producción, a las máquinas, significa, pues, lanzarse de frente contra la historia.

Las máquinas no constituyen una categoría económica, como tampoco el buey que tira del arado. Las máquinas no son más que una fuerza productiva. La fábrica moderna, basada en la aplicación de las máquinas, es una relación social de producción, una categoría económica [80].

Veamos ahora cómo ocurren las cosas en la brillante imaginación de Proudhon.

En la sociedad, la aparición incesante de máquinas es la antítesis, la fórmula inversa del trabajo: es la *protesta* del genio industrial contra

el *trabajo parcelario y homicida*. ¿Qué es, en efecto, una máquina? *Una manera de reunir diversas partículas de trabajo*, que la división había separado. Toda máquina puede ser definida como un conjunto de múltiples operaciones... Por tanto, mediante la máquina se efectuará la *restauración del trabajador*... Las máquinas, por ser en economía política lo contrario de la división del trabajo, representan la síntesis que en la mente humana se opone al análisis... La división no hacía más que separar las diversas partes del trabajo, permitiendo a cada uno ocuparse de la especialidad más acorde con sus inclinaciones: la fábrica agrupa a los trabajadores según la relación entre cada parte y el todo..., introduce el principio de autoridad en el trabajo... Pero esto no es todo; la *máquina* o la *fábrica*, después de haber degradado al trabajador dándole un amo, corona su envilecimiento haciéndole descender del rango de artesano al de peón... El período que ahora estamos atravesando, el de las máquinas, se distingue por un rasgo particular: *el salariado*. El salariado es *posterior* a la división del trabajo y al intercambio [Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, pp. 170-171, 191, 194].

Una simple observación a Proudhon. La separación de las diversas partes del trabajo, que permite a cada uno dedicarse a la especialidad que más le agrade, separación que, según Proudhon puede remontarse al comienzo del mundo, existe solamente en la industria moderna, bajo el régimen de la competencia.

Proudhon nos ofrece luego una "genealogía" extraordinariamente "interesante", para demostrar cómo la fábrica ha nacido de la división del trabajo, y el salariado de la fábrica.

1] Supone un hombre que "observó que, dividiendo la producción en sus diversas partes y haciendo ejecutar cada una de ellas a un obrero", se multiplicarían las fuerzas productivas.

2] Este hombre, "siguiendo el hilo de esta idea, se dice a sí mismo que, formando un grupo permanente de trabajadores escogidos para el fin especial que *se propone*, obtendrá una producción más regular, etcétera".

3] Este hombre hace una *proposición* a otros hombres con el fin de inducirles a aceptar su idea y seguir el hilo de su idea.

4] Este hombre, en los primeros tiempos de la industria, trata de *igual a igual* a *sus compañeros* que más tarde serán *sus obreros*.

5] "Se comprende, desde luego, que esta igualdad primitiva tenía que desaparecer rápidamente debido a la situación ventajosa del maestro y a la dependencia del asalariado" [*Ibídem*, pp. 192 y 194].

He aquí una nueva muestra del *método histórico y descriptivo* de Proudhon.

Veamos ahora, desde el punto de vista histórico y económico, si el *principio de autoridad* fue introducido realmente en la sociedad por la fábrica o la máquina con posterioridad a la división del trabajo; si esto trajo como consecuencia, por una parte, una rehabilitación del obrero, aunque sometiéndolo, además, a la autoridad; si la máquina es la recomposición del trabajo dividido, la *síntesis* del trabajo opuesto a su *análisis*.

Lo que la sociedad tiene de común con la estructura interna de una fábrica es que también ella tiene su división del trabajo. Si tomamos como modelo la división del trabajo en una fábrica moderna, para aplicarla después al conjunto de la sociedad, veremos que la sociedad mejor organizada para la producción de riquezas sería incontestablemente la que tuviese un solo empresario en jefe, que distribuyera el trabajo entre los diversos miembros de la comunidad según reglas establecidas de antemano. Pero, en realidad, las cosas ocurren de un modo completamente distinto. Mientras que en el interior de la fábrica moderna la división del trabajo está minuciosamente reglamentada por la autoridad del empresario, la sociedad moderna no posee, para distribuir el trabajo, más regla, más autoridad que la libre competencia.

Bajo el régimen patriarcal, bajo el régimen de castas, bajo el régimen feudal y corporativo, existía división del trabajo en la sociedad entera según reglas fijas. ¿Establecía esas reglas un legislador? No. Nacidas primitivamente de las condiciones de la producción material, sólo mucho más tarde fueron erigidas en leyes. Así, estas diversas formas de división del trabajo pasaron a ser otras tantas bases de organización social. En lo que respecta a la división del trabajo dentro del taller, estaba muy poco desarrollada en todas esas formas de la sociedad.

Se puede incluso formular como regla general que, cuanto menos regida por la autoridad esté la división del trabajo dentro de la sociedad, tanto más se desarrollará la división del trabajo dentro del taller y tanto más estará sometida allí a la autoridad de uno solo. De manera que la autoridad en el taller y la que existe en la sociedad, en lo tocante a la división del trabajo, están en *razón inversa* [81].

Veamos ahora qué es la fábrica, en la que las funciones están muy separadas, donde la tarea de cada obrero se reduce

a una operación muy simple y donde la autoridad, el capital, agrupa y dirige los trabajos. ¿Cómo ha nacido la fábrica? Para responder a esta pregunta tendríamos que examinar cómo se fue desarrollando la industria manufacturera propiamente dicha. Me refiero a esa industria que no es aún la industria moderna, con sus máquinas, pero que tampoco es ya ni la industria de los artesanos de la Edad Media ni la industria doméstica. No entraremos en grandes detalles: expondremos algunos puntos sumarios, para demostrar que con fórmulas no se puede escribir la historia.

Una condición de las más indispensables para la formación de la industria manufacturera fue la acumulación de capitales, facilitada por el descubrimiento de América y la introducción de sus metales preciosos.

Está suficientemente demostrado que el aumento de los medios de cambio trajo como consecuencia, por un lado, la depreciación de los salarios y, por otro, el crecimiento de las ganancias industriales. En otros términos, a medida que decaían la clase de los propietarios y la clase de los trabajadores, los señores feudales y el pueblo, se elevaba la clase de los capitalistas, la burguesía.

Hubo además otras circunstancias que contribuyeron simultáneamente al desarrollo de la industria manufacturera: el aumento de las mercancías puestas en circulación desde que el comercio penetró en las Indias orientales a través del cabo de Buena Esperanza, el régimen colonial y el desarrollo del comercio marítimo.

Otro punto que no ha sido aún debidamente apreciado en la historia de la industria manufacturera es el licenciamiento de los numerosos séquitos de los señores feudales, a consecuencia de lo cual los elementos subalternos de estos séquitos se convirtieron en vagabundos antes de entrar en los talleres. La creación del taller manufacturero fue precedida de un vagabundeo casi universal en los siglos XV y XVI. El taller encontró además un poderoso apoyo en el gran número de campesinos que afluyeron a las ciudades durante siglos enteros, al ser expulsados continuadamente del campo debido a la transformación de las tierras de cultivo en pastizales y a los progresos de la agricultura, que hacían necesario un menor número de brazos para el cultivo de la tierra [82].

La ampliación del mercado, la acumulación de capitales, los cambios operados en la posición social de las clases, la aparición de numerosas gentes privadas de sus fuentes de ingresos: tales son las condiciones históricas para la formación de la manufactura. La congregación de los trabajadores en el taller manufacturero no fue, como afirma Proudhon, obra de pactos amistosos entre iguales. La manufactura no nació en el seno de los antiguos gremios; es el comerciante quien se transformó en el jefe del taller moderno y no el antiguo maestro de los gremios. Casi en todas partes se libró una lucha encarnizada entre la manufactura y los oficios artesanos.

La acumulación y la concentración de instrumentos y trabajadores precedió al desarrollo de la división del trabajo en el seno del taller. El rasgo distintivo de la manufactura era más bien la reunión de muchos trabajadores y de muchos oficios en un solo lugar, en un mismo local, bajo el mando de un capital, y no la fragmentación del trabajo y la adaptación de un obrero especial a una tarea muy simple.

La utilidad de un taller consistía no tanto en la división del trabajo propiamente dicha, como en la circunstancia de que se trabajaba en mayor escala, se reducían muchos gastos accesorios, etc. A fines del siglo XVI y comienzos del XVII, la manufactura holandesa apenas conocía la división.

El desarrollo de la división del trabajo supone la reunión de los trabajadores en un taller. Ni en el siglo XVI ni en el siglo XVII encontramos un solo ejemplo de un desarrollo tal de las diversas ramas de un mismo oficio, que bastara reunirlas en un solo lugar para obtener un taller completo. Pero una vez reunidos en un solo lugar los hombres y los instrumentos, la división del trabajo existente en el régimen gremial se reproducía y se reflejaba necesariamente en el interior del taller.

Para Proudhon, que ve las cosas al revés, cuando las ve, la división del trabajo tal como la entiende Adam Smith precede al taller, siendo que el taller es una condición de su existencia.

Las *máquinas* propiamente dichas datan de fines del siglo XVIII. Nada más absurdo que ver en las máquinas la *antítesis* de la división del trabajo, la *síntesis* que restablece la unidad en el trabajo fragmentado.

La máquina es un conjunto de instrumentos de trabajo, y no una combinación de trabajos para el propio obrero. "Cuando, por la división del trabajo, cada operación particular ha sido reducida al empleo de un instrumento simple, la reunión de todos estos instrumentos, puestos en acción por un solo motor, constituye una máquina" (Babbage, *Traité sur l'économie*

des machines. . ., París, 1833). Herramientas simples, acumulación de herramientas, herramientas compuestas, puesta en movimiento de una herramienta compuesta por un solo motor manual, el hombre; puesta en movimiento de estos instrumentos por las fuerzas naturales; máquina; sistema de máquinas con un solo motor; sistema de máquinas con un autómata por motor: he aquí la evolución de las máquinas [83].

La concentración de los instrumentos de producción y la división del trabajo son tan inseparables la una de la otra como, en la esfera política, la concentración de los poderes públicos y la división de los intereses privados. En Inglaterra, con la concentración de las tierras, instrumentos del trabajo agrícola, se da también la división del trabajo agrícola y la aplicación de la maquinaria a la explotación de la tierra. En Francia, con su división de instrumentos y su régimen parcelario, no tenemos en general ni división del trabajo agrícola ni aplicación de las máquinas al cultivo de la tierra.

A juicio de Proudhon, la concentración de los instrumentos de trabajo es la negación de la división del trabajo. En realidad, una vez más vemos todo lo contrario. A medida que se desarrolla la concentración de los instrumentos, se desarrolla también la división del trabajo y *viceversa*. Por lo tanto, todo gran invento en la mecánica es seguido de una mayor división del trabajo, y todo desarrollo de la división del trabajo conduce, a su vez, a nuevos inventos en el dominio de la mecánica [84].

No es necesario recordar que los grandes progresos de la división del trabajo comenzaron en Inglaterra después de la invención de las máquinas. Así, los tejedores y los hiladores eran en su mayoría campesinos como los que aún encontramos en los países atrasados. La invención de las máquinas acabó de separar la industria manufacturera de la industria agrícola. El tejedor y el hilador, reunidos antes en una sola familia, fueron separados por la máquina. Gracias a la máquina, el hilador puede habitar en Inglaterra mientras que el tejedor se encuentra en las Indias orientales. Antes de la invención de las máquinas, la industria de un país se desenvolvía principalmente a base de las materias primas que eran producto de su propio suelo: así, Inglaterra elaboraba la lana, Alemania el lino, Francia la seda y el lino, las Indias orientales y Levante el algodón, etc. Gracias a la aplicación de las máquinas y del vapor, la división del trabajo alcanzó tales proporciones que la gran industria, desligada del suelo nacional, depende únicamente del mercado mundial, del intercambio internacional y de la división internacional del trabajo. Por último, la máquina ejerce una influencia tal sobre la división del trabajo que, desde el momento que en la fabricación de un artículo cualquiera se ha encontrado el medio de introducir parcialmente la mecánica, la fabricación se divide inmediatamente en dos explotaciones independientes la una de la otra.

¿Es necesario hablar del *fin providencial* y filantrópico descubierto por Proudhon en la invención y la aplicación inicial de las máquinas?

Cuando el mercado adquirió en Inglaterra un desarrollo tal que el trabajo manual no podía satisfacer la demanda, se sintió la necesidad de las máquinas. Entonces se comenzó a pensar en la aplicación de la ciencia mecánica, que en el siglo XVIII ya estaba plenamente formada.

La aparición del taller automático fue acompañada de actos que eran todo menos filantrópicos. Los niños eran retenidos en el trabajo a golpes de látigo; se les hacía objeto de tráfico, y se realizaban contratos con los orfanatos. Fueron abolidas todas las leyes relativas al aprendizaje de los obreros porque, para decirlo con una expresión de Proudhon, ya no había necesidad de obreros *sintéticos*. Por último, a partir de 1825, casi todas las nuevas invenciones fueron el resultado de colisiones entre obreros y patronos, que trataban a toda costa de depreciar la especialidad de los obreros. Después de cada nueva huelga, aunque fuera de poca importancia, surgía una nueva máquina. El obrero no veía en el empleo de las máquinas una especie de rehabilitación, de *restauración*, como dice Proudhon, hasta el punto que en el siglo XVIII opuso resistencia durante largo tiempo al imperio naciente de los mecanismos automáticos [85].

Wyatt —dice el doctor Ure— había descubierto los dedos de hilar [la serie de cilindros acanalados] mucho antes que Arkwright. . . Pero la dificultad principal no consistía tanto en la invención de un mecanismo automático. . . La dificultad estribaba sobre todo en la disciplina necesaria para hacer que los hombres renunciasen a sus hábitos irregulares en el trabajo y para que se identificaran con la regularidad invariable del gran autómata. Inventar y poner en vigencia un código de disciplina fabril ajustado a las necesidades y a la celeridad del sistema mecánico: he aquí una empresa digna de Hércules, he aquí la no-

ble obra de Arkwright [A. Ure, *Philosophie des manufactures*, 1836, t. I, pp. 21, 22, 23].

En suma, la introducción de las máquinas acentuó la división del trabajo en el seno de la sociedad, simplificó la tarea del obrero en el interior del taller, reunió al capital y desarticuló aún más al hombre.

Cuando Proudhon quiere ser economista y abandonar por un instante "la evolución en la serie del entendimiento", toma su erudición de A. Smith, de la época en que el taller automático recién nacía. En efecto, ¡qué diferencia entre la división del trabajo existente en tiempos de Adam Smith y la que vemos en el taller automático! Para comprenderla bien, bastará citar algunos pasajes de la *Filosofía de la manufactura* del doctor Ure [86].

Cuando A. Smith escribió su obra inmortal sobre los elementos de economía política, apenas era conocido el sistema automático de la industria. En la división del trabajo veía con razón el gran principio del perfeccionamiento de la manufactura; con el ejemplo de la fabricación de alfileres demostró que un obrero, perfeccionándose mediante la práctica en una misma operación, se torna más expeditivo y menos costoso. En cada rama de manufactura vio que, según este principio, ciertas operaciones, como la de cortar alambre de latón en segmentos iguales, resultaban mucho más fáciles, y que otras, como la de moldear y fijar la cabeza de un alfiler, eran relativamente más difíciles; de aquí dedujo que lo natural sería adaptar a un obrero a cada una de estas operaciones y que su salario correspondiese a su habilidad. Esta *adaptación* es la esencia de la división del trabajo. Pero lo que podía servir de ejemplo útil en los tiempos del doctor Smith, hoy no haría sino inducir al público a error en cuanto al principio real de la industria manufacturera. En efecto, la distribución o, mejor dicho, la adaptación de los trabajos a las diferentes capacidades individuales no entra en el plan de acción de las manufacturas automáticas: por el contrario, en todos aquellos casos en que una operación exige gran habilidad y una mano segura, el brazo del obrero, demasiado hábil y propenso con frecuencia a irregularidades de toda clase, es remplazado por un mecanismo especial, cuya operación automática está tan perfectamente regulada que basta un niño para vigilarla.

El principio del sistema automático consiste, pues, en sustituir la mano de obra por el arte mecánico y en remplazar la división del trabajo entre los artesanos por la descomposición del proceso en sus partes integrantes [87]. En el sistema de operación manual, la mano de obra era ordinariamente el elemento más dispendioso de cualquier producto; en el sistema automático, la pericia del artesano se ve suplantada cada día más por simples vigilantes de las máquinas.

La debilidad de la naturaleza humana es tal que, cuanto más hábil sea el obrero, se vuelve más independiente e intratable y, por lo mismo, menos idóneo resulta para un sistema mecánico, a cuyo conjunto pueden inferir considerable daño sus salidas caprichosas. Por consiguiente, el gran objetivo del fabricante actual consiste, combinando la ciencia con sus capitales, en reducir las funciones de sus obreros al ejercicio de su vigilancia y su destreza, facultades que se perfeccionan bien en la juventud, *siempre que sean concentradas en un solo objeto*.

En el sistema de gradaciones del trabajo se requieren muchos años de aprendizaje antes de que el ojo y la mano sean lo bastante expertos para efectuar ciertas operaciones mecánicas difíciles; pero en el sistema que descompone los procesos reduciéndolos a sus principios constitutivos y que hace que todas las partes sean sometidas a la operación de una máquina automática, se puede confiar estas partes elementales a un operario dotado de una capacidad ordinaria, después de haberlo sometido a una corta prueba; en caso de necesidad se le puede hacer pasar de una máquina a otra, a voluntad del que dirige los trabajos. Tales cambios están en oposición abierta con la vieja rutina que divide el trabajo y que asigna a un obrero la tarea de moldear la cabeza de un alfiler y a otro la de aguzarle la punta, trabajo cuya fastidiosa uniformidad les enerva. . . [88] Pero bajo el dominio del principio de la *igualación*, es decir, en el sistema automático, las facultades del obrero son sometidas solamente a un ejercicio agradable, etc. . . Como sus obligaciones se circunscriben a vigilar el trabajo de un mecanismo bien regulado, puede aprenderlo en poco tiempo; y cuando transfiere sus servicios de una máquina a otra, introduce variedad en su tarea y desarrolla sus ideas al reflexionar en las combinaciones generales que resultan de su trabajo y del de sus compañeros. Por eso, en el régimen de *distribución igual de trabajos* no se puede dar, en circunstancias ordinarias, esa coerción de las facultades, esa reducción de las ideas y esa incomodidad corporal que no sin razón son atribuidos a la división del trabajo.

La finalidad constante y la tendencia de todo perfeccionamiento del mecanismo es, en efecto, prescindir por completo del trabajo del hombre o disminuir su precio, sustituyendo el trabajo de obreros adultos con el de mujeres y niños, o el de hábiles artesanos con el de obreros bastos. . . Esta tendencia a no emplear más que niños de ojos vivaces y dedos ágiles en lugar de jornaleros de larga experiencia demuestra que nuestros fabricantes instruidos han desechado, al fin, el dogma escolástico de la división del trabajo según los diferentes grados de habilidad (A. Ure, *loc. cit.*, t. I, cap. I [pp. 34-35]).

Lo que caracteriza la división del trabajo en el seno de la sociedad moderna es que engendra las especialidades, las especies y con ellas el idiotismo del oficio.

Nos causa admiración —dice Lemontey— ver que entre los antiguos un mismo personaje era a la vez, en grado eminente, filósofo, poeta, orador, historiador, sacerdote, gobernante y caudillo militar. El espíritu se sobrecoge ante un campo de acción tan vasto. Cada uno planta su cercado y se encierra en él. Ignoro si por efecto de este fraccionamiento se agranda el campo de acción, pero sé muy bien que el hombre se achica {P. E. Lemontey, *loc. cit.*, t. I, p. 213}.

Lo que caracteriza la división del trabajo en el taller automático es que el trabajo pierde dentro de él todo carácter de especialidad. Pero, en cuanto cesa todo desarrollo especial, comienza a dejarse sentir el afán de universalidad, la tendencia a un desarrollo integral del individuo. El taller automático suprime las especies y el idiotismo del oficio.

Proudhon, por no haber comprendido ni tan siquiera este solo aspecto revolucionario del taller automático, da un paso atrás y propone al obrero que no se limite a hacer la doceava parte de un alfiler, sino que prepare sucesivamente las doce partes [89]. El obrero alcanzaría así un conocimiento pleno y profundo del alfiler. En esto consiste el trabajo sintético de Proudhon. Nadie negará que dar un paso adelante y otro atrás es igualmente hacer un movimiento sintético.

En resumen, Proudhon no ha ido más allá del ideal del pequeñoburgués. Y para realizar este ideal, no concibe nada mejor que devolvernos al gremio o, cuanto más, a los maestros artesanos de la Edad Media. Basta, dice en un lugar de su libro, haber creado una sola vez en la vida una obra maestra, haberse sentido una sola vez hombre. ¿No es esto, tanto por la forma como por el fondo, la obra maestra exigida por los gremios artesanales de la Edad Media? [90]

3. LA COMPETENCIA Y EL MONOPOLIO

Lado bueno de la competencia	"La competencia es tan esencial para el trabajo como la división de éste... Es necesaria para el *advenimiento de la igualdad.*"

Lado malo de la competencia	"Su principio es la negación de sí mismo. Su efecto más seguro es hundir a los que se dejen arrastrar por ella."
Reflexión general	"Los *inconvenientes* que acarrea la competencia, lo mismo que el bien que proporciona. . ., emanan lógicamente unos y otros del principio."
Problema a resolver	"Encontrar el principio *conciliador* que debe derivar de una ley superior a la libertad misma." VARIANTE: "No se trata, pues, aquí de destruir la competencia, cosa tan imposible como destruir la libertad; se trata de encontrar para ella el equilibrio, y yo diría de buena gana: la *policía*" {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, pp. 209-212, *passim;* p. 238}.

Proudhon comienza defendiendo la necesidad eterna de la competencia contra los que quieren remplazarla por la *emulación* [91].

No hay "emulación sin un fin", y así como "el objeto de toda pasión es necesariamente análogo a la pasión misma: una mujer para el amante, el poder para el ambicioso, el oro para el avaro, una corona para el poeta, el objeto de la emulación industrial es necesariamente la *ganancia* [. . .] La emulación no es otra cosa que la competencia misma" {*Ibid.*, p. 211}.

La competencia es la emulación con fines de ganancia. La emulación industrial, ¿es necesariamente la emulación con miras a la ganancia, es decir, la competencia? Proudhon lo demuestra con una simple afirmación. Ya hemos visto que, para él, afirmar es demostrar, así como suponer es negar.

Si el *objeto* inmediato del amante es la mujer, el objeto inmediato de la emulación industrial es el producto y no la ganancia.

La competencia no es la emulación industrial, es la emulación comercial [92]. En nuestro tiempo, la emulación industrial no existe sino con fines comerciales. Hay inclusive fases en la vida económica de los pueblos modernos en las que todo el mundo está poseído de una especie de fiebre por obtener ganancias sin producir. Esta fiebre de la especulación, que sobreviene periódicamente, pone al desnudo el verdadero carác-

ter de la competencia, que tiende a evitar la necesidad de la emulación industrial.

Si hubierais dicho a un artesano del siglo XVI que serían abolidos los privilegios y toda la organización feudal de la industria para sustituirlos por la emulación industrial, denominada competencia, os habría respondido que los privilegios de las diversas corporaciones, cofradías y gremios son la competencia organizada. Eso mismo dice Proudhon al afirmar que "la emulación no es otra cosa que la propia competencia".

"Ordenad que a partir del 1 de enero de 1847 sean garantizados a todo el mundo el trabajo y el salario; inmediatamente, a la tensión impetuosa de la industria sucederá un inmenso relajamiento" {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 212}.

En lugar de una suposición, de una afirmación y de una negación, tenemos ahora una ordenanza que Proudhon dicta expresamente para demostrar la necesidad de la competencia, su eternidad como categoría, etcétera.

Si nos imaginamos que para salir de la competencia no hacen falta más que ordenanzas, jamás se saldrá de ella. Y llevar las cosas hasta proponer la abolición de la competencia manteniendo el salario, equivale a proponer un despropósito por decreto real. Pero los pueblos no proceden en virtud de decretos reales. Antes de recurrir a tales ordenanzas, los pueblos tienen que haber cambiado al menos de arriba abajo sus condiciones de existencia industrial y política, y por consiguiente toda su manera de ser.

Proudhon responderá, con su aplomo imperturbable, que ésta es la hipótesis "de una transformación de nuestra naturaleza sin precedentes en la historia" y que él tendría derecho a "*dejarnos al margen* de la discusión", no se sabe en virtud de qué ordenanza.

Proudhon ignora que toda la historia no es otra cosa que una transformación continua de la naturaleza humana [93].

Atengámonos a los hechos [. . .] La revolución francesa fue hecha tanto en nombre de la libertad industrial como de la libertad política, y aunque la Francia de 1789 —digámoslo en voz alta— no comprendía todas las consecuencias del principio cuya aplicación reclamaba, no se engañó ni en sus deseos ni en sus esperanzas. Quien trate de negarlo perderá para mí todo derecho a la crítica: yo no disputaré jamás con un adversario que admita en principio el error espontáneo de veinticinco millones de personas. . . Si la competencia no era un *principio de* la economía social, un *decreto del destino*, una *necesidad del alma humana*, ¿por qué en lugar de *abolir* las corporaciones, cofradías y gremios, no se prefirió *corregirlas*? {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, pp. 214-215}.

Por lo tanto, como los franceses del siglo XVIII abolieron las corporaciones, cofradías y gremios en lugar de modificarlos, los franceses del siglo XIX deben modificar la competencia en vez de suprimirla. Como la competencia fue establecida en la Francia del siglo XVIII a consecuencia de necesidades históricas, esta competencia no debe ser destruida en el siglo XIX a causa de otras necesidades históricas. No comprendiendo que el establecimiento de la competencia estaba vinculado con el desarrollo real de los hombres del siglo XVIII, Proudhon convierte la competencia en una necesidad del *alma humana, in partibus infidelium.* Tratando del siglo XVII, ¿en qué habría convertido al gran Colbert?

Después de la revolución viene el estado de cosas actual. Proudhon deduce igualmente de los hechos la eternidad de la competencia, demostrando que todas las ramas de la producción en las que esta categoría no se halla aún bastante desarrollada, como, por ejemplo, la agricultura, se encuentran en estado de atraso y decadencia.

Decir que algunas ramas de la producción no se han desarrollado aún hasta llegar a la competencia, y que otras no han alcanzado todavía el nivel de la producción burguesa, es pura palabrería que no prueba en lo más mínimo la eternidad de la competencia.

Toda la lógica de Proudhon se resume en esto: la competencia es una relación social en la que desarrollamos actualmente nuestras fuerzas productivas. A esta verdad no la acompaña de un razonamiento lógico, sino de formulaciones frecuentemente muy desenvueltas, diciendo de paso que la competencia es la emulación industrial, el modo actual de ser libre, la responsabilidad en el trabajo, la constitución del valor, una condición para el advenimiento de la igualdad, un principio de la economía social, un decreto del destino, una necesidad del alma humana, una inspiración de la justicia eterna, la libertad en la división, la división en la libertad, una categoría económica.

La *competencia* y la *asociación* se apoyan la una en la otra. Lejos de excluirse, no son ni siquiera *divergentes.* Quien dice competencia su-

pone *un fin común*. Por consiguiente, la competencia no es el *egoísmo*, y el error más deplorable del socialismo consiste en haberla concebido como un trastorno de la sociedad [*ibid.*, p. 238].

Quien dice competencia dice fin común, y esto prueba, por una parte, que la competencia es la asociación y, además, que la competencia no es el egoísmo. ¿Y quien dice *egoísmo* no dice fin común? Todo egoísmo obra en la sociedad y por medio de la sociedad. Presupone, por lo tanto, la sociedad, es decir, fines comunes, necesidades comunes, medios de producción comunes, etc. ¿Es, pues, casual que la competencia y la asociación de que hablan los socialistas no sean ni siquiera divergentes?

Los socialistas saben muy bien que la sociedad actual se basa en la competencia. ¿Cómo podían ellos reprochar a la competencia el trastocar la sociedad actual que ellos mismos quieren abolir? ¿Y cómo podían reprochar a la competencia el trastocar la sociedad del porvenir, en la que ellos ven, por el contrario, la supresión de la competencia?

Proudhon dice más adelante que la competencia es *lo contrario del monopolio* y que, por consiguiente, no puede ser *lo contrario de la asociación.*

El feudalismo era, desde sus orígenes, opuesto a la monarquía patriarcal; por lo tanto, no era opuesto a la competencia, que aún no existía. ¿Se deduce de aquí que la competencia no se opone al feudalismo?

En realidad, los vocablos *sociedad* y *asociación* son denominaciones que se pueden dar a todas las sociedades, lo mismo a la sociedad feudal que a la burguesa, que es la asociación fundada en la competencia. ¿Cómo puede haber socialistas que crean posible impugnar la competencia con la sola palabra *asociación*? ¿Y cómo puede Proudhon querer defender la competencia contra el socialismo, designándola con el solo nombre de *asociación*?

Todo lo que acabamos de decir se refiere al lado bueno de la competencia, tal como la entiende Proudhon. Pasemos ahora al lado malo, es decir, al lado negativo de la competencia, a sus inconvenientes, a lo que tiene de destructivo, de subversivo, de pernicioso.

El cuadro que nos presenta Proudhon es algo lúgubre.

La competencia engendra la miseria, fomenta la guerra civil, "cambia las zonas naturales", mezcla las nacionalidades, perturba las familias, corrompe la conciencia pública, "trastoca las nociones de equidad, de justicia", de moral, y, lo que es peor, destruye el comercio honrado y libre y no da en compensación ni siquiera el *valor sintético*, el precio fijo y honrado. La competencia decepciona a todo el mundo, incluso a los economistas. Lleva las cosas hasta a destruirse a sí misma.

Después de todo lo que Proudhon dice de malo, ¿puede haber para las relaciones de la sociedad burguesa, para sus principios y sus ilusiones, un elemento más disolvente y más destructivo que la competencia?

Observemos que la competencia es cada vez más destructiva para las *relaciones* burguesas, a medida que suscita una creación febril de nuevas fuerzas productivas, es decir, las condiciones materiales de una nueva sociedad. En este sentido, al menos, el lado malo de la competencia podría contener en sí algo bueno. "Considerada desde el punto de vista de su origen, la competencia, como estado o fase económica, es el resultado necesario. . . de la teoría de la reducción del costo general de producción" [Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 247].

Para Proudhon, la circulación de la sangre debe ser una consecuencia de la teoría de Harvey. "El *monopolio* es el resultado fatal de la competencia, que lo engendra por una negación incesante de sí misma. Este origen del monopolio implica ya su justificación. . . El monopolio es la oposición natural de la competencia. . ., pero, como la competencia es necesaria, implica la idea del monopolio, ya que el monopolio es como el asiento de cada individualidad competidora" [*Ibid.*, pp. 249 y 250].

Nos alegramos con Proudhon de que haya podido, al menos una vez, aplicar bien su fórmula de la tesis y la antítesis. Todo el mundo sabe que el monopolio moderno es engendrado por la competencia misma.

En cuanto al contenido, Proudhon se atiene a imágenes poéticas. La competencia hacía "de cada subdivisión del trabajo como una soberanía en la que cada individuo manifestaba su fuerza y su independencia". El monopolio es "el *asiento* de cada individualidad competidora". "Soberanía" suena al menos tan bien como "asiento".

Proudhon no habla más que del monopolio moderno engendrado por la competencia. Pero todos sabemos que la competencia ha sido engendrada por el monopolio feudal. Así pues, primitivamente la competencia ha sido lo contrario del monopolio, y no el monopolio lo contrario de la competencia. Por

lo tanto, el monopolio moderno no es una simple antítesis, sino que, por el contrario, es la verdadera síntesis.

Tesis: El monopolio feudal anterior a la competencia.

Antítesis: La competencia.

Síntesis: El monopolio moderno, que es la negación del monopolio feudal pues presupone el régimen de la competencia, y la negación de la competencia pues es monopolio.

Así, pues, el monopolio moderno, el monopolio burgués, es el monopolio sintético, la negación de la negación, la unidad de los contrarios. Es el monopolio en estado puro, normal, racional. Proudhon entra en contradicción con su propia filosofía al concebir el monopolio burgués como el monopolio en estado rústico, *simplista*, contradictorio, espasmódico. Rossi, al que Proudhon cita reiteradamente a propósito del monopolio, por lo visto ha comprendido mejor el carácter sintético del monopolio burgués. En su *Curso de economía política* establece la distinción entre monopolios artificiales y monopolios naturales. Los monopolios feudales, dice, son artificiales, es decir, arbitrarios; los monopolios burgueses son naturales, es decir, racionales.

El monopolio es una buena cosa, razona Proudhon, porque es una categoría económica, una emanación "de la razón impersonal de la humanidad". La competencia es también una buena cosa, porque a su vez es una categoría económica. Pero lo que no es bueno es la realidad del monopolio y la realidad de la competencia. Y lo peor es que la competencia y el monopolio se devoran mutuamente. ¿Qué hacer? Buscar la síntesis de estas dos ideas eternas, arrancarla del seno de Dios, donde está depositada desde tiempos inmemoriales.

En la vida práctica encontramos no solamente la competencia, el monopolio y el antagonismo entre la una y el otro, sino también su síntesis, que no es una fórmula, sino un movimiento. El monopolio engendra la competencia, la competencia engendra el monopolio. Los monopolistas compiten entre sí, los competidores pasan a ser monopolistas. Si los monopolistas restringen la competencia entre ellos por medio de asociaciones parciales, se acentúa la competencia entre los obreros; y cuanto más crece la masa de proletarios frente a los monopolistas de una nación, tanto más desenfrenada se hace la competencia entre los monopolistas de las diferentes naciones. La síntesis consiste en que el monopolio no puede mantenerse sino librando continuamente la lucha de la competencia [94].

Para deducir dialécticamente los *impuestos* que siguen al *monopolio*, Proudhon nos habla del *genio social* que, después de haber seguido *intrépidamente su ruta en zigzag*, "después de haber marchado a paso seguro, *sin arrepentirse* y sin detenerse, *cuando llega a la esquina del monopolio* lanza una *melancólica* mirada hacia atrás y, luego de una profunda reflexión, grava con impuestos todos los artículos de la producción y crea toda una organización administrativa a fin de que *todos los empleos sean concedidos al proletariado* y *pagados por los monopolistas*" {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, pp. 285-286}.

¿Qué decir de este genio que, en ayunas, se pasea en zigzag? ¿Y qué decir de este paseo, que no tiene otro fin que agobiar a los burgueses a fuerza de impuestos, siendo así que los impuestos sirven precisamente para proporcionar a los burgueses el medio de mantenerse como clase dominante?

Para dar al lector una idea de la manera como Proudhon expone los detalles económicos, bastará decir que, según él, el *impuesto sobre el consumo* fue establecido con fines de igualdad y para ayudar al proletariado.

El impuesto sobre el consumo ha alcanzado su verdadero desarrollo sólo desde el advenimiento de la burguesía. En manos del capital industrial, es decir, de la riqueza sobria y económica que se mantiene, se reproduce y se agranda por la explotación directa del trabajo, el impuesto sobre el consumo era un medio de explotar la riqueza frívola, alegre y pródiga de los grandes señores que no hacían más que consumir. Jacques Steuart ha expuesto muy bien esta finalidad primitiva del impuesto sobre el consumo en sus *Investigaciones sobre los principios de la economía política*, obra publicada diez años antes de aparecer el libro de A. Smith.

En la monarquía pura —dice—, los príncipes ven, por decirlo así, con cierta envidia el crecimiento de las riquezas y por eso cargan de impuestos a los que se enriquecen: [impuestos sobre la producción.] Bajo un gobierno constitucional, recaen principalmente sobre los pobres [impuestos sobre el consumo]. Igualmente, los monarcas establecen un gravamen sobre la industria. . . por ejemplo, la capitación y la talla son proporcionales a la riqueza supuesta de los contribuyentes. A cada uno se le imponen las tributaciones en proporción al beneficio que se supone va a obtener. Bajo las formas constitucionales de gobierno, los impuestos gravan ordinariamente el consumo. [A cada uno se le asignan las cargas finales con arreglo a la magnitud de sus gastos.] {J.

Steuart, *Recherches des principes de l'économie politique*, Trad. de G. Garnier, 1789, t. II, pp. 190-191} [95].

En cuanto a la *sucesión lógica* de los impuestos, de la balanza comercial y del crédito —en la mente de Proudhon—, señalaremos únicamente que la burguesía inglesa, que estableció bajo Guillermo de Orange su constitución política, creó de golpe un nuevo sistema tributario, el crédito público y el sistema de aranceles protectores, en cuanto tuvo la posibilidad de desarrollar libremente sus condiciones de existencia.

Estas breves observaciones bastarán para dar al lector una justa idea de las elucubraciones de Proudhon sobre la policía o los impuestos, la balanza comercial, el crédito, el comunismo y la población. Desafiamos a la crítica más indulgente a que aborde seriamente tales capítulos [96].

4. LA PROPIEDAD O LA RENTA

En cada época histórica la propiedad se ha desarrollado de modo distinto y bajo una serie de relaciones sociales totalmente diferentes. Por lo tanto, definir la propiedad burguesa no es otra cosa que exponer todas las relaciones sociales de la producción burguesa.

Querer definir a la propiedad como una relación independiente, una categoría aparte y una idea abstracta y eterna, no es más que una ilusión metafísica o jurídica.

Aunque Proudhon hace como que habla de la propiedad en general, no trata más que de la *propiedad del suelo*, de la *renta de la tierra*. "El origen de la renta, como el de la propiedad, es, por decirlo así, extraeconómico: descansa en consideraciones psicológicas y morales, sólo remotamente relacionadas con la producción de la riqueza" (Proudhon, *loc. cit.*, t. II, p. 265 {ed. 1923, t. II, p. 208}). Por lo tanto, Proudhon reconoce su incapacidad de comprender el origen económico de la renta y de la propiedad. Confiesa que esta incapacidad le obliga a recurrir a consideraciones psicológicas y morales que, estando en efecto remotamente relacionadas con la producción de la riqueza, guardan, en cambio, una conexión muy estrecha con la exigüidad de sus horizontes históricos. Proudhon afirma que el origen de la propiedad tiene algo de *místico* y de *misterioso*. Ahora bien, ver misterio en el origen de la propiedad, es decir, transformar en misterio la relación entre la producción misma y la distribución de los instrumentos de producción, ¿no equivale acaso, hablando con el lenguaje de Proudhon, a renunciar a toda pretensión de ciencia económica? [97]

Proudhon "se *limita* a recordar que en la séptima época de la evolución económica —el *crédito*—, cuando la realidad fue desvanecida por la ficción y la actividad humana se vio en peligro de perderse en el vacío, se hizo necesario *vincular al hombre con lazos más fuertes a la naturaleza:* la renta fue el precio de este nuevo contrato" (Proudhon, *loc. cit.*, t. II, p. 265 {ed. 1923, t. II, p. 206}).

El hombre de los cuarenta escudos presintió la aparición de un Proudhon. "Sea hecha vuestra voluntad, señor Creador: cada uno es dueño en su mundo, pero jamás me haréis creer que el mundo en que habitamos sea de cristal" {Voltaire, *l'Homme aux quarante écus*, Amsterdam, 1768. *Romans et contes*, ed. de la Pléiade, 1958, p. 329}.

En vuestro mundo, donde el crédito era un medio para *perderse en el vacío*, es muy posible que la propiedad fuese necesaria para *vincular el hombre a la naturaleza*. Pero en el mundo de la producción real, en el que la propiedad del suelo precedió siempre al crédito, no podía existir el *horror vacui* de Proudhon.

Una vez admitida la existencia de la renta, cualquiera que sea su origen, ésta se debate contradictoriamente entre el arrendatario y el propietario de la tierra. ¿Cuál es el resultado final del debate? En otros términos, ¿cuál es la tasa media de la renta? He aquí lo que dice Proudhon:

> La teoría de Ricardo responde a esta cuestión. En los comienzos de la sociedad, cuando el hombre, nuevo sobre la tierra, no tenía ante sí más que la inmensidad de los bosques, cuando la tierra era mucha y la industria sólo se hallaba en germen, la renta debía equivaler a cero. La tierra, no cultivada aún por el hombre, era un objeto de utilidad; no era un valor de cambio; era común, pero no social. Poco a poco, a consecuencia de la multiplicación de las familias y del progreso de la agricultura, la tierra comenzó a adquirir precio. El trabajo dio al suelo su valor, y de ahí nació la renta. Cuanto más fruto podía proporcionar un campo con la misma cantidad de trabajo, tanto más estimado era; por eso los propietarios tendían siempre a atribuirse la totalidad de los frutos del suelo, descontando el salario del arrendatario, es decir, descontando el costo de producción. Por lo tanto, la propie-

dad arrebata en seguida al trabajo todos los frutos que quedan después de los gastos reales de producción. Mientras que el propietario cumple un deber místico y representa frente al colono la comunidad, el arrendatario no es, en los designios de la Providencia, más que un trabajador responsable, que debe dar cuenta a la sociedad de todo lo que obtiene por encima de su salario legítimo. . . Por su esencia y su destino la renta es, por consiguiente, un instrumento de justicia distributiva, uno de los mil medios de que se vale el genio económico para llegar a la igualdad. Es un inmenso catastro formado desde puntos de vista opuestos por los propietarios y los arrendatarios, sin colisión posible, en aras de un fin superior, y cuyo resultado definitivo debe consistir en igualar la posesión de la tierra entre los explotadores del suelo y los industriales. . . Era precisa esta fuerza mágica de la propiedad para arrancar al colono el excedente del producto que él no puede menos que considerar suyo, creyendo ser su autor exclusivo. La renta o, mejor dicho, la propiedad, ha destruido el egoísmo agrícola y creado una solidaridad que no habría podido ser engendrada por fuerza alguna, por ningún reparto de tierras. . . En el presente, obtenido el efecto moral de la propiedad, queda por hacer la distribución de la renta {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. II, pp. 209, 210, 211}.

Todo este estruendo verbal se reduce ante todo a lo siguiente: Ricardo dice que la medida de la renta se determina por el remanente que queda después de deducir del precio de los productos agrícolas el costo de su producción, incluyendo las ganancias e intereses usuales del capital. Proudhon procede mejor: hace intervenir al propietario, como un *deus ex machina*, que arranca al *colono* todo el remanente que queda después de deducir de su producto el costo de producción. Se sirve de la intervención del propietario para explicar la propiedad y de la intervención del arrendador para explicar la renta. Responde al problema planteando el mismo problema y aumentándole una sílaba más.

Observemos además que, determinando la renta por la diferencia de fecundidad de la tierra, Proudhon le asigna un nuevo origen, puesto que la tierra, antes de ser evaluada por los diferentes grados de fertilidad, "no era", según él, "un valor de cambio: era común". ¿A dónde ha ido a parar pues la ficción proudhoniana de la renta, engendrada *por la necesidad* de reintegrar *a la tierra* al hombre que *iba a perderse en lo infinito del vacío?*

Libremos ahora a la doctrina de Ricardo de las frases providenciales, alegóricas y místicas en las que Proudhon la ha envuelto con tanto celo.

La renta, en el sentido de Ricardo, es la propiedad del suelo en su modalidad burguesa: es decir, la propiedad feudal sometida a las condiciones de la producción burguesa.

Hemos visto que, según la doctrina de Ricardo, el precio de todos los objetos es determinado en última instancia por el costo de producción, incluida la ganancia industrial; en otros términos, por el tiempo de trabajo empleado. En la industria manufacturera, el precio del producto obtenido por el mínimo de trabajo determina el precio de todas las demás mercancías de la misma especie, ya que los instrumentos de producción menos costosos y más productivos se pueden multiplicar hasta el infinito y la libre competencia crea necesariamente un precio de mercado, es decir, un precio común para todos los productos de la misma especie.

En la industria agrícola, por el contrario, es el precio del producto obtenido mediante el empleo de la mayor cantidad de trabajo el que determina el precio de todos los productos de la misma especie. En primer lugar, no se puede multiplicar a voluntad, como en la industria manufacturera, los instrumentos de producción del mismo grado de productividad, es decir, los terrenos del mismo grado de fecundidad. Además, a medida que la población aumenta, se comienzan a explotar tierras de calidad inferior o se procede a nuevas inversiones de capital en los mismos terrenos, proporcionalmente menos productivas que las primeras [98]. En uno y otro caso se hace uso de una mayor cantidad de trabajo para obtener un producto proporcionalmente menor. Como las necesidades de la población han hecho preciso este aumento de trabajo, el producto de un terreno de explotación más costosa encuentra indefectiblemente mercado tanto como el producto de un terreno de explotación más barata. Y como la competencia nivela los precios de mercado, los productos del mejor terreno serán vendidos tan caros como los del terreno de calidad inferior. Este remanente que queda después de deducir del precio de los productos del mejor terreno el costo de su producción es el que constituye la renta. Si se pudiese disponer siempre de terrenos del mismo grado de fertilidad; si en la agricultura se pudiese, como en la industria manufacturera, recurrir constantemente a máquinas menos costosas y de mayor rendimiento, o si las consecutivas inversiones de capital en la tierra produjesen tanto como las primeras, entonces el precio de los productos agrícolas sería determinado por el precio de las mercancías pro-

ducidas por los mejores instrumentos de producción, como lo hemos visto en lo que atañe a los precios de los productos manufacturados. Pero entonces desaparecería la renta.

Para que la doctrina de Ricardo sea en general exacta, es preciso que los capitales puedan ser invertidos libremente en las diferentes ramas de la industria [99]; que una competencia fuertemente desarrollada entre los capitalistas reduzca las ganancias a un mismo nivel; que el arrendatario no sea otra cosa que un capitalista industrial que demande para su capital invertido en terrenos de calidad inferior unas ganancias iguales a las que obtendría de su capital aplicado, por ejemplo, a la industria algodonera; que la explotación de la tierra sea sometida al régimen de la gran industria y que, por último, el propietario de tierras aspire a obtener exclusivamente ingresos monetarios.

En Irlanda no existe aún la renta, aunque el arrendamiento se haya desarrollado en extremo. Como la renta es un excedente no sólo del salario sino también de la ganancia industrial, no puede existir donde los ingresos del propietario no son más que un adelanto a cuenta del salario [100].

Así, pues, la renta, lejos de convertir al usufructuario de la tierra, al arrendatario, en un *simple trabajador* y "de arrancar al colono el excedente del producto, que él no puede menos que considerar suyo", pone ante el propietario del suelo —en lugar del esclavo, del siervo, del censatario y del asalariado— al capitalista industrial.

Una vez que la propiedad del suelo se constituye en renta, el propietario recibe sólo el remanente que queda después de deducir los costos de producción, determinados no sólo por el salario, sino también por la ganancia industrial. Es pues, al propietario de la tierra a quien la renta arranca una parte de sus ingresos.

Pasó mucho tiempo antes de que el arrendatario feudal fuese remplazado por el capitalista industrial. En Alemania, por ejemplo, esta transformación comenzó apenas en el último tercio del siglo XVIII. Sólo en Inglaterra han alcanzado pleno desarrollo estas relaciones entre el capitalista industrial y el propietario de la tierra.

Mientras existía tan sólo el *colono* de Proudhon, no había renta. Pero desde que existe la renta, el colono no es ya el arrendatario sino el obrero, el colono del arrendatario. El menoscabo del trabajador, reducido al papel de simple obrero, jornalero, asalariado, que trabaja para el capitalista industrial; la intervención del capitalista industrial, que explota la tierra como una fábrica cualquiera; la transformación del propietario de la tierra de pequeño soberano en usurero vulgar: he aquí las diferentes relaciones expresadas por la renta.

La renta, en el sentido de Ricardo, es la agricultura patriarcal transformada en industria comercial, el capital industrial aplicado a la tierra, la burguesía de las ciudades trasplantada al campo. La renta, en lugar de *atar al hombre a la naturaleza*, no ha hecho más que atar la explotación de la tierra a la competencia. Una vez constituida en renta, la propiedad misma de la tierra es ya el *resultado de la competencia* puesto que desde entonces depende del valor mercantil de los productos agrícolas. Como renta, la propiedad de la tierra pierde su inmovilidad y pasa a ser objeto de comercio. La renta sólo es posible desde que el desarrollo de la industria de las ciudades y la organización social que resulta de este desarrollo obligan al propietario de la tierra a aspirar exclusivamente a la ganancia comercial, a obtener ingresos monetarios de la venta de sus productos agrícolas, a no ver en su propiedad territorial más que una máquina de acuñar monedas. La renta ha apartado hasta tal punto al propietario territorial del suelo, de la naturaleza, que ni siquiera tiene necesidad de conocer sus fincas, como podemos verlo en Inglaterra. En cuanto al arrendatario, al capitalista industrial y al obrero agrícola, no están más vinculados a la tierra que explotan que el empresario y el obrero de una manufactura al algodón y a la lana que elaboran; se ven atados únicamente por el precio de su explotación, por el producto monetario. De ahí, las jeremiadas de los partidos reaccionarios, que ansían la vuelta al feudalismo, a la buena vida patriarcal, a las costumbres sencillas y a las grandes virtudes de nuestros abuelos. El sometimiento del suelo a las mismas leyes que regulan todas las otras industrias es y será siempre objeto de lamentos interesados. Se puede decir, pues, que la renta representó la fuerza motriz que lanzó el idilio al movimiento de la historia.

Ricardo, después de haber supuesto la producción burguesa como necesaria para determinar la renta, aplica sin embargo su concepto de la renta a la propiedad territorial de todas las épocas y de todos los países. Éste es el error de todos los economistas, que representan las relaciones de la producción burguesa como categorías eternas [101].

Del fin providencial de la renta, que es para Proudhon la transformación del *colono* en *trabajador responsable*, pasa a la retribución igualitaria de la renta.

Acabamos de ver que la renta se forma como resultado del *precio igual* de los productos de terrenos de *desigual fertilidad*, de manera que un hectolitro de trigo que ha costado diez francos se vende a veinte francos si los costos de producción se elevan, para un terreno de calidad inferior, a veinte francos.

Mientras la necesidad obliga a comprar todos los productos agrícolas llevados al mercado, el precio de mercado se determina por los gastos del producto más costoso. Esta nivelación de precios, resultante de la competencia y no de la diferente fertilidad de los terrenos, es la que proporciona al propietario del mejor terreno una renta de diez francos por cada hectolitro que vende su arrendatario.

Supongamos por un instante que el precio del trigo sea determinado por el tiempo de trabajo necesario para producirlo; entonces el hectolitro de trigo obtenido en el mejor terreno se venderá a diez francos, en tanto que el hectolitro de trigo obtenido en el terreno de calidad inferior costará veinte francos. Admitido esto, el precio medio de mercado será de quince francos, mientras que, según la ley de la competencia, es de veinte francos. Si el precio medio fuese de quince francos, no podría haber distribución alguna, ni igualitaria ni de ninguna otra especie, porque no habría renta. La renta no existe sino porque el hectolitro de trigo que cuesta al productor diez francos se vende a veinte francos. Proudhon supone la igualdad de precios de mercado siendo desiguales los costos de producción, para llegar a la repartición igualitaria del producto de la desigualdad.

Comprendemos que economistas tales como Mill, Cherbuliez, Hilditch y otros hayan pedido que el estado se apropie de la renta a fin de sustituir con ella los impuestos. Era la expresión franca del odio que el capitalista industrial siente hacia el propietario de la tierra, el cual es a sus ojos inútil y redundante en el conjunto de la producción burguesa [102].

Pero hacer pagar primero el hectolitro de trigo a veinte francos para luego verificar una distribución general de los diez francos que se han sacado de más a los consumidores, es más que suficiente para que el *genio social* prosiga *melancólicamente su camino en zigzag* y dé con la cabeza en la primera *esquina.*

La renta se convierte, bajo la pluma de Proudhon, "en un inmenso *catastro* formado desde puntos de vista opuestos por los propietarios y los arrendatarios. . . en aras de un fin superior, y cuyo resultado definitivo debe consistir en igualar la posesión de la tierra entre los explotadores del suelo y los industriales" {Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. II, p. 210}.

Sólo apoyándolo en las condiciones de la sociedad actual puede tener valor práctico un catastro cualquiera formado por la renta.

Ahora bien, hemos demostrado que el canon pagado por el arrendatario al propietario expresa con mayor o menor exactitud la renta únicamente en los países más avanzados en el sentido industrial y comercial. Y aun entonces en el precio del arriendo se incluye frecuentemente el interés abonado al propietario por el capital incorporado a la tierra. El emplazamiento de los terrenos, la proximidad de las ciudades y otras muchas circunstancias influyen sobre el arriendo de una heredad y modifican la renta. Estas razones incontrovertibles bastarían para demostrar la inexactitud de un catastro basado en la renta.

Por otra parte, la renta no puede servir de índice constante del grado de fertilidad de un terreno, pues la aplicación moderna de la química cambia constantemente la naturaleza del terreno, y los conocimientos geológicos comienzan precisamente en nuestros días a trastocar toda la vieja valoración de la fertilidad relativa: hace sólo unos veinte años que se comenzó a roturar vastos terrenos en los condados orientales de Inglaterra, terrenos que hasta entonces habían permanecido sin cultivar porque no se conocían bien las relaciones entre el humus y la composición de la capa inferior.

Así, pues, la historia, lejos de dar en la renta un catastro formado, no hace sino cambiar y trastocar totalmente los catastros ya formados.

Por último, la fertilidad no es una cualidad tan natural como podría creerse: está íntimamente vinculada a las relaciones sociales actuales. Una tierra puede ser muy fértil dedicada al cultivo del trigo y, sin embargo, los precios del mercado pueden impulsar al agricultor a transformarla en pradera artificial y a hacerla, por lo tanto, infértil [103].

Proudhon ha inventado su catastro, que no tiene ni siquiera el valor del catastro ordinario, únicamente para dar cuerpo al *fin providencialmente igualitario* de la renta. "La renta —continúa Proudhon— es el interés pagado por un capital que jamás perece: la tierra. Y como este capital no puede experi-

mentar aumento alguno en cuanto a la materia, y sí sólo un mejoramiento indefinido en cuanto al uso, de aquí se deduce que, mientras el interés o el beneficio del préstamo (*mutuum*) tiende a disminuir sin cesar por efecto de la abundancia de capitales, la renta tiende a aumentar constantemente gracias al perfeccionamiento de la industria, el cual lleva a mejorar el uso de la tierra... Tal es, en esencia, la renta" (Proudhon, *loc. cit.*, t. II, p. 265 [ed. 1923, t. II, pp. 205 y 206]).

Esta vez, Proudhon ve en la renta todos los síntomas del interés, con la sola diferencia de que la renta proviene de un capital de naturaleza específica. Este capital es la tierra, capital eterno, "que no puede experimentar aumento alguno en cuanto a la materia, y sí sólo un mejoramiento indefinido en cuanto al uso".

En la marcha progresiva de la civilización, el interés tiene una tendencia continua a la baja, mientras que la renta tiende continuamente al alza. El interés baja a causa de la abundancia de capitales; la renta sube a causa de los perfeccionamientos introducidos en la industria, cuya consecuencia son los métodos cada vez mejores de uso del suelo.

Tal es, en esencia, la opinión de Proudhon.

Examinemos, ante todo, hasta qué punto es justo decir que la renta constituye el interés de un capital.

Para el propietario de la tierra, la renta representa el interés del capital que le ha costado la tierra o que podría obtener si la vendiese. Pero, comprando o vendiendo la tierra, no compra o vende más que la renta. El precio que paga para hacerse acreedor de la renta se regula según la tasa del interés en general y no tiene nada de común con la naturaleza misma de la renta. El interés de los capitales invertidos en la tierra es, en general, inferior al interés de los capitales colocados en la industria o el comercio. Por lo tanto, si no se hace una distinción entre la renta misma y el interés que la tierra reporta al propietario, resultará que el interés de la tierra capital disminuye aún más que el interés de los otros capitales. Pero de lo que se trata no es del precio de compra o de venta de la renta, del valor mercantil de la renta, de la renta capitalizada, sino de la renta misma.

El precio del arriendo puede implicar, además de la renta propiamente dicha, el interés del capital incorporado a la tierra. En tal caso, el propietario recibe esta parte del arrendamiento no como propietario, sino como capitalista; pero ésta

no es la renta propiamente dicha de la que vamos a hablar.

La tierra, mientras no es explotada como medio de producción, no representa un capital. Las tierras capitales pueden aumentar como los demás instrumentos de producción. No se añade nada a la materia, hablando con el lenguaje de Proudhon, pero se multiplican las tierras que sirven de instrumento de producción. Con sólo invertir nuevos capitales en tierras ya transformadas en medios de producción, se aumenta la tierra capital sin añadir nada a la tierra materia, es decir a la superficie de tierra [104]. Por tierra materia Proudhon entiende la tierra como límite. En cuanto a la eternidad que atribuye a la tierra, no nos oponemos a que se le asigne esta virtud como materia. La tierra capital no es más eterna que cualquier otro capital.

El oro y la plata, que reportan interés, son tan duraderos y eternos como la tierra. Si el precio del oro y de la plata baja, en tanto que el de la tierra sube, esto no se debe de ningún modo a que la tierra sea de naturaleza más o menos eterna.

La tierra capital es un capital fijo, pero el capital fijo se desgasta lo mismo que los capitales circulantes. Las mejoras aportadas a la tierra necesitan reproducción y mantenimiento; sólo duran cierto tiempo, y esto es lo que tienen de común con todas las demás mejoras hechas para transformar la materia en medio de producción. Si la tierra capital fuese eterna, ciertos terrenos presentarían un aspecto muy distinto al que ofrecen en nuestros días y veríamos la campiña de Roma, Sicilia y Palestina en todo el esplendor de su antigua prosperidad.

Hay incluso casos en que la tierra capital podría desaparecer aún manteniéndose las mejoras hechas en ella. En primer lugar, esto ocurre cada vez que la renta propiamente dicha desaparece por la competencia de nuevos terrenos más fértiles; en segundo lugar, las mejoras que podían tener valor en cierta época, lo pierden en el momento en que pasan a ser universales por el desarrollo de la agronomía.

El representante de la tierra capital no es el propietario de la tierra sino el arrendatario. Los ingresos provenientes de la tierra como capital son el interés y la ganancia industrial, y no la renta. Hay tierras que reportan este interés y esta ganancia y que no reportan renta.

En resumen, la tierra, en tanto que proporciona interés, es tierra capital, y como tierra capital no da renta, no constituye la propiedad raíz. La renta es un resultado de las relaciones

sociales en las que se lleva a cabo la explotación de la tierra. No puede ser resultado de la naturaleza más o menos sólida, más o menos duradera de la tierra. La renta debe su origen a la sociedad y no al suelo.

Según Proudhon, "la mejora del uso de la tierra" —consecuencia "del perfeccionamiento de la industria"— es causa del alza continua de la renta. Pero, por el contrario, esta mejora la hace descender periódicamente.

¿En qué consiste, en general, toda mejora, ya sea en la agricultura o en la manufactura? En producir más con el mismo trabajo, en producir tanto e incluso más con menos trabajo. Gracias a estas mejoras, el arrendatario no tiene necesidad de emplear una mayor cantidad de trabajo para obtener un producto proporcionalmente menor. Entonces no necesita recurrir a tierras inferiores y las sucesivas inversiones de capital en un mismo terreno siguen siendo igualmente productivas. Por lo tanto, estas mejoras, lejos de elevar continuamente la renta, como dice Proudhon, son, por el contrario, otros tantos obstáculos temporales que se oponen a su alza.

Los propietarios ingleses del siglo XVII comprendían tan bien esta verdad que se opusieron a los progresos de la agricultura por temor a ver disminuidos sus ingresos [105]. (Véase Petty, economista inglés de los tiempos de Carlos II [106].)

5. LAS HUELGAS Y LAS COALICIONES DE LOS OBREROS

Todo movimiento de alza de los salarios no puede tener otro efecto que un alza del trigo, del vino, etc., es decir, un aumento de la carestía. Porque, ¿qué es el salario? Es el precio de costo del trigo, etc.; es el precio íntegro de todas las cosas. Vamos más lejos aún: el salario es la proporcionalidad de los elementos que componen la riqueza y que son consumidos cada día por la masa de los trabajadores con el fin de llevar a cabo la reproducción. Ahora bien, duplicar los salarios. . . equivaldría a entregar a cada uno de los productores una parte mayor que su producto, lo cual representa una contradicción; y si el alza no afectase más que a un pequeño número de industrias, equivaldría a provocar una perturbación general en los cambios, en una palabra, un *aumento de la carestía*. . . Yo afirmo que es imposible que las huelgas seguidas de un aumento de los salarios no susciten *una elevación general de precios:* esto es tan cierto como dos y dos son cuatro (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, pp. 110 y 111 {ed. 1923, t. I, pp. 151 y 152}).

Negamos todas estas aserciones, excepto la de que dos y dos son cuatro.

En primer lugar, no puede haber *elevación general de precios.* Si el precio de todas las cosas se duplica al mismo tiempo que el salario, no habrá cambio alguno en los precios; lo único que cambia son los términos. En segundo lugar, un alza general de salarios no puede jamás producir un encarecimiento más o menos general de las mercancías. En efecto, si todas las industrias empleasen el mismo número de obreros en relación con el capital fijo o con los instrumentos de que se sirven, un alza general de salarios produciría un descenso general de las ganancias y el precio corriente de las mercancías no sufriría alteración alguna [107].

Pero como la relación entre el trabajo manual y el capital fijo no es la misma en las diferentes industrias, todas las industrias que emplean una masa relativamente mayor de capital fijo y menor de obreros se verán forzadas tarde o temprano a bajar el precio de sus mercancías. En caso contrario, si el precio de sus mercancías no bajase, su ganancia se elevaría por encima de la tasa común de las ganancias. Las máquinas no son asalariadas. Por lo tanto, el alza general de salarios afectaría en menor medida a las industrias que emplean comparativamente más máquinas y menos obreros. Pero la elevación de tales o cuales ganancias por encima de la tasa ordinaria sería sólo pasajera, ya que la competencia tiende siempre a nivelar las ganancias. Así, pues, aparte de algunas oscilaciones, un alza general de los salarios traería aparejado no una elevación general de los precios, como dice Proudhon, sino un descenso parcial, es decir, una disminución del precio corriente de las mercancías que se fabrican principalmente con la ayuda de máquinas.

El alza y la baja de la ganancia y de los salarios no expresan sino la proporción en que los capitalistas y los trabajadores participan en el producto de una jornada de trabajo, sin influir en la mayoría de los casos en el precio del producto. Pero ideas como la de que "las huelgas seguidas de un aumento de salarios suscitan una elevación general de los precios, un aumento de la carestía", sólo pueden nacer en el cerebro de un poeta incomprendido.

En Inglaterra las huelgas han servido constantemente de motivo para inventar y aplicar nuevas máquinas. Las máquinas eran, por decirlo así, el arma que empleaban los capitalistas

para sofocar la rebeldía de los obreros calificados. La invención más grande de la industria moderna —el *self-acting mule*— puso fuera de combate a los hilanderos sublevados [108].

Aun cuando las coaliciones y las huelgas tuviesen como único resultado hacer reaccionar contra ellas los esfuerzos del genio mecánico, aun en ese caso ejercerían una influencia inmensa sobre el desarrollo de la industria.

En un artículo publicado por León Faucher... en septiembre de 1845 —continúa Proudhon— leo que desde hace algún tiempo los obreros ingleses han perdido el hábito de las *coaliciones*, lo que constituye ciertamente un progreso del que no se puede menos que felicitarlos, pero que esta mejora de la moral de los obreros es sobre todo una consecuencia de su instrucción económica [109]. Los salarios no dependen de los fabricantes —exclamó en un mitin de Bolton un obrero hilandero. En los períodos de depresión, los patronos no son, por decirlo así, más que el látigo en manos de la necesidad y, quiéranlo o no, deben asestar golpes. El principio regulador es la relación entre la oferta y la demanda, y los patronos carecen de poder a este respecto... Enhorabuena —exclama Proudhon—, he aquí unos obreros bien entrenados, unos obreros modelo, etc., etc. Sólo le faltaba a Inglaterra esta desdicha; pero no pasará el estrecho (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, pp. 261 y 262 [ed. 1923, t. I, p. 268]).

De todas las ciudades inglesas, en Bolton es donde más desarrollado está el radicalismo. Los obreros de Bolton son conocidos como los revolucionarios más extremados. Durante la gran agitación que tuvo lugar en Inglaterra en pro de la abolición de las leyes cerealeras, los fabricantes ingleses no creyeron poder hacer frente a los propietarios de tierras sino poniendo por delante a los obreros [110]. Pero como los intereses de los obreros no eran menos opuestos a los de los fabricantes que los intereses de los fabricantes lo eran a los de los propietarios de tierras, era natural que los fabricantes saliesen malparados en los mítines obreros. ¿Qué hicieron los fabricantes? Para cubrir las apariencias organizaron mítines en los que tomaban parte principalmente contramaestres, un pequeño número de obreros que les eran afectos y *amigos del comercio* propiamente dichos. Luego, cuando los verdaderos obreros intentaron, como ocurrió en Bolton y Manchester, participar en los mítines para protestar contra estos actos públicos artificiales, se les prohibió la entrada so pretexto de que era un *ticket-meeting*. Este nombre se da a los mítines en los que sólo

se admite a quienes van provistos de permisos de entrada. Pero en los carteles fijados en las paredes se había anunciado que los mítines eran públicos. Cada vez que se celebraban estos mítines, los periódicos de los fabricantes publicaban reseñas pomposas y detalladas de los discursos pronunciados en ellos. Ni qué decir que eran los contramaestres quienes pronunciaban esos discursos. Los periódicos londinenses los reproducían al pie de la letra. Proudhon cometió la equivocación de tomar a los contramaestres por obreros corrientes y les prohibió terminantemente pasar el estrecho.

Si en 1844 y en 1845 se oyó hablar menos de huelgas que en años anteriores, se debió a que 1844 y 1845 fueron los dos primeros años de prosperidad que conoció la industria inglesa después de 1837. Sin embargo, ninguna de las *trade-unions* fue disuelta.

Oigamos ahora a los contramaestres de Bolton. Según ellos, los fabricantes no ejercen poder sobre el salario, porque no depende de ellos el precio del producto, y no depende de ellos el precio del producto porque no ejercen poderes sobre el mercado mundial. Por esta razón daban a entender que no era preciso organizar coaliciones para arrancar a los patrones aumentos de salarios. Proudhon, por el contrario, prohibe las coaliciones por temor a que susciten un alza de salarios, lo cual llevaría a una elevación general de la carestía. No hace falta decir que sobre un punto existe un entendimiento cordial entre los contramaestres y Proudhon: en que un alza de salarios equivale a un alza en los precios de los productos.

Pero, ¿es en realidad el temor de un aumento de la carestía lo que suscita la inquina de Proudhon? No. Se enoja con los contramaestres de Bolton simplemente porque éstos determinan el valor *por la oferta y la demanda* y les tienen sin cuidado el *valor constituido*, el valor que ha llegado al estado de constitución, la constitución del valor, comprendidas la *permutabilidad permanente* y todas las otras *proporcionalidades de relaciones* y *relaciones de proporcionalidad*, flanqueadas por la Providencia.

La huelga de los obreros es *ilegal*, y esto lo dice no solamente el código penal, sino el sistema económico, la necesidad del orden establecido... [111] Que cada obrero individualmente tenga libertad de disponer de su persona y de sus brazos, se puede tolerar; pero que los obreros recurran mediante las coaliciones a la violencia contra el monopolio,

es cosa que la sociedad no puede permitir (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, pp. 334 y 335 [ed. 1923, t. I, p. 323]) [112].

Proudhon pretende hacer pasar un artículo del Código Penal por un resultado necesario y general de las relaciones de producción burguesas.

En Inglaterra, las coaliciones son autorizadas por un acta del Parlamento, y es el sistema económico el que ha obligado al Parlamento a dar esta sanción legal. En 1825, cuando siendo ministro Huskisson el Parlamento modificó la legislación para ponerla más a tono con un estado de cosas resultante de la libre competencia, tuvo que abolir necesariamente todas las leyes que prohibían las coaliciones de los obreros. Cuanto más se desarrollan la industria moderna y la competencia, mayor es el número de elementos que suscitan la aparición de las coaliciones y favorecen su actividad, y en la medida en que las coaliciones pasan a ser un hecho económico, más firme cada día, no pueden tardar en convertirse en un hecho legal.

Así, pues, el artículo del Código Penal demuestra en qué medida la industria moderna y la competencia no estaban aún suficientemente desarrolladas en tiempos de la Asamblea Constituyente y bajo el Imperio.

Los economistas y los socialistas están de acuerdo en un solo punto: en condenar las *coaliciones* [113], aunque motivan de diferente modo su condena.

Los economistas dicen a los obreros: No os unáis en coaliciones. Uniéndoos, entorpecéis la marcha regular de la industria, impedís que los fabricantes cumplan los pedidos, perturbáis el comercio y precipitáis la introducción de las máquinas que, haciendo inútil en parte vuestro trabajo, os obligan a aceptar un salario todavía más bajo. Por lo demás, vuestros esfuerzos son estériles. Vuestro salario será determinado siempre por la relación entre la demanda de mano de obra y su oferta; alzarse contra las leyes eternas de la economía política es tan ridículo como peligroso.

Los socialistas dicen a los obreros: No os unáis en coaliciones porque, al fin de cuentas, ¿qué saldríais ganando? ¿Un aumento de salarios? Los economistas os demostrarán hasta la evidencia que los pocos céntimos que podríais ganar por unos momentos en caso de éxito, serían seguidos de un descenso del salario para siempre. Expertos calculadores os demostrarán que serían necesarios muchos años para que el aumento de los salarios pudiese compensar aunque sólo fuera los gastos necesarios para organizar y mantener las coaliciones. Y nosotros, como socialistas, os diremos que, independientemente de esta cuestión de dinero, con las coaliciones no dejaréis de ser obreros, y los patronos serán siempre patronos, como lo eran antes. Por lo tanto nada de coaliciones, nada de política, pues organizar coaliciones ¿no significa acaso hacer política?

Los economistas quieren que los obreros permanezcan en la sociedad tal como está constituida y tal como ellos la describen y la refrendan en sus manuales. Los socialistas quieren que los obreros dejen en paz a la vieja sociedad para poder entrar mejor en la sociedad nueva que ellos les tienen preparada con tanta previsión.

Pese a unos y a otros, pese a los manuales y a las utopías, las coaliciones no han cesado de progresar y crecer con el desarrollo y el incremento de la industria moderna. En la actualidad se puede decir que el grado a que han llegado las coaliciones en un país indica exactamente el lugar que ocupa en la jerarquía del mercado mundial. En Inglaterra, donde la industria ha alcanzado el más alto grado de desarrollo, existen las coaliciones más vastas y mejor organizadas.

En Inglaterra los obreros no se han limitado a coaliciones parciales sin otro fin que una huelga pasajera y que desaparecen al cesar ésta. Se han formado coaliciones permanentes, *trade-unions* que sirven a los obreros de baluarte en su lucha contra los empresarios. Actualmente todas estas *trade-unions* locales están agrupadas en la *National Association of United Trades*, cuyo comité central reside en Londres y que cuenta ya con ochenta mil miembros. La organización de estas huelgas, coaliciones y *trade-unions* se desenvuelve simultáneamente con las luchas políticas de los obreros, que constituyen hoy un gran partido político, bajo el nombre de *cartistas* [114].

Los primeros intentos de los trabajadores para *asociarse* han adoptado siempre la forma de coaliciones.

La gran industria concentra en un mismo sitio a una masa de personas que no se conocen entre sí. La competencia divide sus intereses. Pero la defensa del salario, este interés común a todos ellos frente a su patrono, los une en una idea común de resistencia: *la coalición*. Por lo tanto, la coalición persigue siempre una doble finalidad: acabar con la competencia entre los obreros para poder hacer una competencia gene-

ral a los capitalistas. Si el primer fin de la resistencia se reducía a la defensa del salario, después, a medida que los capitalistas se asocian a su vez movidos por la idea de la represión, y las coaliciones, en un principio aisladas, forman grupos, la defensa por los obreros de sus asociaciones frente al capital, siempre unido, acaba siendo para ellos más necesario que la defensa del salario. Hasta tal punto esto es cierto que los economistas ingleses no salían de su asombro al ver que los obreros sacrificaban una buena parte del salario en favor de asociaciones que, a juicio de estos economistas, se habían fundado exclusivamente para luchar en pro del salario. En esta lucha —verdadera guerra civil— se van uniendo y desarrollando todos los elementos para la batalla futura. Al llegar a este punto, la coalición toma carácter político.

Las condiciones económicas transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política [115].

En la burguesía debemos diferenciar dos fases: en la primera se constituye como clase bajo el régimen del feudalismo y de la monarquía absoluta; en la segunda, la burguesía constituida ya como clase derroca al feudalismo y la monarquía para transformar la vieja sociedad en una sociedad burguesa. La primera de estas fases fue más prolongada y requirió mayores esfuerzos. También la burguesía comenzó con coaliciones parciales contra los señores feudales.

Se han hecho no pocos estudios para presentar las diferentes fases históricas recorridas por la burguesía, desde la comunidad urbana autónoma hasta su constitución como clase. Pero cuando se trata de tomar conciencia de las huelgas, de las coaliciones y de otras formas en las que los proletarios efectúan ante nuestros ojos su organización como clase, los unos son presa de verdadero espanto y los otros hacen alarde de un desdén *trascendental*.

La existencia de una clase oprimida es la condición vital de toda sociedad fundada en el antagonismo de clases. La emancipación de la clase oprimida implica pues, necesariamente, la creación de una sociedad nueva. Para que la clase oprimida pueda liberarse, es preciso que las fuerzas productivas ya adquiridas y las relaciones sociales vigentes no puedan seguir existiendo unas al lado de otras. De todos los instrumentos de producción, la fuerza productiva más grande es la propia clase revolucionaria [116]. La organización de los elementos revolucionarios como clase supone la existencia de todas las fuerzas productivas que podían engendrarse en el seno de la vieja sociedad.

¿Esto quiere decir que después del derrocamiento de la vieja sociedad sobrevendrá una nueva dominación de clase, traducida en un nuevo poder político? No.

La condición de emancipación de la clase obrera es la abolición de todas las clases, del mismo modo que la condición de emancipación del tercer estado, del orden burgués, fue la abolición de todos los estados y de todos los órdenes [117].

En el transcurso de su desarrollo, la clase obrera sustituirá la antigua sociedad civil por una asociación que excluya a las clases y su antagonismo, y no existirá ya un poder político propiamente dicho, pues el poder político es precisamente la expresión oficial del antagonismo dentro de la sociedad civil [118].

Mientras tanto, el antagonismo entre el proletariado y la burguesía es una lucha de clase contra clase, lucha que, llevada a su más alta expresión, implica una revolución total. Además, ¿puede causar extrañeza que una sociedad basada en la *oposición* de las clases llegue, como último desenlace, a la *contradicción* brutal, a un choque cuerpo a cuerpo?

No digáis que el movimiento social excluye el movimiento político. No hay jamás movimiento político que, al mismo tiempo, no sea social.

Sólo en un orden de cosas en el que ya no existan clases y antagonismo de clases, las *evoluciones sociales* dejarán de ser *revoluciones políticas*. Hasta que ese momento llegue, en vísperas de toda reorganización general de la sociedad, la última palabra de la ciencia social será siempre:

"El combate o la muerte, la lucha sangrienta o la nada. Así está planteado inexorablemente el dilema" (George Sand) [119].

APÉNDICES

1. CARTA DE MARX A P.-J. PROUDHON

Bruselas, 5 de mayo de 1846

Mi querido Proudhon:

Desde que salí de París, varias veces me hice el propósito de escribirle; hasta hoy me lo han impedido circunstancias independientes de mi voluntad. Le ruego crea usted que los únicos motivos de mi silencio son un aumento de trabajo, las molestias de un cambio de domicilio, etcétera.

Y ahora, sobre todo, saltemos *in medias res*. Conjuntamente con dos de mis amigos, Friedrich Engels y Philippe Gigot (los dos en Bruselas), he organizado con los comunistas y socialistas alemanes una correspondencia regular, que deberá ocuparse de la discución de cuestiones científicas, de la vigilancia de los escritos populares y de la propaganda socialista que se puede hacer en Alemania por ese medio. El propósito principal de nuestra correspondencia será, sin embargo, el de poner a los socialistas alemanes en relación con los socialistas franceses e ingleses, de informar a los extranjeros sobre los movimientos socialistas de Alemania y de informar a los alemanes en Alemania sobre los progresos del socialismo en Francia y en Inglaterra. De esta manera, las diferencias de opinión se podrán manifestar; se llegará a un cambio de ideas y a una crítica imparcial. He aquí un paso que había dado el movimiento social en su expresión "literaria", a fin de liberarse de los límites de la "nacionalidad". Y, en el momento de la acción, es ciertamente de un gran interés para cada uno estar informado del estado de cosas en el extranjero como en su casa.

Además de los comunistas en Alemania, nuestra correspondencia comprenderá también a los socialistas alemanes en París y Londres. Están ya establecidas nuestras relaciones con Inglaterra; en lo que se refiere a Francia, todos pensamos que no podemos encontrar mejor corresponsal que usted; usted sabe que los ingleses y los alemanes hasta hoy le han apreciado mejor que sus propios compatriotas.

Pues ya ve usted que se trata únicamente de crear una co-

rrespondencia regular y de asegurarle los medios de proseguir el movimiento social en los diferentes países, de llegar a un interés rico y variado como nunca podría realizarlo el trabajo de uno solo.

Si quiere aceptar nuestra propuesta, los gastos de importe de las cartas que le serán enviadas, así como de las que nos mandará, serán sufragados aquí; las colectas que se hacen en Alemania serán destinadas a cubrir los gastos de correspondencia.

La dirección a la cual escribirá aquí es la del señor Philippe Gigot, 8 rue Bodenbrook. Es él quien tendrá también la firma de las cartas de Bruselas.

No tengo necesidad de añadir que toda esa correspondencia exige de su parte el secreto más absoluto; en Alemania nuestros amigos deben trabajar con la mayor circunspección para no comprometerse.

Conteste muy pronto y crea en la amistad bien sincera de su afectísimo

KARL MARX

P.S.: Le denuncio al señor Grün, en París. Este hombre es un petardista literario, una especie de charlatán que quisiera hacer el comercio de ideas modernas. Trata de encubrir su ignorancia con frases pomposas y arrogantes, pero se ha vuelto ridículo con su galimatías. Además este hombre es peligroso. Abusa de las relaciones que ha establecido con autores conocidos, gracias a su impertinencia, para hacerse con ellos un pedestal y comprometerles ante el público alemán.

En su libro sobre los socialistas franceses tiene la audacia de llamarse el profesor de Proudhon, pretende haberle revelado los axiomas importantes de la ciencia alemana y se burla de sus escritos. Quizás le hablaré más tarde de ese individuo [1].

Aprovecho con placer la ocasión que tengo con esta carta para decirle cuán agradable es para mí entrar en relación con un hombre tan distinguido como usted. Entre tanto permítame llamarme su afectísimo.

PHILIPPE GIGOT

En cuanto a mí, sólo me queda esperar que usted, señor Proudhon, aprobará el proyecto que acabamos de presentarle y que tendrá la complacencia de no negarnos su colaboración.

Le expreso el profundo respeto que sus escritos me han inspirado por usted y soy su muy afectísimo

FRIEDRICH ENGELS

2. CARTA DE PROUDHON A KARL MARX

Lyon, 17 de mayo de 1846

Mi querido Marx:

Acepto de buen grado hacerme uno de los colaboradores de su correspondencia, cuyo propósito y organización parecen ser muy útiles. No le prometo, sin embargo, escribirle mucho o con frecuencia; mis ocupaciones de toda naturaleza, junto a mi pereza natural, no me permiten estos esfuerzos epistolares. Me tomaré también la libertad de hacer algunas reservas, inspiradas por algunos párrafos de su carta.

Ante todo, a pesar de que mis ideas sobre organización y realización estén en este momento completamente precisadas, por lo menos en lo que se refiere a los principios, pienso que es mi deber, que es el deber de todo socialista, conservar aún por algún tiempo la forma antigua o dubitativa, en una palabra, profeso con el público un antidogmatismo económico casi absoluto.

Busquemos juntos, si usted quiere, las leyes de la sociedad; las formas en que esas leyes se realizan; el proceso según el cual llegamos a descubrirlas; pero ¡por Dios!, después de haber derribado todos los dogmatismos, no pensemos *a priori* en adoctrinar al pueblo a nuestra vez, no caigamos en la contradicción de su compatriota Martín Lutero, quien después de haber derribado la teología católica, se consagró de inmediato, con la ayuda de excomuniones y anatemas, a fundar una teología protestante. Desde hace tres siglos, Alemania no está ocupada más que en destruir la *revocadura* de Lutero; no preparemos para el género humano una nueva tarea con nuevos atolladeros. Aplaudo de todo corazón su idea de publicar un día todas las opiniones; hagámonos una buena y leal polémica; demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y previsora; pero, por estar a la cabeza del movimiento, no nos hagamos los jefes de una nueva intolerancia; no nos presentemos como los apóstoles de una nueva religión, aunque ella fuera la religión de la lógica, la religión de la razón. Recibamos, animemos todas las protestas, condenemos todas las exclusiones,

todos los misticismos; no consideremos jamás una cuestión como agotada y cuando hayamos utilizado hasta nuestro último argumento, empecemos de nuevo, si es necesario, con la elocuencia y la ironía. Con esta condición entraré con placer en su asociación; si no, no.

Tengo también que hacerle algunas observaciones sobre estas palabras de su carta: "En el momento de la acción." Quizás conserva aún la opinión de que actualmente ninguna reforma es posible sin un golpe de fuerza, sin lo que antaño se llamaba una revolución, y que no es más que un bamboleo. De esa opinión que concibo, que excuso, que discutiría de buena gana por haberla tenido mucho tiempo yo mismo, le confieso que mis últimos estudios me han hecho rectificar completamente.

Creo que no necesitamos de ello para triunfar y que, por consiguiente, no debemos fijar la acción revolucionaria como medio de reforma social, porque ese pretendido medio sería simplemente un llamado a la fuerza, a lo arbitrario, concretamente una contradicción. Para mí el problema es así: hacer entrar en la sociedad, por una combinación económica, las riquezas que han salido de la sociedad por otra combinación económica. En otros términos, transformar en economía política la teoría de la propiedad contra la propiedad, con el fin de engendrar lo que vosotros, socialistas alemanes, llamáis comunidad y que me limitaré por el momento a llamar libertad, igualdad. Pienso conocer el medio de resolver, en breve plazo, ese problema: prefiero, pues, hacer que la propiedad se consuma, más que darle una nueva fuerza haciendo un San Bartolomé de los propietarios.

Mi próxima obra, que en este momento está a medias en su impresión, hablará más sobre ello.

He aquí, mi querido filósofo, dónde estoy por el momento: salvo que me equivoque, y, habiendo motivo para ello, reciba la férula de vuestra mano, a que me someto de buen grado, esperando mi desquite. Tengo que decirle de paso que tales me parecen ser también las disposiciones de la clase obrera de Francia. Nuestros proletarios tienen una sed tan grande de ciencia, que recibirían muy mal a quien les presentara nada más que sangre para beber. En resumen, sería, a mi parecer, una mala política para nosotros hablar como exterminadores; los medios de rigor estarían prestos; el pueblo no necesita para ello ninguna exhortación.

Deploro sinceramente las pequeñas divisiones que, según parece, existen ya en el socialismo alemán y de las cuales sus quejas contra el señor G. me ofrecen la prueba. Temo que tenga de ese escritor una idea falsa. Invoco, mi querido Marx, su sentido razonable. G. se encuentra exiliado, sin fortuna, con una mujer y dos niños, teniendo para vivir nada más que su pluma. ¿Qué quiere que explote para vivir sino las ideas modernas? Comprendo su ira filosófica, y reconozco que la santa palabra de la humanidad nunca debería ser materia para un tráfico, pero no quiero ver aquí más que la desgracia, la gran necesidad, y disculpo al hombre. ¡Ah! Si todos fuéramos millonarios las cosas andarían mejor; seríamos santos y ángeles. Pero hay que vivir, y usted sabe que esa palabra no expresa aún, ni mucho menos, la idea que da la teoría pura de la asociación. Hay que vivir, es decir, comprar pan, leña, carne, pagar a un dueño de casa; y a fe mía, el que vende ideas sociales no es más indigno que el que vende sermón. Ignoro completamente si G. se ha presentado a sí mismo como mi preceptor. ¿Preceptor de qué? Sólo me ocupo de economía política, cosa sobre la cual él no conoce casi nada; considero la literatura como un juego de niños, y en lo que se refiere a la filosofía, sé bastante para tener el derecho de burlarme de ella cuando llega el caso, G. no me ha revelado nada; si lo ha dicho, ha dicho una impertinencia de la cual estoy seguro que se arrepiente.

Lo que sí sé, y que estimo más que condeno —un pequeño acceso de vanidad—, es que debo al señor G. así como a su amigo Ewerbeck, el conocer las obras de usted, mi querido Marx, y las de Engels, y del libro tan importante de Feuerbach. Estos señores, a ruego mío, han hecho algunos análisis para mí en francés (ya que tengo la desgracia de no leer el alemán) de las publicaciones sociales más importantes. Y es por solicitud suya por lo que debo insertar (lo que hubiese hecho por mí mismo, además) en mi próxima obra una mención de las obras de los señores Marx, Engels, Feuerbach, etc. En fin, G. y Ewerbeck trabajan en conservar el fuego sagrado en los alemanes residentes en París, y el respeto que tienen por estos señores los obreros que los consultan me parece una garantía segura de la rectitud de sus intenciones.

Tendría placer, mi querido Marx, en verle rectificar una opinión provocada por un momento de irritación, porque estaba enfadado al escribirme. G. me ha manifestado el deseo de traducir mi obra actual; he comprendido que esa traducción, pasando antes de otras, le procuraría algún socorro. Por ello le estaría muy agradecido a usted como a sus amigos, no por mí, sino por él, que le prestara su apoyo en esa ocasión, contribuyendo a la venta de un escrito que podría sin duda, con la ayuda de usted, procurarle más provecho que a mí.

Si me quisiera dar la promesa de su colaboración, mi querido Marx, yo mandaría inmediatamente mis pruebas al señor G. y pienso, no obstante sus agravios personales, de los cuales no quiero ser juez, que esa conducta nos honraría a todos.

Mil amistades a sus amigos Engels y Gigot.

Su afectísimo

P.-J. PROUDHON

3. CARTA DE MARX A P. V. ANNENKOV

Bruselas, 28 de diciembre de 1846

Mi querido Annenkov:

Hace ya mucho que hubiera recibido usted la respuesta a la suya del 1° de noviembre si mi librero me hubiese enviado antes de la semana pasada la obra de Proudhon: *Filosofía de la miseria*. La he leído en dos días, a fin de comunicarle a usted, sin pérdida de tiempo, mi opinión. Por haberlo hecho muy apresuradamente no puedo entrar en detalle, y me limito a hablarle de la impresión general que me ha producido. Si usted lo desea, podré extenderme sobre el particular en otra carta.

Le confieso francamente que, en general, el libro me ha parecido malo, muy malo. Usted mismo ironiza en su carta refiriéndose al "jirón de la filosofía alemana" de que alardea Proudhon en esta obra informe y presuntuosa, pero usted supone que el veneno de la filosofía no ha afectado a su argumentación económica. Yo también estoy muy lejos de imputar a la filosofía de Proudhon los errores de su argumentación económica. Proudhon no nos ofrece una crítica falsa de la economía política porque sea la suya una filosofía ridícula; nos ofrece una filosofía ridícula porque no ha comprendido la situación social de nuestros días en su engranaje (*engrenement*), si usamos esta palabra que, al igual que muchas otras cosas, Proudhon ha tomado de Fourier.

¿Por qué Proudhon habla de Dios, de la razón universal, de la razón impersonal de la humanidad, razón que nunca se equivoca, que siempre es igual a sí misma y de la que basta tener clara conciencia para ser dueño de la verdad? ¿Por qué Proudhon recurre a un hegelianismo superficial para darse tono de pensador profundo?

El mismo Proudhon nos da la clave del enigma. Para Proudhon la historia es una determinada serie de desarrollos sociales; ve en la historia la realización del progreso; estima, finalmente, que los hombres, en tanto que individuos, no sabían lo que hacían, que se imaginaban de modo erróneo su propio movimiento, es decir, que su desarrollo social parece, a primera vista, una cosa distinta, separada, independiente de su desarrollo individual. Proudhon no puede explicar estos hechos y recurre entonces a su hipótesis —verdadero hallazgo— de la razón universal que se manifiesta. Nada más fácil que inventar causas místicas, es decir, frases, cuando se carece de sentido común [1].

Pero cuando Proudhon reconoce que no comprende en absoluto el desarrollo histórico de la humanidad —como lo hace al emplear las palabras rimbombantes de razón universal, Dios, etc.—, ¿no reconoce también implícita y necesariamente que es incapaz de comprender el *desarrollo económico*?

¿Qué es la sociedad, cualquiera que sea su forma, sino el producto de la acción recíproca de los hombres? ¿Pueden los hombres elegir libremente esta o aquella forma social? Nada de eso. A un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de los hombres, corresponde una determinada forma de comercio y de consumo. A determinadas fases de desarrollo de la producción, del comercio y del consumo, corresponden determinadas formas de constitución social, una determinada organización de la familia, de los estamentos o de las clases; en una palabra, una determinada sociedad civil. A una determinada sociedad civil corresponde un determinado régimen político, que no es más que la expresión oficial de la sociedad civil. Esto es lo que Proudhon jamás llegará a comprender, pues cree que ha hecho una gran cosa apelando del estado a la sociedad civil, es decir, del resumen oficial de la sociedad a la sociedad oficial.

Es innecesario añadir que los hombres no son libres de escoger sus *fuerzas productivas* —base de toda su historia—, pues toda fuerza productiva es una fuerza adquirida, producto de una actividad anterior. Por lo tanto, las fuerzas productivas son el resultado de la energía práctica de los hombres, pero esta misma energía se halla determinada por las condiciones en que los hombres se encuentran colocados, por las fuerzas productivas ya adquiridas, por la forma social anterior a ellos, que ellos no han creado y que es producto de las generaciones anteriores. El simple hecho de que cada generación posterior se encuentre con fuerzas productivas adquiridas por las generaciones precedentes, que le sirven de materia prima para la nueva producción, crea en la historia de los hombres una conexión, crea una historia de la humanidad, que es tanto más

la historia de la humanidad por cuanto las fuerzas productivas de los hombres y, por consiguiente sus relaciones sociales, han adquirido mayor desarrollo. La consecuencia obligada de lo anterior es que la historia social de los hombres es nada más que la historia de su desarrollo individual, tengan o no ellos mismos la conciencia de esto. Sus relaciones materiales forman la base de todas sus relaciones. Estas relaciones materiales no son más que las formas necesarias bajo las cuales se realiza su actividad material e individual.

Proudhon confunde las ideas y las cosas. Los hombres jamás renuncian a lo que han conquistado, pero esto no quiere decir que no renuncien nunca a la forma social bajo la cual han adquirido determinadas fuerzas productivas, por el contrario. Para no verse privados del resultado obtenido, para no perder los frutos de la civilización, los hombres se ven constreñidos, desde el momento en que el tipo de su comercio no corresponde ya a las fuerzas productivas adquiridas, a cambiar todas sus formas sociales tradicionales. Utilizo aquí la palabra *comercio* en su sentido más amplio, del mismo modo que empleamos en alemán el vocablo *Verkehr*. Por ejemplo, los privilegios, la institución de gremios y corporaciones, el régimen reglamentado de la Edad Media, eran relaciones sociales que sólo correspondían a las fuerzas productivas adquiridas y al estado social anterior, de donde habían surgido aquellas instituciones. Bajo la tutela del régimen de las corporaciones y las ordenanzas, se acumularon capitales, se desarrolló el tráfico marítimo, se fundaron colonias; los hombres habían perdido estos frutos de su actividad si se hubiesen empeñado en conservar las formas a la sombra de las cuales habían madurado aquellos frutos. Por eso estallaron dos truenos: la revolución de 1640 y la de 1688. En Inglaterra fueron destruidas todas las viejas formas económicas, las relaciones sociales congruentes con ella y el régimen político que era la expresión oficial de la vieja sociedad civil. Por lo tanto, las formas de la economía bajo las que los hombres producen, consumen e intercambian, son *transitorias e históricas*. Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción, y con el modo de producción cambian las relaciones económicas, que no eran más que las relaciones necesarias de aquel modo concreto de producción [2].

Esto es lo que Proudhon no ha sabido comprender y menos aún demostrar. Incapaz de seguir el movimiento real de la historia, Proudhon nos ofrece una fantasmagoría con pretensiones de dialéctica. No siente la necesidad de hablar de los siglos XVII, XVIII y XIX, porque su historia discurre en el reino nebuloso de la imaginación y se remonta muy por encima del tiempo y del espacio. En una palabra, eso no es historia, sino antigualla hegeliana, no es historia profana —la historia de los hombres—, sino historia sagrada: la historia de las ideas. Según su parecer, el hombre no es más que un instrumento del que se vale la idea o la razón eterna para desarrollarse. Las *evoluciones* de que habla Proudhon son concebidas como evoluciones que se operan dentro de la mística entraña de la idea absoluta. Si rasgamos el velo que envuelve este lenguaje místico, resulta que Proudhon nos ofrece el orden en que las categorías económicas se hallan alineadas en su cabeza. No será necesario que me esfuerce mucho para probarle que éste es el orden de una mente muy desordenada.

Proudhon inicia su libro con una disertación acerca del *valor*, que es su tema predilecto. En esta carta no entraré en el análisis de dicha disertación.

La serie de evoluciones económicas de la razón eterna comienza con la *división del trabajo*. Para Proudhon, la división del trabajo es una cosa muy simple. Pero ¿no fue el régimen de castas una determinada división del trabajo? ¿No fue el régimen de las corporaciones otra división del trabajo? Y la división del trabajo del régimen de la manufactura, que comenzó a mediados del siglo XVII y terminó a fines del XVIII en Inglaterra, ¿no difiere, acaso, totalmente de la división del trabajo de la gran industria, de la industria moderna?

Proudhon se halla tan lejos de la verdad, que omite lo que ni siquiera los economistas profanos dejan de considerar. Cuando habla de la división del trabajo no siente la necesidad de hablar del *mercado* mundial. Pues bien, ¿acaso la división del trabajo en los siglos XIV y XV, cuando aún no había colonias, cuando América todavía no existía para Europa y al Asia Oriental sólo se podía llegar a través de Constantinopla, acaso la división del trabajo no debía distinguirse esencialmente de lo que era en el siglo XVII, cuando las colonias se hallaban ya desarrolladas?

Pero esto no es todo. Toda la organización interior de los pueblos, todas sus relaciones internacionales, ¿no son acaso la expresión de cierta división del trabajo?, ¿no deben cambiar con los cambios de la división del trabajo?

Proudhon ha comprendido tan poco el problema de la división del trabajo que ni siquiera habla de la separación de la ciudad y del campo, que en Alemania, por ejemplo, se operó del siglo IX al XII. Así, pues, esta separación debe ser ley eterna para Proudhon, ya que no conoce ni su origen ni su desarrollo. En todo su libro habla como si esta creación de un modo de producción determinado debiera existir hasta la consumación de los siglos. Todo lo que Proudhon dice respecto de la división del trabajo es tan sólo un resumen, por cierto muy superficial, muy incompleto, de lo afirmado antes por Adam Smith y otros mil autores.

La segunda evolución de la razón eterna son las *máquinas*. Para Proudhon, la conexión entre la división del trabajo y las máquinas es enteramente mística. Cada una de las formas de división del trabajo tiene sus instrumentos de producción específicos. De mediados del siglo XVII a mediados del siglo XVIII, por ejemplo, los hombres no lo hacían todo a mano. Poseían instrumentos e instrumentos muy complicados, como telares, buques, palancas, etcétera, etcétera.

Así, pues, nada más ridículo que derivar las máquinas de la división del trabajo en general.

Señalaré también, de paso, que si Proudhon no ha alcanzado a comprender el origen histórico de las máquinas, ha comprendido peor su desarrollo. Puede decirse que hasta 1825 —período de la primera crisis universal— las necesidades del consumo, en general, crecieron más rápidamente que la producción, y el desarrollo de las máquinas fue una consecuencia forzada de las necesidades del mercado. A partir de 1825, la invención y la aplicación de las máquinas no ha sido más que un resultado de la guerra entre patronos y obreros. Pero esto sólo puede decirse de Inglaterra. En cuanto a las naciones europeas, se vieron obligadas a emplear las máquinas por la competencia que les hacían los ingleses tanto en sus propios mercados como en el mercado mundial. Por último, en Norteamérica la introducción de la maquinaria se debió tanto a la competencia con otros países como a la escasez de mano de obra, es decir, a la desproporción entre la población del país y sus necesidades industriales. Por estos hechos puede usted ver qué sagacidad pone de manifiesto Proudhon cuando conjura el fantasma de la competencia como tercera evolución, ¡como antítesis de las máquinas! [3].

Finalmente, es en general un absurdo hacer de las *máquinas* una categoría económica al lado de la división del trabajo, de la competencia, del crédito, etcétera.

La máquina tiene tanto de categoría económica como el buey que tira del arado. La *aplicación* actual de las máquinas es una de las relaciones de nuestro régimen económico presente, pero el modo de explotar las máquinas es una cosa totalmente distinta de las propias máquinas. La pólvora continúa siendo pólvora, ya se emplee para causar heridas o bien para restañarlas.

Proudhon se supera a sí mismo cuando permite que la competencia, el monopolio, los impuestos o la policía, la balanza comercial, el crédito y la propiedad se desarrollen en el interior de su cabeza precisamente en el orden de mi enumeración. Casi todas las instituciones de crédito se habían desarrollado ya en Inglaterra a comienzos del siglo XVIII, antes de la invención de las máquinas. El crédito público no era más que una nueva manera de elevar los impuestos y de satisfacer las nuevas demandas originadas por la llegada de la burguesía al poder. Finalmente, la *propiedad* constituye la última categoría en el sistema de Proudhon. En el mundo real, por el contrario, la división del trabajo y todas las demás categorías de Proudhon son las relaciones sociales que en su conjunto forman lo que actualmente se llama *propiedad*; fuera de esas relaciones, la propiedad burguesa no es sino una ilusión metafísica o jurídica. La propiedad de otra época, la propiedad feudal, se desarrolla en una serie de relaciones sociales completamente distintas. Cuando establece la propiedad como una relación independiente, Proudhon comete algo más que un error de método: prueba claramente que no ha aprehendido el vínculo que liga todas las formas de la producción *burguesa*, que no ha comprendido el carácter *histórico* y *transitorio* de las formas de la producción en una época determinada. Proudhon sólo puede hacer una crítica dogmática, pues no concibe nuestras instituciones sociales como productos históricos y no comprende ni su origen ni su desarrollo [4].

Así, Proudhon se ve obligado a recurrir a una *ficción* para explicar el desarrollo. Se imagina que la división del trabajo, el crédito, las máquinas, etc., han sido inventadas para servir a su idea fija, a la idea de la igualdad. Su explicación es de una ingenuidad increíble. Esas cosas han sido inventadas para la igualdad, pero, desgraciadamente, se han vuelto contra ella. Éste es todo su argumento. Con otras palabras, hace una suposición gratuita, y como el desarrollo real y su ficción se con-

tradicen a cada paso, concluye que hay una contradicción. Oculta que la contradicción únicamente existe entre sus ideas fijas y el movimiento real.

Debido principalmente a su falta de conocimientos históricos, Proudhon no ha visto que los hombres, al desarrollar sus fuerzas productivas, es decir, al vivir, desarrollan ciertas relaciones entre sí, y que el carácter de estas relaciones cambia necesariamente con la modificación y el desarrollo de estas fuerzas productivas. No ha visto que las *categorías económicas* no son más que *abstracciones* de estas relaciones reales y que únicamente son verdades mientras esas relaciones subsisten. Por consiguiente, incurre en el error de los economistas burgueses, que ven en esas categorías económicas leyes eternas y no leyes históricas, que lo son únicamente para cierto desarrollo histórico, para un desarrollo determinado de las fuerzas productivas. Así, pues, en vez de considerar las categorías político-económicas como abstracciones de relaciones sociales reales, transitorias, históricas, Proudhon, debido a una inversión mística, sólo ve en las relaciones reales encarnaciones de esas abstracciones. Esas abstracciones son ellas mismas fórmulas que han estado dormitando en el seno de Dios Padre desde el principio del mundo.

Pero, al llegar a este punto, nuestro buen Proudhon se siente acometido de graves convulsiones intelectuales. Si todas esas categorías económicas son emanaciones del corazón de Dios, si constituyen la oculta y eterna existencia de los hombres, ¿cómo puede haber ocurrido, primero, que se hayan desarrollado, y segundo, que Proudhon no sea conservador? Proudhon explica estas contradicciones evidentes valiéndose de todo un sistema de antagonismos.

Para establecer este sistema de antagonismos, tomemos un ejemplo.

El *monopolio* es bueno, porque es una categoría económica. Pero lo que no es bueno es la realidad del monopolio y la realidad de la competencia. Y aún es peor que el monopolio y la competencia se devoren mutuamente. ¿Qué debe hacerse? Como estos dos pensamientos eternos de Dios se contradicen, a Proudhon le parece evidente que también en el seno de Dios hay una síntesis de ambos pensamientos, en la que los males del monopolio se ven equilibrados por la competencia y viceversa. Como resultado de la lucha entre las dos ideas, sólo puede exteriorizarse su lado bueno. Hay que arrancar a Dios

esta idea secreta, luego aplicarla y todo marchará a pedir de boca; hay que revelar la fórmula sintética oculta en la noche de la razón impersonal de la humanidad. Proudhon se ofrece como revelador sin titubeo alguno.

Pero mire usted por un segundo la vida real. En la vida económica de nuestros días no sólo verá la competencia y el monopolio, sino también su síntesis, que no es una *fórmula* sino un *movimiento*. El monopolio engendra la competencia, la competencia engendra el monopolio. Por lo tanto, esta ecuación, lejos de eliminar las dificultades de la situación presente como se lo imaginan los economistas burgueses, tiene por resultado una situación aún más difícil y más embrollada. Así, al cambiar la base sobre la que descansan las relaciones económicas actuales, al aniquilar el *modo* actual de producción se aniquila no sólo la competencia, el monopolio y su antagonismo, sino también su unidad, su síntesis, el movimiento que es el equilibrio real de la competencia y del monopolio [5].

Ahora le daré un ejemplo de la dialéctica de Proudhon.

La *libertad* y la *esclavitud* forman un antagonismo. No hay necesidad de referirse a los lados buenos y malos de la libertad. En cuanto a la esclavitud, de más está hablar de sus lados malos. Lo único que debe ser explicado es el lado bueno de la esclavitud. No se trata de la esclavitud indirecta, de la esclavitud del proletario, se trata de la esclavitud directa, de la esclavitud de los negros en Surinam, en el Brasil y en los estados meridionales de Norteamérica.

La esclavitud directa es un pivote de nuestro industrialismo actual lo mismo que las máquinas, el crédito, etc. Sin la esclavitud no habría algodón, y sin algodón no habría industria moderna. La esclavitud es lo que ha dado valor a las colonias, las colonias son las que han creado el comercio mundial, y el comercio mundial es la condición necesaria de la gran industria mecanizada. Con anterioridad a la trata de negros, las colonias sólo daban al mundo antiguo unos pocos productos y no cambiaron visiblemente la faz de la tierra. La esclavitud es, por lo tanto, una categoría económica de gran importancia. Sin la esclavitud, Norteamérica, el país más desarrollado, se transformaría en un país patriarcal. Si se borra a Norteamérica del mapa de las naciones, sobrevendría la anarquía, la decadencia absoluta del comercio y de la civilización moderna. Pero hacer desaparecer la esclavitud equivaldría a borrar a Norteamérica del mapa de las naciones. La esclavitud es una

categoría económica y por eso se observa en todos los pueblos desde que el mundo es mundo. Los pueblos modernos sólo han sabido encubrir la esclavitud en sus propios países e imponerla sin ningún disimulo al nuevo mundo. ¿Qué hará nuestro buen Proudhon después de estas consideraciones acerca de la esclavitud? Buscará la síntesis de la libertad y de la esclavitud, el verdadero término medio o equilibrio entre la esclavitud y la libertad [6].

Proudhon supo ver muy bien que los hombres hacen el paño, el lienzo, la seda; y en él, es un gran mérito haber sabido ver estas cosas tan sencillas. Lo que Proudhon no supo ver es que los hombres producen también, con arreglo a sus fuerzas productivas, las *relaciones sociales* en que producen el paño y el lienzo. Y menos aún ha sabido ver que los hombres que producen las relaciones sociales con arreglo a su producción material, crean también las *ideas*, las *categorías*, es decir, las expresiones ideales abstractas de esas mismas relaciones sociales. Por lo tanto, estas categorías son tan poco eternas como las relaciones a las que sirven de expresión. Son productos históricos y transitorios. Para Proudhon, en cambio, las abstracciones, las categorías son la causa primaria. A su juicio, son ellas y no los hombres quienes hacen la historia. *La abstracción, la categoría considerada como tal*, es decir, separada de los hombres y de su acción material, es naturalmente inmortal, inalterable, impasible; no es más que una modalidad de la razón pura, lo cual quiere decir simplemente que la abstracción, considerada como tal, es abstracta; ¡admirable *tautología*!

Por eso, las relaciones económicas, vistas en forma de categorías, son para Proudhon fórmulas eternas que no conocen principio ni progreso.

En otros términos, Proudhon no afirma directamente que la *vida burguesa* sea para él una *verdad eterna;* eso lo dice indirectamente al divinizar las categorías que expresan en forma de ideas las relaciones burguesas. Toma los productos de la sociedad burguesa por seres eternos surgidos espontáneamente y dotados de vida propia, tan pronto como se los presenta en forma de categorías, en forma de ideas. No ve, por lo tanto, más allá del horizonte burgués. Como opera con ideas burguesas, suponiéndolas eternamente verdaderas, pugna por encontrar la síntesis de estas ideas, su equilibrio, y no ve que su modo actual de equilibrarse es el único posible.

En realidad, hace lo que hacen todos los buenos burgueses. Todos ellos nos dicen que la competencia, el monopolio, etc., en principio, es decir, considerados como ideas abstractas, son los únicos fundamentos de la vida, aunque en la práctica dejen mucho que desear. Todos ellos quieren la competencia, sin sus funestos efectos. Todos ellos quieren lo imposible: las condiciones burguesas de vida, sin las consecuencias necesarias de estas condiciones. Ninguno de ellos comprende que la forma burguesa de producción es una forma histórica y transitoria, como lo era la forma feudal. Este error proviene de que, para ellos, el hombre burgués es la única base posible de toda sociedad, de que no pueden imaginarse un estado social en que el hombre haya dejado de ser burgués.

Proudhon es, pues, necesariamente, un *doctrinario*. El movimiento histórico que está revolucionando el mundo actual se reduce, para él, al problema de encontrar el verdadero equilibrio, la síntesis de dos ideas burguesas. Así, el hábil mozo descubre, a fuerza de sutileza, el recóndito pensamiento de Dios, la unidad de dos ideas aisladas, que sólo lo están porque Proudhon las ha aislado de la vida práctica, de la producción actual, que es la combinación de las realidades que aquellas ideas expresan. En lugar del gran movimiento histórico que brota del conflicto entre las fuerzas productivas ya alcanzadas por los hombres y sus relaciones sociales, que ya no corresponden a estas fuerzas productivas; en lugar de las terribles guerras que se preparan entre las distintas clases de una nación y entre las diferentes naciones; en lugar de la acción práctica y violenta de las masas, la única que puede resolver estos conflictos; en lugar de este vasto, prolongado y complicado movimiento, Proudhon pone el fantástico movimiento de su cabeza. De este modo, son los sabios, los hombres capaces de arrancar a Dios sus recónditos pensamientos, los que hacen la historia. A la plebe sola le queda la tarea de poner en práctica las revelaciones de los hombres de ciencia. Ahora comprenderá usted por qué Proudhon es enemigo declarado de todo movimiento político. Para él, la solución de los problemas actuales no consiste en la acción pública sino en las rotaciones dialécticas de su cabeza. Como las categorías son para él las fuerzas motrices, para cambiar las categorías no hace falta cambiar la vida práctica. Muy por el contrario, hay que cambiar las categorías, y en consecuencia cambiará la sociedad existente.

En su deseo de conciliar las contradicciones, Proudhon elude

la pregunta de si no deberá ser derrocada la base misma de estas contradicciones. Se parece en todo al político doctrinario, para quien el rey y la Cámara de los diputados y el Senado son como partes integrantes de la vida social, como categorías eternas. Sólo que él busca una nueva fórmula para equilibrar estos poderes cuyo equilibrio consiste precisamente en el movimiento actual, en el que uno de estos poderes tan pronto es vencedor como esclavo del otro. Así en el siglo XVIII, una multitud de cabezas mediocres se dedicaron a buscar la verdadera fórmula para equilibrar los estamentos sociales, la nobleza, el rey, los parlamentos, etc., y un buen día se encontraron con que ya no había ni rey ni parlamento ni nobleza. El verdadero equilibrio en este antagonismo era el derrocamiento de todas las relaciones sociales que servían de base a esas instituciones feudales y al antagonismo existente entre ellas.

Como Proudhon pone de un lado las ideas eternas, las categorías de la razón pura, y del otro lado a los hombres y su vida práctica que es, según dice, la aplicación de estas categorías, se encuentra en él desde el primer momento un *dualismo* entre la vida y las ideas, entre el alma y el cuerpo, dualismo que se repite bajo muchas formas. Ahora se dará cuenta usted de que este antagonismo no es más que la incapacidad de Proudhon para comprender el origen profano y la historia profana de las categorías que él diviniza.

Me he extendido ya demasiado y no puedo determe en las absurdas acusaciones que Proudhon lanza contra el comunismo. Por el momento, convendrá usted conmigo en que un hombre que no ha comprendido el actual estado de la sociedad, menos aún comprenderá el movimiento que tiende a derrocarle y las expresiones literarias de ese movimiento revolucionario.

El *único punto* en el que estoy completamente de acuerdo con Proudhon es su repulsión hacia la sensiblería socialista. Antes que él me he ganado ya muchos enemigos por mis ataques contra el socialismo borreguil, sentimental, utopista [7]. Pero ¿no se hace Proudhon ilusiones extrañas cuando opone su sentimentalismo de pequeñoburgués —me refiero a sus frases declamatorias sobre el hogar, el amor conyugal y todas esas trivialidades— al sentimentalismo socialista, que en Fourier, por ejemplo es mucho más profundo que las presuntuosas vulgaridades de nuestro buen Proudhon? Él mismo comprende tan bien la vacuidad de sus razonamientos, su completa incapacidad de hablar de estas cosas que prorrumpe en explosiones de rabia, en vociferaciones y en virtuosos juramentos, echa espuma por la boca, maldice, denuncia, se da golpes de pecho ¡y se jacta ante Dios y ante los hombres de estar limpio de las infamias socialistas! No hace una crítica del sentimentalismo socialista, o lo que él toma por sentimentalismo. Como un santo, como el Papa, excomulga a los pobres pecadores y canta las glorias de la pequeña burguesía y las miserables ilusiones amorosas y patriarcales del hogar. Eso no es casual. Proudhon es filósofo y un economista de la pequeña burguesía de la cabeza a los pies. En una sociedad avanzada, el *pequeñoburgués*, en virtud de la posición que en ella ocupa, se hace socialista por una parte y economista por la otra, es decir, se siente deslumbrado por la magnificencia de la gran burguesía y experimenta a la vez simpatía por los sufrimientos del pueblo. Es al mismo tiempo burgués y pueblo. En su fuero interno se ufana de ser imparcial, de haber encontrado el justo equilibrio, que tiene la pretensión de distinguirse del término medio.

Ese pequeñoburgués diviniza la *contradicción*, porque la contradicción constituye el fondo de su ser. Él no es otra cosa que la contradicción social en acción. Debe justificar teóricamente lo que él mismo es en la práctica, y a Proudhon corresponde el mérito de ser el intèrprete científico de la pequeña burguesía francesa, lo que representa un verdadero mérito, pues la pequeña burguesía será parte integrante de todas las revoluciones sociales que han de suceder.

Hubiera querido enviarle con esta carta mi libro de economía política, pero hasta ahora no he conseguido imprimir esta obra ni mi crítica de los filósofos y socialistas alemanes de que le hablé en Bruselas [8]. No puede usted imaginarse las dificultades que una publicación de este tipo encuentra en Alemania, tanto por parte de la policía como por parte de los editores, que son representantes interesados de todas las tendencias que yo ataco. En cuanto a nuestro propio Partido, además de ser pobre, una gran parte del Partido Comunista Alemán se muestra irritado contra mí porque me opongo a sus utopías y a sus declamaciones.

Afectuosamente suyo

KARL MARX

4. DISCURSO SOBRE EL LIBRE INTERCAMBIO

Señores:

La abolición de las leyes cerealeras en Inglaterra es el mayor triunfo que el libre intercambio haya aportado al siglo XIX [1]. En todos los países en los que los fabricantes hablan de libre intercambio tienen en cuenta, en primer lugar, el libre intercambio de los granos y de las materias primas en general. Gravar con derechos protectores a los granos extranjeros es infame, es especular con el hambre de los pueblos.

Pan barato, salarios elevados, *cheap food, high wages,* he aquí el único fin por el que los *free-traders,* en Inglaterra, han gastado millones y ya su entusiasmo se ha extendido a sus hermanos del continente. En general, si se quiere el libre intercambio es para aliviar la condición de la clase trabajadora.

Pero ¡oh sorpresa!, el pueblo, al que se quiere a toda costa procurar pan barato, es muy ingrato. El pan barato tiene tan mala fama en Inglaterra como el gobierno barato la tiene en Francia. El pueblo ve en los hombres abnegados, en un Bowring, en un Bright y compañía sus mayores enemigos y los hipócritas más descarados.

Todo el mundo sabe que la lucha entre los liberales y los demócratas se llama, en Inglaterra, la lucha entre *free-traders* y cartistas [2].

Veamos ahora cómo los *free-traders* ingleses le han demostrado al pueblo esos buenos sentimientos que los hacían actuar.

He aquí que dijeron a los obreros de las fábricas: El derecho establecido sobre los cereales es un impuesto al salario, impuesto que vosotros pagáis a los señores de la tierra, a esos aristócratas de la Edad Media; si vuestra posición es miserable, esto se debe a la carestía de los víveres de primera necesidad.

Los obreros preguntaron a su vez a los fabricantes: ¿Cómo es que tras los treinta últimos años en los que nuestra industria ha tomado el mayor vuelo, nuestro salario ha bajado en una proporción mucho mayor de lo que se han elevado los precios de los granos?

El impuesto que pagamos a los terratenientes, según pretendéis, es para el obrero más o menos de tres peniques a la semana. No obstante, el salario del tejedor manual ha descendido de 28 chelines semanales a 5 chelines de 1815 a 1843, y el salario del tejedor, en el taller automático, se ha visto reducido de 20 chelines la semana a 8 chelines de 1823 a 1843.

Y durante todo este tiempo la parte del impuesto que hemos pagado nunca ha bajado de tres peniques. Más aún, en 1834, cuando el pan era muy barato y el comercio estaba boyante, ¿qué nos decíais? ¡Si sois desdichados es porque tenéis demasiados hijos y vuestro matrimonio es más fecundo que vuestra industria!

He aquí las palabras que nos decíais entonces, y fuisteis e hicisteis nuevas leyes para los pobres y construisteis las *workhouses,* esas bastillas de los proletarios [3].

A lo cual responden los fabricantes:

Tenéis razón, señores obreros; no es sólo el precio del trigo, sino también la competencia entre la oferta de brazos lo que determina los salarios.

Pero pensad bien en una cosa: y es que nuestro suelo se compone de piedras y de bancos de arena. ¿Acaso creéis que podemos cultivar trigo en floreros? Si en lugar de prodigar nuestro trabajo y nuestro capital en un suelo del todo estéril, abandonáramos la agricultura para dedicarnos exclusivamente a la industria, toda Europa abandonaría las manufacturas e Inglaterra formaría una sola gran ciudad manufacturera, que tendría por campo al resto de Europa.

Al hablar de tal suerte a sus propios obreros, el fabricante es interpelado por el pequeño comerciante, quien le dice:

Pero si abolimos las leyes cerealeras, ciertamente, arruinaremos a la agricultura, pero no por ello obligaremos a los otros países a proveerse en nuestras fábricas y a abandonar las suyas.

¿Cuál será el resultado? Perderé las relaciones comerciales que ahora tengo en el campo y el comercio interno perderá sus mercados.

El fabricante, volviéndole la espalda al obrero, responde al tendero: En cuanto a esto, déjanos hacer. Una vez abolido el impuesto al trigo, tendremos trigo más barato del extranjero. Después bajaremos el salario, que al mismo tiempo se elevará en los otros países de los que sacamos los granos.

Así, aparte de las ventajas que ya tenemos, tendremos además la del salario menor, y con todas estas ventajas obligare-

mos al continente a proveerse con nosotros.

Pero he aquí que el agricultor y el obrero del campo entran en la discusión.

¿Y nosotros, qué será de nosotros?, exclaman. ¿Habremos de sentenciar a muerte a la agricultura de la que vivimos? ¿Habremos de aguantar que se nos arrebate el suelo de debajo de nuestros pies?

Por toda respuesta, la *Anti-Corn Law League* se contenta con asignar premios a los tres mejores escritos que trataran de la influencia saludable de la abolición de las leyes cerealeras sobre la industria inglesa.

Estos premios fueron ganados por Hope, Morse y Greg, cuyos libros fueron esparcidos por el campo por miles de ejemplares [4].

Unos de los laureados se consagra a demostrar que no es ni el campesino ni el trabajador asalariado quien habrá de tener pérdidas por la libre importación del grano extranjero, sino sólo el terrateniente. El campesino inglés, esclama, no tiene por qué temer a la abolición de las leyes cerealeras, porque ningún país podría producir trigo de tan buena calidad y tan barato como Inglaterra.

Así, cuando el precio del trigo caiga, esto no podrá hacer daño, porque esta baja recae solamente sobre la renta, que habrá disminuido, y no sobre la ganancia industrial y el salario, que seguirán siendo los mismos.

El segundo laureado, Morse, sostiene, por el contrario, que el precio del trigo aumentará a continuación de la abolición de las leyes ceraleras. Se toma muchas molestias para demostrar que los derechos protectores nunca pudieron asegurar al trigo un precio remunerador.

Para apoyar su aserción cita el hecho de que todas las veces que se ha importado trigo extranjero, el precio del trigo subió considerablemente en Inglaterra, y cuando se importó poco bajó de manera extremada.

Y, bien al contrario que su copremiado, afirma que toda alza en el precio de los granos cambia la ganancia del campesino y del obrero, y no la ganancia del propietario.

El tercer laureado, Greg, que es un gran fabricante y cuyo libro se dirige a la clase de los grandes arrendatarios, no podía atenerse a semejantes naderías. Su lenguaje es más científico.

Conviene en que las leyes cerealeras no hacen que aumente la renta más que al hacer que aumente el precio del trigo, y que no hacen que aumente el precio del trigo más que por imponer al capital la necesidad de aplicarse a tierras de calidad inferior, y esto se explica de una manera perfectamente natural.

A medida que la población crece, impedido el grano extranjero de entrar al país, se llega a la obligatoriedad de dar valor a tierras menos fértiles, por lo que el cultivo exige costos más altos y el producto es por consiguiente más caro.

Siendo obligada la venta del grano, su precio se regulará necesariamente por los precios de los productos de las tierras más costosas. La diferencia entre este precio y los gastos de producción de las tierras mejores constituye la renta.

Así, si a continuación de la abolición de las leyes cerealeras caen el precio del trigo y por consiguiente la renta, esto sucede porque los terrenos ingratos dejarán de ser cultivados. Así, pues, la reducción de la renta entrañará indefectiblemente la ruina de una parte de los arrendatarios.

Estas observaciones eran necesarias a la comprensión del lenguaje de Greg.

Los pequeños arrendatarios que no podrán mantenerse con la agricultura, dice, encontrarán recursos en la industria. En cuanto a los grandes arrendatarios, ganarán con ello. O los propietarios se verán obligados a venderles sus tierras a muy buen precio o los contratos de arrendamiento que celebrarán con ellos serán a términos más prolongados. Esto les permitirá comprometer grandes capitales en la tierra, aplicar a ella máquinas en una escala mayor y economizar asimismo en el trabajo manual, el cual, por lo demás, será más barato debido a la baja general de los salarios, consecuencia inmediata de las leyes cerealeras.

El doctor Bowring dio a todos estos argumentos una consagración religiosa, exclamando en un mitin público: ¡Jesucristo es el *free-trade*; el *free-trade* es Jesucristo!

Se comprende que toda esta hipocresía no fuera adecuada para hacer paladear a los obreros un pan barato.

Por lo demás, cómo habrían podido comprender los obreros la súbita filantropía de los fabricantes, de esa gente que estaba ocupada todavía en el combate del proyecto de ley de las diez horas mediante el cual se buscaba reducir la jornada del obrero de la fábrica de doce a diez horas.

Para daros una idea de la filantropía de estos fabricantes,

les recordaré, señores, los reglamentos establecidos en todas las fábricas.

Cada fabricante tiene para su uso particular un verdadero código, donde hay multas fijadas para todas las faltas voluntarias o involuntarias. Por ejemplo, el obrero pagará tanto si tiene la desgracia de sentarse en una silla, si cuchichea, charla, ríe, si llega unos minutos tarde, si se rompe una pieza de la máquina, si no entrega los objetos de una calidad determinada, etc. Las multas siempre son más fuertes que el daño verdaderamente ocasionado por el obrero. Y para darle al obrero todas las facilidades de exponerse a estas penas, se hace adelantar el reloj de la fábrica, se proporcionan malas materias primas para que el obrero fabrique con ellas buenas piezas. Se destituye al contramaestre que no es lo bastante hábil para multiplicar los casos de contravención [5].

Como ven, señores, esta legislación doméstica está hecha para engendrar contravenciones y se busca que haya contravenciones para hacer dinero. Así, el fabricante emplea todos los medios de reducir el salario nominal y para explotar incluso los accidentes sobre los que el obrero no tiene control.

Estos fabricantes son los mismos filántropos que han querido hacer creer a los obreros que ellos eran capaces de hacer gastos enormes sólo para mejorar su suerte.

Así, por un lado, roen el salario del obrero mediante los reglamentos de fábrica de la manera más mezquina y, por el otro, se imponen los mayores sacrificios para hacer que se eleven por la *Anti-Corn Law League*.

Construyen a gran costo palacios en los que en cierto modo la *League* establece su domicilio oficial; hacen que un ejército de misioneros vaya a todos los puntos de Inglaterra, para que prediquen la religión del libre intercambio; mandan imprimir y distribuir gratuitamente miles de folletos para iluminar al obrero acerca de sus propios intereses, gastan sumas enormes para inclinar en su favor a la prensa, organizan una vasta administración para dirigir los movimientos librecambistas y despliegan todas las riquezas de su elocuencia en mítines públicos. En uno de estos mítines fue donde un obrero exclamó:

Si los terratenientes vendieran nuestros huesos, vosotros los fabricantes seríais los primeros en comprarlos, para echarlos en un molino de vapor y hacerlos harina.

Los obreros ingleses han comprendido en verdad el significado de la lucha entre los terratenientes y los capitalistas industriales. Saben muy bien que se buscaba rebajar el precio del pan para rebajar el salario y que la ganancia industrial aumentaría tanto como disminuyera la renta

Ricardo, el apóstol de los *free-traders* ingleses, el economista más distinguido de nuestro siglo, en este punto está totalmente de acuerdo con los obreros.

En su célebre obra sobre economía política dice:

"Si, en lugar de cosechar trigo en nuestras tierras, [. . .] descubrimos un nuevo mercado en el que podemos procurarnos objetos más baratos, en este caso los salarios deben bajar y las ganancias aumentar. [. . .] La baja de precios de los productos agrícolas [. . .] reduce los salarios no sólo de los obreros empleados en el cultivo de la tierra, sino también de todos aquellos que trabajan en la manufactura o que son empleados de comercio" [6].

Y no creáis, señores, que sea algo del todo indiferente para un obrero no recibir más que 4 francos, con un trigo más barato, cuando antes recibía 5 francos.

¿No ha bajado su salario en relación con la ganancia? ¿Y no está claro que su posición social ha empeorado frente al capitalista? Además de todo ello, pierde también en la realidad diaria [7].

Aunque el precio del trigo fuera aún más elevado, siéndolo igualmente el salario, un pequeño ahorro hecho en el consumo del pan era suficiente para procurarle otros goces. Pero desde el momento en que el pan y en consecuencia el salario son muy baratos, ya no podrá economizar casi nada en la compra del pan para la compra de otros objetos.

Los obreros ingleses han mostrado a los *free-traders* que no les engañan sus ilusiones ni sus mentiras, y si, a pesar de esto, se han asociado con ellos y contra los terratenientes es para destruir los últimos restos del feudalismo y no enfrentarse más que a un solo enemigo. Los obreros no se han equivocado en sus cálculos, ya que los propietarios de la tierra, para vengarse de los fabricantes, han hecho causa común con los obreros con el fin de que pasara el proyecto de ley de las diez horas, que estos últimos habían pedido en vano desde hacía treinta años, y que pasó de inmediato después de la abolición de los derechos sobre los cereales [8].

Sí, en el congreso de los economistas, el doctor Bowring extrajo del bolsillo una larga lista para mostrar todas las piezas de res, de jamón, de manteca, de pollo, etc. etc., que fue-

ron importadas a Inglaterra para ser consumidas, como dice, por los obreros, por desgracia olvidó decirles que en ese mismo momento los obreros de Manchester y de las otras ciudades manufactureras habían sido echados a la calle por la crisis que comenzaba.

En principio, dentro de la economía política, nunca hay que agrupar las cifras de un solo año para extraer leyes generales. Siempre es preciso tomar el término medio de seis a siete años, lapso durante el cual la industria moderna pasa por las diferentes fases de prosperidad, sobreproducción, estancamiento, crisis y término de su ciclo fatal.

Sin duda, si el precio de todas las mercancías cae, y ahí radica la consecuencia necesaria del libre intercambio, podría procurarme por un franco muchas más cosas que hoy. Y el franco de un obrero vale tanto como cualquier otro. Así, pues, el libre intercambio será muy ventajoso para el obrero, pero encontramos para ello un pequeño inconveniente, y es que el obrero, antes de cambiar su franco por otras mercancías, ha hecho ya el intercambio de su trabajo contra el capital. Si en este intercambio recibiera siempre por el mismo trabajo el franco en cuestión, y cayera el precio de las demás mercancías, siempre ganaría en tal mercado. El punto difícil no es demostrar que, si baja el precio de todas las mercancías, tendré más mercancías por el mismo dinero.

Los economistas toman siempre el precio del trabajo en el momento en que se cambia por otras mercacías, pero dejan de lado totalmente el momento en que actúa el trabajo su intercambio contra el capital.

Cuando se requieran menos costos para poner en movimiento la máquina que produce las mercancías, las cosas necesarias para mantener a esa máquina que se llama trabajador costarán también menos caras. Si todas las mercancías son más baratas, el trabajo, que también es una mercancía, bajará igualmente de precio y, como lo veremos más tarde, ese trabajo mercancía bajará proporcionalmente mucho más que las demás mercacías. El trabajador que cuente siempre con el argumento de los economistas encontrará que el franco se fundió en su bolsillo y que no le quedan más que cinco centavos.

Sobre ello les dirán los economistas: Bien, convenimos en que la competencia entre los obreros, la cual desde luego no habrá disminuido bajo el régimen del libre intercambio, no tardará en poner los salarios al nivel de los bajos precios de las mercancías. Pero, por otra parte, el bajo precio de las mercancías aumentará el consumo; el mayor consumo exigirá una mayor producción, la cual será seguida por una mayor demanda de brazos y a esta mayor demanda de brazos seguirá un alza de salarios.

Todo este argumento se reduce a lo siguiente: El libre intercambio aumenta las fuerzas productivas. Si la industria sigue creciendo, si la riqueza, si el poder productivo, si, en una palabra, el capital productivo aumenta la demanda de trabajo, el precio del trabajo y en consecuencia el salario aumentarán igualmente. La mejor condición para el obrero es el acrecentamiento del capital. Y es preciso convenir en ello. Si el capital permanece estacionario, la industria no sólo quedará estacionaria sino que declinará, y en este caso, el obrero será la primera víctima. Morirá antes que el capitalista. Y en el caso en que el capital va creciendo, en ese estado de cosas al que hemos declarado el mejor para el obrero, ¿cuál será su suerte? Morirá igualmente. El acrecentamiento del capital productivo implica la acumulación y la concentración de capitales. La concentración de capitales lleva a una mayor división del trabajo y a una aplicación mayor de las máquinas. Una mayor división del trabajo destruye la especialidad del trabajo, destruye la especialidad del trabajador y, al poner en obra en lugar de esta especialidad un trabajo que todo el mundo puede hacer, aumenta la competencia entre los obreros [9].

Esta competencia se vuelve tanto más fuerte cuando más la división del trabajo da al obrero el medio de hacer por sí solo la obra de tres. Las máquinas producen el mismo resultado en una escala mucho mayor. El acrecentamiento del capital productivo, al obligar a los capitalistas industriales a trabajar con medios siempre crecientes, arruina a los pequeños industriales y los lanza al proletariado. Además, si las tasas de interés disminuyen a medida que los capitales se acumulan, los pequeños rentistas, que ya no pueden vivir de sus rentas, serán obligados a lanzarse a la industria para acabar aumentando a continuación el número de los proletarios.

Finalmente, cuanto más aumenta el capital productivo, más obligado se ve a producir para un mercado del que no conoce las necesidades, más precede la producción al consumo, más la oferta busca obligar a la demanda y, en consecuencia, las crisis aumentan de intensidad y de rapidez. Pero, a su vez, toda

crisis acelera la centralización de los capitales y agranda el proletariado.

Así, a medida que crece el capital productivo, la competencia entre los obreros crece en una proporción mucho mayor. La retribución del trabajo disminuye para todos y la carga de trabajo aumenta para algunos.

En 1829 había, en Manchester, 1 088 hiladores ocupados en 36 fábricas. En 1841, no había más que 448, y éstos ocupaban 53 353 husos más que los 1 088 obreros de 1829. Si la relación del trabajo manual hubiera aumentado proporcionalmente al poder productivo, el número de obreros habría debido alcanzar la cifra de 1 848, de modo que las mejoras aportadas en la mecánica le han quitado el trabajo a 1 400 obreros.

Sabemos de antemano la respuesta de los economistas. Estos hombres privados de labor, dicen, encontrarán otro empleo a sus brazos. El doctor Bowring no dejó de reproducir este argumento en el congreso de economistas, pero tampoco dejó de refutarse a sí mismo.

En 1835, el doctor Bowring pronunció un discurso en la Cámara de los Comunes acerca de los 50 000 tejedores de Londres, que desde hace mucho se mueren de inanición, sin poder encontrar esa nueva ocupación que los *free-traders* les hacen entrever en lontananza.

Daremos los pasajes más salientes de ese discurso del doctor Bowring:

La miseria de los tejedores a mano —dice— es la suerte inevitable de toda especie de trabajo que se aprende fácilmente y que es susceptible de ser remplazado a cada instante por medios menos costosos. Como en este caso la competencia entre los obreros es extremadamente grande, el menor relajamiento en la demanda implica una crisis. Los tejedores a mano se encuentran en cierto modo colocados en los límites de la existencia humana. Un paso más y su existencia se hace imposible. El más pequeño choque es suficiente para lanzarlos a la carrera del deterioro. Los progresos de la mecánica, al suprimir cada vez más el trabajo manual, comportan infaliblemente durante la época de transición muchos sufrimientos temporales. El bienestar nacional no podría comprarse más que al precio de ciertos males individuales. En la industria no se avanza si no es a expensas de los rezagados, y, de todos los descubrimientos, el telar de vapor es el que carga un mayor peso sobre los tejedores a mano. El tejedor ha sido puesto fuera de combate en muchos artículos que se hacían a mano, pero también será derrotado en tantas otras cosas que todavía se hacen a mano.

Tengo entre mis manos —dice más adelante— cierta correspondencia del gobernador general con la Compañía de las Indias orientales. Esta correspondencia concierne a los tejedores del distrito de Dacca. El gobernador dice en sus cartas: hace unos años la Compañía de las Indias orientales recibía de seis a ocho millones de piezas de algodón, fabricadas en los telares del país. La demanda cayó gradualmente y se redujo a un millón de piezas aproximadamente.

En este momento, ha cesado casi por completo. Además, en 1800, América del Norte sacaba de las Indias 800 000 piezas de algodón. En 1830, no llegan a 4 000. Finalmente, en 1800 se embarcaron, para ser transportadas a Portugal, un millón de piezas de algodón. En 1830, Portugal no recibía más de 20 000.

Los informes sobre la miseria de los tejedores indios son terribles, pero ¿cuál fue el origen de esta miseria?

La presencia en el mercado de los productos ingleses, la producción del artículo por medio del telar de vapor. Gran número de tejedores han muerto de inanición; el resto pasó a otras ocupaciones y sobre todo a los trabajos rurales. No saber cambiar de ocupación fue una sentencia de muerte. Y en este momento, el distrito de Dacca rebosa de hilados y de tejidos ingleses. La muselina de Dacca, renombrada en el mundo entero por su belleza y la firmeza de su tejido, fue igualmente eclipsada por la competencia de las máquinas inglesas. En toda la historia del comercio sería difícil encontrar sufrimientos semejantes a los que tuvieron que soportar de esta manera clases enteras de las Indias orientales [10].

El discurso del doctor Bowring es tanto más notable cuanto que los hechos que cita son exactos, mientras que las frases con las que busca paliarlos llevan consigo el carácter hipócrita común a todos los sermones librecambistas. Representa a los obreros como medios de producción a los que hay que remplazar por medios de producción menos costosos. Finge ver en el trabajo del que habla una labor de todo punto excepcional y en la máquina que ha aplastado a los tejedores una máquina igualmente excepcional. Olvida que no hay trabajo manual que no sea susceptible de sufrir de un día a otro la suerte del tejido.

La meta constante y la tendencia de todo perfeccionamiento en el mecanismo, en efecto, es dejar de lado por entero el trabajo del hombre o disminuir su costo, sustituyendo la industria de los hombres adultos por la de las mujeres y los niños o el trabajo del artesano por el del obrero burdo. En la mayor parte de las hilaturas por telares continuos, en inglés *throstle-mills*, la hilatura es ejecutada enteramente por

muchachas de dieciséis años y menos. La sustitución de la *mule-jenny* común por la *mule-jenny* automática tuvo por efecto despedir a la mayor parte de los hiladores y de conservar a los niños y a los adolescentes [11].

Estas palabras del librecambista más apasionado, el doctor Ure, sirven para completar las confesiones de Bowring. Éste habla de algunos males individuales y, al mismo tiempo, dice que estos males individuales hacen que perezcan clases enteras; habla de sufrimientos pasajeros en la época de transición y, al hablar de ello, no disimula que estos sufrimientos pasajeros han sido para la mayoría el paso de la vida a la muerte y, para el resto, el movimiento de transición hacia una condición inferior a aquella en la que estaban colocados hasta entonces. Si más lejos habla de que las desgracias de estos obreros son inseparables del progreso de la industria y necesarias para el bienestar nacional, esto significa simplemente que el bienestar de la clase burguesa tiene como condición necesaria la degradación de la clase trabajadora.

Todo el consuelo que Bowring prodiga a los obreros que mueren y, en general, toda la doctrina de compensación que los *free-traders* establecen se reduce a esto:

Vosotros, esos miles de obreros que perecen, no os desconsoléis. Podéis morir tranquilamente. Vuestra clase no perecerá. Siempre será más numerosa para que el capital pueda diezmarla, sin temer acabar con ella. Por lo demás, ¿cómo queréis que el capital encuentre un empleo útil, si no tuviera la necesidad de agenciarse siempre la materia explotable, los obreros, para explotarlos de nuevo?

Pero igualmente, ¿por qué plantear como problema a resolver la influencia que la realización del libre intercambio ejercerá sobre la clase obrera? Todas las leyes que han expuesto los economistas, desde Quesnay hasta Ricardo, se basan en la suposición de que las trabas que encadenan todavía a la libertad comercial ya no existen. Estas leyes se confirman en la medida en que se realiza el libre intercambio. La primera de estas leyes es que la competencia reduce el precio de toda mercancía al mínimo de sus costos de producción. Así el mínimo del salario es el precio natural del trabajo. ¿Y qué es el mínimo del salario? Es precisamente lo necesario para producir los objetos indispensables al sustento del obrero, para ponerlo en situación de alimentarse bien o mal y de propagar su raza por poco que sea.

No creamos con esto que el obrero no tendrá más que este mínimo de salario; tampoco hemos de creer que tendrá este mínimo de salario para siempre.

No, según esta ley la clase obrera llegará a ser algún día más feliz. A veces superará el mínimo, pero este excedente no será más que el complemento de lo que tendrá por debajo del mínimo en tiempos de estancamiento industrial. Esto quiere decir que, en una cierta época que es siempre periódica, en ese círculo que sigue la industria, al pasar por las vicisitudes de prosperidad, de sobreproducción, de estancamiento, de crisis, si contamos todo lo que la clase obrera tendrá de más o menos de lo necesario, veremos que en suma no habrá logrado ni más ni menos que el mínimo; esto quiere decir que la clase obrera no se habrá conservado como clase más que después de grandes desgracias y miserias y de cadáveres abandonados en el campo de batalla industrial. Pero ¿qué importa? La clase subsiste siempre y, más aún, incluso se habrá acrecentado [12].

Esto no es todo. El progreso de la industria produce medios de existencia menos costosos. Así es como el alcohol remplaza a la cerveza, el algodón a la lana y el lino, y cómo la papa remplazó al pan.

Así como encontramos siempre medio de alimentar el trabajo con cosas menos caras y más míseras, el mínimo del salario siempre va disminuyendo. Si este salario empezó por hacer trabajar al hombre para vivir, acaba por hacer vivir al hombre una vida de máquina. Su existencia no tiene más valor que la de una simple fuerza productiva, y el capitalista la trata en consecuencia.

Esta ley del trabajo mercancía, del mínimo del salario, se verificará a medida que la suposición de los economistas, el libre intercambio, se vuelva una verdad, una realidad [13]. Así, una de dos: o es necesario renegar de toda la economía política basada en el supuesto del libre intercambio, o bien es preciso convenir que los obreros serán golpeados con todo rigor por las leyes económicas de este libre intercambio.

Para resumir: en el estado actual de la sociedad, ¿qué es pues el libre intercambio? Es la libertad del capital. Cuando hayáis hecho caer las pocas trabas nacionales que encadenan todavía la marcha del capital, no habréis más que liberar su acción por entero. Mientras dejéis subsistir la relación del tra-

bajo asalariado con el capital, el intercambio de las mercancías entre sí dándose aún en las condiciones más favorables, siempre habrá una clase que explotará y una clase que será explotada. Cuesta trabajo comprender la pretensión de los librecambistas, que se imaginan que el uso más ventajoso del capital hará desaparecer el antagonismo entre los capitalistas industriales y los trabajadores asalariados. Al contrario, de ahí resultará que la oposición de estas dos clases se dibujará con mayor claridad aún.

Admítase por un instante que ya no hay leyes cerealeras ni aduanas ni impuestos de consumo, en fin, que todas las circunstancias accidentales a las que el obrero puede todavía asirse como las causas de su situación miserable hayan desaparecido enteramente y habrán sido rasgados los velos que ocultan de su mirada a su verdadero enemigo.

Verá que el capital vuelto libre no lo hace menos esclavo que el capital vejado por las aduanas.

Señores, no dejéis que os impresione la palabra abstracta *libertad*. ¿Libertad de quién? No se trata de la libertad de un individuo en presencia de otro individuo. Es la libertad que tiene el capital de aplastar al trabajador.

¿Cómo es posible que queráis sancionar la libre competencia con esta idea de libertad, cuando tal libertad es sólo el producto de un estado de cosas basado en la libre competencia?

Hemos hecho ver qué es la fraternidad que el libre intercambio hace surgir entre las diferentes clases de una misma nación. La fraternidad que el libre intercambio establecerá entre las diferentes naciones de la tierra no será más fraterna. Llamar por el nombre de fraternidad universal la explotación en su estado cosmopolita es una idea que no podía originarse más que en el seno de la burguesía. Todos los fenómenos destructores a que la libre competencia da origen en el interior de un país se reproducen en proporciones gigantescas en el mercado del universo. No tenemos necesidad de detenernos más largamente en los sofismas que los librecambistas dedican a este tema y que equivalen a los argumentos de nuestros tres laureados: Hope, Morse y Greg.

Por ejemplo, se nos dice que el libre intercambio daría origen a una división internacional del trabajo que asignaría a cada país una producción en armonía con sus ventajas naturales.

Quizá pensáis, señores, que la producción de café y de azúcar es el destino natural de las Indias occidentales. Hace dos siglos, la naturaleza, que no se junta con el comercio, no había puesto ahí ni cafetos ni caña de azúcar.

Y no pasará quizá medio siglo sin que no encontréis ahí ni café ni azúcar, pues las Indias orientales, por la baratura de la producción, han combatido ya victoriosamente tal pretendido destino natural de las Indias occidentales. Y éstas, con sus dones naturales, son ya para los ingleses un fardo tan pesado como los tejedores de Dacca, esos que estaban destinados, ellos también, a tejer a mano desde el principio de los tiempos.

Algo más que no hay que perder de vista es que, por lo mismo que todo se vuelve monopolio, hay también en nuestros días algunos ramos industriales que dominan a los demás y que aseguran a los pueblos que los explotan mayormente el imperio sobre el mercado del universo. Así es cómo en el comercio internacional el algodón por sí solo tiene un mayor valor comercial que todas las demás materias primas empleadas en la fabricación de ropa tomadas en conjunto. Y es verdaderamente de risa ver a los librecambistas hacer resaltar las pocas especialidades de cada ramo industrial para compararlas con los productos de uso común, que se producen muy baratos en los países donde la industria está muy desarrollada.

Si los librecambistas no pueden comprender cómo un país puede enriquecerse a expensas del otro, no debemos asombrarnos por ello, ya que estos mismos señores tampoco quieren comprender cómo, en el interior de un país, una clase puede enriquecerse a costa de otra.

No creáis, señores, que al hacer la crítica de la libertad comercial hayamos tenido la intención de defender el sistema proteccionista.

Aunque nos digamos enemigos del régimen constitucional, no por ello nos proclamamos amigos del antiguo régimen.

Por lo demás, el sistema proteccionista no es más que un medio de establecer en un pueblo la gran industria, es decir hacerle depender del mercado del universo y, desde el momento en que se depende de este mercado del universo, se depende ya más o menos del libre intercambio.

Además, el sistema protector contribuye a desarrollar la libre competencia en el interior de un país. Por ello vemos que, en los países donde la burguesía empieza a darse a conocer como clase, en Alemania por ejemplo, Hace grandes esfuerzos

para tener derechos protectores [14]. Para ella, son armas contra el feudalismo y contra el gobierno absoluto, y por lo tanto un medio de concentrar sus fuerzas y de realizar el libre intercambio en el interior del propio país.

Pero en general, en nuestros días, el sistema protector es conservador, mientras que el sistema del libre intercambio es destructor. Disuelve las antiguas nacionalidades y lleva al extremo el antagonismo entre la burguesía y el proletariado. En una palabra, el sistema de la libertad comercial acelera la revolución social. Sólo en este sentido revolucionario, señores, voto yo en favor del libre intercambio [15].

5. CARTA DE MARX A J. B. VON SCHWEITZER

Londres, 24 de enero de 1865

Muy señor mío:

Ayer recibí su carta en la que me invita a dar un juicio detallado sobre Proudhon. La falta de tiempo no me permite atender a su deseo. Además, no tengo a mano *ni un solo* trabajo de Proudhon. Sin embargo, y en prueba de mi buena voluntad, he trazado a toda prisa un breve esbozo. Puede usted completarlo, alargarlo o reducirlo; en una palabra, puede usted hacer con él lo que mejor le parezca [1].

No recuerdo ya cuáles fueron los primeros ensayos de Proudhon. Su trabajo de escolar sobre *La lengua universal* demuestra la falta de escrúpulo con que trataba problemas para cuya solución le faltaban los conocimientos más elementales.

Su primera obra *¿Qué es la propiedad?* es indudablemente la mejor de todas. Dicha obra marca una época, si bien no por la novedad de su contenido, por la forma nueva y audaz de decir lo viejo [2]. En las obras de los socialistas y comunistas franceses conocidas por él, la *"propiedad"* no sólo había sido, como es natural, criticada desde varios puntos de vista, sino también utópicamente *"abolida"*. Con este libro, Proudhon se colocó con respecto a Saint-Simon y Fourier en el mismo plano en que Feuerbach se encuentra con respecto a Hegel. Comparado con Hegel, Feuerbach es extremadamente pobre. Sin embargo, *después* de Hegel señaló una época ya que realzó algunos puntos desagradables para la conciencia cristiana e importantes para el progreso de la crítica y que Hegel había dejado en una mítica penumbra.

En esta obra de Proudhon predomina aún, permítaseme la expresión, un estilo de fuerte musculatura, lo cual constituye, a mi juicio, su principal mérito. Es evidente que, aún donde Proudhon se limita a reproducir lo viejo, dicha reproducción constituye para él un descubrimiento propio; cuanto dice es para él algo nuevo y como tal lo presenta. La audacia provocativa con que ataca el *sancta sanctorum* de la economía políti-

ca, las ingeniosas paradojas con que se burla del sentido común burgués, la crítica demoledora, la ironía mordaz, ese profundo y sincero sentimiento de indignación que manifiesta de cuando en cuando contra las infamias del orden existente, su convicción revolucionaria, todas estas cualidades contribuyeron a que el libro *¿Qué es la propiedad?* electrizase a los lectores y produjese una gran impresión desde el primer momento de su aparición. En una historia rigurosamente científica de la economía política, dicho libro apenas hubiese sido mencionado. Pero, lo mismo que en la literatura, las obras sensacionales de este género desempeñan su papel en la ciencia. Tómese, por ejemplo, el libro de Malthus *sobre la población*. En su primera edición sólo constituyó un *"panfleto sensacional"*, y, además, un *plagio* desde la primera hasta la última línea. Y a pesar de todo, ¡cómo impresionó este *libelo al género humano*!

Si tuviera a mano el libro de Proudhon me sería fácil demostrar con algunos ejemplos su *modalidad inicial*. En los párrafos considerados por él mismo como los más importantes, imita a Kant —el unico filósofo alemán que conocía en aquella época a través de traducciones— en la forma de tratar las *antinomias*, dejándonos la firme impresión de que para él, lo mismo que para Kant, la solución de las antinomias es algo situado *"más allá"* de la razón humana, es decir, algo que para su propio entendimieno permanece en la oscuridad.

A pesar de su carácter aparentemente archirrevolucionario, en *¿Qué es la propiedad?* nos encontramos ya con la contradicción de que Proudhon por una parte critica la sociedad a través del prisma y con los ojos del campesino parcelario francés (más tarde del *pequeñoburgués*) y, por otra, le aplica la escala que tomó prestada a los socialistas.

El mismo título indica ya las deficiencias del libro. El problema había sido planteado de un modo tan erróneo, que la solución no podía ser correcta. *Las relaciones de propiedad de los tiempos antiguos* fueron destruidas por las *feudales*, y éstas por las *burguesas*. Así, pues, la propia Historia se encargó de someter a crítica las *relaciones de propiedad* del pasado. De lo que trata en el fondo Proudhon es de la *moderna propiedad burguesa*, tal como existe hoy día. A la pregunta de ¿qué es esa propiedad?, sólo se podía contestar con un análisis crítico de la *economía política*, que abarcase el conjunto de esas *relaciones de propiedad*, no en su expresión *jurídica*, como *relaciones de voluntad*, sino en su forma real, es decir, como *relaciones de producción*. Mas como Proudhon vinculaba todo el conjunto de estas relaciones económicas al concepto jurídico general de "propiedad", *"la proprieté"*, no podía ir más allá de la contestación que ya Brissot había dado en una obra similar, antes de 1789, repitiéndola con las mismas palabras: "La propiedad es un robo".

En el mejor de los casos, de aquí se puede deducir únicamente que el concepto jurídico burgués del *"robo"* es aplicable también a las ganancias *"bien habidas"* del propio burgués. Por otro lado, en vista de que el robo, como violación de la propiedad, *presupone la propiedad*, Proudhon se enredó en toda clase de sutiles razonamientos, oscuros hasta para él mismo, sobre la *verdadera propiedad burguesa*.

En 1844, durante mi estancia en París, trabé conocimiento personal con Proudhon. Menciono aquí este hecho porque, en cierto modo, soy responsable de su "sofistería" (*sophistication*, como llaman los ingleses a la adulteración de las mercancías). En nuestras largas discusiones, que con frecuencia duraban toda la noche, le contagié, para gran desgracia suya, el hegelianismo que por su desconocimiento del alemán no pudo estudiar a fondo. Después de mi expulsión de París, el señor *Karl Grün* continuó lo que yo había iniciado. Como profesor de filosofía alemana me llevaba la ventaja de no entender una palabra en la materia [3].

Poco antes de que apareciese su segunda obra importante, *Filosofía de la miseria*, etc., el propio Proudhon me anunció su próxima publicación en una carta muy detallada donde, entre otras cosas, me decía lo siguiente: *"Espero la férula de su crítica"*. En efecto, mi crítica cayó muy pronto sobre él (en mi libro *Misère de la philosophie*, etc., París 1847) en tal forma que puso fin para siempre a nuestra amistad [4].

Por lo que acabo de decir verá usted que, en su libro *Filosofía de la miseria o sistema de las contradicciones económicas*, Proudhon responde realmente por vez primera a la pregunta: *"¿Qué es la propiedad?"* De hecho, tan sólo después de la publicación de su primer libro fue cuando Proudhon inició sus estudios económicos. Y descubrió que a la pregunta que había formulado no se podía contestar con *invectivas*, sino únicamente con un *análisis de la economía política* moderna. Al mismo tiempo, hizo un intento de exponer dialécticamente el sistema de las categorías económicas. En lugar de las insolu-

bles *"antinomias" de Kant*, ahora tenía que aparecer la *"contradicción" hegeliana* como medio de desarrollo.

En el libro que escribí como réplica hallará usted la crítica de los dos gruesos volúmenes de su obra. Allí demuestro entre otras cosas lo poco que penetró Proudhon en los secretos de la dialéctica científica y, además, hasta qué punto comparte las ilusiones de la filosofía especulativa, cuando, en lugar de considerar *las categorías económicas como expresiones teóricas de relaciones de producción formadas históricamente y correspondientes a una determinada fase de desarrollo de la producción material*, las convierte de un modo absurdo en *ideas eternas*, existentes desde siempre, y cómo, después de dar este rodeo, retorna al punto de vista de la economía burguesa.*

Mas adelante demuestro también lo insuficiente que es su conocimiento —a veces digno de un escolar— de la *economía política*, a cuya crítica se dedica, y cómo, al igual que los utopistas, corre en pos de una pretendida *"ciencia"*, con ayuda de la cual se puede excogitar *a priori* una fórmula para la "solución del problema social", en lugar de buscar la fuente de la ciencia en el conocimiento crítico del movimiento histórico, de ese movimiento que crea por sí mismo *las condiciones materiales de la emancipación*. Allí demuestro, sobre todo, lo confusas, erróneas e incompletas que siguen siendo las concepciones de Proudhon sobre el *valor de cambio*, base de todas las cosas, y cómo, incluso, ve en la interpretación utópica de la teoría del valor de *Ricardo* la base de una nueva ciencia.

Mi juicio sobre su punto de vista general lo resumo en las siguientes palabras: "Toda relación económica tiene su lado bueno y su lado malo: éste es el único punto en que Proudhon no se desmiente. En su opinión, el lado bueno lo exponen los economistas y el lado malo lo denuncian los socialistas. De los economistas toma la necesidad de unas relaciones eternas, y de los socialistas esa ilusión que no les permite ver en la miseria nada más que la miseria (en lugar de ver en ella el lado revolucionario destructivo que ha de acabar con la vieja sociedad) [5]. Proudhon está de acuerdo con unos y con otros, tratando de apoyarse en la autoridad de la ciencia. En él la ciencia se reduce a las magras proporciones de una fórmula científica; es un hombre a la caza de fórmulas. De este modo, Proudhon se jacta de ofrecernos a la vez una crítica de la economía política y del comunismo, cuando en realidad se queda muy por debajo de una y de otro. De los economistas, porque considerándose, como filósofo, en posesión de una fórmula mágica, se cree relevado de la obligación de entrar en detalles puramente económicos; de los socialistas, porque carece de la perspicacia y del valor necesarios para alzarse, aunque sólo sea en el terreno de la especulación, por encima de los horizontes de la burguesía. . . Pretende flotar sobre burgueses y proletarios a la manera de un hombre de ciencia, y *no es más que un pequeñoburgués* que oscila constantemente entre el capital y el trabajo, entre la economía política y el comunismo."

* "Al decir que las actuales relaciones —las de la producción burguesa— son *naturales*, los economistas dan a entender que se trata precisamente de unas relaciones bajo las cuales se crea la riqueza y se desarrollan las fuerzas productivas de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Por consiguiente, estas relaciones son en sí *leyes naturales*, independientes de la influencia del tiempo. Son *leyes eternas* que deben regir siempre la sociedad. De modo que hasta ahora ha habido historia, pero ahora ya no la hay" (p. 113 {p. 77} de mi libro).

Por severo que pueda parecer este juicio, suscribo actualmente cada una de sus palabras. A la vez, es preciso tener presente que en la época en que yo afirmé que el libro de Proudhon era el código del socialismo pequeñoburgués y lo demostré teóricamente, los economistas y los socialistas excomulgaban a Proudhon por ultrarrevolucionario. Ésta es la razón de que después jamás haya unido mi voz a la de los que gritaban su *"traición"* a la revolución. Y no es culpa suya si, mal comprendido en un principio tanto por los demás como por él mismo, no justificó las injustificadas esperanzas.

En comparación con *¿Qué es la propiedad?*, en *Filosofía de la miseria* todos los defectos del modo de exposición proudhoniano resaltan con particular desventaja. El estilo es a cada paso, como dicen los franceses, *ampoulé* [ampuloso]. Siempre que le falla la agudeza gala aparece una pomposa jerga especulativa que pretende asemejarse al estilo filosófico alemán. Causan verdadero disgusto sus alabanzas a sí mismo, su tono chillón de pregonero y, sobre todo, los alardes que hace de una supuesta *"ciencia"* y toda su cháchara en torno a ella. El sincero calor que anima su primera obra, aquí, en determinados pasajes, es sustituido de un modo sistemático por el ardor febril de la declamación. A todo esto viene a sumarse ese afán impotente y repulsivo por hacer gala de erudición, afán propio de un autodidacta, cuyo orgullo nato por su pensamiento

original e independiente ya está quebrantado, y que en su calidad de advenedizo de la ciencia se considera obligado a presumir de lo que no es y de lo que no tiene. Y por añadidura, esa mentalidad de pequeñoburgués que le impulsa a atacar de un modo indigno, grosero, torpe, superficial y hasta injusto a un hombre como *Cabet* —merecedor de respeto por su actividad práctica en el movimiento del proletariado francés—, mientras extrema su amabilidad, por ejemplo, con *Dunoyer* (consejero de estado, por cierto), a pesar de que toda la significación de este Dunoyer se reduce a la cómica seriedad con que en tres gruesos volúmenes, insoportablemente tediosos, predica el rigorismo, caracterizado por Helvecio en los siguientes términos: "*On veut que les malheureux soient parfaits*" [se pretende que los desgraciados sean perfectos].

La revolución de febrero fue realmente muy inoportuna para Proudhon, pues tan sólo unas semanas antes había demostrado de un modo irrefutable que la "*era de las revoluciones*" había pasado para siempre. Su intervención en la Asamblea Nacional merece todos los elogios, a pesar de haber puesto en evidencia lo poco que comprendía todo lo que estaba ocurriendo. Después de la insurrección de junio constituyó un acto de gran valor. Su intervención tuvo, además, resultados positivos: en el discurso que pronunció para oponerse a las proposiciones de Proudhon, y que fue editado más tarde en folleto aparte, *Thiers* demostró a toda Europa cuán mísero e infantil era el catecismo que servía de pedestal a ese pilar espiritual de la burguesía francesa. Comparado con Thiers, Proudhon adquiría ciertamente las dimensiones de un coloso antediluviano [6].

El descubrimiento del "*crédito gratuito*" y el "*banco del pueblo*" basado en él son las últimas "hazañas" económicas de Proudhon. En mi *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, I. Heft, Berlín, 1859 (pp. 59-64) se demuestra que la base teórica de sus ideas tiene su origen en el desconocimiento de los principios elementales de la economía política burguesa, o sea, la relación entre *la mercancía y el dinero*, mientras que la superestructura práctica es sólo una simple reproducción de esquemas viejos y mucho mejor desarrollados. No cabe duda y es por sí evidente que el crédito, como ocurrió en Inglaterra a principios del siglo XVIII, y como volvió a ocurrir en ese mismo país a comienzos del XIX, contribuyó a que las riquezas pasasen de manos de una clase a las de otra, y que en determinadas condiciones económicas y políticas puede ser un factor que acele-

re la emancipación del proletariado. Pero es una fantasía genuinamente *pequeñoburguesa* considerar que *el capital que produce intereses es la forma principal del capital* y tratar de convertir una aplicación particular del crédito —una supuesta abolición del interés— en la base de la transformación de la sociedad. En efecto, esa fantasía ya había sido minuciosamente desarrollada *por los portavoces económicos de la pequeña burguesía inglesa del siglo XVIII*. La polémica de Proudhon con Bastiat (1850) sobre el capital que produce intereses está muy por debajo de *Filosofía de la miseria*. Proudhon llega al extremo de ser derrotado hasta por Bastiat, y entra en un cómico furor cada vez que el adversario le asesta algún golpe [7].

Hace unos cuantos años, Proudhon escribió para un concurso organizado, si mal no recuerdo, por el gobierno de Lausana, un trabajo sobre *Los impuestos*. Aquí desaparecen por completo los últimos vestigios del genio y no queda más que *el pequeñoburgués puro y simple*.

Por lo que respecta a las obras políticas y filosóficas de Proudhon, todas ellas demuestran el mismo carácter doble y contradictorio que sus trabajos sobre economía. Además, su valor es puramente local; se refieren únicamente a Francia. Sin embargo, sus ataques contra la religión, la iglesia, etc., tienen un gran mérito por haber sido escritos en Francia en una época en que los socialistas franceses creían oportuno hacer constar que sus sentimientos religiosos les situaban por encima del volterianismo burgués del siglo XVIII y del ateísmo alemán del siglo XIX. Si Pedro el Grande había derrotado la barbarie rusa con la barbarie, Proudhon hizo todo lo que pudo para derrotar con frases la fraseología francesa.

Su libro sobre *El golpe de estado* no debe ser considerado simplemente como una obra mala, sino como una verdadera villanía que, por otra parte, corresponde plenamente a su punto de vista pequeñoburgués. En este libro coquetea con Luis Bonaparte y trata de hacerle aceptable para los obreros franceses. Otro tanto ocurre con su última obra contra *Polonia*, en la que, para mayor gloria del zar, demuestra el cinismo propio de un cretino [8].

Proudhon ha sido comparado frecuentemente con Rousseau. Pero esta comparación es errónea. Más bien se parece a *Nicolás Linguet*, cuyo libro, *La teoría de las leyes civiles* es, dicho sea de paso, una obra genial [9]. Proudhon tenía una inclinación natural por la dialéctica, pero como nunca comprendió

la verdadera dialéctica científica, no pudo ir más allá de la sofistería. En realidad, esto estaba ligado a su punto de vista *pequeñoburgués*. Al igual que el historiador *Raumer*, el pequeñoburgués consta de "por una parte" y de "por otra parte". Como tal se nos aparece en sus intereses económicos y, *por consiguiente*, también en su política y en sus concepciones religiosas, científicas y artísticas. Así se nos aparece en su moral y en todo. Es la contradicción personificada. Y si por añadidura es, como Proudhon, una persona de ingenio, pronto aprenderá a hacer juegos de manos con sus propias contradicciones y a convertirlas, según las circunstancias, en paradojas inesperadas, espectaculares, ora escandalosas, ora brillantes. El charlatanismo en la ciencia y la contemporización en la política son compañeros inseparables de semejante punto de vista. A tales individuos no les queda más que un acicate: la *vanidad*; como a todos los vanidosos, sólo les preocupa el éxito momentáneo, la sensación. Y aquí es donde se pierde indefectiblemente ese tacto moral que siempre preservó a un Rousseau, por ejemplo, de todo compromiso, siquiera fuese aparente, con los poderes existentes [10].

Tal vez la posteridad distinga este reciente periodo de la historia de Francia diciendo que Luis Bonaparte fue su Napoleón y Proudhon su Rousseau-Voltaire.

Ahora hago recaer sobre usted toda la responsabilidad por haberme impuesto tan pronto después de la muerte de este hombre el papel de juez póstumo.

Sinceramente suyo,

KARL MARX

6. PREFACIO DE ENGELS A LA PRIMERA EDICIÓN ALEMANA

La presente obra fue escrita en el invierno de 1846-1847, cuando Marx elaboró definitivamente los principios fundamentales de sus nuevas concepciones históricas y económicas. El libro de Proudhon, *Système des contradictions économiques ou Philosophie de la misère*, publicado poco antes, le dio pie para desarrollar estos principios fundamentales y oponerlos a los puntos de vista de un hombre que, a partir de entonces, había de ocupar el lugar más prominente entre los socialistas franceses de aquella época. Desde que, estando en París, ambos se pasaban frecuentemente las noches discutiendo sobre cuestiones económicas, sus caminos eran cada vez más divergentes; la obra de Proudhon puso de manifiesto que entre ellos mediaba ya un abismo infranqueable que no era posible ignorar, y en su respuesta Marx hizo constar la ruptura definitiva.

El juicio general de Marx sobre Proudhon lo encontrará el lector en el artículo que sigue a este prólogo (*a*), insertado en 1865 en los números 16, 17 y 18 del *Social-Demokrat* de Berlín. Fue el único artículo que Marx escribió para este periódico; los intentos de von Schweitzer, descubiertos poco después, de llevar el periódico por cauces poco gratos al partido feudal y al gobierno, nos obligaron algunas semanas más tarde a desistir públicamente de colaborar con él.

Para Alemania, la presente obra tiene cabalmente en estos momentos una significación que el propio Marx nunca sospechó. ¿Habría podido adivinar que, apuntando contra Proudhon, iba a hacer impacto en el santón de los advenedizos modernos, en Rodbertus, a quien Marx no conocía por ese entonces ni tan siquiera de nombre?

Éste no es lugar para detenerme a examinar en detalle las relaciones entre Marx y Rodbertus; es probable que pronto tenga la oportunidad de hacerlo. Sólo indicaré aquí que cuando Rodbertus acusa a Marx de haber "saqueado" en sus escritos y de haber "utilizado con profusión en *El capital*, sin citarle, su libro *Zur Erkenntnis*", llega en su acaloramiento hasta la calumnia, explicable únicamente por la irritación de un genio incomprendido y por su asombrosa ignorancia de lo que ocu-

rría más allá de las fronteras de Prusia, sobre todo, en la literatura socialista y económica. Ni estas acusaciones ni la mencionada obra de Rodbertus fueron jamás del conocimiento de Marx; de las obras de Rodbertus, sólo leyó sus tres *Sociale Briefe*, y no antes de 1858 o 1859.

Con mayor fundamento asegura Rodbertus en estas cartas haber descubierto el "valor constituido proudhoniano" *antes* que Proudhon; pero también en esta ocasión, naturalmente, vuelve a arrullarse con la falsa idea de haber sido el *primero* en hacer este descubrimiento. Por consiguiente, él también, en todo caso, fue sometido a la férula de la crítica en nuestro libro, y esto me obliga a detenerme brevemente en el análisis de su opúsculo "fundamental" *Zur Erkenntnis unserer staatsfirtschaftlichen Zustände*, dado que, además del comunismo de Weitling contenido en ella (aun inconscientemente), esa obra se anticipa asimismo a Proudhon.

El socialismo moderno, cualquiera sea su tendencia, en la medida en que toma como punto de partida la economía política burguesa, suscribe casi sin excepciones la teoría del valor de Ricardo. De los dos postulados que Ricardo proclamara en 1817 en las primeras páginas de sus *Principios*: 1] que el valor de toda mercancía se determina única y exclusivamente por la cantidad de trabajo necesaria para producirla, y 2] que el producto de todo trabajo social se divide en tres clases: los propietarios de la tierra (renta), los capitalistas (ganancias) y los obreros (salarios),de estos dos postulados se hicieron en Inglaterra, ya a partir de 1821, deducciones socialistas, y a veces con tal vigor y decisión que esa literatura, hoy casi completamente olvidada y en gran parte redescubierta por Marx, no fue superada hasta la aparición de *El capital*. Pero de esto hablaremos en otra ocasión. Pues bien, cuando en 1842 Rodbertus extrajo, a su vez, conclusiones socialistas de las tesis citadas, esto era entonces para un alemán un paso adelante muy considerable, pero sólo tal vez en Alemania podía pasar por nuevo semejante descubrimiento. En su crítica de Proudhon, que también adolecía de esa presunción, Marx hizo ver lo poco nuevo que había en una tal aplicación de la teoría de Ricardo.

"Cualquiera que conozca, aunque sea muy poco, el desarrollo de la economía política en Inglaterra —dice Marx—, no puede menos que saber que casi todos los socialistas de este país han propuesto, en diferentes épocas, la aplicación *igualitaria* (es decir, socialista) de la teoría ricardiana. Podríamos recordarle a Proudhon: la *Economía política* de Hodgskin, 1827; William Thompson, *An inquiry into the principles of the distribution of wealth, most conducive to human happiness*, 1824; T. R. Edmonds, *Practical moral and political economy*, 1828, etc., etc., y cuatro páginas más de *etc.* Nos contentaremos con dejar hablar a un comunista inglés, a Bray. Citaremos los principales pasajes de su notable obra *Labour's wrongs and labour's remedy*, Leeds, 1839." Las citas de Bray reproducidas por Marx bastan para anular buena parte de las pretensiones de Rodbertus a la prioridad.

Por aquel entonces, Marx no había pisado aún la sala de lectura del British Museum. Salvo las bibliotecas de París y Bruselas y otros muchos libros y extractos, sólo había consultado las obras que pudieron llegar a sus manos en Manchester durante el viaje de seis semanas por Inglaterra que hicimos juntos en el verano de 1845. Así pues la literatura de que hablamos no era tan inaccesible en aquel momento como lo es hoy día. Si a pesar de ello fue siempre desconocida para Rodbertus, ello se debe exclusivamente a su estrechez provinciana de corte prusiano. Es el auténtico fundador del socialismo específicamente prusiano y como tal se lo conoce en definitiva.

Sin embargo, ni en su querida Prusia pudo Rodbertus quedar tranquilo. En 1859 apareció en Berlín el libro de Marx *Contribución a la crítica de la economía política*. En dicha obra, entre otras objeciones hechas a Ricardo por los economistas, Marx cita la siguiente, en la página 40 {México, Siglo XXI, 1980, p. 47}.

"Si el valor de cambio de un producto es igual al tiempo de trabajo contenido en él, el valor de cambio de una jornada de trabajo es igual a su producto. O bien el salario debe ser igual al producto del trabajo. Pero sucede todo lo contrario." Marx escribió a este respecto la siguiente nota: "Esta objeción formulada a Ricardo por parte de los economistas burgueses fue recogida luego por parte de los socialistas. Dando por sentada la corrección teórica de la fórmula, se acusó a la práctica de contradicción respecto de la teoría, exigiéndose a la sociedad burguesa que extrajera en la práctica la presunta consecuencia de su principio teórico. De esta forma, los socialistas ingleses volvieron la fórmula ricardiana del valor de cambio contra la economía política." En esta misma nota Marx remite a su libro *Miseria de la filosofía*, que por entonces se hallaba en todas partes a la venta.

Rodbertus tenía, pues, la plena posibilidad de persuadirse de si eran realmente nuevos los descubrimientos hechos por él en 1842. En lugar de esto continúa proclamándolos a cada paso y los considera tan insuperables que ni siquiera se le ocurre pensar que Marx podía haber hecho por su cuenta deducciones de la teoría de Ricardo ¡tan bien como lo hiciera el propio Rodbertus! ¡Nada de eso! ¡Lo que hizo Marx fue saquear sus obras, las obras de un autor al que el propio Marx brindara todas las posibilidades para convencerse de que, mucho antes que los dos, estas deducciones habían sido ya hechas en Inglaterra, por lo menos, en la forma tosca que aún conservan en el libro de Rodbertus!

Lo anteriormente expuesto representa precisamnete la más simple aplicación socialista de la teoría de Ricardo. Esta aplicación ha conducido en muchos casos a Rodbertus, entre otros, a puntos de vista que van mucho más lejos que los de Ricardo en lo concerniente al origen y la naturaleza del plusvalor. Pero, sin hablar ya de que todo lo descubierto por él en este orden de cosas había sido ya expuesto por lo menos tan bien como él, Rodbertus, al igual que sus predecesores, peca por el hecho de adoptar las categorías económicas —trabajo, capital, valor, etc.— sin someterlas a crítica, en la forma burda en que fueron trasmitidas en herencia por los economistas, en una forma que resbala por la superficie de los fenómenos sin investigar el contenido de esas categorías. De este modo, no sólo se cierra toda posibilidad de desarrollo —contrariamente a Marx, que fue el primero en extraer las consecuencias de estos postulados, de los que se viene hablando desde hace ya sesenta y cuatro años—, sino que, como veremos más adelante, se abre el camino directo a la utopía.

La precedente aplicación de la teoría de Ricardo, que muestra a los trabajadores cómo la totalidad de la producción social, que es su producto, les pertenece porque son los únicos productores reales, conduce directamente al comunismo. Pero, como indica Marx en las líneas citadas, esta conclusión es formalmente falsa en el sentido económico, ya que representa una simple aplicación de la moral a la economía política. Según las leyes de la economía burguesa, la mayor parte del producto *no* pertenece a los obreros que lo han creado. Cuando decimos que es injusto, que no debe ocurrir, esta afirmación nada tiene de común con la economía política. No decimos sino que este hecho económico se halla en contradicción con nuestro sentido moral. Por eso Marx no basó jamás sus reivindicaciones comunistas en argumentos de esa especie, sino en el desmoronamiento inevitable del modo capitalista de producción, desmoronamiento que adquiere cada día a nuestros ojos proporciones más vastas. Marx habla sólo del simple hecho de que el plusvalor se compone de trabajo no retribuido. Pero lo que no es exacto en el sentido económico formal, puede serlo en el sentido de la historia universal. Si la conciencia moral de las masas declara injusto un hecho económico cualquiera, como en otros tiempos la esclavitud o la prestación personal campesina, esto constituye la prueba de que el hecho en cuestión es algo que ha caducado y de que han surgido otros hechos económicos, en virtud de los cuales el primero es ya intolerable y no puede mantenerse en pie. Por consiguiente, en la inexactitud económica formal puede ocultarse un contenido realmente económico. Éste no es el lugar para extendernos con más detalle acerca del significado y la historia de la teoría del plusvalor.

Pero de la teoría del valor de Ricardo pueden deducirse y se han deducido otras conclusiones. El valor de las mercancías se determina por el trabajo necesario para producirlas. Sin embargo, en nuestro mundo pecador las mercancías se venden ya por encima, ya por debajo de su valor, y este hecho no se debe solamente a las oscilaciones originadas por la competencia. La tasa de ganancia tiene la tendencia a reducirse a un mismo nivel para todos los capitalistas, de la misma manera que los precios de las mercancías tienden a identificarse, mediante la oferta y la demanda, con el valor del trabajo cristalizado en ellas. Pero la tasa de ganancia se calcula en proporción con todo el capital desembolsado en una empresa industrial. Y como en dos ramas distintas de la industria el producto anual puede plasmar cantidades idénticas de trabajo y representar por lo tanto valores iguales dado un mismo nivel de salarios —aunque los capitales empleados en una rama pueden ser, y a menudo lo son, dos o tres veces mayores que en la otra—, la ley del valor de Ricardo, como él mismo lo ha descubierto, se halla en contradicción con la ley de la igualdad de la tasa de ganancia. Si los productos de ambas ramas de la industria se venden por sus valores, las tasas de ganancia no pueden ser iguales; pero si éstas son iguales, los productos de las dos ramas de la industria no siempre son vendidos por sus valores. Aquí tenemos, pues, una contradicción,

una antinomia de dos leyes económicas, resuelta habitualmente en la práctica, según Ricardo (cap. I, secciones 4 y 5), a favor de la tasa de ganancia y en perjuicio del valor.

Pero la definición ricardiana del valor, a pesar de sus fatídicas propiedades, presenta un aspecto que la hace grata para nuestros buenos burgueses. Esa definición apela con empuje irresistible a su sentimiento de justicia. La justicia y la igualdad de derechos son los pilares básicos sobre los que el burgués de los siglos XVIII y XIX hubiera querido erigir su edificio social después de la destrucción de las injusticias, desigualdades y privilegios feudales. La determinación del valor de las mercancías por el trabajo y el libre intercambio de productos del trabajo que se produce sobre la base de esta medida del valor entre los poseedores con iguales derechos son, como ya lo demostró Marx, los cimientos reales sobre los que se ha edificado toda la ideología política, jurídica y filosófica de la burguesía moderna. Una vez establecido que el trabajo es la media del valor de la mercancía, el buen burgués debe sentirse profundamente herido en sus mejores sentimientos por la perversidad de un mundo inmoral que reconoce de palabra este principio fundamental de justicia, pero que de hecho es infringido a cada instante del modo más desvergonzado. Precisamente el pequeñoburgués, cuyo honrado trabajo —aun en el caso de que sólo sea trabajo de sus oficiales y aprendices— se ve cada día más desvalorizado por la competencia de la gran industria y de las máquinas; precisamente este pequeño productor, debe aspirar al reinado de una sociedad en la que el intercambio de productos sea, al fin, una verdad plena y absoluta. En otros términos, debe añorar una sociedad en la que actúe exclusivamente y sin restricciones la ley de la producción mercantil, pero suprimidas las condiciones en las que esa ley puede mantenerse en vigor, es decir, las leyes restantes de la producción mercantil y, mejor aún, de la producción capitalista.

Esta utopía ha echado raíces muy profundas en la mentalidad del pequeñoburgués moderno, real o ideal. Lo prueba el hecho de que ya en 1831 fue desarrollada sistemáticamente por John Gray; en la década del 30 se hicieron en Inglaterra experimentos para llevarla a la práctica y fue ampliamente propagada en el terreno de la teoría. En 1842 fue preconizada como la verdad más nueva por Rodbertus en Alemania, y en 1846 por Proudhon en Francia; en 1871 fue nuevamente proclamada por

Rodbertus como solución del problema social y, al mismo tiempo, como su testamento social, y en 1884 vuelve a encontrar partidarios entre la pandilla de advenedizos que pretenden utilizar el socialismo prusiano de estado, parapetándose tras el nombre de Rodbertus.

La crítica de esta utopía dirigida por Marx tanto contra Proudhon como contra Gray (véase el apéndice de este libro), es tan exhaustiva, que puedo limitarme a hacer aquí algunas observaciones sobre la forma específica en que Rodbertus fundamentó y expuso la utopía.

Como ya se ha dicho, Rodbertus recoge las definiciones en boga de los conceptos económicos tal como los heredó de los economistas. No realiza el menor intento de investigarlos. El valor es para él "la evaluación del objeto en su relación cuantitativa con los demás objetos, cuando esta evaluación se adopta como medida". Esta definición que, expresándonos con suavidad, es sumamente vacua, nos da en el mejor de los casos una idea aproximada del valor, pero no nos dice en absoluto qué es el valor. Y como esto es todo lo que Rodbertus puede decirnos acerca del valor, se comprende que busque la medida del valor fuera del valor. Después de confundir en el mayor desorden a lo largo de treinta páginas el valor de uso con el valor de cambio, dando pruebas de una capacidad de razonamiento abstracto que causa infinito asombro a Adolph Wagner, llega a la conclusión de que no existe una medida real del valor, razón por la cual es preciso conformarse con un sustituto de medida. Como tal podría servir el trabajo, pero sólo en el caso de que productos de igual cantidad de trabajo se cambiasen siempre por productos de igual cantidad de trabajo, independientemente de si "esto tiene lugar de modo espontáneo o se aplican medidas" para ello. Por consiguiente, el valor y el trabajo siguen careciendo de todo vínculo real, aunque el primer capítulo esté consagrado totalmente a explicar que las mercancías "cuestan trabajo", y sólo trabajo, y el porqué.

Rodbertus toma también el concepto de trabajo sin discernimiento, tal como figura en los economistas. Es más, si bien hace una breve alusión a las diferencias en la intensidad del trabajo, concibe éste en su aspecto más general como algo que "posee valor" y, por consiguiente, mide valor, indistintamente de que el trabajo se emplee o no en condiciones sociales medias y normales. No se trata en esa obra de si los productores invierten diez días o uno solo en la fabricación de un artículo

que puede ser preparado en un día, de si emplean mejores o peores instrumentos, de si aprovechan su tiempo de trabajo con el fin de producir artículos socialmente indispensables y en la cantidad necesaria para la sociedad o fabrican artículos de los que no hay demanda alguna o artículos de los que hay demanda, pero en cantidad mayor o menor de la requerida; de nada de esto se trata. El trabajo es trabajo y productos de igual cantidad de trabajo deben cambiarse unos por otros. Rodbertus, siempre dispuesto en otras cuestiones —vengan o no a cuento— a colocarse desde el punto de vista de la nación en su conjunto y a examinar las relaciones entre los productores desde las alturas del observatorio de la sociedad general, en este caso lo evita temerosamente. Y evita hacerlo sencillamente porque desde la primera línea de su libro cae de lleno en la utopía de los bonos de trabajo, y todo análisis de la propiedad que el trabajo tiene de crear valor sembraría su camino de escollos infranqueables. En este caso, su instinto era bastante más fuerte que su poder de abstracción, poder que, dicho sea de paso, sólo se puede descubrir en Rodbertus a condición de poseer una indigencia mental muy concreta.

El tránsito a la utopía es obra de un instante. Las "medidas" que garantizan el cambio de las mercancías por el valor del trabajo cristalizado en ellas, como regla absoluta, no ofrecen dificultad alguna. Otros utopistas de la misma tendencia, desde Gray hasta Proudhon, se estrujaron los sesos para llegar en sus elucubraciones a idear instituciones públicas encargadas de cumplir este cometido. Al menos intentaron resolver las cuestiones económias por vía económica, fundándose en los actos de los propios dueños de mercancías que llevan a efecto el cambio. Rodbertus resuelve el problema de un modo mucho más simple. Como verdadero prusiano, apela al estado, siendo los poderes públicos los que decretan la reforma.

Afortunadamente, el valor queda así "establecido", pero no la prioridad de ello, como reclamaba Rodbertus. Por el contrario, Gray y Bray —como gran cantidad de otros economistas— reiteraron mucho antes que Rodbertus esa misma idea: el deseo de que se adoptaran medidas tendientes a que los productos se cambiasen exclusivamente, siempre y en toda circunstancia, por el valor del trabajo materializado en ellos.

Una vez que el estado ha constituido de este modo el valor, al menos de una porción de los productos —Rodbertus es, por otra parte, modesto—, emite sus bonos de trabajo y los presta a los capitalistas industriales que pagan con ellos a los obreros, y estos últimos compran los productos con los bonos de trabajo obtenidos, reintegrando de tal manera el papel moneda a su punto de partida. Debemos escuchar al propio Rodbertus para ver cuán admirablemente se verifica todo esto:

"Por lo que atañe a la segunda condición, las medidas necesarias para que en la circulación sean realmente consignados los valores en los bonos, consisten en que sólo las personas que hayan proporcionado realmente productos reciban bonos con la indicación exacta de la cantidad de trabajo empleado en la fabricación de estos productos. Quien entregue un producto de dos días de trabajo, deberá recibir un bono en el que figuren 'dos días'. Observando rigurosamente esta regla al efectuar las emisiones, se deberá cumplir indefectiblemente esta segunda condición. Como, según nuestra premisa, el valor de los productos coincide siempre con la cantidad de trabajo empleado en su fabricación, y esta cantidad de trabajo se mide por las fracciones naturales de tiempo invertido, la persona que entregue un producto en el que se hayan empleado dos días de trabajo, si recibe un bono de dos días, se hace con un certificado o una asignación de un valor que no es ni mayor ni menor que el realmente producido. Y como, además, sólo recibe ese certificado quien efectivamente ha creado un producto para la circulación, es indudable también que el valor consignado en el bono existe en realidad para la satisfacción de las necesidades de la sociedad. Si se observa estrictamente esta regla, por amplia que sea la división del trabajo, *la suma de valor existente debe ser exactamente igual a la suma de valor registrada en los bonos*. Y como la suma del valor certificado es, a la vez, la suma exacta de los bonos distribuidos, la última suma *deberá coincidir necesariamente con la cantidad de valor existente, y todas las pretensiones serán satisfechas y liquidadas de un modo justo*" (pp. 166-167).

Si hasta aquí Rodbertus ha tenido la desventura de llegar siempre tarde con sus descubrimientos, esta vez, al menos, se le puede atribuir el mérito de *una* cierta originalidad: ninguno de sus competidores se había atrevido a expresar en una forma tan infantilmente ingenua, tan nítida y, por así decirlo, tan verdaderamente pomeraniana toda la estolidez de la utopía de los bonos de trabajo. Como cada bono corresponde a un objeto representativo de valor y, a su vez, cada objeto de

valor es entregado previa presentación del respectivo bono, la suma de bonos debe ser cubierta constantemente por la suma de objetos de valor; las cuentas se ajustan sin que haya lugar al menor remanente, la coincidencia es hasta de segundos de trabajo y ni un solo contador de la caja central de la hacienda pública que haya encanecido tras largos años de servicio podrá descubrir el menor error de cálculo. ¿Qué más se puede pedir?

En la moderna sociedad burguesa cada capitalista industrial produce por su cuenta y riesgo lo que quiere, como quiere y cuando quiere. Pero ignora completamente las necesidades sociales, tanto con respecto a la calidad y el género de los artículos que se necesitan, como en cuanto a su cantidad. Lo que hoy no puede ser producido con la celeridad debida, mañana puede ser ofrecido en cantidades muy superiores a las necesarias. Sin embargo, de uno y otro modo, bien o mal, las necesidades son satisfechas en definitiva y la producción se encarrila en general hacia los artículos que se precisan. ¿Cómo se resuelve esta contradicción? Por medio de la competencia. ¿Y cómo consigue resolverla la competencia? Obligando simple y llanamente a que los precios de las mercancías no adecuadas en un momento dado por su clase o por su cantidad a las necesidades de la sociedad desciendan por debajo del valor del trabajo materializado en ellas; la competencia hace sentir a los productores, por esta vía indirecta, que sus artículos no son necesarios o que lo son pero que han sido producidos en una cantidad superior a la requerida, en demasía. De aquí se derivan dos deducciones:

Primero: que las continuas desviaciones de los precios de las mercancías con respecto a sus valores constituyen la condición necesaria en virtud de la cual, y sólo por ella, puede manifestarse el propio valor de la mercancía. Sólo gracias a las oscilaciones de la competencia, y por ello de los precios de las mercancías, se abre paso la ley del valor de la producción mercantil y se transforma en una realidad la determinación del valor de la mercancía por el tiempo de trabajo socialmente indispensable. Y aun cuando la forma de manifestación del valor —el precio— sea por lo común algo distinta del valor que ella manifiesta, en tal caso el valor sigue la suerte de la mayoría de las relaciones sociales. También el monarca es la mayor parte de las veces completamente distinto de la monarquía que él representa. Por eso, en una sociedad de productores que intercambian sus mercancías, querer establecer la determinación del valor por el tiempo de trabajo, prohibiendo que la competencia realice esta determinación del valor mediante la presión sobre los precios, es decir, por el único camino por el que puede ser logrado, sólo significa demostrar que, al menos en este terreno, se adolece del habitual menosprecio de los utopistas por las leyes económicas.

Segundo: en una sociedad de productores que intercambian sus mercancías, la competencia pone en acción la ley del valor inherente a la producción mercantil, instaurando así una organización y un orden de la producción social que son los únicos posibles en las circunstancias dadas. Sólo la desvalorización y el encarecimiento excesivo de los productos muestran de modo tangible a los diferentes productores qué y cuánto se necesita para la sociedad y qué no se necesita. Pues bien, este regulador único es precisamente el que la utopía representada también por Rodbertus quiere suprimir. Y si preguntamos ahora qué garantías hay de que cada artículo será producido en la cantidad necesaria y no en una cantidad mayor, qué garantías hay de que no habremos de sentir necesidad de pan y de carne mientras nos vemos aplastados por montones de azúcar de remolacha y nadando en torrentes de aguardiente de patata, o de que no sufriremos escasez de pantalones para cubrir nuestras desnudeces, mientras abundan a millones los botones para tales prendas, Rodbertus nos remitirá solemne a su famoso ajuste de cuentas, el cual indica que por cada libra sobrante de azúcar, por cada barril de aguardiente no vendido, por cada botón no cosido a los pantalones, se ha entregado un bono exacto, ajuste de cuentas en el que todo coincide a la perfección y merced al cual "todas las pretensiones serán satisfechas y liquidadas de un modo justo". Y quien no lo crea puede dirigirse al contable x de la caja central de la hacienda pública de Pomerania, que ha comprobado las cuentas, las ha encontrado en regla y merece plena confianza como hombre que ni una sola vez incurrió en un error de caja.

Fijemos ahora la atención en la ingenuidad con que Rodbertus piensa suprimir con su utopía las crisis comerciales e industriales. Cuando la producción mercantil alcanza las dimensiones del mercado universal, la correspondencia entre la producción de los diferentes productores, guiados por sus cálculos particulares, y el mercado, para el cual producen, más o menos desconocido para ellos en lo que respecta a la canti-

dad y a la calidad de las necesidades del mismo, se establece por medio de una tempestad en el mercado mundial, por medio de la crisis comercial. Impedir que la competencia haga saber a los diferentes productores el estado del mercado mundial mediante el alza y el descenso de los precios, equivale a cerrarle los ojos. Organizar la producción de mercancías de modo que los productores no puedan conocer en absoluto la situación del mercado para el que producen, es, desde luego, una panacea para la enfermedad de las crisis que podría envidiar a Rodbertus el propio doctor Eisenbart.

Ahora se comprende por qué Rodbertus determina el valor de la mercancía simplemente por el "trabajo", admitiendo cuanto más distintos grados de intensidad del mismo. Si hubiese investigado por medio de qué y cómo el trabajo crea y, por lo tanto, determina y mide el valor, habría llegado al trabajo socialmente indispensable: indispensable para cada producto tanto en relación con otros productos de la misma clase como respecto a la demanda de toda la sociedad. Esto le habría conducido a examinar cómo se adapta la producción de los diferentes productores de mercancías a toda la demanda social y, a la vez, habría hecho imposible su utopía. Esta vez ha preferido realmente "abstraerse", y "abstraerse" ni más ni menos que apartándose de la esencia misma del problema.

Pasemos por último al punto en que Rodbertus nos ofrece algo efectivamente nuevo, algo que le distingue de todos sus numerosos correligionarios, partidarios de organizar la economía mercantil con ayuda de los bonos de trabajo. Todos ellos preconizan esta organización del intercambio con el fin de abolir la explotación del trabajo asalariado por el capital. Cada productor debe recibir íntegramente el valor del trabajo materializado en su producto. En esto están de acuerdo todos, desde Gray hasta Proudhon. Pero Rodbertus replica: el trabajo asalariado y la explotación del mismo deben seguir subsistiendo.

En primer término, cualquiera que sea la sociedad que concibamos, el obrero no puede recibir para el consumo el valor íntegro de su producto; el fondo producido deberá subvenir siempre a los gastos de diversas funciones improductivas en el sentido económico pero necesarias, y , por consiguiente, a los gastos de mantenimiento de las personas encargadas de dichas funciones. Esto es cierto únicamente mientras exista la actual división del trabajo. En una sociedad en la que se entronice el trabajo productivo obligatorio para todos —y una

sociedad así es también "concebible"—, eso ya no cuenta. Pero continuarán siendo necesarios un fondo social de reserva y un fondo de acumulación, por lo que entonces los trabajadores, es decir, todos los miembros de la sociedad, poseerán y disfrutarán ciertamente todo su producto, pero cada uno por separado no disfrutará el "producto íntegro del trabajo". Otros utopistas de los bonos de trabajo tampoco han perdido de vista los gastos a descontar del producto del trabajo para las funciones económicamente improductivas. Pero dejan al arbitrio de los mismos obreros la autoimposición de las cargas fiscales para este fin siguiendo los procedimientos democráticos habituales, en tanto que Rodbertus, que ideó su reforma social en 1842 ajustándose estrictamente al estado prusiano de entonces, confía esta tarea a la burocracia, que desde las alturas determina y concede benevolente al obrero la parte que le corresponde de su propio producto.

En segundo término, la renta de la tierra y la ganancia deben quedar igualmente intactas. Pues, como dicen, los terratenientes y los capitalistas industriales también cumplen determinadas funciones socialmente útiles y hasta necesarias, aunque desde el punto de vista económico sean improductivas, y bajo la forma de renta de la tierra y de ganancia reciben por ello una especie de retribución. Como se sabe, este criterio no era nuevo ni siquiera en 1842. Propiamente hablando, los terratenientes y los capitalistas industriales reciben hoy demasiado por lo poco que hacen, que además hacen bastante mal, pero Rodbertus necesita una clase privilegiada por lo menos para los próximos quinientos años, razón por la cual la presente tasa de plusvalor, hablando con exactitud, debe subsistir pero no aumentar. Rodbertus fija esta tasa moderna de plusvalor en el 200%, es decir, por un trabajo diario de doce horas se les entregará a los obreros ya no bonos de doce horas sino tan solo de cuatro, y el valor producido en las ocho horas restantes deberá repartirse entre el propietario territorial y el capitalista. Por consiguiente, los bonos de trabajo de Rodbertus son un engaño. Es preciso ser dueño de fincas señoriales en Pomerania para pensar que la clase obrera pueda conformarse con trabajar doce horas y recibir bonos por cuatro horas. Traduciendo el truco de la producción capitalista a este lenguaje ingenuo, aparece como un robo descarado y se hace imposible. Cada bono entregado al obrero sería un llamamiento directo a la insurrección y quedaría incurso en el artículo 110

del código penal del imperio germano. Hace falta ser un hombre que no haya visto jamás otro proletariado que los jornaleros semisiervos de las posesiones señoriales de Pomerania, donde reinan el látigo y el palo y donde todas las mujeres hermosas de la aldea forman parte del harén del señor, para pensar que se puede hacer a los obreros estas cínicas propuestas. Nuestros conservadores son cabalmente nuestros mayores revolucionarios.

Mas si nuestros obreros son lo suficientemente dóciles como para dejarse convencer de que en doce horas de ruda labor no han trabajado en realidad más que cuatro horas, en recompensa se les garantiza por los siglos de los siglos que su participación en su propio producto nunca será inferior a un tercio. Esto no es otra cosa que música del futuro, interpretada con una trompeta de juguete y de la que no vale la pena ocuparse. Así, pues, todo lo nuevo que Rodbertus ha aportado a la utopía del cambio mediante los bonos de trabajo, es infantilismo puro y por su significación queda muy por debajo de todo lo que han escrito sus numerosos colegas antes y después de él.

En el momento en que vio la luz el trabajo de Rodbertus *Zur Erkenntnis*, etc., fue sin duda un libro notable. Su desarrollo de la teoría ricardiana del valor constituía, en un sentido, un comienzo muy prometedor. Aunque ese desarrollo sólo era nuevo para él y para Alemania, en general está a la misma altura que las obras de sus mejores predecesores ingleses. Pero esto no era sino el comienzo, a partir del cual se podía contribuir con un aporte efectivo a la teoría únicamente a base de un ulterior trabajo fundamental y crítico. Esta vía posterior se la cerró él mismo, cuando desde el primer momento se dedicó a desarrollar la teoría de Ricardo en otro sentido, en el de la ausencia de un criterio preconcebido. Antes había trabajado sin ataduras que le ligasen a un objetivo trazado previamente, pero luego se convirtió en un economista tendencioso. Una vez prisionero de su utopía, se privó de toda posibilidad de progreso científico. Desde 1842 hasta el fin de sus días, Rodbertus no hace otra cosa que dar vueltas y más vueltas en torno a lo mismo, repite sin cesar las mismas ideas expresadas o apuntadas ya en su primera obra, se siente incomprendido, se ve saqueado donde nada había que saquear y, por último, no sin intención, se niega a comprender que ha vuelto a descubrir lo que en realidad estaba ya descubierto hacía mucho tiempo.

En algunos lugares, la traducción alemana se diferencia del original francés impreso. Esto obedece a las enmiendas hechas por Marx de su puño y letra, enmiendas que también serán introducidas en la nueva edición francesa.

No es preciso llamar la atención de los lectores sobre el hecho de que los términos empleados en esta obra no coinciden del todo con la terminología de *El capital*. Por ejemplo, en vez de *fuerza* de trabajo (*Arbeitskraft*), en este libro se habla todavía de *trabajo* (*Arbeit*) como mercancía, de la compra y venta de trabajo.

Como complemento de la presente edición [alemana] figuran: 1] un fragmento de la obra de Marx *Contribución a la crítica de la economía política*, Berlín, 1859, sobre la *primera* utopía del intercambio mediante bonos de trabajo, ideada por John Gray, y 2] la traducción del discurso de Marx sobre el libre intercambio, pronunciado en Bruselas (1848), que se remonta al mismo periodo del desarrollo de Marx al que pertenece la *Miseria*.

Londres, 23 de octubre de 1884.

FRIEDRICH ENGELS

7. PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN ALEMANA

Con motivo de la segunda edición, debo limitarme a decir que el nombre de Hopkins [1], dado equivocadamente en el texto francés, ha sido sustituido por el nombre verdadero de Hodgskin; también ha sido corregido el año de la edición del libro de William Thompson, que fue el de 1824. Ahora confiamos en que la conciencia bibliográfica del profesor Anton Menger quedará tranquila.

Londres, 29 de marzo de 1892.

FRIEDRICH ENGELS

NOTAS Y ACLARACIONES

MISERIA DE LA FILOSOFÍA

N.B.: Las referencias a la obra que critica Marx se basan en la siguiente edición: *Œuvres complètes de P.-J. Proudhon. Nouvelle édition. Système des contradictions économiques ou Philosophie de la misère*, Introducción y notas de R. Picard, 2 vols., París, M. Rivière, 1923. Título abreviado: ed. 1923.

Acerca de la *Premier mémoire* sobre la propiedad (1840), hemos tomado la misma edición: *Qu'est-ce que la propriété? ou Recherches sur le principe du droit et du gouvernement*, París, 1926, pp. 119-347. (El texto va precedido en este volumen por *De la célébration du dimanche*, pp. 31 ss.)

[1] Marx se dice aquí alemán y economista, pero más adelante escribirá que Proudhon "nos fuerza a recobrar nuestra condición de alemán a pesar nuestro" y que "los economistas son los representantes científicos de la clase burguesa". Véase pp. 63 y 81.

[2] Esta cita se compone de tres pasajes procedentes de tres párrafos distintos. Es Marx quien subraya.

[3] De hecho, Proudhon escribió: "Suponer a Dios —se dirá— es negarlo." Y, más adelante, él mismo se explica: "Diré pues cómo, al estudiar en el silencio de mi corazón y lejos de toda consideración humana, el misterio de las revoluciones sociales, Dios, el gran Desconocido, se volvió para mí en una hipótesis, quiero decir en un instrumento dialéctico." En el transcurso del prólogo Proudhon observará todavía "cómo, en un libro de economía política", tuvo que partir de "la hipótesis fundamental de toda filosofía" y aludirá a sus *Mémoires* sobre la propiedad. En efecto, desde la *Premier mémoire* (1840) ya había abordado este problema a la manera de Ludwig Feuerbach: "La humanidad cree que Dios existe; pero ¿en qué cree al creer en Dios? En una palabra, ¿qué es Dios?" (ed. 1926, p. 141). Marx olvida, y volverá a olvidarlo, la admiración entusiasta de que había dado muestras, tres años antes, ante el autor y su *Premier mémoire* sobre la propiedad, "manifiesto científico del proletariado francés" (cf. *La sagrada familia*, en *Werke*, vol. II, p. 43). El 30 de octubre de 1846, Proudhon anotará en un cuaderno de apuntes: "La ciencia económica abroga la religión" (*Carnets*, ed. Rivière, vol. I, 1960, p. 366). Este aforismo expresa perfectamente el sentido de la "hipótesis" proudhoniana.

[4] Esta requisitoria contra el dinero se encuentra ya en *La cuestión judía* y en los manuscritos parisienses (1844); volveremos a encontrarla incorporada al análisis teórico de *El capital*.

[5] Proudhon no ha olvidado este aspecto del problema, ya que da varios ejemplos para ilustrar los efectos nefastos de la abundancia sobre los mercados (cf. Proudhon, *op. cit.*, ed. 1923, t. I, pp. 97 ss).

Al fenómeno señalado por Marx —escasez artificial de productos con el fin

de mantener los precios en el nivel deseado de rentabilidad— se le conoce con el nombre de "maltusianismo económico", particularmente en el dominio de la producción agrícola. Puede citarse como ejemplo a Estados Unidos. Se dice, en estudios considerados autorizados, que 120 millones de hectáreas de tierra arable y de pastos han sido destruidas (o no se ha hecho nada por salvarlas de la erosión): es decir, diez veces la superficie productiva del Reino Unido.

El título dado por Marx ("Historia del comercio") parece apuntar a Adam Anderson, autor de *An historical and chronological deduction of the origin of commerce from the earliest accounts to the present time*. . ., vols. I-II, Londres, 1801. Por lo menos tal es la indicación de *MEGA*, vol. VI, p. 691 (registro de títulos). Pero ¿es esto exacto? Otro Anderson aparece en los cuadernos de estudio de Marx: James Anderson, autor de *A calm investigation of the circumstances that have led to the present scarcity of grain in Britain*. . ., Londres, 1801. Marx copió pasajes de esta obra durante su breve viaje a Manchester, en julio de 1845 (cf. *MEGA*, vol. VI, p. 601). Se cita y comenta a James Anderson en las *Teorías sobre el plusvalor* (ed. Dietz, vol. II, pp. 110-114). Marx pudo confundir a los dos Anderson, James y Adam. De este último no encontramos ningún rastro en los cuadernos de lectura, pero se le citará en *El capital*, libro III, p. 426, con el mismo título, impreciso, que en las *Teorías: History of commerce* (1764). Cita de nuevo a James Anderson en la p. 797.

[6] Este juicio fue sistematizado por el sociólogo norteamericano Thorstein Veblen en su célebre obra *La teoría de la clase ociosa* (1899).

[7] Esta tesis será retomada y ampliada en las *Teorías sobre el plusvalor* en relación con la cuestión del trabajo productivo e improductivo. Marx esboza ahí una sociología de las profesiones bajo el régimen capitalista (cf. *Theorien*. . ., ed. Dietz, t. I, 1956, pp. 115-376).

[8] Marx olvida todo el primer capítulo del *Système des contradictions*, intitulado: "De la science économique". Encontramos ahí, sin embargo, ideas que reaparecerán en su obra, o que formuló en escritos anteriores; en este caso, Proudhon podría haberlas oído en boca de Marx, en el transcurso del otoño de 1844. Por lo que respecta a la economía política, ese "código de la rutina inmemorial de la propiedad" (I, p. 66); a "la fisiología de la riqueza. . . la práctica organizada del robo y de la miseria" (I, p. 67); al socialismo, que "opone al principio de propiedad el de asociación" (I, p. 68), y los socialistas, que "apelan exclusivamente a la ciencia" (I, p. 69); a la posibilidad de una ciencia social; "conocimiento razonado y sistemático, no de lo que *fue* la sociedad, ni de lo que será, sino de lo que es en toda su vida, es decir en el conjunto de sus manifestaciones sucesivas" (I, p. 73). Proudhon presta su pluma al propio pensamiento del Marx de 1844: "El socialismo no es nada sin una crítica profunda y un desarrollo incesante de la economía política" (I, p. 76), y a su método: "El gobierno de la sociedad debe aprenderse, ya no en una ideología hueca, a la manera de *El contrato social*, sino, como lo vislumbró Montesquieu, en *la relación de las cosas*" (I, p. 86); no ignora la fuente del plusvalor (pp. 77, 123). Antes de que Marx haya pensado en ello, aborda su objeto mediante el tema que será igualmente el primer tema de *El capital*: el valor, que "indica una relación esencialmente social" (I, p. 91), y esta relación se mide según una "ley" y un "principio" (I, p. 106). Insiste todavía en "la antinomia" del valor de cambio y del valor de uso (pp. 106 ss), en el *excedente de trabajo* (I, p. 122), en "el derecho constitucional, que todos adquirimos por la revolución, de robar al prójimo" (I, p. 123), en la existencia en la sociedad "de estados que *se aprovechan* y otros que *languidecen*" (I, p. 127). Finalmente: "El error del socialismo ha sido hasta ahora perpetuar la fantasía religiosa lanzándose a un porvenir fantástico en lugar de captar la realidad que lo oprime" (I, p. 134). Vemos así que Marx, desde el principio, estaba de acuerdo con Proudhon en un cierto número de puntos fundamentales.

[9] En la lista de "Notas y cambios" que destinaba a una nueva edición francesa de la *Miseria*. . ., Engels añadió en este lugar la frase siguiente: "En Ricardo, el valor relativo es el valor expresado en numerario." No figura en la edición de 1896.

[10] En la edición alemana de 1885, Engels inserta aquí la nota siguiente: "Sabemos que para Ricardo el valor de una mercancía está determinado por la 'cantidad de trabajo necesario para adquirirla'. Ahora bien, el modo de intercambio que predomina en toda forma de producción fundada en la mercancía —por lo que sucede lo mismo en el sistema capitalista— tiene por consecuencia de todos modos que este valor no se exprese directamente en cantidades de trabajo, sino en cantidades de otra mercancía. En Ricardo, el valor de una mercancía expresado en un quántum de otra mercancía (sea o no dinero) se llama su valor relativo" (cf. *MEGA*, vol. VI, p. 133).

[11] Antes de estudiar a Ricardo, Marx aprendió de Proudhon (ya iniciado en las doctrinas de la economía clásica) que el valor de un producto es función del tiempo de trabajo y que podía fundarse en esta teoría la reivindicación de la igualdad de las tareas sociales y de los salarios (cf. *Premier mémoire*, ed. 1926, cap. III, § 6).

[12] Nota de Engels a la edición alemana de 1885: "La tesis de que el precio 'natural', es decir normal, de la fuerza de trabajo coincide con el mínimo del salario, es decir con el valor de cambio de las subsistencias absolutamente necesarias para la vida y la reproducción del obrero. . . esta tesis la establecí por primera vez en el 'Esbozo de una crítica de la economía política' (*Annales franco-allemandes*, París, 1844) y en *La situación de la clase obrera en Inglaterra* [Leipzig, 1845]. Vemos que entonces fue adoptada por Marx y Lassalle nos la tomó. No por ello es menos errónea, aunque en la realidad el salario tienda constantemente a acercarse a su mínimo. Ciertamente, a la fuerza de trabajo, como regla general y como promedio, se la paga por debajo de su valor, pero este hecho no podría cambiar su valor. En *El capital* Marx rectificó la tesis antedicha, al analizar las condiciones que permiten a la producción capitalista bajar cada vez más el precio de la fuerza de trabajo por debajo de su valor (cap. XXIII, 'La ley general de la acumulación capitalista')." La "toma" de Lassalle de la que habla Engels no es otra que la "ley de bronce del salario", la cual, formulada en 1863, pasó al programa del partido obrero alemán, adoptada en el congreso de unificación de Gotha (1875). Marx la criticó vigorosamente en sus *Glosas marginales* que remitió el 5 de mayo de 1875 a Wilhelm Bracke, pero estas notas no se hicieron públicas hasta 1891.

[13] En la fe de erratas, Marx suprime "casos", pensando sin duda trasladar así en francés la palabra alemana *inwiefern* (en qué medida). En la edición alemana se lee: *in wie vielen Fällen* (cf. K. Marx, *Das Elend der Philosophie*. . ., Berlín, 1957, p. 71).

[14] Esta hipótesis corresponde a lo que Marx llamará más tarde la "primera fase" de la sociedad comunista (cf. *Crítica del programa* del partido obrero alemán [1875]).

[15] Marx acaba de plantear el delicado problema de la reducción del trabajo complejo al trabajo simple. Todavía no se separa de Ricardo. Sólo diez años más tarde, al empezar su obra maestra, concebirá el trabajo abstracto y hará de él la piedra angular de su teoría del valor. Esto no fue sin exponerse a ciertas impugnaciones.

En *La sagrada familia*, Marx tomó la defensa de Proudhon contra la "crítica crítica" para mostrar que el autor de la *Premier mémoire* había planteado correctamente —desde el punto de vista de la economía política— el problema del tiempo de trabajo como medida del costo de producción: "Al volver al tiempo de trabajo, que es la existencia inmediata de la actividad humana como tal, la medida del salario y del valor del producto, Proudhon da una importancia decisiva al factor humano, mientras que en la economía política antigua es la fuerza material del capital y de la propiedad territorial la que domina; dicho de otro modo, Proudhon restablece al hombre en sus derechos, pero su paso es contradictorio, pues se queda en el marco de la economía política" (*Werke*, vol. II, p. 51).

[16] ¡Extraña forma de maltratar a la víctima! Marx empieza por cortar pedazos de una página de Proudhon, pero omite dos veces los puntos suspensivos. Pongámoslo como olvido, pero el último párrafo está sacado del capítulo sobre la competencia, impreso cien páginas más adelante y de todos modos extraño a la cuestión debatida. Y no es todo: en ese mismo párrafo, Proudhon la emprende contra "el comunista 'que' cambia el nombre de las cosas", etc.; Marx cambia "comunista" por "economista" y, el colmo de la confusión, añade el paréntesis: ¡"léase Proudhon"!

Sin embargo, una lectura atenta del capítulo que es objeto de la crítica de Marx sugiere que tal fórmula proudhoniana aquí hallada tuvo que dejar su impronta en el espíritu del futuro autor de *El capital*, inclinado sobre el secreto de la "forma valor". He aquí un ejemplo de cien: "La idea que nos hemos hecho hasta ahora de la medida del valor es [. . .] inexacta; lo que buscamos no es el patrón del valor [. . .], sino la ley siguiendo la cual los productos se proporcionan en la riqueza social; pues del conocimiento de esta ley dependen, en lo que tienen de normal y de legítimo, el alza y la baja de las mercancías. En una palabra, como por la medición de los cuerpos celestes se comprende la relación resultante de la comparación de estos cuerpos entre sí, por lo mismo, por la medición de los valores, hay que entender la relación que resulta de su comparación; ahora bien, yo digo que esta relación tiene su ley, y esta comparación su principio" (cf. Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 106).

[17] Cf. Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, p. 200.

[18] En la primera reedición de *Misère*. . . (París, Giard et Brière, 1896) se lee: "El trabajo, la fuerza de trabajo. . ." Pero esta precisión anticipa una etapa posterior del pensamiento económico de Marx. Véase *Trabajo asalariado y capital*.

[19] En la secuela de su idea de que "el interés del capital" se expresa así: *todo trabajo debe dejar un excedente* y de que "todo valor nace del trabajo y se compone esencialmente de salarios" (p. 77), Proudhon observa contra Say que el trabajo, si bien es una mercancía, no vale en tanto que mercancía sin más, "sino en vista de los valores que suponemos encerrados en él potencialmente. El *valor del trabajo* es una expresión figurada, una anticipación de la causa sobre el efecto" (p. 113). Proudhon *adivinó* el plusvalor y también aquí Marx le queda en deuda, al explicar (por ejemplo en el cap. VI de *El capital*) que el trabajo (mejor dirá: la *fuerza de trabajo*) es una mercancía vendida, cuyo valor aparece *después* de ser utilizada.

Marx dirá que, en la expresión "imaginaria" "valor del trabajo", el concepto de valor se ha transformado en su contrario; subraya todavía la irracionalidad de esta expresión para designar el valor de la fuerza de trabajo. (Véase *El capital*, t. I, pp. 653-654.)

[20] Este esbozo de una sociología de la civilización y del progreso resume las ideas desarrolladas en la primera parte de *La ideología alemana*, obra que es el primer fruto de la colaboración de Marx y Engels, después de su encuentro en Bruselas (1845-1846). Al no encontrar editor, abandonaron el manuscrito a la "crítica devoradora de los ratones", pero la teoría llamada "materialista" de la historia fue en ese momento definitivamente captada.

Si se hace abstracción de la diferencia de vocabulario, percibiremos que la concepción marxiana de progreso, resultado del antagonismo entre capital y trabajo, no carece de afinidad con la filosofía del progreso esbozada aquí por Proudhon. Desde luego se puede oponer la concisión de Marx a la verbosidad eruptiva de Proudhon, pero no podrá dejarse de pensar que las "contradicciones" percibidas por el primero y las "antinomias" caras al segundo remiten, se diga lo que se diga, a la misma fuente de inspiración: Hegel. Una misma certidumbre acerca al doctor titulado y al autodidacta. Véase, de este último, el capítulo sobre "la balanza comercial", en el que Marx no encontró mucho que criticar.

[21] En el ejemplar Útina, el adjetivo "social" fue tachado después de "producción" (cf. *MEGA*, vol. VI, p. 145). Sobre la doble cara del tiempo de trabajo en una "asociación de hombres libres", véase *El capital*, t. I, p. 96.

[22] La lista de Engels da después de "que" esta precisión: "en las sociedades fundadas en los intercambios individuales" (cf. *MEGA*, vol. VI, p. 146).

[23] En el original: "homogéneos". Corregido en la traducción alemana por *gleichartige*.

[24] Tenemos aquí, implícitamente, el concepto fundamental de trabajo socialmente necesario, que será desarrollado en *El capital* (pp. 48 y 674).

[25] Marx escribirá en 1850: "La edad de oro y la edad de hierro han desaparecido para siempre; se le reservó al siglo XIX, con su inteligencia, su mercado mundial, sus fuerzas productivas colosales, dar nacimiento a la *edad del algodón*" (*Neue Reinische Zeitung - Revue*, fasc. 5-6, reimpreso en *Werke*, vol. VII, p. 432).

[26] Este aforismo expresa perfectamente el optimismo irracional con que Marx contemplaba la función histórica de la miseria social, cuyo significado está dado por su "necesidad" misma. Para Marx, esta irracionalidad sólo era aparente: la lucha de clases introducía una negación revolucionaria, una voluntad de acción que transforma ese proceso y lo inclina hacia la abolición del capital.

[27] En la edición original podía leerse "Hopkins". El error fue señalado por Anton Menger (*Das Recht auf den vollen Arbeitsertrag*, 1886) y rectificado por Engels en la 2a. edición alemana.

No obstante, es necesario señalar la existencia de un Thomas Hopkins, conocido por sus *Economical inquiries relative to the laws which regulate rent, profit, wages, and the value of money*, Londres, 1822. (Cf. *Werke*, vol. IV, pp. 98 y 622.) Marx comentará la obra de Hopkins en las *Teorías sobre el plusvalor* (*Theorien*. . ., t. II, pp. 127 ss).

[28] Marx, que hace de Francis Bray el precursor de Proudhon, no desdeñó la lección del socialista inglés, discípulo de Robert Owen. Con todo, no conservará de él el desdén por la igualdad política, pues verá por el contrario en ella el medio para la emancipación económica de los trabajadores. Éste será el principal punto de discordia, en la Primera Internacional, entre los discípulos de Proudhon y de Bakunin y el "partido Marx".

[29] A partir de este pasaje, y hasta el capítulo sobre la competencia y el monopolio, encontramos en el ejemplar personal de Proudhon anotaciones marginales. No aceptó de "buena gana" la "férula" de su crítico, como habíale prometido a éste (véase la Advertencia, p. XI). Proudhon no parece haber sido un lector muy atento y por lo visto empezó su lectura por las citas de Francis Bray, que debió encontrar demasiado fuertes para su gusto a juzgar por el "sí" anotado al margen (ed. 1923, t. II, p. 415).

Las pocas menciones rencorosas del nombre de Marx que se han encontrado en los *Carnets* de Proudhon confirman esta hipótesis. Éstas dan valor al tono desdeñoso y escandalizado de su observación a Guillaumin: "He recibido el libelo de un doctor Marx, las *Miserias de la filosofía*. Es una sarta de groserías, de calumnias, de falsificaciones, de plagios" (cf. *Correspondance*, t. II, p. 267).

[30] "Comunismo" traduce aquí el inglés *community of possessions*.

[31] Marx se reconoce aquí indirectamente como discípulo de Robert Owen, maestro de Francis Bray y pionero del movimiento cooperativo obrero. El silencio que observa hacia Owen en su respuesta a Proudhon es tanto menos comprensible cuanto que, en un cuaderno de estudio que data de 1846, copió casi 300 pasajes de diversos escritos del reformador británico (cf. *MEGA*, vol. VI, p. 599).

[32] Esto es exactamente lo que propondrá Marx en 1875 cuando redacte el plan de la sociedad comunista en su primera fase (cf. *Crítica del programa del partido obrero alemán*. . .).

[33] Marx repite aquí lo que Engels escribió en su *Esbozo de una crítica de la economía política*, 1844 (cf. *Werke*, vol. I, p. 516).

[34] Nota añadida por Engels para la edición alemana de 1885: "Sabemos que Proudhon no se tomó en serio esta advertencia. En 1849, él mismo intentó la experiencia de un nuevo banco de intercambio en París: fracasó aun antes de empezar a funcionar. Los procedimientos judiciales emprendidos contra Proudhon llegaron a tiempo para ocultar esta quiebra." Sobre el "Banco del Pueblo", fundado en Saint-Denis en enero de 1849, véase E. Dolléans, *Proudhon*, París, 1948, pp. 175 ss. Los artículos de Proudhon publicados en el mismo mes contra el Príncipe Presidente en *Le Peuple* entrañaron la condena del autor a tres años de prisión. El primer banco de intercambio fue fundado en Londres en 1830 siguiendo los principios expuestos por Robert Owen en su *Report to the County of New Lanark*, publicado en 1820.

[35] Es lo que Proudhon dice del *valor* (cf. ed. 1923, t. I, p. 91).

[36] Alusión a un pasaje de la obra principal de Adam Smith: "En una tribu de cazadores o de pastores, un individuo, pongamos por caso, hace las flechas y los arcos con mayor presteza y habilidad que otros. Con frecuencia los cambia por ganado o por caza, con sus compañeros, y encuentra, al fin, que por este procedimiento consigue una mayor cantidad de las dos cosas que si él mismo hubiera salido al campo para su captura. Es así como, siguiendo su propio interés, se dedica casi exclusivamente a hacer arcos y flechas, convirtiéndose en una especie de armero" (*La riqueza de las naciones*, México, 1958, p. 17).

[37] Quizá sea en este punto, que pertenece al dominio de la sociología del derecho, donde la oposición entre Marx y Proudhon es irreductible. ". . .la moral, el derecho, la justicia de ninguna manera son para [Proudhon] productos relacionados con ciertas condiciones sociales determinadas, sino, en el fondo, *absolutos*", observa A. Cuvillier en su ensayo sobre "Marx et Proudhon" (*Hommes et idéologies de 1840*, París, 1956, p. 186).

[38] El pasaje se encuentra en la *Histoire du Parlament de Paris*, cap. LX: "Finances et système de Law pendant la Régence".

[39] Libra tornesa: "Se dice. . . de las libras que valen veinte sueldos, a diferencia de las libras parisienses, que valen veinticinco. . ." (Littré).

[40] Véase nota 37.

[41] Las pocas páginas que acabamos de leer se cuentan entre las más débiles del libro. Sobre la moneda, los conocimiento de Marx aún no eran muy sólidos. Empezará su estudio seriamente en 1850, cómo nos lo muestran los numerosos cuadernos de lectura de su primer periodo londinense. En uno de estos cuadernos mezcló, junto con los extractos de lecturas, "reflexiones" críticas sobre los conceptos proudhonianos de la moneda (cf. M. Rubel, "Les cahiers d'étude de Karl Marx" en *International Review of Social History*, vol. II, 1957, núm. 3, pp. 406 ss).

[42] Veamos lo que dice Proudhon al respecto, en un lenguaje del que se diría que es casi durkheimiano: "La mayor parte de los filósofos, así como de los filólogos, sólo ven en la sociedad un ser de razón, o, por decirlo mejor, un nombre abstracto que sirve para designar a un conjunto de hombres. [. . .] para el verdadero economista, la sociedad es un ser vivo, dotado con una inteligencia y una actividad propias, regulado por leyes especiales que la sola observación descu-

bre, y cuya existencia se manifiesta no bajo una foma física, sino por el concierto y la íntima solidaridad de todos sus miembros" (*loc. cit.*, t. I, p. 123). Habría que citar toda esta página. Véase G. Davy, *Émile Durkheim*, París, 1927, p. 14.

[43] Exactamente esto escribió ya Proudhon en su *Premier mémoire*, y lo que Marx retomó por su cuenta en *La sagrada familia*, antes de buscar otras fuentes de esta "simple verdad" y de encontrarle un aire metafísico a la idea de la "sociedad persona". No obstante, antes incluso de escribir estas páginas, tan elogiosas, sobre Proudhon, Marx anotó en sus manuscritos económico-filosóficos esta norma sociológica: "Es necesario evitar antes que nada determinar a la 'sociedad' como abstracción frente al individuo. El individuo *es el ser social*" (*MEGA*, vol. III, p. 117). La comparación Proudhon-Durkheim-Marx nos parece bastante legítima. Cf., por ejemplo, C. Bouglé, *La sociologie de Proudhon*, París, A. Colin, 1911, pp. 146 ss y A. Cuvillier, *loc. cit.*, pp. 189 ss.

[44] Luminosamente expuesto por Ricardo en el capítulo VI de sus *Principios*, el problema de la "tasa de ganancia media", que aflora aquí, será laboriosamente tratado por Marx en la segunda sección del libro III de *El capital*.

[45] Era el argumento preferido de Robert Owen, y Marx lo retoma casi textualmente, sin nombrar su fuente.

[46] Citemos por lo demás las líneas que preceden a este parágrafo y que vienen antes de la cita hecha más arriba, pp. 59-60: "Mientras que, mediante el progreso de la industria colectiva, cada jornada de trabajo individual obtiene un producto mayor y, como necesaria consecuencia, que el trabajador, con el mismo salario, debería volverse cada día más rico, existen en la sociedad estados que *se aprovechan* y otros que *se deterioran*; trabajadores con doble, triple y céntuple jornal, y otros en déficit; por todas partes, finalmente, gente que disfruta y otra que sufre, y, por una división monstruosa de las facultades industriales, individuos que consumen y que no producen" (*loc. cit.*, t. I, p. 127).

[47] Véase la nota [1]. Marx renunció a la ciudadanía prusiana a fines de 1845. Más tarde intentará, sin éxito, recuperar la nacionalidad alemana o naturalizarse inglés.

[48] Alusión a la *Explication du Tableau économique* del abate Nicolas Baudeau (1770), que Marx había leído en la edición Daire, y en la que se inspirará veinte años más tarde para establecer sus esquemas de la reproducción, tema central del libro II de *El capital*. Desde luego, Proudhon no ignoraba esta *Explication*, pues escribía en su *Système des contradictions* (t. I, p. 227): "El cuadro económico de Quesnay, por ininteligible que parezca, da fe de un sentimiento profundo de la síntesis general."

[49] Anotación marginal de Proudhon: "Es muy forzado, ya que en la sociedad todo es, como se dice, *contemporáneo*; como, en la naturaleza, todos los átomos son eternos" (ed. 1923, t. II, p. 416). Observación bastante oscura. ¿Quiere decir que el movimiento de la razón pura es paralelo a las relaciones de producción? ¿Se trata de una alusión a la "diálectica serial" que Proudhon expuso tres años antes en *De la création de l'ordre dans l'Humanité*? Es bien difícil descifrar, en esta obra frondosa, oscura y pretenciosa (el autor mismo hablará de ella más

tarde como de una obra fallida) una respuesta a estas preguntas. No es imposible que esta anotación tenga cierta relación con las reflexiones epistemológicas sobre el atomismo que podemos leer en el prólogo del *Système des contradictions* (ed. 1923, t. I, pp. 43 y 48, notas).

[50] Alusión irónica a las explicaciones etimológicas del hebraizante Proudhon, en muchos lugares de su libro (ed. 1923, t. I, p. 35; t. II, p. 240, etc.). En 1836, Proudhon fue regente en una imprenta de Besançon que le confió la corrección de las pruebas de una *Vulgata*, con traducciones interlineales del hebreo. Aprendió así esta lengua y compuso en seguida un *Essai de grammaire générale*, "para demostrar la unidad del género humano mediante la unidad de origen de las lenguas" (cf. carta del 19 de enero de 1845 a Bergmann, citada por C.-A. Sainte-Beuve, *P.-J. Proudhon, sa vie et sa correspondance, 1838-1848*, París, A. Costes, 1947, pp. 15 ss).

[51] Marx retoma aquí, en una forma más concentrada, el argumento desarrollado en *La sagrada familia*, cap. V, § 2, bajo este título: "El secreto de la construcción especulativa" (*Werke*, vol. II, pp. 59-63).

[52] Se trata de hecho de un resumen del siguiente pasaje de la *Wissenschaft der Logik*: "*Die Methode ist* [. . .] *als die ohne Einschränkung allgemeine, innerliche und äusserliche Weise, und als die schlechthin unendliche Kraft anzuerkennen, welcher kein Objekt — insofern es sich als ein Äusserliches, der Vernunft fernes und von ihr unabhängiges präsentiert — Widerstand leisten, gegen sie von einer besonderen Natur seyn, und von ihr durchdrungen werden könnte* [. . .] *Sie ist darum die höchste* Kraft *oder vielmehr die* einzige *und absolute* Kraft *der Vernunft, nicht nur, sondern auch ihr höchster und* einziger *Trieb*, durch sich selbst in Allem sich selbst zu finden und zu erkennen" (G.W.F. Hegel, *Wissenschaft der Logik*, vol. III, sección III, cap. III: "Die absolute Idee").

[53] Nota marginal de Proudhon: "Muy bien; ¿es esto tan tonto?" (ed. 1923, t. II, p. 416). De hecho, la ambición declarada de Proudhon es triunfar allí donde Kant fracasó: "popularizar la metafísica" (carta a Ackermann, 4 de octubre de 1844). Y delante de Karl Grün, que le enseña que la antropología feuerbachiana "es la metafísica en acción", Proudhon exclama: "Y yo voy a demostrar que la economía política es la metafísica en acción" (cf. C.-A. Sainte-Beuve, *op. cit.*, pp. 188, 200). Por lo demás, tal es lo que nos dice en su obra (t. I, p. 66). Poco antes había expuesto en dos capítulos de *La création de l'ordre*. . ., tan largos como oscuros, su concepción de la metafísica y de la economía política, sin recelar aún que su pensamiento iba a conocer de inmediato un nuevo avatar. Marx primero y Grün en seguida, en efecto, lo adoctrinarán con la dialéctica hegeliana: ¿habrá visto el primero su trabajo de profesor chapuceado por el segundo, para reiniciar aquí el gesto de la iniciación?

[54] Nota marginal de Proudhon: "No pretendo hacer otra cosa; y creo que ya es algo. Vuestra primera observación no observa nada" (cf. ed. 1923, t. II, p. 416). Proudhon acepta pues de buena gana la lección que Marx le propone sobre la diálectica de Hegel; parece incluso reencontrar en ella su manera de "adaptar" el filósofo alemán a las necesidades de sus propias teorías. Hay que reconocer que la explicación de Marx raya en la caricatura. Retomará la lectura de la *Ló-*

gica diez años más tarde, y será para "coquetear", en *El capital*, con el estilo del maestro.

[55] Nota marginal de Proudhon: "Mentira: precisamente esto es lo que yo digo. La sociedad produce *leyes* y los *materiales* de su experiencia" (ed. 1923, t. II, p. 416). Dada la prolijidad del discurso proudhoniano, no debemos asombrarnos de encontrar en esta voluminosa obra ideas que giran en el sentido de una sociología de las "superestructuras" tal como Marx lo esboza en esta observación. A medida que avanza en la lectura, Proudhon se cree más y más robado y plagiado por su crítico. Hay una especie de *quid pro quo*, que podría explicarse si recordamos que el *Système des contradictions* fue escrito bajo la impresión de las entrevistas que el autor tuvo con "un gran número de alemanes", entre ellos Marx, que lo "infectaron" de hegelianismo (cf. la carta de Proudhon a Bergmann del 19 de enero de 1845 y el artículo necrológico que Marx escribió en 1865 para el *Social-Demokrat* y que incluimos aquí como apéndice 5). Aun reconociendo que nunca leyó a Hegel, Proudhon escribía a Bergmann que había sido "persuadido" de utilizar la lógica hegeliana en su siguiente obra, es decir en el *Système des contradictions*. A este respecto puede confrontarse con utilidad las interpretaciones opuestas de A. Cuvillier (*op. cit*., pp. 168 ss) y de G. Gurvitch (*Dialectique et sociologie*, París, 1962, pp. 69 ss).

[56] Lucrecio, *De natura rerum*, III, 882: *mortalem vitam cui immortalis ademit*. Proudhon anota en este lugar: "Sí, eternas como la humanidad, ni más ni menos, y todas contemporáneas. Vuestra segunda observación no llega a nada" (*loc. cit*., t. II, p. 416).

[57] Nota marginal de Proudhon: "Precisamente es lo que digo. ¿Decidme, pues, cómo os las arreglaríais para hablar alternadamente de los objetos de la economía política?" (*loc. cit*., t. II, p. 216).

[58] Nota marginal de Proudhon: "¿Quién os ha dicho todo esto? Vuestra observación no es más que una calumnia" (*loc. cit*., t. II, p. 216). En esta observación —como en la precedente— Marx parece apuntar tanto al autor de *La création de l'ordre* como al del *Système des contradictions*. La indignación de Proudhon, que parece haber tomado distancia respecto de su libro precedente, no carece pues del todo de justificación.

[59] Nota de Engels a la edición alemana de 1885: "Era totalmente justo para 1847. El comercio mundial de Estados Unidos se limitaba entonces principalmente a la importación de inmigrantes y de productos industriales así como a la exportación de algodón y de tabaco, o sea de los productos del trabajo de los esclavos del sur. El norte producía sobre todo trigo y carne para los estados esclavistas. La abolición de la esclavitud sólo fue posible cuando el norte produjo trigo y carne para la exportación y además se convirtió en un país industrial, y cuando el monopolio del algodón estadunidense se vio amenazado por una fuerte competencia en las Indias, en Egipto, en Brasil, etc. La consecuencia no fue otra que la ruina del sur, que no había logrado sustituir la esclavitud abierta de los negros por la esclavitud encubierta de los culíes hindúes y chinos" (*MEGA*, vol. VI, p. 181).

[60] En las seis observaciones que ha anotado al margen de esta "cuarta observación", Proudhon trata de "absurda" la interpretación que da Marx de su dialéctica, niega toda intención de eliminar "el lado malo" y declara que esta observación no es más que "mentira" y "calumnia" (*loc. cit*., t. II, p. 417). Sin duda, Marx forzó el pensamiento de Proudhon, pero no podríamos negar que en los escritos de éste anteriores a *De la justice dans la révolution et dans l'église* (1858) la propensión hacia la síntesis conciliadora de las "antinomias" es lo bastante pronunciada como para autorizar esta interpretación. Acerca de este punto es donde los comentadores de Proudhon están profundamente divididos. Así, G. Gurvitch es de la opinión que "lo que inquieta a Marx, con justa razón, es la tendencia de Proudhon a *inmovilizar las contradicciones*, las reales tanto como las irreales, en la búsqueda de sus equilibrios" (*loc. cit*., p. 110). Acerca de la observación de Marx sobre la "categoría económica" de la esclavitud y su "buen lado", Proudhon se defiende anotando primero: "Éste es un punto pérfido pero razonable"; y después se explica: "La esclavitud extrema del proletariado, es decir su inferioridad relativa, tiene su razón de ser, que hará que siempre exista, no como *esclavitud* sino como *aprendizaje*, o algo semejante. Es siempre algo así como la aduana" (ed. 1923, t. II, p. 417). La última frase es una alusión a las reflexiones que consagra Proudhon a los problemas de la "balanza comercial" (*loc. cit*., t. II, pp. 5-83). Es difícil descubrir en estas páginas desordenadas un concepto preciso, a pesar del esfuerzo de síntesis del autor, que propone una "fórmula de organización de la sociedad mediante el trabajo", fórmula "suprema" que "debe [. . .] conciliar la competencia y la solidaridad, el trabajo y el monopolio, en una palabra, todas las contradicciones económicas" (*ibid*., p. 82).

[61] Nuevas protestas de Proudhon, que acusa a Marx de deformar su pensamiento y lo tacha de celos: "¿He pretendido nunca que los *principios* sean otra cosa que la representación intelectual y no la causa generadora de los hechos?. . . El verdadero sentido de la obra de Marx es que lamenta que yo haya pensado en todo como él y que lo haya dicho antes que él. ¡Sólo le cabe al lector creer que es Marx quien, después de haberme leído, lamenta pensar como yo! ¡Qué hombre!" (*loc. cit*., t. II, p. 418). Sea cual fuere la parte de verdad en estos accesos de indignación, no podemos dejar de comprobar que Proudhon coincide con Marx en el rechazo de toda filosofía fatalista de la historia y en subrayar la naturaleza prometeica del hombre. En cuanto a la querella acerca de prioridad y paternidad, es en Proudhon, en la *Premier mémoire*, donde Marx pudo leer que todo lo que el hombre sabe y puede le viene de las generaciones pasadas y de la sociedad en que vive.

[62] Nota marginal de Proudhon: "No tengo ninguna necesidad de vuestra suposición" (*loc. cit*., t. II, p. 418).

[63] Marx concentra sus ataques sobre el flanco más vulnerable de la construcción proudhoniana, la cual desemboca, hacia el final de la "sexta época", en una curiosa mezcla de misticismo y de platonismo, que tiende a demostrar "el carácter metafísico de la balanza comercial". En esta crítica Proudhon no ve más que sutilezas de palabras y se contenta, en sus notas marginales, a oponer a su crítica vagas fórmulas tales como: "*parecer* y *existir* son dos cosas distintas, en la que la primera sólo es cierta para nosotros", y: "sí, producción es aparición", o: "charlatanería" (!). No obstante, su indignación parece a veces justificada: por ejemplo, cuando Marx le reprocha el que explique la marcha de la historia con

ayuda de la "gran palabra" Providencia. En verdad, el título del capítulo VIII ("De la responsabilidad del hombre y de Dios, bajo la ley de contradicción, o solución del problema de la Providencia") podría darle la razón a Marx, pero el contenido —a pesar de su estilo híbrido— no deja ninguna duda acerca de la intención del autor: rechaza en efecto la idea de una providencia divina y niega "la jurisdicción del Ser supremo sobre el hombre", siendo los atributos de la Providencia tan sólo una "caricatura de la humanidad, inconciliable con la autonomía de la civilización y desmentida por lo demás por la historia de sus aberraciones y catástrofes" (ed. 1923, t. I, p. 384). Marx no prestó una atención excesiva al razonamiento algo tortuoso de Proudhon. Se comprende entonces que éste se queje: "¡He aquí que soy culpable de adorar a la Providencia!"

Sobre el "misticismo semiplatónico y semihegeliano" de Proudhon, véase Pierre Haubtmann, *Marx et Proudhon*, París, 1947, p. 79.

[64] La expulsión de los arrendatarios escoceses (*clearing of estates*) será objeto de un artículo de Marx en el *New York Tribune* (9 de febrero de 1853) y será retomada y desarrollada en *El capital* en el tomo I, capítulo XXIV, 2 ("Expropiación de la población rural", p. 896). Su escrito tiene parecido con el de Sismondi, *Études sur l'économie politique*, París, 1837, pp. 210-238. Al margen de este párrafo, Proudhon sólo escribió: "¡Bufonada!" Pero, más lejos, al ver que Marx interpretaba con un espíritu teleológico su filosofía de la igualdad, Proudhon hará una réplica menos subjetiva: "¿Qué es esta palabrería? —¡Las generaciones *transforman*! —Yo digo que el mismo principio une, gobierna, todas las manifestaciones; no sé qué significa *transformación*. La Francia del 89 transformó a su monarca absoluto en monarca constitucional. Bien. He aquí vuestro estilo. Por mi lado, yo digo que el estado, en 1789, regularizó la división de los poderes políticos que existía antes de esa fecha. Que el lector juzgue. La sexta observación cae sobre Hegel, y no hace referencia a nada." Y hacia el final, cuando Marx le atribuye sentimientos de ternura hacia la Providencia, Proudhon se irrita de nuevo: "¡Qué tontería después de lo que he escrito! En verdad, Marx está celoso" (ed. 1923, t. II, p. 419). Cierto es que Proudhon se muestra formal: "El dogma de la providencia en Dios se ha comprobado que es falso, de hecho y de derecho" (ed. 1923, t. I, p. 393).

[65] ¿Reminiscencia de Hegel? Marx expresa aquí, en un lenguaje menos especulativo, lo que dirá en *El capital* sobre el papel de la "negatividad": basta leer la parte 7 del capítulo final, "Tendencia histórica de la acumulación capitalista", pp. 951 ss.

[66] Excepto la clase obrera, desde luego. Marx lo dirá más tarde a propósito de la Comuna en *La guerra civil en Francia* (1871). Desde el punto de vista sociológico, éste es un hecho de observación común a todas las revoluciones *del pasado*. Pero el porvenir escapa al análisis sociológico, y lo condena: la revolución ya no será, como en el pasado, el hecho de una minoría en lucha contra otras minorías, sino el acto de la inmensa mayoría que, al término de la evolución ya gastada, se confunde con la propia humanidad. La revolución proletaria es el comienzo de la historia de toda la humanidad.

[67] Marx retorna en estas páginas a la concepción llamada "materialista" de la historia; dicho de otro modo, al esbozo de una sociología del progreso en la

que la deducción empírica está al servicio de una hipótesis central: la lucha de clases. Un concepto hegeliano subyace en estas consideraciones: la negatividad, la cual, sin ser enunciada, se ampara tras el "lado malo" pretendidamente infamado por Proudhon. Incansablemente, la víctima pide reparación: "¿Es que Marx tiene la pretensión de dar todo esto como suyo, en oposición a algo que yo habría dicho en contrario?" Después: "¡Todo esto es mío!" Y todavía: "Todo esto lo dije yo" (ed. 1923, t. II, p. 419).

[68] Nota marginal de Proudhon: "Marx hace como Vidal" (ed. 1923, t. II, p. 420). En sus *Carnets*, Proudhon acusa a Vidal de los mismos crímenes que a Marx: Vidal no lo comprende, Vidal le roba (cf. *Carnets de P.-J. Proudhon*, t. I, p. 399; t. II, p. 213).

[69] Véase la nota 1.

[70] Para todo lo que Marx escribió acerca de los utopistas, Proudhon afirma categóricamente: "Plagiado de mi capítulo 1o." (ed. 1923, t. II, p. 420). De hecho, Proudhon condena a *todos* los socialistas, sin excepción, pues su crítica social converge hacia la utopía y la impotencia. Y cuando Marx escribe un poco después: "Volvamos a Proudhon", el interesado exclama: "¡Cómo, *volvamos*! Si las páginas que preceden son una copia de lo mío."

[71] El veredicto es demasiado severo. Contiene, para hablar como el propio Marx, algo bueno y algo malo. En la obra que difama, Marx olvida las consideraciones propiamente metodológicas, sobre todo el § 2 del capítulo XI ("Octava época: La propiedad", *loc. cit.*, t. II, pp. 175-185). Proudhon expone ahí, y esta vez en una forma concisa, su crítica del silogismo y de la inducción; se pronuncia por una determinada forma de dialéctica, un "nuevo instrumento que, al reunir las propiedades del silogismo y de la inducción, al hablar a la vez de lo particular y de lo general. . . conduce. . . a una verdad positiva". Este instrumento Proudhon lo llama "antinomia"; se trata de un nuevo órgano "revelado por Kant, y puesto en función con tanto poder y esplendor por el más perfecto de sus sucesores, Hegel" (II, p. 177). Para su ambicioso promotor, este instrumento dialéctico será "una ley de progresión, de clasificación y de serie: una ley que abarca en su generalidad el silogismo, la inducción, la antinomia misma, y que sea a ésta como en la música el canto es al acorde. . ." (II, p. 178). Los naturalistas modernos, los matemáticos, los artistas lo han proclamado, pero es Proudhon quien "dio la teoría necesaria" en *De la creation de l'ordre. . .*; obra, añade no obstante, "en la que se encontrará sin duda que doy muestras más de buena voluntad que de aptitud" (II, p. 179). Proudhon declara aplicar este método a la propiedad, y le vemos retomar sus argumentos de 1840.

Marx pasó en silencio el "maravilloso instrumento", y estas páginas, que siguen la misma vena que la *Premier mémoire*, poco antes admirada. . . En efecto, tuvo la oportunidad de expresarse sobre el tema del método proudhoniano, y lo hizo en forma bastante elogiosa, y en todo caso con objetividad, y le reconoció la paternidad de este método junto con Hegel. Mientras tanto, y antes de conocer el *Système des contradictions*, Marx no pudo convencer a Proudhon de que cooperara en la propaganda comunista.

[72] Nota marginal de Proudhon: "¿Qué demuestra todo esto? Que la humanidad progresa lentamente" (ed. 1923, t. II, p. 420).

[73] Esta frase se encuentra en Smith bajo la forma siguiente: "Por naturaleza, un filósofo no es ni la mitad distinto que un mozo de cordel, en talento y en inteligencia, como un mastín lo es de un galgo." Marx lo había anotado ya en 1844 en un cuaderno de estudio y en el manuscrito parisiense (cf. *MEGA*, vol. III, pp. 459 y 140).

[74] Nota marginal de Proudhon: "Bien. Pero ¿Smith aclaró el problema? No" (ed. 1923, t. II, p. 420).

[75] Alusión a Lemontey, *Raison, folie, chacun sa nuit*. . ., París, 1801.

[76] En *El capital* (p. 955), Marx remite a estas páginas de la *Miseria*. . .
Nota marginal de Proudhon: "El problema no queda aclarado" (ed. 1923, t. II, p. 420).

[77] "Donnant de côté": sin duda por *donnant à côté*, es decir falso o mal dirigido.
Paralogismo: cf. Kant, *Crítica de la razón pura*, "Dialéctica trascendental" (2o. libro).

[78] Nota marginal de Proudhon: "Vamos, querido Marx, actúa de mala fe, y al mismo tiempo no sabe usted nada" (ed. 1923, t. II, p. 420).

[79] Marx remite al ejemplo ya empleado más arriba, p. 68.

[80] Nota marginal de Proudhon: "Es un filósofo quien dice esto" (ed. 1923, t. II, p. 420).

[81] Estos pasajes serán citados en *El capital* (t. I, p. 434).

[82] Marx desarrollará este tema en *El capital*, bajo el título: "Expropiación de la población rural" (t. I, pp. 896 ss).

[83] Notas marginales de Proudhon: "No la división en el sentido de A. Smith, sino la gran división natural de los oficios"; después: "Lo mantengo" y todavía: "Pues la máquina viene después de la división"; finalmente: "Pues el taller que agrupa las partes del trabajo viene después de la división" (ed. 1923, t. II, p. 421).
Marx retomará este tema en *El capital* (pp. 427 ss).

[84] Para los dos últimos parágrafos, estas notas marginales: "Sin duda, no se trata más que de una sucesión lógica." "Sí". "Sí también, todo esto es cierto al mismo tiempo." "Muy bien, esto se explica en su teoría perfectamente, como el desarrollo paralelo de la riqueza y de la miseria" (*loc. cit.*, 1923, t. II, p. 421).

[85] Nota marginal de Proudhon: "Absurdo, como la opinión que cree deshonrar la balanza comercial con las vejaciones de la aduana" (*loc. cit.*, t. II, p. 421). Alusión al capítulo 9 consagrado a la "sexta época", 1825, fecha de la primera crisis de sobreproducción que abraza a la entera economía de un país y se extiende en seguida a todos los países industriales.

[86] Nota marginal de Proudhon: "La división, para mí, se remonta más atrás que a Smith; también se la toma en un sentido más amplio" (*loc. cit.*, t. II, p. 422).

[87] Nota marginal de Proudhon: "El uno no es más que la consecuencia del otro, y todo lo que se dice del primero conviene al segundo" (*loc. cit.*, t. II, p. 422).

[88] Nota marginal de Proudhon: "Muy bien: he marcado esta oposición; la degradación del obrero es más avanzada en lo que llama usted *sistema automático* que en lo que A. Smith llama *división*: por lo que a mí respecta, he marcado estos dos grados con la *división* y las *máquinas*. . . Dije: la división del trabajo divide, mutila, dispersa al hombre; las máquinas *lo esclavizan*: es exactamente lo mismo que el doctor Ure" (*loc. cit.*, t. II, p. 422). Proudhon se refiere aquí al capítulo 2, sobre la división del trabajo (*ibid.*, t. I, pp. 141 ss).

[89] Notas marginales de Proudhon: "¡Bien! ¿Y cómo entiende usted este desarrollo integral?" Después: "Sí, en tanto no se trate más que de resolver la antinomia de la división, pero yo no he dicho que todo radicara en ello. . . Es necesario que el obrero, resumiendo siempre la habilidad antigua y la moderna, sepa trabajar a la vez con sus dedos y con las máquinas. . . Pues es absurdo que no pueda pasárselas sin la máquina, él que se ha hecho remplazar por la máquina. . . ¿El sintetismo, logrado en el más alto grado, exige al obrero a la vez una mayor capacidad y un menor desarrollo de (sagacidad)?" (*loc. cit.*, t. II, p. 422). Proudhon no está muy lejos de lo que Marx, en *El capital*, llama el hombre "omnivalente" o "total". Pero es menos optimista que Marx en cuanto a los efectos mediatos del maquinismo: "Sean cuales fueren pues los progresos de la mecánica, cuando se inventen máquinas cien veces más maravillosas que la *mule-jenny*, el telar de brazo, la prensa de cilindro; cuando se descubran fuerzas cien veces más poderosas que el vapor; bien lejos de libertar a la humanidad, de crearle ocios y de hacer gratuita la producción de todo, no se hará más que multiplicar el trabajo, provocar el poblamiento, agravar la servidumbre, hacer la vida cada vez más cara y profundizar el abismo que separa a la clase que manda y goza de la clase que obedece y sufre" (*loc. cit.*, t. I, p. 198).

[90] La ocasión es buena, pero el ataque es un poco precipitado. Proudhon no ha proporcionado aún una solución positiva. En cambio, habla con toda claridad de otra que sí merecía el reproche: "Sismondi, como todos los hombres de ideas patriarcales, querría que la división del trabajo, con las máquinas y manufacturas, fuera abandonada, y que cada familia regresara al sistema de indivisión primitiva, es decir a *cada quien en su casa, cada quien para sí*, en la acepción más literal de la expresión. —Es retrógrado, es imposible" (*loc. cit.*, t. I, p. 196).
En una nota de *El capital*, Marx recordará estas páginas, en las que demostró "por primera vez, la división manufacturera del trabajo como forma específica del modo de producción capitalista" (p. 441). Ahora bien, puede verse que en sus descripciones de los efectos inhumanos del maquinismo, el autor de *El capital* no añadió gran cosa al cuadro esbozado por Proudhon sobre los efectos del "trabajo parcelario" en el capítulo sobre la división del trabajo, tan caballerosamente tratado por Marx (cf. ed. 1923, t. I, pp. 141 ss.). No habrá olvidado ciertamente pasajes como el siguiente: "[. . .] los nueve décimos de los trabajadores sirven como bestias de carga del otro décimo: tal es el efecto inevitable del progreso industrial y la condición indispensable de toda riqueza. Es preciso darse bien cuenta de esta verdad elemental, antes de hablar al pueblo de igualdad, de libertad, de instituciones democráticas y de otras utopías, cuya realiza-

ción supone previamente una revolución completa en las relaciones de los trabajadores" (*loc. cit.*, p. 145).

[91] Engels añade aquí una nota a la edición alemana: "Los fourieristas."

[92] Al margen de los últimos tres párrafos anotó Proudhon: "Sinónimos" y "más sinónimos". Son sus últimas observaciones: parecería haberse aburrido de una lectura que sin duda estimaba inoperante, incluso irritante. Su último juicio sobre Marx está en sus *Carnets*: "Marx es la *tenia* del socialismo" (*Carnets*, 27 de septiembre de 1847, *loc. cit.*, t. II, p. 200). P. Haubtmann, editor de los *Carnets*, observa: "He aquí su respuesta: ¡seis palabrejas sobre las que no se ha cesado de elucubrar!" Y dos meses más tarde (20 de noviembre de 1847), nombrará a Marx junto a Molinari, Vidal y Cabet, aquellos que hablaron de su libro "con una suprema mala fe, envidia o necedad" (*ibid.*, p. 290).

Proudhon se propone en seguida (24 de diciembre de 1847) hacer un artículo sobre los judíos, "esa raza que todo lo envenena". Anuncia su intención de pedir la expulsión de los judíos de Francia, pues "el judío es el enemigo del género humano". Conclusión perentoria: "Es necesario devolver esta raza al Asia, o exterminarla." Esta vez, nombra a Marx al lado de Heine, A. Weil, Rothschild, Crémieux y Fould, "seres perversos, biliosos, envidiosos, ásperos, etc., etc., que nos aborrecen". Proudhon les aplica la ley del talión: "El odio del judío, como del inglés, debe ser un artículo de nuestra fe política" (*ibid.*, pp. 337-338). Extraño desvarío: Proudhon la toma contra el hombre que, después de desempeñar el papel de economista y de alemán a pesar suyo, se expone ahora a desempeñar el de judío a pesar suyo, a despecho de la manifestación de antijudaísmo a la que se entregó tres años antes en *La cuestión judía*.

[93] Esta convicción está en el centro de la antropología marxiana, tal como la encontramos expresada en los manuscritos parisienses de 1844, donde es definida como "naturalismo" (*MEGA*, vol. III, p. 114).

[94] En el capítulo sobre la competencia anotado por Marx hay muchas páginas (ed. 1923, t. I, pp. 239-248) en las que Proudhon critica las ideas de Louis Blanc. Marx tuvo aquí la oportunidad de aplaudir a su rival, pero se guardó bien de hacerlo. Sin embargo, en el plan de su futura "Economía", quiso reservar, después de "el capital en general", una sección especial a la "competencia de los capitales". Ahora bien, sabemos que no pudo emprender este trabajo.

[95] Marx cita la traducción francesa de la obra de J. Steuart, París, 1789. Las palabras entre corchetes fueron añadidas por él.

[96] Desafiando de antemano todo reproche sobre su falta de indulgencia, Marx se desembaraza con un solo gesto de todo el segundo volumen. No obstante, observamos que no enumera, entre las "elucubraciones", el capítulo sobre la propiedad: ¿homenaje tácito al Proudhon de la *Premier mémoire*? Sea como fuere, el capítulo sobre la comunidad habría requerido algo más que la "indulgencia" de Marx: ¡Proudhon va casi tan lejos como él en la crítica del utopismo! Y la conclusión de este capítulo, ¿no era para que Marx la suscribiera?: "Quien para organizar el trabajo acude al poder y al capital miente, porque la organización del trabajo debe ser la decadencia del capital y del poder" (ed. 1923, t. II, p. 310).

[97] La primera memoria, *Qu'est-ce que la propriété?*, encontraba igualmente motivos muy recónditos al nacimiento de la propiedad, y Marx lo leyó sin criticarlo. Cierto que Proudhon se las ingenió para mostrar el asunto en su movimiento (incluso decía: "mediante una fórmula hegeliana") haciendo que la propiedad sucediera a la comunidad, en espera de la síntesis final, "el verdadero modo de asociación humanitario"; es cierto igualmente que se presentaba ahí a la propiedad como "nacida de la facultad de razonar" que posee el hombre y de la que son incapaces los insectos comunitarios: "La autonomía del pensamiento, y la terrible facultad de razonar acerca de lo peor y lo mejor, enseñan al hombre que si la igualdad es la condición necesaria de la sociedad, la comunidad es la primera especie de servidumbre" (ed. 1926, pp. 324-325). En el *Systeme*, Proudhon parece dar un paso más: la ininteligencia de la propiedad es la que causa las ruinas. "La renta como la herencia se funda en la razón y el derecho: no se trata de un privilegio al que es preciso destruir, se trata de una función que hay que universalizar. Los abusos [. . .] vienen del libre arbitrio del hombre y caen bajo la censura del moralista [. . .] El desorden acusa aquí al hombre: la institución es irreprochable." Este pasaje precede inmediatamente a aquel que Marx acaba de prender con alfileres al principio de su capítulo. Ambos son seguidos por esta afirmación: el abuso, "contradicción inherente a la propiedad", es "el anuncio de una próxima conciliación" (ed. 1923, t. II, pp. 208-209).

[98] En su manuscrito del libro IV de *El capital*, Marx cita muchos de estos pasajes al anotar: "Ya expliqué con toda corrección la propiedad de la tierra moderna". . . "He dado luz perfectamente a la diferencia entre la manufactura y la agricultura" (*Theorien*. . ., t. II, 1959, p. 149).

[99] En el ejemplar Útina, después de "Ricardo", una adición: "una vez armonizadas las premisas", y después de "es preciso": "todavía" (*MEGA*, vol. VI, p. 215).

[100] Señalemos los retoques siguientes a este parágrafo: en el ejemplar Útina y en la edición francesa de 1896: "en terrenos de calidad inferior" queda remplazado por "en la tierra". Después, en lugar de "por ejemplo, a la industria algodonera", léase "en una manufactura cualquiera". En Útina: "Quizá la renta no exista todavía en un país donde el arrendamiento se desarrolló en extremo." En la edición francesa de 1896 se lee: "Quizá la renta no exista aún, como en Irlanda, aunque. . ." (cf. *MEGA*, vol. VII, p. 214). En la edición alemana de 1885, encontramos: "Quizá, como en Irlanda, la renta no exista aún, aunque el arrendamiento se haya ahí desarrollado en extremo."

[101] En el manuscrito del libro IV de *El capital*, se cita y declara "justo" este párrafo (*Theorien*. . ., t. II, p. 149).

[102] En su carta a F.-A. Sorge, el 30 de junio de 1881, Marx cita todo este pasaje a propósito de la obra de Henry George, *Progreso y pobreza*. Se trata, puntualiza, de James Mill y no de su hijo John Stuart (que repite lo mismo, con cierta diferencia).

[103] Contra Malthus y otros economistas, Marx sostiene constantemente que el suelo puede tener un rendimiento variable. Al final de su vida, retomará esta cuestión y leerá, pluma en mano, toda clase de obras sobre química, geología y agricultura. Sus cuadernos de apuntes de 1865, 1868-1869, 1875, 1878-1880 nos

han conservado numerosos extractos. Estas lecturas se relacionan con el libro III de *El capital.*

[104] Citado en las *Teorías sobre el plusvalor*, con la observación "justo" (*Theorien*. . ., t. II, p. 149).

[105] Todo este capítulo sobre la renta no expone de ningún modo el pensamiento definitivo de Marx acerca de este tema. Véanse sus cartas a Engels del 25 de diciembre de 1859 y del 26 de noviembre de 1869. Cf. igualmente su carta del 7 de enero de 1851 donde critica la noción de renta diferencial en Ricardo.

[106] Véase el retrato magistral de William Petty en *Contribución*. . ., cit. (pp. 37 s).

[107] Esbozo de la tesis que Marx desarrollará en 1865 en sus charlas sobre *Salario, ganancia y plusvalor.*

[108] Recordemos algunas fechas importantes de la historia de los inventos para mecanizar el tejido en esta época: 1735, tejedora de John Wyatt; 1764, *mule-jenny* de James Hargreaves, perfeccionada por Arkwright en 1769-1771; 1779, *mule* de Samuel Crompton; 1825, *self-acting-mule* de Richard Robert.

[109] Se trata del artículo aparecido en el *Journal des Économistes*, vol. II, agosto-noviembre de 1845, pp. 113-120, bajo el título: "Les coalitions condamnés par les ouvriers anglais."

[110] La *Anti-Corn Law League* fue fundada en 1838 en Manchester por Richard Cobden y John Bright.

[111] Restablecemos aquí la frase que Marx remplazó por puntos suspensivos, y que debió encontrar de su agrado: "Puesto que el trabajo no es soberano, debe ser esclavo, y la sociedad sólo subsiste a este precio."

[112] Hacia 1800, las *Combinations Acts* declaran ilegales *todas* las coaliciones. Estas leyes fueron abolidas en 1824 gracias a los esfuerzos de Joseph Hume y Francis Place. Menos liberal, una ley de 1825 que aportó restricciones a esta reforma seguirá en vigor hasta 1871. Las *trade-unions* tomaron un gran impulso después de 1825.

[113] Después de "socialistas", Engels añade en la edición alemana de 1885: "es decir los socialistas de la época, los fourieristas en Francia, los owenistas en Inglaterra".

[114] La *National Association of United Trades* fue fundada en 1845 y se entregó a una gran actividad en pro de las reformas. Marx y Engels entraron desde 1846 en relación con los líderes cartistas Harney y O'Connor.

[115] Una de las más significativas de las ideas políticas de Marx. Se anuncia con cierto número de juicios en *La ideología alemana* y tomará una forma menos filosófica y más brutal en una carta escrita a partir de los compromisos políticos de Lassalle: "La clase obrera es revolucionaria o no es nada." (A J.-B. Schweitzer, 13 de febrero de 1865; citada por Marx en su carta a Engels del 18 de febrero de 1865.)

[116] A primera vista, una semejante amplitud del concepto de "poder productivo" puede parecer singular. Sin embargo, aclara con nueva luz el "materialismo" de Marx y debe vincularse a lo que podría llamarse su humanismo revolucionario.

[117] Nota de Engels a la edición alemana de 1885: "Estado tiene aquí el sentido histórico de las órdenes del estado feudal, órdenes que gozaban de privilegios bien delimitados. La revolución burguesa abolió las órdenes al mismo tiempo que sus privilegios. La sociedad burguesa no conoce más que *clases*. Así, pues, es en contradicción total con la historia que se ha llamado al proletariado el cuarto estado."

[118] Con esta observación Marx se autonombra tan anarquista como Proudhon, cuyo temperamento de libertario se revela en frases como ésta: "El estado, sea cual fuere la forma que tome, aristocrático o teocrático, monárquico o republicano, mientras no se convierta en el órgano obediente y sumiso de una sociedad de iguales, será para el pueblo un verdadero infierno, casi digo una condenación legítima" (ed. 1923, t. I, p. 295). En cambio, en sus *Carnets* de 1848, Proudhon acuerda al estado poderes más discrecionales que el *Manifiesto comunista* en esa misma época, simplemente como medida de transición hacia una sociedad sin estado (cf. *Carnets de P.-J. Proudhon*, cit., t. II, pp. 344 ss).

[119] G. Sand, *Jean Ziska. Épisode de la guerre des Hussites*. Esta novela apareció primero en la *Revue Indépendante*, 1843. El pasaje citado se encuentra en el tomo VII, p. 484. Las páginas consagradas por Marx a las luchas obreras muestran el abismo político que lo separa de Proudhon y revelan por ello mismo la razón profunda de esta confrontación teórica.

CARTA DE MARX A PROUDHON

Bruselas 5 de mayo de 1846. Publicada como apéndice a P.-J. Proudhon, *Confessions d'un révolutionnaire*, París, Rivière, 1929, p. 432.

Escrita en francés, la carta tiene dos posdatas de F. Engels y de Ph. Gigot, miembros del comité de correspondencia constituido por los comunistas alemanes en Bruselas, a iniciativa de Marx. Esta carta y la respuesta de Proudhon fueron incluidas en el libro de Amaro del Rosal, *Los congresos obreros internacionales en el siglo XIX*, Grijalbo, México, 1958, pp. 34-37, de donde la hemos tomado.

[1] Daniel Halévy (*loc. cit.*, p. 41) y Haubtmann (*loc. cit.*, p. 61) atribuyen a Gigot el post-scriptum de la carta de Marx referido a Grün. Esta interpretación es errónea y proviene de un malentendido. La carta de Marx, de la que Haubtmann ofrece un *facsímil*, no fue transcrita por él. Como es conocido, Marx tenía una escritura casi indescifrable y temía sin duda que Proudhon no pudiera leer su carta. Por ello fue Gigot el encargado de transcribirla. Como se hace habitualmente, la firma de Marx está ubicada al final de la carta y arriba del post-scriptum. Gigot aprovecha la ocasión para agregar a esa carta unas líneas de saludo a Proudhon. Las letras P. S. indican claramente que se trata de un post-scriptum

a la carta de Marx. Es dudoso que Proudhon tomara en consideración un pedido de este tipo hecho por un desconocido contra su traductor y amigo.

CARTA DE PROUDHON

Lyon, 17 de mayo de 1846. Véase nota anterior.

CARTA DE MARX A P.V. ANNENKOV

Bruselas, 28 de diciembre de 1846. Escrita en francés. Impresa en: *M. M. Stassiulévitch i evo sobremeniki*, t. III, ed. M. K. Lemke, San Petersburgo, 1912.

P. V. Annenkov perteneció a un grupo de intelectuales rusos que Marx conoció en París en 1843-44 y con los que siguió en contacto luego de su expulsión de París y su residencia en Bruselas.

[1] Alusión a la "hipótesis" que Proudhon expone y comenta abundantemente en el prólogo a su *Système des contradictions économiques* y que él denomina un "instrumento dialéctico necesario" (ed. 1923, t. I, p. 34).

[2] Puede observarse que el materialismo denominado "histórico" encuentra aquí su primera exposición terminológica. Marx ya había escrito sobre ello en *La ideología alemana*, pero esta obra, concluida en 1846, permaneció inédita en vida del autor.

[3] Al igual que en la *Miseria de la filosofía*, Marx critica esta concepción sin ningún reparo; y sin embargo, a despecho de su verborragia, Proudhon no deja de tener ricas intuiciones sobre esos problemas: allí también fue el maestro de Marx, cuando éste no era sino un principiante en la crítica del capitalismo.

[4] He aquí algunas líneas que nos revelan el método dialéctico de Marx, tal cual se expresa en *La ideología alemana*, que expondrá veinte años más tarde en *El capital* (véase de éste los últimos capítulos y sobre todo el posfacio a la segunda edición alemana).

[5] Al invocar la "vida real" y rechazar las "categorías" a las que Proudhon reduce el movimiento histórico, Marx plantea aquí su propia síntesis, que es la revolución. Acerca de ese punto, el desacuerdo se irá agrandando.

[6] Los mismos acentos están en *El capital*: "El trabajo cuya piel es blanca no puede emanciparse allí donde se estigmatiza el trabajo de piel negra" (t. I p. 363).

[7] Estamos en diciembre de 1846 y Marx ya es comunista desde 1844. En el intervalo, ha escrito una circular litografiada sobre *Der Volkstribun, redigiert von Hermann Kriege* (Bruselas, 11 de mayo de 1846), burlándose del socialismo sentimental. Kriege era un discípulo de Weitling, influido por Feuerbach y Lamennais, Marx lo trata de "cura de campaña", y se mofa ostensiblemente de su "paraíso del amor". El texto está firmado también por los miembros del "partido" de Marx, una media docena de amigos.

[8] ¿Qué libros? ¿Qué críticas? En materia de economía política sólo se conoce de Marx, en ese mes de diciembre de 1846, sus notas de lecturas tomadas en París, Bruselas y Manchester. ¿Estaba pensando quizás en sus manuscritos económico-filosóficos de 1844? Es poco probable. Simplemente, Marx exagera; pero ahora sabemos también que no le resultaba fácil encontrar un editor en Alemania para la obra en proyecto: una *crítica de la política y de la economía política* en dos volúmenes que pensaba terminar en el curso del año 1846 (véase su carta del 1° de agosto de 1846 a K. W. Leske, editor democrático de Darmstadt, en *Cartas sobre El capital*, Barcelona, Edima, 1968, pp. 17-18). Es precisamente el trabajo "crítico" aquí mencionado, el que impidió a Marx escribir su obra económica: ante él aparecía como una necesidad más urgente polemizar contra los ideólogos del socialismo alemán.

DISCURSO SOBRE EL LIBRE INTERCAMBIO

Marx formaba parte de la Liga de los Comunistas, que realizó su primer congreso en Londres en mayo de 1847 y para el cual una sección bruseliana, una "comuna", le confió su presidencia en agosto. En septiembre, Marx participó en un congreso de economistas sobre el libre intercambio; se le negó la palabra, pero su intervención estaba lista y envió una versión, probablemente reducida, a cierto número de periódicos. Sobre este texto perdido tenemos una versión de Engels (*MEGA*, vol. VI, pp. 428-431). En septiembre se crea en Bruselas la Asociación Democrática, de la que se da la presidencia a Marx. Es el momento en que defiende, contra Karl Heinzen, el sistema democrático, instaurado por la burguesía, como el terreno indispensable para luchar *contra* ella.

Un mes más tarde, el 2o. congreso de la Liga de los Comunistas encarga a Marx y a Engels redactar el *Manifiesto comunista*. En seguida Marx se pondrá a trabajar en sus exposiciones destinadas al Club de los obreros alemanes de Bruselas, sobre el tema: *Trabajo asalariado y capital*. Será el 9 de enero de 1848 cuando pronunciará ante los miembros de la Asociación Democrática su *Discurso sobre el libre intercambio*.

En todo ello encontramos una doble actividad, una doble reflexión, que corresponde a un doble compromiso. La supremacía económica de la burguesía es tan "necesaria" como su dominio político para preparar la victoria del proletariado; la libre competencia apresura la unión de los trabajadores y, por lo tanto, su emancipación política y económica.

El texto de este discurso sigue el publicado en *MEGA*, vol. VI, pp. 435-447: *Discours sur la question du libre échange. Prononcé à l'Association Démocratique de Bruxelles, dans la séance publique du 9 janvier 1848 par Charles Marx.* (Imprimé aux frais de l'Association Démocratique.) [In-8°, 15 pp.]

Algunos errores tipográficos (ortografía y puntuación) y dos errores de cifras que figuran en la edición original han sido corregidos sin dar mención de ello.

A pedido de Engels, el discuso de Marx fue anexado a la traducción alemana de *Miseria de la filosofía* publicada en 1885. Desde entonces constituye un apéndice de todas las ediciones de esta obra publicadas en Francia.

[1] Introducida en 1815 para proteger el mercado interno del trigo, la ley fue abolida en 1846 por Robert Peel. Véase *Miseria de la filosofía*, aquí, p. 116.

[2] El último episodio que marca el movimiento cartista, empezado en 1838, fue la huelga general de agosto de 1842. Terminó lamentablemente con el hundimiento moral de Feargus O'Connor, quien declaró de pronto que la huelga era un complot de la *Anti-Corn Law League*. En todos los mítines posteriores, los cartistas se enfrentaron a la Liga, y en 1847 O'Connor fue elegido para el Parlamento.

[3] La institución de las *workhouses* se remonta a principios del siglo XVII (*Poor relief Act*, 1601). El sistema moderno fue introducido en 1834 bajo la influencia de las teorías de Bentham. A continuación de los trágicos acontecimientos de Andover, en 1847, la comisión, que había decretado que la pobreza era un crimen, fue remplazada por un comité responsable ante el Parlamento. Sólo con la promulgación del ministerio de seguridad nacional de 1944 y la promulgación de la ley de asistencia nacional se consumó la ruptura con la Ley de los pobres que ya había sufrido numerosas modificaciones.

[4] Los tres escritos premiados fueron reunidos en volumen en 1842 bajo el título *The free prize essays in agriculture and the Corn-Law*. La primera edición del discurso de Marx dice Gregg en lugar de Greg.

[5] Sobre las penalizaciones a los obreros, véase *El capital*, t. I, cap. XIII, 4 (pp. 517 ss).

[6] Se trata de hecho de dos citas, de las que la primera se encuentra en el libro I de los *Principios de economía política*... y la segunda en el libro II. En la edición de 1819 (trad. de F.-S. Constancio), las dos frases aparecen respectivamente en las pp. 201 y 340. En las dos citas Marx suprimió numerosas palabras.

[7] Habiendo escrito Lassalle a Marx para pedirle cifras sobre la crisis agrícola en Inglaterra, Marx le contesta acerca de este punto y encontramos en esa carta consideraciones sobre el salario que remiten al *Discurso sobre el libre intercambio*: que el salario no aumenta gracias al libre comercio, sino a causa de la prosperidad del momento; que el efecto del régimen de libre intercambio, entre 1849 y 1852, no fue el aumento del salario, sino la posibilidad de comprar más artículos con el mismo salario. "Lo que ha *aumentado* relativamente es la *ganancia*; el salario relativo, el salario en relación con la ganancia, ha caído —resultado que había demostrado yo como necesario desde 1847, en un folleto francés" (carta a Lassalle, 23 de enero de 1855).

[8] Véase sobre este tema *El capital*, t. I, cap. IV, 3.

[9] Marx retoma aquí las ideas de James Mill, *Elements of political economy* (1821), de los que había leído la tradución francesa de J. T. Parisot (1823) durante su estancia en París (cf. *MEGA*, vol. III, pp. 520 ss).

[10] El discurso de Bowring, pronunciado el 28 de julio de 1835, se cita en W. Atkinson, *Principles of political economy*, 1840, pp. 35-38, de donde Marx extrajo estos pasajes (cf. *MEGA*, vol. VI, p. 679).

[11] Cf. Andrew Ure, *Philosophie des manufactures*..., 1836. Este libro es una de las principales fuentes para la descripción del análisis del maquinismo y de sus efectos que encontramos en *El capital*.

[12] El tema será largamente desarrollado en *El capital*, I, cap. XXIII, 3, a propósito de la aparición del "ejército industrial de reserva" (pp. 782 ss).

[13] Ferdinand Lassalle la bautizará como la "ley del bronce del salario". Véase la nota 12 de la *Miseria*...

[14] El principal teórico del sistema proteccionista en Alemania fue Friedrich List, cuya obra, *Das nationale System der politischen Ökonomie*, 1841, figura entre las lecturas anotadas de Marx, en la época de su estadía en París en 1844 (cf. *MEGA*, vol. III, p. 414).

[15] He aquí, con fines de comparación, el final del discurso preparado (aunque no pronunciado) por Marx para el Congreso internacional de economistas de septiembre de 1847, según el texto que nos dejó Engels: "Así, hay que escoger: o bien condenáis a la economía política en su conjunto tal como es en este momento, o bien debéis estar de acuerdo en que, bajo la libertad del comercio, las leyes de la economía política se aplican a las clases trabajadoras con toda severidad. ¿Quiere esto decir que estamos contra el libre intercambio? No: estamos por el libre intercambio porque permite a todas las leyes económicas, con sus contradicciones más pasmosas, ejercerse en una mayor escala, sobre una extensión más vasta de territorio, sobre la tierra entera, y que todas estas contradicciones, reunidas en un solo y mismo conjunto, en un gran cara a cara, volverán a la lucha y de ahí saldrá la emancipación del proletariado" (*The Northern Star*, 9 de octubre de 1847; *MEGA*, vol. VI, p. 431).

En 1888, Engels redacta un largo prólogo a la edición norteamericana del *Discurso*... de Marx. En él hace la historia del proteccionismo y del librecambismo, los cuales, practicados alternativamente y con toda destreza por Inglaterra desde el primer tercio del siglo XVIII, aseguraron a este país, a partir de 1815, el monopolio efectivo del comercio mundial en los sectores industriales más importantes. Hacia el final de su prólogo, Engels plantea la cuestión de saber en qué medida el problema del libre intercambio y del proteccionismo interesa a los socialistas: "...deben desear un desarrollo tan libre como sea posible y una ampliación tan rápida como sea posible del actual sistema de producción; este sistema desarrollará así sus consecuencias económicas inevitables: miseria de las grandes masas populares a continuación de una sobreproducción que engendrará o crisis periódicas o el estancamiento crónico del comercio; división de la sociedad en una pequeña clase de capitalistas y una gran clase de esclavos asalariados realmente hereditarios, de proletarios cuyo número no cesa de crecer... Desde este punto de vista es que Marx, hace cuarenta años, se declaró en principio por el libre intercambio como el camino más directo, aquel que conducirá con mayor celeridad la sociedad capitalista a un callejón sin salida." Volviéndose hacia los industriales, Engels escribió: "No podéis hacer más que desarrollar el sistema capitalista, acelerar la acumulación y la centralización del capital y al mismo tiempo la producción de una clase obrera que se encuentra fuera de la sociedad oficial. Y sea cual fuere el camino que escojáis, el proteccionismo o el libre intercambio, el resultado no habrá cambiado; lo único que podréis cambiar será la longitud de la espera que os queda, hasta el resultado final. Pues, con el tiempo, el proteccionismo se convertirá en un obstáculo insoportable para todo país que aspire, con ciertas posibilidades de éxito, a una posición independiente sobre el mercado mundial" (cf. *Werke*, vol. XXI, pp. 374 ss).

CARTA DE MARX A J.B. VON SCHWEITZER

Londres, 24 de enero de 1865. Publicada en el *Social-Demokrat* (Berlín), los días 1, 3 y 5 de febrero de 1865, el texto de esta carta fue reproducido en 1885 como apéndice de la edición alemana de *Miseria de la filosofía*, preparada por Eduard Bernstein y Karl Kautsky.

El *Social-Demokrat* había sido fundado en diciembre de 1864 por J. B von Schweitzer y G. von Hofstetten como órgano de la Asociación General de Obreros de Alemania (A.V.D.A.), cuyo presidente, Ferdinand Lassalle, había muerto poco tiempo antes (31 de agosto de 1864) a consecuencia de las heridas recibidas en un duelo. Marx escribe esta carta necrológica sobre Proudhon, muerto el 16 de enero de 1865, a pedido del mismo Schweitzer.

[1] La redacción del *Social-Demokrat* agregó una nota al pie de página: "Hemos pensado que era preferible publicar esta carta sin *ninguna modificación*" (cf. *Werke*, vol. XVI, p. 25).

[2] ¿Se adivina aquí una nota de nostalgia? Veinte años después de la crítica implacable al *Systéme des contradictions économiques*, Marx vuelve a encontrar en esta ocasión al pensador que guió sus primeros pasos en el camino del socialismo y el tono parece ablandarse.

[3] En París, a partir de julio de 1844 hasta su expulsión, Marx se vio periódicamente con Proudhon. De las conversaciones mantenidas, Marx no hizo mención en *Miseria de la filosofía* ni habló más salvo en esta carta. Pero podemos hacernos cierta idea al respecto a través de la correspondencia de Proudhon, o de algunos fragmentos que se han conservado. Veamos dos extractos: "Para salir de un obstáculo inextricable, quiero [. . .] intentar lo que Kant ha declarado formalmente imposible: estoy trabajando en la popularización de la metafísica poniéndola *en acción*. Para esto empleo la dialéctica más profunda: la de Hegel, pues es tal mi malhadada suerte que, para triunfar de mis indomables repugnancias, debo servirme de los procedimientos más antipáticos al sentido común" (carta del 4 de octubre de 1844 a Ackermann). "Estoy trabajando denonadamente para llegar a las conclusiones tan rápido como espero [. . .] Se trata de una crítica general de la economía política desde el punto de vista de las antinomias sociales. Espero poder enseñar al fin al público francés lo que es la dialéctica: esto no es deplorable, pues mientras que en Alemania todo escritor se atiene a una forma metódica conocida, e indica siempre el procedimiento lógico del que se sirve, en Francia se ergotiza eternamente a diestro y siniestro, sin poder entenderse jamás. Es esta necesidad de disciplina la razón por la que soy el primero en inaugurarla con el nombre de teoría o dialéctica serial y de la cual Hegel ya había dado una constitución particular. Según las nuevas relaciones que hice este invierno, una gran cantidad de alemanes me han comprendido muy bien y admiran el trabajo que hice para llegar por mí mismo a lo que afirman que existe en ellos. No puedo juzgar todavía qué parentesco existe entre mi metafísica y la lógica de Hegel, por ejemplo, puesto que jamás he leído a Hegel; pero estoy convencido de que es su lógica la que yo emplearé en mi próxima obra. Ahora bien, esta lógica no es sino un caso particular o si tú quieres, el caso más simple de la mía" (carta del 19 de enero de 1845 a Bergmann; cf. C.-A. Sainte-Beuve, *P.-J. Proudhon, sa vie et sa correspondance, 1838-1848*, París, Costes, 1947, pp. 200 y 181).

Se creería estar escuchando a Marx, quien, en sus manuscritos de 1844, se dio como tarea criticar la economía política y que, como ya vimos, el 1° de febrero de 1845 firmó un contrato de edición por una obra consagrada a este tema. El texto de Proudhon no nos dice cuál de los dos influyó en el otro. Según P. Haubtmann, *Marx et Proudhon*, París, 1947, p. 30: "la acción de Marx sobre Proudhon parece haber sido de lo más débil"; un desconocido de veintiséis años frente a un hombre de treinta y cinco, ya célebre. Pero esto sería hacer caso omiso de la erudición demasiado precoz de Marx, para quien Hegel no tenía secretos.

En cuanto al papel de Karl Grün, véase supra, n. 53 a la *Miseria*. . ., y, para más detalles sobre sus relaciones con Proudhon, véase la obra de Grün: *Die soziale Bewegung in Frankreich und Belgien* (1845). Véase igualmente, C.-A. Sainte-Beuve, *P.-J. Proudhon*. . ., pp. 180 ss.

[4] Véase la carta de Proudhon, supra, pp. 128-131.

[5] Las palabras entre paréntesis no figuran en *Miseria de la filosofía*.

[6] Engels publicó en la *Neue Rheinische Zeitung* del 5 de agosto de 1848 un artículo intitulado "El discurso de Proudhon contra Thiers." En él retoma algunas de las críticas formuladas por Marx contra la "ciencia utópica" del socialismo francés (cf. *Werke*, vol. V, pp. 305-308).

[7] Cf. *Gratuité du crédit. Discussion entre M. Fr. Bastiat et M. Proudhon*, París, 1850.

[8] Las dos "villanías" fueron publicadas a diez años de distancia. Se trata: 1] de *La révolution sociale démontrée par le coup d'état du 2 décembre* (1853); 2] de *Si les traités de 1815 ont cessé d'exister? Actes du futur Congrés* (1863). Por ese entonces Marx se opuso a las muestras de simpatía que los demócratas ingleses, miembros del Congreso Central de la Internacional, brindaban a Napoleón III, en momentos en que la actitud de éste mostraba "la traición permanente de los franceses frente a los polacos, desde Luis XV a Bonaparte II" (carta a Engels del 10 de diciembre de 1864).

[9] El elogio no es gratuito. Recuérdese el lugar que ocupa Linguet en *El capital*.

[10] Estas últimas líneas apuntan, a través de Proudhon, contra Ferdinand Lassalle: es lo que Marx señala a Engels (el 25 de enero de 1865). No debe olvidarse que esta carta *in memoriam* está destinada al órgano del partido lassalliano.

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN ALEMANA

[1] Véase *supra*, nota 27 de la *Miseria*. . .

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y BIBLIOGRÁFICO



impresión: editorial romont, s.a.
presidentes 142 - col. portales
deleg. benito juárez - 03300 méxico, d.f.
tres mil ejemplares más sobrantes para reposición
5 de noviembre de 1987

Libros publicados por

SIGLO XXI

examinados en este libro

KARL MARX

El capital (8 vols.)
